



Adam Zagajewski  
Dos ciudades

TRADUCCIÓN DE J. SŁAWOMIRSKI Y A. RUBIÓ

de

Lectulandia

En 1945, cuando Adam Zagajewski contaba cuatro meses de edad, su ciudad natal (Lvov) fue incorporada a la URSS y su familia obligada a mudarse a una antigua población alemana (Gliwice) que Polonia acababa de anexionarse. En una Europa marcada por el totalitarismo, la contradicción y el desarraigo, aquellas gentes desplazadas contra su voluntad se convirtieron en «inmigrantes que, no obstante, nunca habían abandonado su país». De aquella experiencia nace esta reflexión lúcida, veraz y valiente, que trata de aunar los dos polos que estas dos ciudades representan: el de un espacio mítico, aunque sorprendentemente doméstico, cálido y acogedor, y el de una realidad hostil y poco generosa, quién sabe si representación simbólica de la tensión poética. Este ensayo ha despertado el entusiasmo unánime de la crítica. Susan Sontag lo celebró con estas palabras: «Leer “Dos ciudades” supone disfrutar de un recorrido por una mente maravillosa», y John Ashbery lo definió sencillamente como «un libro extraordinario».

**Lectulandia**

Adam Zagajewski

# **Dos ciudades**

ePub r1.0

Titivillus 19.02.2017

Título original: *Dwa Miasta*  
Adam Zagajewski, 1991  
Traducción: Jerzy Sławomirski & Anna Rubió  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## DOS CIUDADES

Estuvo lloviendo durante cuatro días. Unos nubarrones pesados y sucios sobrevolaban la ciudad, veloces e impacientes, como interminables trenes de mercancías que transportaran el océano hacia el este.

Finalmente, lució el sol, y los tejados, empapados y humeantes, se convirtieron en un abrir y cerrar de ojos en espejos que brillaban despreocupados con aires de triunfo.

Si los hombres se dividen en sedentarios, emigrantes y los que no tienen hogar, probablemente yo formo parte de esta última categoría, si bien la concibo de un modo archimaterial, sin una sombra siquiera de sentimentalismo o autocompasión.

Los sedentarios mueren donde nacieron. Existen casas de campo que una misma familia habita desde hace más de diez generaciones. Los emigrantes anidan en el extranjero y de esta manera hacen posible que sus hijos vuelvan a formar parte de la categoría de los sedentarios (aunque hablen otro idioma). De modo que el emigrante es un eslabón intermedio, un guía que coge de la mano a las generaciones venideras para conducir las hasta otro lugar, que cree más seguro.

En cambio, un hombre sin hogar es alguien que, por obra del azar, por un capricho del destino, por su culpa o por culpa de su carácter, no quiso o no supo en sus años de infancia y de juventud entablar relaciones estrechas e íntimas con el entorno en que crecía y maduraba. No tener hogar no implica, pues, vivir bajo un puente o en el andén de una estación de metro poco concurrida, como por ejemplo, *nomen omen*, la estación Europe de la línea Pont de Levallois-Gallieni. Sólo significa que la persona con esta tara es incapaz de determinar la calle, la ciudad o el pueblo que considera su hogar y, como suele decirse, su patria chica.

En mi caso, se impone una explicación, aunque tal vez demasiado fácil y evidente. Mi infancia transcurrió en una fea ciudad industrial. Me llevaron allí cuando tenía apenas cuatro meses de vida y, más tarde, oiría hablar durante años de Lvov, la ciudad extraordinariamente hermosa que mi familia había tenido que abandonar. No es de extrañar, pues, que contemplara los edificios y las calles reales con un aire de superioridad teñida de desprecio, ni que de aquella realidad tomara sólo lo que resultaba absolutamente imprescindible para vivir.

Es por eso, o al menos así me lo parece, que me convertí de por vida en una persona sin hogar (intento encontrar una forma de decirlo que no inspire compasión ni suene a alarde de esta circunstancia tan peculiar).

La vida de mis padres se escindió en dos partes, antes y después del éxodo. Y la mía también, sólo que los cuatro meses que residí en aquel lugar maravilloso no han podido contrarrestar de ningún modo el peso específico de los largos años de existencia consciente. Y, no obstante, dondequiera que uno corte la vida, siempre la parte en dos mitades.

Si me hubiera muerto a los ocho meses, los matemáticos se habrían sentido muy

contentos. Como no fue así, quienes deberían sentirse contentos son los místicos, ya que los primeros cuatro meses que pasé *in albis* relucen con el resplandor de una epifanía.

Sin hogar, pero en ningún modo infeliz. Quiérase o no, la peor de estas dos ciudades me ofreció algunos bienes modestos, empezando por un techo.

De vez en cuando, sus regalos eran más generosos. Un día —yo tenía unos dieciséis años— uno de mis compañeros me vendió a un precio módico algunos discos que se había llevado de un club estudiantil. El club había quedado parcialmente destruido por un incendio, de modo que el acto de mi compañero era un robo y al mismo tiempo no lo era. Se trataba de unas grabaciones de la Deutsche Grammophon Gesellschaft. Contenían las siguientes obras: *Petrushka* de Ígor Stravinski, el cuarteto de cuerda opus 59 n. 3 de Beethoven (el último de los tres dedicados a Razumovski), el concierto n. 25 para piano de Mozart y *La primavera*, una parte del oratorio de Haydn *Las estaciones*.

La selección había sido fruto del azar. Me imagino que mi compañero, si bien no era un ladrón con todas las de la ley, tuvo que darse prisa a la hora de tomar prestados aquellos discos. Sin embargo, aquella recopilación aleatoria de piezas sería la base de mi educación musical.

Los melómanos preguntarán: ¿y Bach? ¿Y Monteverdi? ¿Y el canto gregoriano? ¿Y Schubert y Wagner? Por desgracia, en el club estudiantil brillaban por su ausencia. Para colmo, Wagner estaba políticamente desacreditado. En las tiendas, no abundaban los discos de música clásica. Por lo visto, Gomułka, que entonces gobernaba Polonia, no atribuía gran importancia a la música (lo cual repercutió en su gestión: fue horrorosamente disonante).

No, ni Bach ni Monteverdi estaban entre aquellas grabaciones. En cambio, sí, la trompeta pícara, atrevida y desafiante de *Petrushka*; la riqueza meditabunda del cuarteto del opus 59, uno de los conciertos tardíos de Mozart para piano y, por fin, Haydn con su canto a la tierra que se abre para saludar la primavera.

He logrado conservar hasta hoy uno de esos discos y ahora lo tengo ante mí: el tercer cuarteto dedicado a Razumovski. Se divide en: 1. *andante con moto* y *allegro vivace*, 2. *andante con moto quasi allegretto*, 3. *menuetto: grazioso* y 4. *allegro molto*. Lo interpreta el Koeckert-Quartett. Una etiqueta amarilla sobre una rodaja de ebonita negra.

La música ha sido creada para la gente sin hogar porque es el arte que menos unido está a un lugar concreto. Es sospechosamente cosmopolita. ¿Por qué las partes de una composición musical llevan nombres italianos? ¿Por qué Beethoven nació en Bonn y murió en Viena? ¿Por qué dedicó tres de sus cuartetos de cuerda a un aristócrata ruso? ¿Por qué los chinos tocan los nocturnos de Chopin? ¿Por qué Haendel viajó a Londres y Rossini a París?

La pintura es el arte de los sedentarios que se complacen en la contemplación de la tierra natal. Los retratos afianzan a los sedentarios en la convicción de que sólo si

pueden ser vistos viven de veras. Únicamente los bodegones, y no todos, dejan al descubierto la indiferencia total y absoluta de las cosas, su cinismo y su falta de patriotismo provinciano. Los jarros pintados por Morandi no tienen nada que ver con Bolonia: son frágiles, esbeltos y llenos de aire. En los cuadros de Vermeer, los interiores pertenecen a Delft, pero las ventanas se abren hacia la nada, es decir, hacia la luz.

En cambio, la poesía encaja con los emigrantes, aquellos desdichados que, con un patrimonio ridículo, se balancean al borde del abismo, a caballo entre generaciones, a caballo entre continentes. A veces, mueven los labios. Algunos mascullan los peores reniegos, y otros, estrofas de una poesía.

Desde el punto de vista sociológico, mi familia es muy representativa de aquella quimérica capa social que suele llamarse *intelligentsia*: procede de la pequeña nobleza rural que, hace mucho, mucho tiempo, perdió sus propiedades y, a lo largo de casi doscientos años, ha sufrido metamorfosis y experimentos de lo más variopintos, aterrizando a menudo en los puestos de notario o maestro y guardando en lo más hondo del cajón las huellas de su noble procedencia, la leyenda sobre el origen de su blasón y el nombre de sus últimos bienes solariegos.

Por si fuera poco, mi padre se formó en una casa donde se admiraba a Piłsudski, mientras que mi madre, lo hizo en el seno de una familia devota de Dmowski<sup>[1]</sup>.

En octubre de 1945, los cuatro, es decir, mis padres, mi hermana y yo, hicimos el viaje de Lvov a Gliwice. Duró dos semanas. Las tumbas familiares quedaron en el este. Los dioses del hogar —los espíritus de notarios, médicos y terratenientes venidos a menos y condenados a una existencia precaria de asalariados— debieron dudar un buen rato antes de subirse a un vagón de ganado para acompañarnos en aquel peregrinaje incierto.

Algunos de mis antepasados emigraron para buscar la felicidad en la Europa Occidental. Por ejemplo, uno que no era ni notario ni maestro, sino maestro ceramista estufero, se instaló en la bilingüe ciudad suiza de Biel/Bienne, donde fundó una fábrica de azulejos.

El primo de mi abuela, Leopold Zborowski, se fue a París, donde se convirtió en marchante de arte. Entre los pintores con quienes trabajó estaban Soutine y Modigliani. Tenía fama de ser un tierno protector de sus artistas y de no explotarlos. Probablemente, era también poeta. En el museo de Houston hay un retrato suyo pintado por Modigliani (cabe decir que no es la mejor obra de este pintor). Su rótulo reza que el retrato representa a Leopold Zborowski, «un poeta polaco».

Era un hombre apuesto, aficionado a vivir por todo lo alto. Murió joven y en la ruina, a pesar de que sus protegidos entrarían en la historia universal de la pintura. Fue una figura conocida en Montparnasse. En una de sus fotos, Zborowski, vestido con elegancia, está sentado a la mesa de un café del sur de Francia leyendo un periódico. Parece sumido en la lectura. La foto es en blanco y negro, pero se advierte en ella la presencia del sol provenzal, tamizado por la pantalla de las copas de los

plátanos. Un breve momento de paz y reposo, pero también un instante en que el protagonista de la fotografía parece decirnos: no hay duda, pertenezco a esta fracción de tiempo, la luz del sur es mi luz, las hojas de plátano son mi sombrilla preferida y este periódico habitualmente me trae noticias del mundo.

Nadie sabe cómo valorar el destino y la carrera de un hombre. ¿Lo que cuenta es la longevidad, la abundancia de prole, la cuantía de los depósitos bancarios o las improntas dejadas en la faz de la tierra? Si tomamos en consideración este último criterio, Leopold Zborowski no tiene motivos para quejarse.

A veces sólo queda una huella. Por ejemplo, el hermano de mi abuelo, Emil, murió muy joven, pero dejó un folleto donde somete a discusión algunos problemas pedagógicos. Este folleto todavía está disponible en muchas bibliotecas y es un frágil monumento erigido en honor a mis antepasados, la mayoría de los cuales fueron profesores de enseñanza primaria y secundaria en escuelas profesionales e institutos de Lvov y sus alrededores, en Stanisławów<sup>[2]</sup> y en Śniatyń (Emil vivió en Przemyśl).

Me cuesta imaginar cómo eran sus casas, sus muebles y sus jardines. A ratos me pregunto por el ambiente que envolvía sus vidas, por el aire moral que respiraron. Creo que vivieron en un ambiente a menudo marcado por la insatisfacción: carreras truncadas, patria invadida, futuro incierto. Pero tal vez no fuera así. El imperio estaba gobernado por el robusto Francisco José, tan longevo que, como un viejo tilo, casi se convirtió en un fenómeno de la naturaleza. Eran profesores y, por lo tanto, llevaron una existencia modesta pero segura, y probablemente en cada momento de su carrera profesional supieron a ciencia cierta qué jubilación les iba a corresponder.

De las guerras y las deportaciones habían salvado algunos restos de las casas de antaño y algunos muebles: un sillón de mimbre, un kílím hutsul, unas acuarelas y unos óleos, y fotografías de damas tocadas con enormes sombreros y de perros y gatos queridísimos que habían muerto mucho tiempo atrás. Eran una piña, les gustaban los almuerzos y las cenas de domingo, y más aún los de las fiestas, unos momentos en los que conseguían segregar la peculiar hormona de la calidez, la intimidad y la confianza. Debatían sobre las cosas de casa y sobre la Patria. Durante aquellas reuniones de nunca acabar, todo lo ajeno y distante se volvía irreal, y sólo existía lo propio y lo cercano. Gracias a una característica de la lengua polaca, cuya especialidad es la creación de diminutivos magistrales, todos tenían dos nombres. Para el mundo —ante las autoridades— se llamaban Jan, Bogusław, Władysław, Tekla, Teresa o Maria, pero sólo importaban los cariñosos hipocorísticos familiares como As, Myszka, Musia, Renia, Adzio, Tolo, Boguś. Eran dos sistemas monetarios diferentes, dos lenguajes, dos sistemas semánticos, uno para los extraños y otro para los más allegados.

Las familias, baluartes de hermandad y ayuda mutua, clanes que se relacionaban o rivalizaban, constituían el punto de referencia más importante, y eso ocurría tanto

en lo alto, entre la aristocracia, como mucho más abajo, entre las modestas familias de la *intelligentsia*. Los forasteros no lo tenían nada fácil para ser aceptados. Alrededor de 1910, uno de los primos de mi abuela se casó con una muchacha guapa, espabilada y enérgica que procedía de una familia de la *intelligentsia* judía. El proceso de admisión al clan duró varios decenios. Aunque pronto recibió su hipocorístico (tía Busia), al comienzo la mayor parte de la familia la boicoteó. Además, su propia familia también la repudió y rompió toda relación con ella. Casi alcanzó los cien años. Yo la conocía muy bien y a menudo la visitaba en Cracovia, donde primero vivió con su marido, el tío Józio (un primo de Eugeniusz Kwiatkowski, el vicepresidente de uno de los gobiernos del período de entreguerras), y, al enviudar, resistió aún durante muchos años, solitaria e inquebrantable.

Fue ella quien, en 1981, cuando yo le elogiaba las glorias del sindicato Solidarność de reciente creación, resopló con desdén: ¡Pero si son socialistas! Comprendí que sus convicciones políticas se habían formado antes de la Primera Guerra Mundial y dejé el tema.

Era Orgullosa, independiente y estaba llena de recursos. El tío Józio dependía totalmente de sus cuidados. Y ella nunca dejó de estar enamorada de él, porque el tío Józio, empleado de un banco, tímido, callado y elegante, era un hombre muy guapo. En mi familia se decía: «casi tan guapo como el tío Józio». Siguió estando de buen ver incluso cuando se convirtió en un anciano canoso de barba blanca. Según la voz popular, tenía «la belleza de un senador».

Los tíos pasaron los años de la Primera Guerra Mundial en Viena «por seguridad». La tía Busia me contó que, al abandonar su piso de Lvov, dejó sobre la mesa un tarro de confitura de albaricoques, con la esperanza de que los futuros invasores que fueron a saquear el edificio se conformaran con el dulce de frutas. Y sé también que, cuando mis tíos regresaron de Viena, el tarro había desaparecido y, junto con él, muchas más cosas.

Durante la Segunda Guerra Mundial, por razones obvias, se escondieron en una aldea. Me parece que aquella vez ni se planteó lo de la confitura de albaricoque. Y también hubo que descartar Viena.

Cuando era muy vieja y no podía valerse por sí sola, toda la familia se ocupó solidariamente de ella. De este modo, al cabo de setenta años, fue aceptada. No era fácil entrar en el clan, en una gran familia, a pesar de que, mirándolo bien, la pertenencia a aquella institución íntima no ofrecía ningún privilegio portentoso, no daba acceso ni a riquezas ni a poder alguno (¡menudas riquezas: pisitos más que casas solariegas y huertos con frambuesos y groselleros más que parques ingleses!). Lo importante eran los diminutivos y los instantes de proximidad y de silencio cuando, después de los postres, todo el mundo enmudecía, en el jardín zumbaban las abejas, las cucharillas se inmovilizaban y las mariposas dormitaban entre el follaje de los lilos.

Mis tías... Mis tíos... La familia tenía también una rama evangélica: el pastor

Kubaczka que vivía en Goleszów, cerca de Cieszyn.

Y la tía Berta, profesora de música. Acabada la guerra, se trasladó a Cracovia, donde la acogieron unos conocidos lejanos que, al caer la noche, le permitían extender una yacija en la cocina. En cambio, de día no tenía derecho a quedarse en casa; callejeaba por la ciudad a la espera de la puesta del sol. Había dejado en depósito en el conservatorio de Cracovia su único tesoro, un piano de cola, ya que no podía cargar con él durante sus interminables paseos por esta ciudad.

Mis tías... Más importantes que mis tíos. Los tíos solían vivir menos. Desaparecían en sus bancos o en sus escuelas y callaban sumidos en la lectura de un periódico o un libro, mientras que las tías, mucho antes de que acabaran triunfando los movimientos feministas, gobernaban sus familias de la misma manera, o incluso con más severidad, que la reina Victoria el Imperio Británico. Tías que emergían de la cocina para zambullirse en el jardín y que por la tarde se inclinaban sobre las máquinas de coser con unas gafas que reflejaban las pantallas anaranjadas de las lámparas. Mis tías, esas Parcas...

En el año 1945, casi toda la familia hizo las maletas y llenó los baúles preparándose para abandonar Lvov o sus alrededores. Al mismo tiempo liaban los bártulos innumerables familias alemanas obligadas a dejar sus casas y sus pisos de Silesia, Gdańsk, Szczecin, Olsztyn y Królewiec. Millones de personas comprimieron con las rodillas las tapas rebeldes de maletas que no cerraban bien. Ocurría así por orden de tres caballeros de edad prolecta que se habían dado cita en Yalta.

En octubre del mismo año ya estábamos en la ciudad peor, en Gliwice. Aún estacionaba allí el Ejército Rojo y, al caer la noche, en los callejones oscuros resonaban a menudo ráfagas de metralleta (eso me contaron después).

Mis tías y mis tíos, sus conocidos y los primos de sus conocidos, aquellas familias, clanes y tribus, abandonaron Lvov para reencontrarse —no todos, aunque sí la mayoría— en las calles de Gliwice.

¿Qué clase de ciudad era aquélla? Peor. Más pequeña. Insignificante. Industrial. Ajena. Mi madre lloraba al caminar por sus calles.

Pero teníamos que vivir allí. Y, válgame Dios, allí también había amaneceres y ocasos, y las mismas estaciones recorrían el calendario y los parques municipales. Dominaba sobre la ciudad una réplica de madera de la torre Eiffel, la antena de una emisora de radio de antes de la guerra. A veces ocurría que el sol poniente se escondía detrás de ella. La enorme bola encendida se detenía voluntariosa justo cuando estaba a punto de deslizarse debajo de la colcha de la Tierra y permanecía inmóvil durante un instante para la desesperación de los astrónomos que, clavándose las uñas en la palma de la mano y mirando sus cronómetros, gritaban: «¡hala, hala!».

La nueva ciudad era hostil. Con el atardecer llegaban las horas más difíciles. Después de un día plácido de verano, la puesta del sol es como una caricia, y los lugares que el astro ha rozado se llenan de ternura. ¡Qué remedio! Al atardecer, la indiferencia frente a la ciudad nueva que cultivábamos los advenedizos se solía

someter a una prueba muy dura. Vista a esas horas desde una colina, aquella ciudad tan fea tenía incluso un fuerte atractivo. En medio del cúmulo de casas, brotaban las torres de las iglesias, y todas ostentaban la capucha verde de una techumbre cubierta de cardenillo. Las ventanas se revestían de un resplandor escarlata. Las veletas de latón indicaban el rumbo del viento con su aleteo amistoso.

Las suaves colinas de color pastel engañaban a los inmigrantes. En el horizonte, negreaba la crin del bosque. Las nieblas peregrinaban suspendidas sobre los prados. Los tornos de extracción de las minas rodeados de huertos y jardines parecían menhires. Las cornejas se agolpaban en el cielo y, tras formar una nube negra y vociferante, volaban hacia el norte.

La emisora de la radio despertó mi interés. Me enteré de que había sido allí donde había empezado la Segunda Guerra Mundial, y ésta era una de las paradojas de nuestra peregrinación: mis padres, deportados de su ciudad natal a resultas de la guerra y de la conferencia de Yalta, habían ido a dar con sus huesos en el lugar donde aquella guerra había estallado, en la fuente misma de la desgracia. Se trataba de la llamada provocación de Gliwice, un ataque de los soldados del *Sicherheitsdienst* (SD) vestidos con uniformes del ejército polaco contra los centinelas que vigilaban la emisora. Quien organizó aquella operación teatral fue Heydrich y la autorizó el mismísimo Hitler que, como buen lector de La Rochefoucauld, sabía muy bien que la hipocresía es el homenaje que el crimen rinde a la virtud y, aquel otoño de 1939, quiso actuar contra Polonia en calidad de víctima y no de agresor.

Por aquel entonces yo estaba convencido de que de algún modo misterioso la radio gobernaba el mundo. Había oído hablar de la naturaleza de las ondas radioeléctricas. Sabía que son invisibles, pero pueden atraparse con la telaraña de una antena. Mi padre escribía artículos científicos y libros sobre las ondas de radio. Más tarde, yo escribiría poemas sobre ellas. La esbelta torre de la radioemisora dominaba la ciudad. Aquello formaba un todo. La radio hablaba, susurraba, cantaba y carraspeaba. En las frecuencias de onda corta resonaban unas señales iracundas. Era allí donde explotaba toda la rabia del mundo, Radio Moscú luchaba con Londres y Munich. Por el contrario, las de onda media estaban llenas de dignidad y de música. Los cantos de Schubert y los valeses de Chopin ocupaban el lugar del odio político de las de onda corta. Los domingos, a las cuatro y media de la tarde, se emitía un concierto de música chopiniana y detrás de las cortinas de todas las ventanas de la ciudad se oían los acordes de la marcha fúnebre: pam-pam-pa-pá, pamparampa-pa-pa-pá.

Los nuevos habitantes de Gliwice se asemejaban a los europeos normales y corrientes sólo en apariencia. La mayoría eran deportados del este, inmigrantes de fecha reciente, inmigrantes que, no obstante, nunca habían abandonado su país. Su país se había desplazado hacia el oeste, y ellos con él. Además, casi todos podían anteponer al nombre de su profesión, vocación u oficio la palabreja «ex». Eran ex jueces, ex oficiales, ex profesores (por no decir nada de ex niños) despojados de su

existencia anterior por el nuevo régimen que examinaba con lupa el pasado de cada ciudadano, siempre que el ciudadano tuviera algún pasado. Pero hasta los más pobres entre los pobres tenían alguno.

Pongamos por caso el mercado de hortalizas de la calle Bytomska: las verduleras, vestidas en invierno con chupas, jerséis, zamarras y mitones de lana de los que emergían unos dedos enrojecidos y congelados, hablaban con un melodioso deje oriental. Saludaban a algunos clientes con especial cortesía: doctor, le decían a un anciano con un abrigo de pieles raído de antes de la guerra, letrado, se dirigían a un octogenario alto a quien conducía del brazo una hija de mediana edad. ¿Qué desea el señor catedrático: huevos o alitas de pollo?, le preguntaba otra vendedora a un señor entrado en años, que ya era un poco duro de oído y no podía corresponderle con la misma amabilidad. Pero ella lo sabía y no esperaba ninguna respuesta, sobre todo porque su cortesía era desinteresada y sólo parcialmente se refería al momento actual. La otra mitad del saludo volaba hacia el pasado, retrocedía diez años, e iba dirigida a aquel mismo catedrático cuando era mucho más joven y hacía las compras en otro mercado, en otra ciudad, en otra época y otra divisa.

La gente del mercado de hortalizas de la calle Bytomska sólo era real y contemporánea en parte, mientras que por lo demás recordaban sombras, unas sombras vivientes. Inmigrantes en su propio país, ex profesores de una universidad que ya no existía, ex oficiales de un ejército que había sido disuelto, ex consejeros y ex letrados con el deje oriental de un Oriente desaparecido, rangos pertenecientes a otra era, abrigos que habían sido vueltos del revés por enésima vez, zapatos de cuero de los de antes, sombreros desteñidos con etiquetas de tiendas ya inexistentes.

Sólo los huevos, los tomates y las cerezas eran los de siempre, reales, triviales y palpables.

Mis padres formaban parte de la generación joven, de modo que no se vieron en la necesidad cambiar de vestimenta o lo hicieron poquísimo, justo lo imprescindible. Sin embargo, los desterrados que habían llegado a Gliwice con una edad avanzada, ya no se sentían con ánimos para cambiar nada en su manera de vestir, hablar o pensar. Lo anticuado se les había pegado como el olor a naftalina. Ternos pasados de moda, americanas de verano con las mangas cortadas, perneras de filderretor con la raya marcada por los siglos de los siglos, zapatos de hacía veinte años. Caminaban con cuidado para no dañar la suela ni rasguñar el cuero. Profesores, abogados, zapateros, ujieres, oficinistas y tranviarios se paseaban por los senderuelos del parque y descansaban a la sombra de castaños y hayas plantados todavía por los alemanes. Se aburrían, tenían que subsistir con unas pensiones miserables, o sea que daban vueltas por la ciudad, pisando con dignidad los antiguos adoquines germánicos.

Nunca pensé que aquellos paseos fueran una lenta agonía. Callejeaban, contemplando con aire de sorpresa los ladrillos prusianos de los edificios. Estaban ensimismados en su morir y asombrados por el lugar donde les había tocado hacerlo. Morían desconfiados, porque no conocían bien aquel pueblo, aquel aire ni aquella

tierra. Algunos tenían prisa; otros, al contrario, intentaban dejar la muerte para más adelante y así poder echar una ojeada al paisaje, conocer los árboles locales y familiarizarse con la tierra.

Perdían la memoria. La mayoría por razones biológicas, a causa de la vejez, pero algunos parecían desear que llegaran la esclerosis y el olvido, y elegían de buen grado la vida en una niebla donde se confundían las épocas, las personas y las fechas. En mi familia también había ancianos que perdieron la memoria: mis dos abuelas y mi abuelo. Yo los acompañaba en sus paseos, los llevaba cogidos del brazo y les explicaba dónde estábamos y a dónde íbamos. ¡Yo, que aún no sabía nada, les serví con mi memoria! Y ellos, que tanto hubieran podido contarme de su larga vida, no fueron capaces de ordenar sus pensamientos.

Al perder la memoria, regresaban a la ciudad perdida. Paradójicamente, para ellos perder la memoria significaba recuperarla, porque, como es sabido, la amnesia parcial que acompaña a la vejez consiste en la pérdida de control sobre las capas más recientes de recuerdos y en el retorno a las antiguas reminiscencias que nada ni nadie es capaz de borrar. Regresaban a Lvov.

Así pues, recorría las calles de Gliwice con mi abuelo —porque era suyo el paso que yo trataba de igualar más a menudo—, pero, de hecho, cada uno paseaba por una ciudad distinta. Yo era un rapazuelo juicioso que tenía una memoria pequeña como una avellana y estaba convencido de que, caminando por las calles de Gliwice entre edificios modernistas prusianos adornados con pesadas cariátides de granito, me hallaba donde me hallaba. Sin embargo, mi abuelo, a pesar de andar a mi lado, en aquellos momentos transitaba por Lvov. Yo recorría las calles de Gliwice y él las de Lvov. Yo enfilaba una larga avenida que sin duda en América se hubiese llamado Main Street, pero que allí llevaba el burlón nombre de calle de la Victoria —¡después de tantas derrotas!— y unía una pequeña plaza mayor con la no menos pequeña estación de ferrocarriles, mientras que él se paseaba por la calle Sapielny de Lvov. Después, para cambiar de aires, nos adentrábamos en el Parque de Chrobry —el nombre del rey de Polonia servía para contrarrestar los árboles alemanes—, pero él naturalmente se encontraba en el Jardín de los Jesuitas de Lvov.

Mi abuelo era bilingüe; su madre era alemana. De joven, había traducido al alemán poemas de algunos poetas modernistas polacos y cuando yo empecé a publicar mis primeros tanteos poéticos, mi abuelo me consideró el continuador de su vocación y de sus trabajos juveniles. Era un andarín incansable. Hablaba con voz estentórea, lo que a menudo incomodaba a sus interlocutores, puesto que solía pregonar sus convicciones políticas por la calle o en el tranvía, y lo hacía incluso durante la ocupación nazi y en la época estalinista. Era uno de esos hombres que, tras apurar su taza de té, la plantaban en el centro de la mesa a la espera de que alguien, una criada o la esposa, la recogiera para lavarla. Nunca había cocido un huevo ni había fregado los platos después de almorzar. Fumaba medios cigarrillos, que introducía en una boquilla de metal.

En la ciudad tenía fama de conocer todas las lenguas. Ya de muy mayor, incluso aprendió el holandés. Antes de la guerra había sido profesor de instituto y dado clases de alemán. En la vejez, fundó —en Gliwice, naturalmente— una pequeña oficina de traducciones juradas. Conmigo era bueno, pero yo notaba que tenía también un lado duro. Un día vi con mis propios ojos cómo echaba a la calle a un infeliz que había acudido a su despacho de traductor y, sin preámbulos, había confesado que no tenía dinero para pagarle. Todavía recuerdo cuánto lo odié por ello en aquel instante. La suya era la dureza de un burgués consciente de que en los negocios no se deben hacer concesiones. La afabilidad es adecuada para la familia y la iglesia; por el contrario, en la tienda, en el despacho o en la oficina hay que ser intransigente.

De poca estatura, fornido y calvo, usaba gafas. Su madre murió muy pronto y su padre lo dejó a cargo de la familia materna. Se encaramó laboriosamente por los peldaños de una modesta carrera que lo llevó hasta el cargo de inspector de enseñanza de Lvov. En Gliwice, sus antiguos conocidos, fieles a la obsesión austriaca por los rangos y los títulos, seguían dispensándole el trato de *señor director*. Fue director toda su vida, aunque finalmente sólo dirigiera a nuestra familia, cuyas reuniones presidió hasta el momento de perder la memoria. Después, pasaba los días dormitando en la butaca y por las noches no pegaba ojo. Todo el tiempo esperaba visitas, y cuando éstas llegaban se dormía. Pero eso le ocurrió cuando ya había cumplido ochenta y ocho años.

Durante toda su vida tomó buena nota de los gastos. Se habían conservado sus notas de cuando era joven, donde al lado de las columnas «vivienda», «comidas», «material de escritura», etcétera, había una que se titulaba «excesos». A qué clase de excesos se refería no lo sabe nadie, yo tampoco.

Aunque hasta cierto punto fuera un burgués duro con veleidades dictatoriales, soy la persona menos indicada para juzgarlo, porque, como ya he dicho, conmigo fue muy bueno. Y, además, lo vi envejecer, flaquear y ablandarse a lo largo de los años. Al comienzo era como el coloso de Rodas, fuerte, majestuoso y arbitrario. Después su poder y su autoridad se fueron desmoronando poco a poco, cedió una tras otra sus prerrogativas a terceros, yo crecí y él languideció, hasta que se convirtió en un anciano que yo tenía que conducir de un banco a otro, puesto que ya no le daban las fuerzas para salvar distancias más largas. Lo recuerdo siempre con un bastón, aunque al principio el bastón era sólo uno de los múltiples atributos de su poder, como la cadenilla del reloj cuya tapa saltaba al presionarla con el dedo, pero con el tiempo lo fue necesitando cada vez más y se aferraba a él desesperadamente.

Le apasionaban los sucesos de la política contemporánea, escuchaba la radio y leía prensa extranjera, lo que era bastante lógico dado su conocimiento de lenguas. La tarea más difícil era conseguirle aquellos periódicos, sobre todo en la época estalinista. Entonces, tuvo que conformarse con el comunista *L'Humanité*, que despreciaba, pero entre cuyos comentarios falaces intentaba descifrar la verdad sobre los acontecimientos de la época.

Mantenia correspondencia con sus primos de Suiza, descendientes de aquel estufista que se habia establecido en Biel/Bienne, y se por boca de un primo mio, pastor evangelico en Zurich, que en sus cartas escritas en aleman valoraba la situacion con gran claridad, es decir, con pesimismo. Suerte que no las leyera la policia secreta.

Le gustaba la pintura. Encima de la puerta de la habitacion donde recibia las visitas de amigos y clientes colgo una reproduccion de *La ronda de noche* de Rembrandt. Probablemente aquel fue el primer cuadro que estude, contemplando los tonos oscuros de la reproduccion clavada con chinchetas en la puerta. Justamente la pintura holandesa era su preferida. Ruysdael y Vermeer. Sentia una predileccion especial por los paisajes y los bodegones, porque encajaban muy bien con su pasion por lo concreto, lo ordenado y, sin embargo, no exento de autonomia. Su enorme escritorio, pulcro y limpio de polvo, era en si un modelo ideal para un bodegon. Siempre reposaban en el los mismos libros, diccionarios y enciclopedias que ocupaban un espacio delimitado sin traspasar nunca sus fronteras. A veces se apoyaba en ellos una postal en color de Suiza o una reproduccion de un cuadro de Giotto o Fra Angelico. Justo en el centro habia un tintero que recordaba un manantial en medio de un prado y, a su lado, una pluma y un manojo de lapices. Finalmente, un esbelto jarroncito de porcelana blanca y azul de donde a menudo asomaba el tallo de un solitario clavel o una rosa. Y todavia unas tijeras, un cortapapeles y una barra de lacre que oia a correos y a viajes a paises lejanos. Como la ventana de su despacho, el lugar de las reuniones dominicales de toda la familia, daba al norte y a la pared de la casa de enfrente, reinaba en esa habitacion la misma penumbra que en los cuadros antiguos. Junto a la ventana estaba la butaca donde mi abuelo se sentaba para leer y, en sus ultimos anos, para dormir.

Al otro extremo del estrecho pasillo, en la cocina donde se ajetreaba mi abuela menuda y encorvada, se celebraban las reuniones informales, los tes de la tarde. Era alli donde mi abuelo se fumaba sus medios cigarrillos. A veces, por el pasillo se escurria un extraño, el subarrendatario que mis abuelos se habian visto obligados a albergar para redondear su modesto presupuesto (la oficina de traducciones juradas no era un negocio boyante). El subarrendatario habitaba en un cuartucho que daba al patio y tenia a mis abuelos siempre descontentos. Era radicalmente extraño. No podia estarse quieto. Cuando aparecia en el pasillo en pantalones y camiseta, a mi tambien me parecia la quintaesencia de la extrañez. En nuestra familia, nadie se paseaba en camiseta. Naturalmente, cosa que yo ignoraba, el subarrendatario solia ser alguien que no pertenecia a nuestra pobre aunque orgullosa clase social. Nosotros formabamos parte de la *intelligentsia* (es decir, de una burguesia sin dinero), nosotros hablábamos distintas lenguas, leiamos libros, contemplabamos cuadros. Y eramos gente sin hogar, habiamos venido de Lvov. Y el subarrendatario, solo tolerado por mis abuelos a regañadientes, me parecia alguien que se adaptaba mejor a la realidad, alguien más fuerte y más familiarizado con su entorno. Todo un extraño.

La casa de mis abuelos estaba a ocho minutos de nuestro piso a pie. Sé a ciencia cierta cuánto se tardaba en cubrir este trecho, porque desde que recibí mi primer reloj, cada vez que lo recorría solo, intentaba batir un récord medido en minutos y segundos. La calle que unía aquellas dos viviendas primero se llamó Cżstochowska, pero a comienzos de los cincuenta había cambiado de nombre por el de Klement Gottwald. A pesar de ello, es decir, a pesar de llevar un nombre tan poco metafísico, para mí era el camino de los ángeles. Por aquel entonces, solíamos hacer la cena de Nochebuena con los abuelos y, después, regresábamos a casa donde, en un cuarto frío —la ventana había quedado entreabierta, lo cual era la muestra palpable de la visita del ángel—, nos esperaban el árbol de Navidad y los regalos. No sé por qué tardé tanto en darme cuenta de que mi padre abandonaba la casa de los abuelos un cuarto de hora antes que nosotros. Por el camino me parecía ver a los ángeles que se colaban en las casas de otros, presurosos, callados y diligentes, flotando con ligereza en el aire gélido de invierno. La nieve crujía bajo los pies y en las ventanas del vecindario titilaban las llamas de las velas que adornaban los árboles de Navidad.

Los regalos eran modestos. Mis padres no podían permitirse grandes dispendios. Mi padre daba clases en la Politécnica y escribía libros sobre las ondas de radio, pero su sueldo era ridículo. No tenía un escritorio comparable con el del despacho de mi abuelo. Trabajaba en una mesa normal y corriente que había comprado de ocasión. Puesto que la mesa era demasiado baja, mi padre la alzó, calzándola con cuatro latas de conserva vacías, como si herrara un caballo. Yo era uno de los más pobres de mi clase, pero me protegía el paraguas de ilusiones de la *intelligentsia*: mi padre era catedrático, los lomos de los libros llenaban a rebosar los estantes de mi casa. El mecanismo de mi amor propio sin duda se parecía a los esquemas psicológicos que mis antepasados nobles adoptaron al verse fuera de su clase, obligados por las circunstancias a trabajar como maestros de escuela de provincias. Después del octubre de 1956, mi padre, aunque no era militante del partido, fue nombrado vicerrector de la Politécnica. Yo tenía entonces once años y viví un momento de triunfo cuando el director de mi escuela, un perfecto conformista, empezó a tratarme como a un adulto y a interesarse por la salud de mi padre, por si le gustaba su nuevo cargo, etcétera, etcétera.

Éramos pobres, pero durante un tiempo sirvió en nuestra casa —probablemente porque cobraba una miseria— Czołga, una alemana entrada en años, mitad criada mitad niñera, que, a la larga, llegaría a ser un miembro más de la familia y nuestra mejor amiga. Después, se marchó a la Alemania Occidental, pero durante años nos mandaba desde allí cartas llenas de añoranza. Fue ella, o tal vez su sucesora, la que convenció a mis padres para que compraran una oca viva, que pasó unas semanas en la cocina confinada dentro de un cesto. Las bolas de pasta que le embutían en el gaznate —todavía lo recuerdo— despedían un olor extraño.

Las cosas se dividían en tres categorías: aristocráticas, burguesas y socialistas. Las aristocráticas venían de Lvov. Puesto que las familias deportadas no eran capaces

de llevárselo todo, se conformaron con lo más valioso: plata —y, probablemente, oro, sólo que mis padres nunca lo tuvieron—, pinturas, alfombras, kílimes, acuarelas, recuerdos familiares, libros raros y muebles de anticuario. Las llamo aristocráticas porque no servían para nada en concreto y su valor era emocional, sentimental más que mercantil. Los cuadros que colgaban de las paredes servían de recuerdos. Al igual que las acuarelas, los retratos profesionales y *amateurs* de los miembros difuntos de la familia y los esbozos que representaban las iglesias y las plazas de Lvov. Refiriéndose a esas cosas, se decía coloquialmente: de antes de la guerra.

En cambio, las cosas burguesas se denominaban con un adjetivo de nueva creación: postalemán (al igual que más tarde se hablaría del arte «posmoderno»). Cuando se marchaban de Gliwice, los alemanes debieron guiarse por la misma lógica que los habitantes de Lvov al abandonar su ciudad: se llevaron sus objetos aristocráticos, sus cubiertos de plata, su oro, sus pinturas, sus antigüedades, sus acuarelas y sus tesoros. En cambio, dejaron un montón de objetos utilitarios: cocinas, máquinas de coser Singer, máquinas de escribir Erika y Continental, herramientas, bicicletas y cubiertos de aluminio. Los metales nobles provenían de Lvov, los vulgares eran postalemanes. Naturalmente, los alemanes dejaron también las casas, los pisos, los jardines, los árboles, los pájaros y las nubes.

Nadie me va a creer, pero puedo asegurar que las cosas traídas de Lvov olían de un modo distinto que las locales, las postalemanas. No sé si hoy aún sería capaz de hacerlo, pero en aquellos tiempos sin duda habría sabido distinguir y clasificar los objetos con los ojos vendados, sólo por el olor que despedían. El metal de las máquinas de coser con una capa de barniz negro en el que se destacaban la letras doradas Singer olía de una manera totalmente distinta que el cucharón de plata con el monograma de mi abuela grabado en el mango. La radio alemana Nordmende se empeñó en conservar durante años su persistente olor alemán, a pesar de que ya hacía mucho que transmitía la voz de los presentadores polacos.

Una subcategoría particular englobaba los objetos pescados entre la ingente chatarra de los arsenales de guerra: fragmentos de pistolas, casquillos de balas, bayonetas herrumbrosas y botones de uniformes. Los conocía mejor por las leyendas que por haberlos visto. Eran muy codiciados entre los chavales.

Finalmente, las cosas socialistas las había producido la inepta República Popular de la posguerra. A veces —no muy a menudo— aparecía algo prometedor: una batidora de fruta o una grácil motocicleta, y enseguida despertaba un entusiasmo efímero —«¡quién iba a decir que sabemos hacer cosas así!», «¡vaya maravillas que inventan en nuestro país!»—, una admiración teñida de duda y de un escepticismo creciente, ya que la experiencia demostraba que en las tiendas sólo había a la venta objetos feos, mientras que los bonitos se esfumaban en un abrir y cerrar de ojos para no volver a aparecer nunca jamás.

Todas aquellas cosas tenían que convivir, tocarse, empaparse de sus olores y mezclarse continuamente para hacer honor a una sociedad sin clases. Pero, andando

el tiempo, en algunas afloraba la herrumbre y otras se volvían frágiles, transparentes y enclenques de tanto abrillantarlas.

Y los ancianos no dejaban de recorrer aquella ciudad que no entendían. Las viejas damas se ponían sombreros que habían estado de moda hacía cuarenta años, y se cubrían el rostro con una gruesa capa de polvos de arroz. Deambulaban sin ver nada. Me temo que hasta sus ojos estaban cubiertos por una capa fina de polvos. A su lado, caminaban viejos caballeros que no oían nada. Vestidos con sus trajes de antaño. Con corbatas donde habían anidado varias generaciones de polillas voraces. Hablaban de las cosas perdidas. De la ciudad perdida. De las colinas de aquella ciudad. De un día de mucho tiempo atrás. De las frambuesas delicadas y maduras. De los alemanes y de los rusos de la época de la guerra: ¿quiénes habían sido peores? Del hambre. De Siberia. De aquella criada tan amable y solícita que le toleraba las manos un poco largas. La ciudad que habían abandonado era la más bella del mundo.

Se trataban de señor ingeniero, señor consejero, señor redactor, señor presidente. No se habían hecho a la idea de que se encontraban en otra ciudad, extraña y fea. Consideraban que, en el fondo, seguían viviendo en Lvov. El letrado, la esposa del señor doctor. No habían sido capaces de trasladarse a Gliwice. Hubieran perdido la memoria o no, fingían que nada había cambiado. La ciudad entera se convirtió en un teatro. El señor comandante, la esposa del catedrático. Vamos a regresar allí, decían en los exiguos momentos de relativa lucidez. Nunca vamos a volver allí, contestaban los escasos realistas. Pero nadie les hacía caso. En el teatro empezó una función enloquecida: paseos, juego de apariencias y despliegue de títulos antiguos. Se celebraban partidas de *bridge*, tés danzantes, cumpleaños, almuerzos y funerales. Aquello era una especie de escuela de baile, donde el *maître* hablaba con una voz gangosa y casi en francés.

Nuestro vecino del piso de abajo odiaba tanto a los comunistas que nunca salía de casa. Sólo de vez en cuando se dejaba ver por el patio vestido con su pijama azul. Él también había venido de Lvov. Pertenecía al ala radical de la comunidad de advenedizos y se negaba a tener contactos con el nuevo mundo. Daba vueltas por el patio en pijama, no fuera que alguien pensara que había salido de casa. Los suyos eran los paseos de un preso por el patio de la cárcel. Por aquel entonces yo no lo entendía y me hacía reír. Ahora pienso en el sufrimiento de un hombre que se había condenado a sí mismo a largos años de arresto domiciliario y vivía en la penumbra sin deshacer los baúles entre paredes postalemanas. Era un hombre entrado en años, desesperado y lleno de odio. Sin duda, en sus sueños, regresaba al tiempo pasado y a la ciudad que había sido forzado a abandonar. Tal vez por eso siempre llevaba pijama. Vivía soñando y su pijama era una escafandra que le ayudaba a bajar como un buzo hasta el fondo del pasado.

No lo conocíamos. Se negaba a tener tratos con sus vecinos. No aparecíamos en sus sueños; luego, despierto, no quería saber nada de nosotros. Siempre andaba como adormilado. Era intransigente y solitario, aunque vivía con su mujer, que trabajaba y

se ocupaba de la casa. No obstante, tengo la sensación de que con su mujer tampoco hablaba. No sé nada de él. Sólo puedo imaginarme su amargura, sus monólogos internos y la luz de sus ensueños. Y también sus despertares sin ninguna esperanza. Sombras en las paredes, detrás de la ventana el edificio contiguo y, más allá, otro, también gris.

Y la torre de la iglesia neogótica. La ruinas del teatro municipal bombardeado por los rusos, o tal vez por los americanos, en los últimos meses de la guerra. La fundición y la mina. Un pequeño estanque donde yo intentaba pescar con una caña muy rudimentaria hecha de una rígida percha de bambú. En uno de los parques, el invernáculo donde reinaba un calor húmedo verdaderamente africano y podían contemplarse peces de colores, que a decir verdad eran de un solo color, el rosa. Y mi anciana tía que jugaba con las monedas de plata que había traído de Lvov. Cajitas de lata llenas de tesoros.

Y más casas. En ellas, además de inmigrantes, también silesianos y alemanes (alemanes postalemanes). Yo no sabía gran cosa de ellos, no coincidíamos casi nunca, si no tomamos en consideración a Czołga. Yo pertenecía a una gran compañía que un día había acampado en esta ciudad con sus viejos, sus bebés y una gran cantidad de atrezzo y decorados.

Había también un aeropuerto que, en mis tiempos, daba cobijo a un par de viejos biplanos llamados *kukuruzhnik* y a una numerosa flotilla de planeadores blancos y mansos que se dejaban amar fácilmente, ya que se deslizaban por el aire en silencio, con suavidad y sin causar daño a nadie. Además del ferrocarril normal, había también un tren de vía estrecha. Su tortuoso itinerario acababa en un pueblecillo situado a apenas veinte kilómetros. Los minúsculos vagones avanzaban despacio, tan despacio que, sacando el brazo por la ventanilla, se podían tocar los árboles, los postes de telégrafo, el aire y el ramaje. A lo largo del recorrido se desparramaban estaciones en miniatura y, en la sala de espera de una de ellas, habían anidado unas golondrinas, de modo que estaba prohibido cerrar la puerta, no fuera que los polluelos muriesen de hambre.

En un sentido simbólico, la antítesis de aquel tren (lentitud *versus* velocidad) lo constituía la autopista que bordeaba la ciudad, uno de los grandes logros de la civilización del Tercer Reich. Aún muchos años después de la guerra, había tan pocos coches que, por regla general, la autopista estaba desierta. La cruzaban vacas y cabras y, a través de la niebla otoñal, rodaban por ella los pesados carros tirados por caballos. A veces, no se veía ni un alma viviente, y sólo las hormigas peregrinaban de norte a sur y de sur a norte. A ratos, los únicos usuarios de la autopista eran los ciclistas y, entre ellos, inclinado sobre el manillar, el autor de estas palabras.

Había una cosa más: el nuevo régimen político. Hoy, ya está perfectamente descrito y desenmascarado, ha sido el tema de bibliotecas enteras y de miles de tesis doctorales. Todo está claro, y ya sabemos que se trataba de la versión comunista del totalitarismo cuyas características son tales... o cuales... Pero entonces aún no se

habían escrito aquellas tesis doctorales ni aquellas bibliotecas, no se habían llevado a cabo aquellos análisis ni se habían organizado coloquios sobre el tema. El nuevo régimen se reconocía sólo por los síntomas siguientes: la palidez del rostro, el temblor de las manos, las conversaciones en voz baja, el silencio, la apatía, la costumbre de cerrar a conciencia las ventanas, la desconfianza para con los vecinos y la afiliación masiva al partido detestado.

El uno de mayo, por la calle de la Victoria (es decir, de la derrota), desfilaban los manifestantes. Deportistas, estudiantes y obreros marchaban marcando el paso delante de la tribuna de honor. Los camiones transportaban monigotes enormes que representaban a los enemigos de la clase obrera, y en especial a Truman. Truman fumaba un puro de casi medio metro de longitud. Yo lo odiaba, era la personificación del mal. Asociaba su apellido con la palabra ataúd<sup>[3]</sup>. Incluso hoy, cuando pienso en Truman —y lo hago raras veces— tengo que separar la antigua capa de connotaciones funerarias y siniestras del análisis histórico racional. Muchachas hermosas agitaban sus pañuelos rojos en el aire, saludando a los idiotas congregados en la tribuna.

El uno de mayo, la generación de los mayores —aquellas damas refinadas e irreales y sus caballeros duros de oído desaparecían de las calles de la ciudad—, se parapetaba en sus casas, dejando el escenario libre para otro tipo de teatro. Se refugiaba en sus hogares y, probablemente, escuchaba Radio Londres que, fueran buenas o malas, siempre daba noticias verdaderas.

En la ciudad de mi infancia se enfrentaron las dos grandes bestias de Platón. Una era bastante natural, de cortos alcances, cubierta del pelambre propio de los animales, soñolienta y bondadosa, siempre que se le dejara en paz y si no estaba furiosa con los judíos o los ucranianos. La otra tenía los dientes postizos, pero afilados, piel artificial, banderas rojas y altavoces en lugar de garganta. Una había venido de Lvov, la otra de Moscú. Dos conformismos. Uno se había plasmado durante siglos, lo habían formado generaciones de nobles terratenientes y farmacéuticos, zapateros y médicos; el otro había sido chapuceado de prisa y corriendo por Lenin y sus adláteres guillotizados.

El animal totalitario era una criatura muy extraña, un conformismo sin conformistas, ya que no resultaba nada fácil encontrar a alguien que fuera partidario incondicional del nuevo sistema, sin contar a los funcionarios que a cambio de su entusiasmo recibían un sueldo y una relativa seguridad. No faltaban poetas y prosistas que cantaran las glorias de aquel animal feroz, pero en nuestra ciudad sólo vivía un poeta y no había prosistas ni para un remedio.

Se había desencadenado una lucha a vida o muerte. Todo se convirtió en campo de batalla: las escuelas, las fábricas, los despachos y las oficinas. Al margen quedaban sólo los viejos y los que habían perdido la memoria o fingían haberla perdido. Todos los demás estaban implicados de algún modo.

Sin embargo, a veces el sol lucía con tanta intensidad y las hojas de los árboles brillaban tanto que las dos partes del conflicto olvidaban por unas horas o unos días la

guerra que se habían declarado y se dirigían al bosque, a las orillas de un lago, hacia los campos y los prados, los álamos plateados y la tierra castaña.

En uno de los parques había una piscina postalemana. Yo la frecuentaba con mi abuelo, que nadaba a espaldas despacio, flotando sobre la superficie del agua como una barca sobre las olas del Mar Muerto. Después de bañarme, me tendía sobre un banco de madera mirando el cielo. Desfilaban por él unas nubecillas delicadas y elegantes de contornos mudables. Entre las nubes se cernía un halcón pequeño como la cabeza de un alfiler que me observaba atentamente. Humeaban las grandes hojas de los lampazos. Sentía mi piel secarse al sol. Mis manos rozaban la hierba, se enmarañaban en sus tallos amargos y, por un instante, más que a mí, pertenecían al mundo vegetal. Escarabajos de alas negras y duras, y minúsculas hormigas siempre atareadas pululaban por ellas.

Aquel parque, donde crecía la hierba espigada y algunos árboles centenarios eran más altos que las casas de la calle principal, me pertenecía. O eso pensaba. Nadie más quería ser su propietario. Las viejas generaciones seguían mirando con desprecio las flores y los árboles de aquella ciudad. Sólo importaban los jardines que habían dejado allí, en el este. Pero yo no conocía más que los álamos y los olmos locales, y les tenía cada vez más cariño. Me gustaba el sabor de las hojas de menta trituradas con los dientes, me gustaban los troncos ásperos de los escasos pinos y la piel lisa y cenicienta de las enormes hayas en la que las parejas de enamorados grababan con un cortaplumas sus iniciales entrelazadas.

No me había vuelto un amante de la naturaleza. Simplemente, me gustaba el mundo. Pero a los ojos de los mayores, y sobre todo de los más viejos, me estaba convirtiendo en una especie de traidor. Porque no era apropiado admirar el mundo allí, en aquella ciudad accidental. Y yo me tomaba en serio algo que debía tratarse con distancia, altivez y desaire. Me había enamorado de las apariencias. Las hojas de los árboles nacían en primavera, en verano presumían de su verdor esmeralda y de la perfección de su tela y corte, pero justo entonces, en el momento de máximo esplendor, dejaban de crecer, se detenían, y no les esperaba sino la decadencia, las tinieblas del frío otoño, un aterrizaje humillante a la orilla de un charco, debajo del tacón de una bota, en la papelera, en la muerte.

Las hojas de Lvov eran otra cosa. Eran eternas, infinitamente verdes e infinitamente vivas, indestructibles y perfectas; se movían con la ligereza y distinción de las aletas del delfín. Su único defecto era la ausencia, o incluso la inexistencia. Pero la existencia no es un rasgo inmanente de las cosas; ya Kant reparó en que cien táleros existentes no difieren en absoluto de cien táleros imaginarios.

Me gustaban aquellos parajes: el parque, la piscina e incluso el río todo negro, convertido desde hacía años en un sumidero de aguas residuales que olía a química y no a agua. Colindaba con el parque un estadio deportivo. Los domingos atraía a multitudes, pero entre semana no había nadie. Sólo se percibía la ausencia de la muchedumbre, una ausencia que aún no era soledad, sino —lo que en el fondo es lo

mismo— el envés del grito y la respiración de miles de personas. Allí experimenté por primera vez la peculiar sensación que produce la imagen de un sitio destinado a un público numerosísimo cuando, momentáneamente, está vacío. Hoy, basta con entrar en cualquiera de las antiguas iglesias de Francia para experimentar un vacío semejante. Semejante, pero no igual.

Me gustaban aquellos parajes, porque no conocía otros. Me interesaba lo que sucedía, porque no había vivido otros sucesos. Había nacido un mes después del final de la guerra. No sabía nada. A menudo pienso que aquellos ancianos y también las personas en la flor de la edad, que a mis ojos inexpertos eran sólo juguetes del tiempo, desdichados que habían cometido la imprudencia de hacerse viejos, cargaban a sus espaldas vivencias extraordinarias. Habían sobrevivido a una guerra y a dos — de hecho, tres— ocupaciones: la soviética, la alemana, y otra vez la soviética. Sin duda, eran gentes de diversos pelajes: gente que había salvado a otra gente y gente que había denunciado a judíos. Había entre ellos traidores, héroes, simples comparsas y grandes magos de los negocios, de la picaresca, de la plegaria, de la bondad o de la crueldad. Ahora se cruzaban en la misma calle y seguramente habrían podido decir muchas cosas unos de otros, pero no solían compartir estos conocimientos con los demás. Habían subsistido por casualidad o por milagro, se habían salvado gracias a la providencia divina o pagando un precio terrible. Cada uno de ellos guardaba un secreto vulgar o conmovedor. Unos pocos relatos autobiográficos han iluminado los avatares de algunos, pero, por regla general, aquel universo secreto de la memoria se ha esfumado sin dejar rastro, un universo de interrogatorios, cacheos, campos de concentración, fugas y coincidencias inverosímiles.

A su parecer, el hecho de nacer un mes después del final de la guerra sonaba casi a broma. Era como llegar a la filarmónica diez minutos después de acabarse el concierto y encontrar sólo un paraguas que alguien se ha dejado en el guardarropa. Cierto, la guerra entre los dos grandes animales aún continuaba, pero la gente ya no moría en la calle (si acaso, en la cárcel), ya no había redadas, nadie cruzaba clandestinamente la frontera y se habían acabado las deportaciones masivas a Alemania y a Siberia. Desde su punto de vista, se acababa la era de la acción y empezaba la de la imaginación. O tal vez éste fuera mi punto de vista.

Desde su punto de vista... ¡Como si yo pudiera saber lo que pensaban en aquellos momentos! Debería limitarme a lo que he visto, a lo que recuerdo y a lo que quiero retener en la memoria. Del parque, me gustaba la realidad absoluta —así me parecía— de los árboles y los arbustos, e incluso de aquella hierba artera e implacable. El parque, la piscina, el río y el estadio desierto formaban un barrio deshabitado. Allí buscaban refugio las cornejas vociferantes, allí vivían los recatados mirlos de pico amarillo, allí reposaba un enorme peñasco que nadie era capaz de mover de su sitio, allí no sucedía absolutamente nada.

A partir de un cierto momento, todo empezó a cambiar. Yo vivía como en las páginas de una *Bildungsroman*. Cada mes me apasionaba una cosa distinta, me

absorbían otros intereses frenéticos, otros caminos y atajos que conducían a la iniciación. Coleccionaba sellos, era *boy scout*, excursionista o hinchado de un equipo de fútbol; montaba —con la ayuda de mi padre— una radio a galena, me dedicaba a la fotografía, atesoraba minerales, tarjetas postales, mapas y libros.

No recuerdo cómo me hice monaguillo. Lo más probable es que no fuera por influencia de mis padres que, si bien eran católicos, no exageraban en las manifestaciones de su escaso fervor religioso. Pero no faltaban a la misa de los domingos. La iglesia desempeñó un papel muy importante en la lucha entre aquellos dos grandes animales. Podría decirse que nuestro gran animal vivía en las iglesias, se refugiaba en ellas, allí recuperaba las fuerzas, se alimentaba, descansaba y se regeneraba.

El famoso padre N. pronunciaba sermones atrevidos y furibundos en los que, sin embargo, no vituperaba al nuevo régimen, sino que fustigaba, cual si fuera Savonarola, a su propia comunidad. Sois vagos, desidiosos y cobardes —repetía cada domingo desde el púlpito. Sois gandules, vuestra fe es tibia, traicionáis a Jesucristo a cada paso. Al principio, pensé que no habría quien quisiera escuchar sus sermones, pero me equivoqué, porque el padre N. se convirtió en el cura más popular de la ciudad. Era apuesto, tenía el pelo negro, el rostro alargado y unos ojos oscuros en los que ardía una inspiración burlona reforzada tal vez por las fiebres tísicas. Todos temían confesarse con él. A diferencia de otros confesores que recibían con flema y apatía las confidencias de los penitentes hincados de rodillas, el padre N. hacía preguntas agresivas. ¿Has mentido? ¿Has jurado en falso? ¿Has tenido pensamientos impuros?

¿Y quién no ha tenido pensamientos impuros? No obstante, la cola ante el confesionario del padre N. era siempre la más larga. Después de confesarse, las muchachas se contaban lo que les había preguntado el cura, mientras que los chavales salían corriendo de la iglesia y pateaban con rabia las castañas desparramadas por el sendero cubierto de grava.

Al cabo de un tiempo, el padre N. desapareció, lo substituyó el padre O., calvo y de cara abotargada. En el padre N. todo era anguloso, alargado, oscuro e iracundo, y en el padre O., redondo, mórbido, blancuzco, reluciente y húmedo.

Me hice monaguillo. Por primera vez en mi vida tenía acceso a un lugar vedado para la mayoría de los simples mortales: la sacristía. Me levantaba temprano y corría a la iglesia, un gran edificio neogótico de ladrillo rojo. En la sacristía siempre reinaba la penumbra y un ambiente soporífero. A lo largo de las paredes, se empinaban altos aparadores repletos de cajones. En el centro, una vieja mesa de madera de roble. El olor a madera se mezclaba con el del agua bendita, porque huelga decir que el agua bendita no huele como la normal. En los hondos cajones del aparador, dobladas como manteles, yacían las sobrepellices y las casullas que despedían olor a almidón. El verdadero amo de aquel recinto era el viejo sacristán, para quien el párroco y el rebaño de feligreses —por no decir nada de los monaguillos— eran personajes

substituibles, provisionales, pasajeros, y sólo él, tan encorvado que no veía más que las baldosas del pavimento, estaba allí para siempre, hasta el final, de día y de noche.

Para poder entablar un diálogo con el cura que estaba delante del altar tuve que aprender la misa en latín (esto fue antes del Vaticano Segundo).

En la sacristía, los rayos de sol, finos como el haz de luz proyectado por una cámara de cine, barrían el aparador y las paredes, rozaban los pies de Cristo clavados al crucifijo, el ramo mustio de gladiolos y la casulla resplandeciente del sacerdote. La ventana neogótica era una pobre fuente de claridad. El polvo se estremecía y viajaba despacio por los corredores de luminosidad solar.

El arte de ayudar en misa consta de cuatro elementos fundamentales: la coreografía, es decir, la complicada secuencia de gestos, movimientos, genuflexiones e incorporaciones; la recitación del texto de la misa en latín; el manejo de toda una batería de campanillas y el uso del pebetero.

La misa comenzaba con un tirón enérgico a la cinta de la campanita que colgaba encima de la puerta de la sacristía. El sacerdote emergía de las profundidades neogóticas seguido por dos monaguillos concentrados como él y vestidos con sobrepellices blancas que cubrían el traje de diario. Los tres avanzaban con la mirada clavada en el pavimento y parecían hacer caso omiso a la muchedumbre congregada en la iglesia (suponiendo que hubiera una muchedumbre, porque las misas matinales a las que se solía relegar a los debutantes reunían sólo a un puñado de feligreses).

Pero en la sacristía reinaba otro ambiente. Los monaguillos se tronchaban de risa. El padre O. repartía papirotazos y, durante un buen rato, intentaba dominar la situación, pero acababa riéndose como nosotros, ya nada distinto de un muchacho de doce años. Alguien se subía a una silla para fingir que era el Papa y bendecir la urbe y el orbe. Los gemelos K., con sus cabezas redondas pobladas de la misma mata de pelo crespo, no dejaban de pegarse, como si quisieran hacerse daño, lastimarse y destruir así el parecido que los unía. El padre O. ora se ponía a favor de uno, ora a favor del otro. Alguien silbaba la canción más popular del momento («Era otoño, ¿lo recuerdas?...»), y dos chavales bailaban pegados imitando a una pareja enamorada. Otro recitaba la misa en latín, pero al revés, de modo que las frases no tenían ningún sentido. En aquella penumbra, se arremolinaba el tropel de monaguillos desbocados, y encima se elevaba el cráneo del padre O. iluminado por la alegría. El sacristán, callado y lúgubre, era el único que no participaba nunca en aquellas orgías irreverendas.

Los monaguillos eran nihilistas. Les importaba un bledo la fe y la metafísica, no les interesaba Jesucristo ni Judas. Lo único que contaba era el manejo diestro del pebetero y de la batería de campanillas, la ejecución impecable de la coreografía y la capacidad de adoptar un semblante serio y recogido en cuanto el séquito encabezado por el cura abandonase la jubilosa sacristía. Estas mismas habilidades establecían la jerarquía dentro del grupo de monaguillos. Su caudillo era un muchacho delgado, mayor que yo. Quizá el único que no manifestaba cinismo. Su maestría técnica en el

arte de ayudar a misa era tan grande que casi le daba vergüenza demostrarla.

No tardé mucho en desertar de la sacristía. A decir verdad, nunca conseguí dominar un elemento importante del oficio: el manejo de la batería de campanillas. Pronto compareció en nuestra casa el padre O., exigiendo que regresara. Por suerte, mis padres me defendieron. Me sentí muy agradecido. Entretanto, de acuerdo con la lógica de la *Bildungsroman*, inicié el siguiente episodio de la novela y decidí hacerme *boy scout*. Cambié el pebetero por una navaja, una brújula y un silbato.

Entonces no me daba cuenta de lo diferentes que eran las dos vocaciones. El monaguillo es una de las encarnaciones de la figura del mediador, alguien que actúa entre la gente y ante la gente, en público. Su oficio contiene una fuerte dosis de teatralidad. El monaguillo no piensa en Dios; se relaciona con el sacerdote y con el grupo de personas reunidas en la iglesia. En principio, cuanto más místico sea el cura, tanto más obsequioso y jocosamente benévolo deberá ser el monaguillo; una de sus obligaciones es allanar las tensiones demasiado violentas. Cuando más tarde me he cruzado con individuos que han logrado tener un cierto éxito en la vida, a menudo resulta que de pequeños habían sido monaguillos. Probablemente, es un buen entrenamiento para los que aspiran a convertirse en profesionales de la mediación.

Por el contrario, el escultismo oscila entre dos carreras radicalmente distintas de la del mediador: la de soldado y la de aventurero. El aventurero actúa en solitario, el soldado suele ir acompañado de otros soldados, pero ninguno de los dos se caracteriza por la obsequiosidad típica de los mediadores.

Uno de los grandes placeres de ayudar en misa era sin duda el contacto con la masa humana. Sobre todo en invierno, cuando el frío convertía el aire en un gas áspero y cortante que hacía reventar los pulmones —la gente mayor decía con desprecio: ¿qué invierno ni qué ocho cuartos?; los de allí sí que eran inviernos como Dios manda—, aquella masa se convertía en un verdadero animal. Gorros de pieles, respiración humeante, brillo en los ojos, frentes perladas de sudor, gotas de agua en el pelo y en las barbas. La multitud adquiría la forma de un monstruo bigotudo, se sacudía la nieve de las botas, empalidecía y enrojecía por turnos, tosía, estornudaba y respiraba al compás.

A menudo, yo tenía la sensación de que iba a suceder algo. La iglesia estaba hasta los topes, repleta de un gentío innumerable que se empapaba dócilmente de los sermones del padre N. y, más tarde, del padre O. Me parecía que algo iba a ocurrir, que estallaría una guerra o una revolución, que empezaría una sublevación o una marcha triunfal hacia Varsovia, Lvov o París. Resonaban los atronadores cantos litúrgicos, temblaban los muros del templo. Y después, nada. No ocurría nada, la multitud se deshacía en partículas pequeñas, en átomos, y los fieles se dirigían a su casa en medio de la ventisca para consumir el desayuno de domingo. Y ahí les aguardaban la impotencia, la apatía y la soledad. En las casas, en los pisos, vivían pequeñas familias nucleares segregadas según el astuto *principium individuationis*, un padre, una madre y dos críos (nuestro caso), demasiado pocos para iniciar una

revolución. La nieve sepultaba las calles, el crepúsculo temprano borraba los contornos de los edificios y de los árboles, desde la cercana estación de ferrocarriles llegaba el plañido lastimero de una locomotora detenida ante un semáforo.

En algunas casas, la gente cantaba villancicos. En muchas otras, reinaba el silencio. Uno de los amigos de mi padre perdió a su mujer y a su hijo en la Insurrección de Varsovia. Era un hombre de pocas palabras. En las guerras de antaño solían sucumbir los hombres, pero en la última, a menudo fueron los soldados quienes lloraron la muerte de sus mujeres y de sus hijos.

En mi infancia, los adultos estaban muy cansados y probablemente sólo fingían creer todavía en algo. Iban a misa por inercia, rezaban por el hábito de hacerlo. Vivían por la fuerza de la costumbre. Los salvaban las pautas adquiridas y las convenciones de antes de la guerra. Se ayudaban con su muestrario de viejos vestidos y con títulos y jerarquías que habían perdido actualidad hacía muchos años. A mí me rondaba por la cabeza la idea de amotinarme, pero no sabía cómo. Sin embargo, ellos —y, de hecho, también yo— vivían aplastados por el peso de una revolución cruel y radical que les era administrada en pequeñas dosis mensuales, semanales y diarias. El objetivo de aquel complot era la transformación definitiva y total del colectivo humano que, desde que el mundo era mundo, estaba formado por figuras y personajes ligeramente modificados, pero recurrentes a semejanza de las cartas del tarot: en cada generación encontramos al Timador, al Trotamundos, al Parlanchín, al Borracho, al Chulo, al Propietario, al Inquilino, al Seductor, a la Seducida, al Usurero, al Sacerdote, al Artista, etcétera. La revolución social ideada por los comunistas partía de la premisa de que había algo malo y pecaminoso en aquella variedad de tipos que se había mantenido inalterada durante siglos, y su aspiración era crear sólo tres clases de hombre: el Funcionario, el Obrero y el Policía.

Algunos puntos de este programa podían parecer atractivos. Por ejemplo, el personaje del Propietario a menudo es repugnante. La idea de borrarlo de la faz de la tierra debía de seducir a los Inquilinos, los Lectores y los Artistas. Sin embargo, nadie había previsto que el Propietario, un espécimen biológicamente fuerte, pudiera con el nuevo régimen. Algunos Propietarios lograron mantener sus tiendas y sus talleres privados, y otros, mucho más numerosos, se transformaron pronto en Funcionarios y, pasado el tiempo, ya no sólo daban órdenes, sino que se complacían clandestinamente, o incluso a cara descubierta, de la posesión de bienes.

La revolución aspiró a cambiar la naturaleza humana, su doble rostro animal y aleatorio. Esta duplicidad se debe a que cada uno de nosotros pertenece a uno de aquellos tipos, pero, al mismo tiempo, a veces es capaz de alcanzar una esfera superior, la región de la libertad y de la magnanimidad, donde la taxonomía anterior de repente pierde vigencia, por un instante o incluso para siempre. Y todo aquello sucedía en mi ciudad, en mi escuela, en mi calle, en mi vida, aunque durante un tiempo no me diese cuenta de la gravedad de la situación y, más tarde, cuando ya me orientaba bien en los arcanos de aquella lucha y era consciente de cuánto estaba en

juego, me negase a consentir que aquel conflicto determinara mi manera de ver el mundo: había algo más, de eso estaba totalmente seguro, aunque no cada día supiera precisar a qué me refería.

Mientras tanto me hice *boy scout*. Esto ocurrió después del octubre de 1956 que, igual que la cesura divide un verso, escindió mi infancia en dos fases distintas. El comunismo se había vuelto algo más soportable y, a partir de entonces, a los escultistas les estaba permitido recorrer los bosques mapa y brújula en mano. Aproveché aquella rendija de libertad nueva y me puse a explorar los bosques, pertrechado con un mapa, una brújula y una navaja finlandesa. Sin embargo, pronto intuí que había caído en las garras de otro gran animal, uno que no se avergüenza de su uniformidad, sino que a cada rato alardea de ella. Porque el ideal que cultivaban los escultistas era el de soldado y no el del aventurero que actúa en solitario, cruzando la inmensidad del continente africano o escribiendo un libro que ninguna editorial le ha encargado.

La otra multitud que conocí fue el público del estadio de fútbol, el mismo que me gustaba contemplar cuando quedaba desierto y, en medio de un silencio imperturbable, descansaba del griterío y de los silbidos. Durante dos años fui hinchas de un equipo totalmente inepto que nunca salió de segunda B. Su único valor consistía en que era un equipo local que representaba a nuestra ciudad en la compleja jerarquía del deporte europeo, aunque, dicho sea de paso, Europa nunca se enteró de que mi club existía.

Me fascinaba la diferencia entre la multitud que iba a ver el partido llena de expectativas, tensa, en un estado de festiva apertura a lo nuevo, a lo desconocido e imprevisto —porque una cosa era segura: los partidos eran dominio de la libertad, ya que nadie sabía de antemano su resultado—, y la multitud que regresaba del estadio por la calle Kujawska, cabizbaja, lenta, apática y fúnebre si habíamos perdido en casa, o alegre, veloz y pendenciera si habíamos conseguido la victoria. El empate invitaba a conservar una actitud irónica más o menos filosófica y, en los individuos de talante poco intelectual, daba pábulo a dar muestras de una sorna ominosa y airada y a amenazar con no poner nunca más los pies en el estadio. Después de lo cual, pasadas dos semanas, aquellos hinchas amargados y cínicos volvían a acudir a las gradas con la esperanza de que se produjera un milagro, es decir, de que ganáramos el partido.

Los lunes que seguían a un «domingo de liga» me aguardaba el placer de abrir el periódico local que todavía olía a tinta y en cuya última página se podían leer las críticas y los reportajes de los partidos más importantes y, también, una breve mención al encuentro de segunda B que yo había presenciado.

Me saltaba las demás columnas del periódico. La primera página solía ostentar los cráneos macizos de los dirigentes del partido y titulares como por ejemplo «nuevos planes de agresión por parte de la Alianza Atlántica» o «imparable mejora en la situación de la agricultura». En la segunda y la tercera, los epígrafes eran más

modestos. Hablaban de la «falta de productos alimenticios congelados en Chorzów» o de «retrasos en las obras de rehabilitación de las escuelas de Katowice».

Sin embargo, la contraportada era deliciosa. Los lunes siempre la adornaba la foto de un portero que planeaba en el aire aferrado a la pelota y flotaba durante una eternidad por encima de la superficie de la tierra. El portero efectuaba un magnífico viaje aéreo y podía contemplar tierras y mares a vista de pájaro. Vestido de negro y con guantes, burlaba la ley de la gravedad; sus brazos estirados hacia la pelota y sus manos crispadas irradiaban el fervor religioso de los monjes medievales. Volaba, flotaba, boyaba, permanecía ligero encima de la superficie del campo de fútbol (sobre el césped —decían siempre los comentaristas deportivos—), suspendido horizontalmente y más parecido a un lucio que a un *homo sapiens*. Un ser del más allá.

Los fotorreporteros sin duda eran conscientes de la magia irresistible que contenían aquellas tomas, porque en los partidos de más categoría —que no en los duelos que mi equipo suicida libraba en segunda B— se agolpaban a ambos lados de las porterías a la espera del momento en el que el portero, nervioso, palpitante, convulso y agitado cual si fuera un paciente de un hospital neurológico, se abalanzara sobre la pelota y permaneciera en vilo durante un instante. Relampagueaban los flashes, chasqueaban los obturadores de las cámaras y, gracias a ello, podía publicarse en la edición del lunes la imagen del portero cosmonauta que abandonaba la zona de la gravitación terrestre.

Era algo extraño. Un partido que duraba una hora y media y consistía en una cantidad inimaginable de pequeños acontecimientos, incidentes, acciones, gritos y gestos, aparecía condensado en la última página del periódico en una fotografía un poco irreal. La inercia representaba el movimiento, un momento de nirvana substituía el de tensión, el silencio simbolizaba el ruido.

¿Cómo retratar la realidad? Yo mismo era aficionado a la fotografía, tenía una cámara Druh, la más barata que existía, una ampliadora y los reactivos químicos imprescindibles para llevar a cabo el complicado proceso de producción que empieza por la acción del obturador y termina en una estampa seca y brillante.

Fotografiaba los cerezos en flor, las puestas de sol, las pasarelas de los estanques, las iglesias de madera de las aldeas, las playas del Báltico (durante las vacaciones de verano), las vallas, las capuchas de nieve de los tejados angulosos, los faros marinos y las sombras, unas sombras negras y jugosas, fieles compañeras de todas las cosas. También me autorretrataba con ayuda de un primitivo disparador automático. Salía siempre algo asustado, pillado por sorpresa, torcido. Nunca retrataba a los miembros de mi familia, a los representantes de la generación mayor. Tal vez considerara que era imposible sacarles fotos, puesto que formaban una unidad inseparable con una ciudad que sólo existía en su memoria. En invierno, se escudaban detrás de las bufandas y gorras de lana o de pieles, mientras que en verano los protegían sus recuerdos.

Yo era más sensible hacia los objetos que hacia las personas. Me atraían las construcciones metálicas, los pretiles de hierro colado de los puentes del siglo XIX, los tejados góticos de las casas de pueblo, la secuencia rítmica de los balcones y las ventanas, las escaleras y los peldaños que se tostaban al sol de julio. Era un constructivista retardado, un epígono de las corrientes de los años veinte inconsciente de serlo. Deseaba seguir admirando las cosas y sus ritmos, como si aún no supiera que las cosas también estaban exhaustas, desganadas y tristes, ya que habían pasado por una guerra, habían causado muertes y habían sido desclasadas y humilladas.

Me gustaba el grano gordo de las fotos. La superficie de los objetos fotografiados —y de las personas— no formaba una mancha compacta y sólida, sino que se componía de puntos, de granos, era irreal, brumosa, y ponía de manifiesto la fragilidad del mundo. Entre los puntos negros del entramado de las cosas traslucía la nada blanca.

Todo el mundo esperaba algo. Algo iba a ocurrir. Después de las lecciones de catecismo nadie tenía ganas de irse a casa. También los retornos de la escuela duraban una eternidad. Vagaba por la ciudad con un grupo de amigos. A veces, subíamos a un tranvía y viajábamos hasta el extremo opuesto de Gliwice, pero no tardábamos en volver, ya que nada de lo que había allí nos llamaba la atención. El otro extremo no era en absoluto diferente del nuestro. Aún creía que había alguien que lo sabía todo, que lo comprendía todo, que había adivinado el significado de los acontecimientos, de la guerra y de la paz, del horror y de la placidez. Soñaba con encontrar un guía espiritual.

Casi todos mis profesores eran unos embusteros y, para colmo, no unos embusteros fatuos y arrogantes, sino más bien unas personas inseguras que daban a entender que estaban obligadas a mentir y avisaban así a sus alumnos que ni se les ocurriera tomarlos en serio. Lo mismo se repetiría en la universidad: la misma mentira compungida, casi evasiva.

Algo tenía que ocurrir. El cielo es una pantalla en la que se proyectan las profecías. Los nubarrones traen tristeza, los borregos prometen un poco de alegría. Un día, después del catecismo, nos entretuvimos delante del edificio achaparrado de la parroquia. Los muchachos lanzaban miradas a las muchachas, y las muchachas fingían no ver a nadie. Estuvimos así un largo rato, una eternidad, nadie miró el reloj, anohecía, los murciélagos se derramaban de las copas de los árboles, se encendían los faroles de la calle, las falenas desasosegadas trazaban grandes círculos en el aire, salió una luna pelirroja. Hablábamos a media voz. Cada uno de nosotros llevaba su destino entrelazado en el pelo, oculto en las sonrisas y en los silencios. Uno de mis compañeros iba a morir joven, cuando todavía era estudiante, escalando en los Dolomitas. El resto viviría.

Nos unía la historia y nos separaban los destinos. Hablábamos de cosas insustanciales. El anochecer era largo. El crepúsculo tiene muchas tonalidades. Empieza por un gris grafito, por la niebla, la opacidad y el cansancio. Después, el

mundo se vuelve ciego y llega la noche ceñuda. Un perro ladró a lo lejos. En la oscuridad, aquella ciudad mediana se convertía en poco más que una aldea. Seguimos charlando, no teníamos prisa. Ante nuestros ojos se revelaba no tanto el futuro en sí, como la posibilidad e incluso la necesidad de futuro. Estábamos inquietos. Y sentíamos añoranza. Aquel anochecer insólito era como una lente que condensaba las sombras de sucesos lejanos y las siluetas indecisas de la gente que íbamos a conocer, amar, perder y recuperar.

El padre P. se asomó a la ventana y nos conminó con chanzas a marcharnos a casa. No queríamos ir a ninguna parte, por un instante no teníamos casa. Eramos jóvenes de la misma edad, nuestros destinos se habían cruzado e iban a separarse. Teníamos que volver a nuestras casas, pero lo dejábamos para más adelante. Estábamos juntos, a nuestro alrededor se había cerrado la noche. Era el mes de mayo, no pasaba nada, un avión sobrevoló nuestras cabezas balanceando las luces, una verde y una roja. Desfiló el último autobús. La ciudad conciliaba el sueño.

Y entonces experimenté algo nuevo: podía estar con gente, en un grupo, incluso en una pequeña multitud, sin dejar de ser yo. Podía sentir —de un modo palpable y penetrante— la presencia del prójimo, sin que por ello perdiera mi yo, lo individual y lo cotidiano. Pero intuí que aquellos instantes de proximidad amigable no sucedían a menudo ni podían evocarse a voluntad. A veces ocurrían y, dicho esto, dicho todo.

Por aquel entonces, tenía quince años. El anochecer no terminaba y en cierto sentido no ha terminado nunca, e incluso sigue durando ahora que escribo estas palabras. Dura como un paréntesis que el autor ha abierto y que, por distracción o por ánimo de nadar contra corriente, nunca ha cerrado. En los rumores de aquel anochecer, en las sombras y los trinos de los pájaros que se disponían a dormir, estaban escritas varias profecías. No me refiero a augurios concretos («veo un viaje y a una mujer morena»), sino al levantamiento de un telón, al descubrimiento de un horizonte nuevo. Seguramente, todos sentimos lo mismo, todos los que permanecemos largo rato bajo los árboles sin prisa por marcharnos a ningún sitio.

Nos habíamos desligado de nuestros padres —apenas por un instante, porque todavía nos reuniríamos con ellos innumerables veces— y nos habíamos quedado solos dentro de la alta chimenea de la noche, a oscuras y en silencio.

La escuela era otra cosa. En la escuela, que recordaba un cuartel, no hubiera podido ocurrir nada semejante. Las mujeres de la limpieza fregaban las escaleras, los pupitres y las ventanas, trajinando de un piso a otro pesados cubos llenos de agua o arrastrándolos bruscamente por el pavimento de baldosas. En el patio de la escuela crecían dos castaños enormes. Bajo uno de ellos, se elevaba el montón de coque preparado para el invierno. En cuanto sonaba la campana que anunciaba el recreo, un tropel de alumnos y alumnas salía disparado de las aulas y, con una premura frenética, se derramaba por el patio.

Aprendíamos historia, desde Babilonia hasta la Revolución de Octubre y regresando en sentido contrario. El profesor de historia tenía el apodo de Augustus. Era de media estatura, calvo y usaba gafas. Y en efecto sufría la inestabilidad de carácter típica de los emperadores romanos. A veces estaba tranquilo, dominaba sus reacciones y sabía explicar con cierta fruición la importancia de la revolución industrial para el desarrollo de la Europa del siglo XIX. Y a ratos no respondía de sus actos, se ponía histérico y echaba de clase a todo aquel que se distrajera, aunque fuese por un segundo. Tenía sus discípulos predilectos y cada dos por tres los mandaba de compras. No veía ningún inconveniente en entregarle el dinero a uno de aquellos chicos de los recados y ordenarle que le comprara café, pasas, azúcar o incluso vodka, y volviera con el encargo a la escuela.

Su tema preferido era la Primera Guerra Mundial. Podía parecer que hubiera sido él quien la hubiera declarado y la habría ganado. Se plantaba ante un mapa rosado de Europa gritando: ¡El objetivo era dividir de nuevo un mundo ya dividido! ¿Me oís? Dividir un mundo ya dividido. Arreaba puñetazos al mapa de Europa, que cedía suavemente a sus golpes, el Rin y el Danubio se balanceaban por un instante, había un terremoto en los Cárpatos, y en Islandia manaban nuevos geiseres.

El profesor M. daba literatura polaca. Era muy alto. Por razones inexplicables, usaba pantalones cortados en principio para un hombre todavía más alto que él, de modo que el cinturón le llegaba a la altura del pecho. Eso le quitaba dignidad. Pero aún así, le quedaba mucha. Se reía poco y, si acaso, lo hacía para burlarse de nosotros, sus alumnos. Nos despreciaba y nos lo demostraba a cada momento. Sus autores preferidos eran Maria Dąbrowska y Stefan Żeromski. Le gustaba evocar las tradiciones cooperativistas y, entre los filósofos contemporáneos, Tadeusz Kotarbiński era para él toda una autoridad. Nos hablaba de sus héroes intelectuales, pero al mismo tiempo nos daba a entender que aquéllos eran asuntos demasiado difíciles para nosotros. Hablaba con la mitad de la boca, porque una mueca torcida, desdeñosa, ausente y altiva no desaparecía nunca de su rostro.

Según él, Żeromski y Dąbrowska eran unos escritores «caseros» que narraban historias de la gran familia de la sociedad polaca. Por lo que se refiere a autores como Bruno Schulz o Witold Gombrowicz, el profesor M. no los aceptaba, no los entendía y los repudiaba. Se notaba que, para él, todo tenía que ser si no cooperativista, por lo menos social y comunitario. Sin embargo, su entusiasmo por la escena del gran incendio de *Noches y días* era algo sospechoso, como si aquellas llamas voraces y destructoras despertaran en su alma una pasión reprimida, oscura y nada colectivista.

Era un hombre amargado y casi caricaturesco. Pero, al mismo tiempo, para mí fue una de las primeras figuras que representaban, aunque de una manera harto deficiente y provinciana, el talante social y cívico que constituía la razón de ser de casi toda la *intelligentsia*. Poco a poco, fui descubriendo los encantos del mundo de la ciudadanía. Aquellas conversaciones hasta altas horas de la noche. Aquella sensación penetrante de unión, proximidad y posesión de algo inasible, de un país en parte

legendario llamado Polonia. Durante mucho tiempo, estuve persuadido de que el sentimiento inefable de impotencia era uno de los rasgos constitutivos del universo cívico. En los años sesenta y en la primera mitad de los setenta, la impotencia parecía algo evidente, trágico, plenamente aceptado e incluso placentero. Pero estaba equivocado porque, en la segunda mitad de los setenta, aquello cambió y apareció un respeto creciente por la eficacia de la acción.

Aquellos conciliábulos nocturnos y los ánimos que entonces dominaban se caracterizaban también por la convicción de que éramos inocentes y nos habían hecho daño. Lo segundo era verdad, lo primero no. Pero, desde un punto de vista psicológico, aquel victimismo era un estado emocional casi insostenible.

Otro elemento de aquella filosofía, y aún más importante, era la tesis que yo conocía tan bien de las clases con el siempre disgustado profesor M., a saber, que todo es social, comunitario y colectivo. No me veía capaz de formular una protesta, no disponía de los argumentos adecuados, pero sentía en la piel que no todo pertenece a todos. Nos distinguimos uno del otro y tenemos unas vivencias que la comunidad nunca conocerá.

El universo cívico no sólo tenía su código ético, sino también su estética. En aquella época, el civismo se manifestaba casi únicamente en las conversaciones. Yo tenía la sensación de que los adultos, apenas tocaban el tema de la ciudadanía, hablaban en un tono más dulce, con una voz mudada, seductora, casi erótica, la voz de la comunidad. Por aquel entonces no se podía hacer nada, dado que, en realidad, el universo cívico estaba fuera de servicio, cerrado a cal y canto. Lo único que nos quedaba eran aquellas conversaciones interminables. Tal vez resucitara en ellas la vieja tradición —que ya he mencionado— de los momentos festivos, los almuerzos y las cenas que frenaban el transcurso del tiempo y hacían que las familias se complacieran en la presencia de los suyos y en la ausencia de todo lo lejano, sospechoso y amenazador.

Un día, el profesor M. nos anunció que el próximo martes se celebraría un encuentro con un joven poeta y, por tal motivo, se suspendería la clase de la última hora. Naturalmente, nos pusimos contentos, aunque no esperábamos gran cosa del poeta. Las matinés poéticas de esta índole no eran excepcionales en nuestra escuela, pero solían estar protagonizadas por grafómanos locales que hablaban de su obra creativa con la máxima seriedad.

Pero aquella vez vino Zbigniew Herbert. El profesor M. nos lo presentó con el tono agridulce que le era tan propio. Dijo que había dos Herbert, uno vivía en Poznań y el otro acababa de llegar a nuestra escuela, aunque no era nada seguro que así fuera, porque en la poesía moderna todo era posible. Pero Herbert no necesitó la ayuda del profesor M. Leyó fragmentos de *El bárbaro en el jardín* y algunos poemas más. Nos habló como si fuéramos adultos y esto nos halagó.

Fue el primer poeta verdadero que oí de viva voz. Entre otros, leyó un poema extraordinario, aunque sencillo, *El maestro de biología*, en el cual aparece la frase

«después al maestro de biología lo mataron los maestros de historia». Entonces entendí, o por lo menos intuí, que era posible relacionar los asuntos sociales con los no-sociales y que se podía hablar de algo perteneciente a la comunidad, sobrepasando esta categoría.

Yo circulaba entre mi casa y la escuela. En cambio, la generación mayor salía cada vez menos a la calle. Todavía no he dicho nada de la tía Wisia, la hermana de mi abuela. La tía Wisia era una persona llena de prejuicios. Toda ella era puro prejuicio. Desconfiaba de los mendigos. Detestaba la telilla de la leche. Odiaba a los gatos: los consideraba falsos (¿qué significa eso?) y creía que de noche atacaban a las personas. Antes de la guerra había trabajado en un banco o en una compañía de seguros de Lvov. Después de la guerra se convirtió en una jubilada. Nunca se había casado. Vivía con su hermana y su cuñado. Le gustaba desempeñar el papel de aristócrata, representante del *ancien régime*. Tenía una voz débil y ligeramente ronca, pero creo que estaba orgullosa de ella, ya que era idónea para el rol que le había correspondido en aquella comedia familiar. Cuando tocaba un tema no apto —según su opinión— para menores, hablaba en francés, y entonces su voz parecía aún más débil y áspera.

Era la fragilidad personificada. Delgada y poco práctica, no sabía hacer nada excepto hablar en francés. Los niños no la volvían loca, en cambio nosotros, los niños, le teníamos cariño porque era diferente de los demás adultos. Desde un punto de vista infantil, podía parecer que tenía carácter. Pero no lo tenía, y suplía su carencia con un comportamiento estafalario. No debía de haber leído muchos libros. Se encerraba en su cuarto —porque siempre tuvo un cuarto propio, incluso en los modestos pisos de Gliwice— y creo que allí se dedicaba a revisar durante horas y horas los tesoros de solterona que había traído de Lvov, naturalmente. Entre ellos, había abanicos ricamente ornamentados, delicados cortaplumas de señora forrados de nácar, tarjetas postales de Karlsbad y Abacia, jarroncitos de plata, abigarradas cajas de cigarrillos o de caramelos de menta vacías, relojes de bolsillo que habían interrumpido su andadura hacía medio siglo, perfumes sin olor en pequeños frascos de cristal tallado, finos lápices de metal que ya no escribían, elegantes agendas sin hojas, graciosos alicates para las uñas y calendarios de antes de la Primera Guerra Mundial. Allí se encerraba rodeada de objetos antiguos y melancólicos y fumaba finos cigarrillos mentolados de largas boquillas de cartón.

Haciéndolo, seguramente se miraba en el espejo que estaba sobre una hermosa — por lo menos yo la veía así— cómoda con la encimera de mármol siempre salpicada de polvos de arroz rosados. En el aire, también flotaba el olor de los polvos de arroz que habían reaccionado con los distintos metales y otras sustancias.

Fuera de los niños, nadie de la familia la tomaba en serio. Nunca revelaba sus opiniones políticas. No hay duda de que detestaba a los comunistas tanto como a los gatos y la telilla de la leche, pero no estaba al corriente de los acontecimientos políticos ni sabía quién nos oprimía aquella década, aquel año o aquel mes concretos, y no por padecer de esclerosis, sino por una especie de despreocupación de señorita

que se prolongó el resto de su vida. No leía la prensa. Cuando, durante las meriendas dominicales que reunían a la familia al completo, se hacían comentarios maliciosos sobre las últimas tretas del impopular partido y del no menos impopular gobierno, la tía Wisia sólo dejaba caer: *la canaille, ils sont vraiment incorrigibles*, para canturrear un instante después una de sus melodías preferidas, un *hit* de hacía cincuenta años que todos los demás ya habían olvidado. Hablaba con deleite de los bailes que había frecuentado de joven y del hermano del famoso general Haller que una vez la había sacado a bailar.

Una de sus obras preferidas era el poema sobre el rey Dagoberto que «se puso los pantaloncitos del revés». Lo recitaba para nosotros, los niños, pero se veía a la legua que repetirlo le producía un gran placer.

Se percibía en ella cierta sequedad, como si la consistencia de los polvos de arroz no fuera del todo ajena a su alma. Poco tenía que ofrecer y poco recibía. Refunfuñaba de mala gana cuando le traíamos regalos el día de su santo. «¿Qué voy a hacer yo con esto?», decía casi furiosa, y era sincera en su rabia, no hacía melindres, no conocía la hipocresía. Le bastaban los objetos que guardaba en su cámara del tesoro y con los que jugaba cada día como un niño grande.

Pero a nosotros, los niños de verdad, nos hacía regalos que sacaba heroicamente de sus reservas secretas. Tenía los cajones repletos de monedas de cobre de antes de la guerra, flamantes y relucientes, empaquetadas en rollos como en la caja de un banco de verdad. Las dividía en pequeñas porciones y, poquito a poco, obsequiaba con ellas a sus cinco sobrinos nietos como si nos pagara un modesto sueldo. A veces, añadía algunas monedas de plata de dos o de cinco *zlotys* de las de la Segunda República que ostentaban románticos veleros y donde el águila iba tocada con una corona pequeña y grácil como un elegante sombrero.

Probablemente, veía su propia vida como una cadena de degradaciones. No se había casado, lo cual para la gente de su generación equivalía a una catástrofe, había ocupado un puesto mediocre en un banco o una compañía de seguros y, para colmo, después había estallado aquella terrible guerra y había tenido que abandonar su ciudad natal. Era casi una extraterrestre. Miraba a todo el mundo con aires de superioridad, y la gente le devolvía con creces su desdén. Lo que más le habría gustado habría sido regresar a su piso de Lvov y a sus bailes. Se sentía mal en aquella ciudad, en aquella familia, y en su vejez. Estaba aún más *declassée* que otra gente, aunque su decadencia era cosa de sus ensoñaciones más que de la realidad. Sin embargo, no se quejaba, nunca se le hubiera ocurrido hacerlo. A su manera seca y lacónica, era orgullosa. Tenía un agrio sentido del humor muy peculiar que bastaba sólo para hacerla reír a ella; los demás no solían estar encantados con sus bromas. La gente la tenía por una extravagante y sin duda lo era, sólo que este término es muy impreciso. Su extravagancia estribaba quizá en una impermeabilidad, en una extrañeza (un huésped más en la realidad). Seguramente, para sí misma también era una extraña. La observé durante décadas y sé que en aquel tiempo no cambió mucho.

Tenía la cabeza llena de bailes, pequeños cortaplumas de señora y lápices de plata que no escribían.

Por el hecho de no haberse casado, no haber conocido partos, abortos ni riñas matrimoniales, no haber criado hijos ni haberlos perdido cuando hubieran crecido y hubieran fundado sus propias familias, estaba sorprendentemente poco desgastada, como si todavía dejara rienda suelta a las ilusiones de mozuela, cuya realización siempre postergara para el mes o para el año siguientes. Era frívola (lo eran sus pensamientos). ¿Tal vez era un poco feliz? La eterna colegiala protegida por la familia hasta la hora de la muerte.

De muy mayor, empezó a perder la memoria. Y entonces, como todos los demás, ella también se trasladó mentalmente a Lvov. Ya no salía de casa, se pasaba todo el santo día sentada en el sillón sin decir nada y sólo a veces, cuando había visitas de gente que no reconocía, recitaba con su voz ronca, seca y quebrada este poema de Tetmajer:

Cuando ya seas mi esposa,  
Adorada y amorosa,  
Abrirá el jardín su puerta  
Lleno de una luz incierta.

Murmurará la campiña,  
Olerá la dulce viña,  
La rosa y el sanguíuelo  
Vendrán a besar tu pelo.

Iremos ensimismados  
Entre neblinas y vahos  
Por alcorces y atajos,  
Callados y cabizbajos.

Las ramas nos hospedarán,  
El narciso y el azafrán.  
Del tilo lloverá la flor  
En homenaje a nuestro amor.

Los invitados, y yo con ellos, interrumpían sus conversaciones algo avergonzados y esperaban que terminase de recitar el poema para reanudar la conversación. Pero la tía Wisia no se daba por vencida y, pasados unos minutos, reemprendía como un organillo la declamación del poema, del que —tengo esta sensación— sus dos versos preferidos eran: «Del tilo lloverá la flor | en homenaje a nuestro amor». Hacía mucho que tenía el pelo escarchado, y no precisamente por la flor del tilo. Creo que su alma

se había refugiado en aquel poema de Tetmajer, y aún más, se había fundido con él y habitaba en sus cuatro estrofas como si de cuatro estancias se tratara.

Murió en 1980 a la edad de noventa y nueve años tras haber sobrevivido a sus contemporáneos, a dos guerras mundiales y a todas sus ensoñaciones.

Mi abuelo había muerto diez años antes, al cumplir los noventa. Ninguno de los dos cayó víctima del nazismo ni del comunismo, sino del tiempo, de aquel monstruo despistado que al atardecer abandona su guarida de relojero en busca de transeúntes remolones.

Mi otra pasión era la bici. Empezaba a montar en marzo o en abril, según el tiempo que hiciera y los caprichos de la primavera temprana, y corría por las carreteras asfaltadas que rodeaban la ciudad. Corría en el sentido literal de la palabra. No sabía ir despacio, siempre tenía prisa y agotaba todas mis fuerzas, toda mi energía. Descansaba sólo cuando iba cuesta abajo y no tenía que pedalear, ya que me empujaba la fuerza de la gravedad. Entonces tenía tiempo para contemplar los campos y los bosques. Justo a mi lado, se desplazaban a gran velocidad los troncos de los cerezos o de los nogales que crecían a la orilla del camino, más allá se deslizaban las manchas verdes de los trigales y, más lejos, se estremecían los contornos de unos cerros. Detrás de ellos ya no había más que el horizonte, pero él tampoco estaba quieto. Bajaba o subía, se ensanchaba o se encogía en función de los movimientos que hacíamos yo y mi bicicleta.

Pero a veces me detenía jadeante en la cima de una loma suave y entonces el paisaje se congelaba y el horizonte se estiraba formando un trazo grueso y contundente, siempre que no lo deshilaran los pináculos de los abetos de un bosque lejano. En las aldeas había iglesias antiguas de madera de alerce. Ante la amenaza de la rueda delantera de mi bicicleta de producción checa, las gallinas se escabullían presas del pánico, achatadas y alargadas por las prisas. Las puertas de las casas y las contraventanas solían estar cerradas, y sólo de vez en cuando se distinguía detrás del espejo de los cristales la silueta borrosa de una anciana que se peinaba las canas.

Yo circulaba en bicicleta por la realidad, por sus caminos principales o sus senderos. Volvía a la ciudad y allí también me aguardaba la realidad. El verano. Caos. Centenares de viviendas, ventanas a millares, macetas con flores sobre los alféizares. En los tejados, palomas agotadas por el calor y tórtolas que se lamentan de la monotonía de la existencia. Un hombre desnudo de cintura para arriba, si descontamos unos tirantes de color escarlata, se afeita junto a la ventana. Alguien sacude una alfombra y el eco de las potentes detonaciones que produce rebota contra las paredes de las casas. En un cielo blanco por el exceso de luz se congregan despacio unos nubarrones lívidos que anuncian tormenta y casi no se distinguen del firmamento. La señora Mazońska, la vecina que anda ayudándose con bastón, se detiene para descansar y mira el coche de bomberos rojo que viene de apagar un incendio. El río negro fluye impasible por la ciudad. Florecen los tilos. Un policía ha

levantado la cabeza y contempla una avioneta que está a punto de ser engullida por un nubarrón violáceo. Se acerca la tormenta. En un banco duerme un borracho. En un patio duerme un gato negro. Tal vez los dos se encontrarán en sueños a orillas de un arroyo de montaña. Caos. Bochorno. Por suerte, existe la historia y existe la lucha entre esos dos grandes animales que pone en orden la realidad cansina y porosa.

Pero precisamente la parte del mundo que no estaba sometida a ningún sistema, a ningún principio regulador, a ningún manual de instrucciones, era la que despertaba en mí una curiosidad irrefrenable. Había momentos en que tenía una sed insoportable. Eso podía ocurrir a cualquier hora del día, pero era más habitual al anochecer, cuando un sol encarnado se escondía detrás de los edificios de ladrillo prusiano y unas sombras largas e irreales aterrizaban voraces sobre los tejados de las casas, las losetas de la acera, los balcones y los jardines. La sed se extendía por todo mi ser, se condensaba en mi piel como si también a mí se me hubiera pegado una sombra mensajera del crepúsculo. ¿De qué estaba sediento? De todo. La mía era una sed erótica y sexual, filosófica y poética, política y metafísica. Nada del mundo era capaz de saciar aquella sed pantagruélica, y mi único alivio era que parecía embriagarse consigo misma, se apuraba de un trago y se apagaba despacio, alejándose y desapareciendo tras lanzarme al oído la amenaza de volver otro día.

Me parecía que todo lo verdadero tenía que ser contrario a lo convencional y esquemático, fresco como el alba y tupido como la fronda de los olmos. Por eso, a veces algunos aspectos y algunas manifestaciones del nuevo régimen me resultaban hartamente atractivos.

No cometí ningún crimen. Mis traiciones eran moderadas y más bien pueriles. Sin embargo, y básicamente para oponerme al rigor y a la intransigencia de los gestos de los mayores, durante un período de prueba adopté algunos elementos de la nueva fe y amenacé triunfalmente con ellos a mi familia, a todas las generaciones que habían quedado con vida. A cambio ellos, los miembros del clan familiar, me miraban con un mezcla de ironía y miedo y, por si las moscas, bajaban la voz al repasar la novedades políticas del día.

Coroné mis experimentos afiliándome en broma a las Juventudes Socialistas y, poco después, también en broma, me presenté como candidato a primer secretario de la célula escolar de esta organización; y mis compañeros, para llevarme la corriente, me eligieron (me dieron un voto de confianza, como diría la prensa local). Mi carrera en las Juventudes Socialistas no duró mucho tiempo y no influyó de ningún modo en mis elecciones posteriores. A la larga, me avergonzaría de aquella broma y, al entrar en la universidad, ocultaría mi «militancia en organizaciones políticas».

Aún ignoraba lo que no iba a entender hasta mucho más tarde: que, como ser humano, como carácter, soy fuerte y débil a un tiempo, que mi fuerza es frágil y puede fallarme, que puedo ceder a la presión de algo externo, del conformismo, de la magia del momento, del entusiasmo ajeno y de mi propia inseguridad y, aunque con el tiempo siempre logro librarme de las malas influencias, sin duda no tengo un

temple resistente a toda prueba ni arrogantemente soberano. Tal vez sea fuerte, pero mi fuerza contiene una debilidad inmanente, la duda, la incapacidad de tomar decisiones rápidas. Soy de los que yerran.

Por eso, mantengo una actitud teñida de amor ante el proceso de formación, de maduración. Los que son genéticamente soberanos quizá puedan despreciar el desarrollo, el tiempo, el añejamiento, y en cualquier momento y ante cualquier reto están dispuestos a mostrarse con todo el esplendor de su perfección. Para ellos, el tiempo no es más que el chasquido del diafragma de una cámara fotográfica, aquel momento que deja al descubierto su inalterable substancia, mientras que para mí el tiempo —el tiempo necesario para madurar, corregir un error o llegar a ver las cosas claras— es algo vital e imprescindible. En mi caso, la maduración nunca será un proceso definitivo, acabado. Siempre estaré presto a cometer un nuevo error y, después, intentaré comprenderlo y corregirlo. *Usque ad finem*.

Es peligroso recordar cosas de esta índole. Hablar de los propios defectos es cultivar un género literario extremadamente arriesgado, porque enseguida intentamos sacar algún provecho de ello y vanagloriarnos de alguna que otra de nuestras debilidades. Pascal lo sabía muy bien:

«La vanidad está tan anclada en el corazón del hombre que un soldado, un aprendiz de albañil, un cocinero, un mozo de cordel se jacta y quiere tener sus admiradores; y hasta los mismos filósofos los desean; y los que escriben contra la vanidad aspiran a la gloria de haber escrito bien; y los que les leen quieren tener la gloria de haberles leído; y yo, que escribo esto, tal vez sienta también el mismo deseo; y acaso los que me lean...»<sup>[4]</sup>.

Y quizá también yo, que lo cito...

Y mi lector...

Y los que en las biografías buscan la más pequeña huella de conformismo para indignarse...

¿Coleccionaba sellos? Sí, los coleccionaba. Frecuentaba un club de filatelistas. Y allí, junto a las mesas, estaban sentados unos ancianos de rostro arrugado que, envueltos en nubes de humo de tabaco, cerraban tratos con nosotros, unos entusiastas menores de edad, estafándonos sin miramientos. El señor Mazoński me regaló una colección de álbumes de sellos emitidos en su mayoría antes de la guerra. En cambio, en los sellos impresos en Togo pacían cebras y jirafas. Los de la RDA recordaban prospectos en miniatura de una fábrica de herramientas: casi exclusivamente ostentaban compases, ruedas dentadas y cilindros de motores de combustión. En los sellos suizos brotaban flores espléndidas. Pero diríase que no lo hacían gratuitamente, porque encima de cada una había un letrero que rezaba: Pro Helvetia. Los sellos británicos me interesaban poco, porque su único adorno era el perfil de la reina tallado en mármol que escudriñaba la superficie del sobre. Pequeños principados,

como por ejemplo Mónaco, eran los productores de sellos más respetables. Las series publicadas con motivo de las olimpiadas de Melbourne han quedado grabadas para siempre en mi memoria.

Alguien preguntará: ¿y en invierno? En verano, el calor propiciaba el caos, pero ¿qué pasaba en invierno?

En invierno, los caballos que tiraban de los carros cargados de carbón resbalaban peligrosamente sobre los adoquines helados, y yo los miraba con desespero y piedad a sabiendas de que, si alguno se rompía una pata, tendría que morir.

Me entusiasmaba el jazz. Primero, el de Nueva Orleans, de ritmo fácil, suave y basculante. Aquel jazz primitivo tenía un no sé qué de inocente y liberador: era como si de repente el Espíritu Santo hubiera inspirado a una banda del cuerpo de bomberos. Después, empezó a gustarme el jazz moderno. Esto ocurrió a comienzos de los sesenta, y la época del *Bebop* y del *Cool* no era muy remota, sobre todo teniendo en cuenta el retraso natural de un país del otro lado del telón de acero.

El principio de la improvisación en que se fundamenta el jazz me imponía. Mis primeras inspiraciones poéticas, que todavía no sabía controlar bien, armonizaban con la exaltación lírica de Charlie Parker, Dizzy Gillespie e incluso John Coltrane. Algunas de sus improvisaciones sabían a aventura y barrían de un golpe —eso era lo que yo pensaba y sentía— toda la insensibilidad y toda la bajeza de la realidad convencional. Además, el principio de la improvisación no era ajeno a la literatura polaca porque, ¿acaso la Gran Improvisación no era el punto clave de la tercera parte de *Los antepasados* y acaso Mickiewicz no tenía fama de ser un improvisador extraordinario?

A medianoche, sintonizaba La voz de América que, si mal no recuerdo, todos los días excepto los domingos y los lunes transmitía en inglés desde Washington el programa de jazz de John Conover. Por desgracia, el cable de la radio estaba enchufado en el cuarto contiguo, el de mi hermana y, apenas habían transcurrido unos minutos, ella solía desconectarlo de la corriente eléctrica porque, como toda criatura poco sensible a la filosofía de la improvisación, quería dormir.

Los discos de jazz grabados en Occidente eran muy caros. Para mi bolsillo, más caros de lo que uno pudiera imaginar. Un disco de éstos costaba por aquel entonces alrededor de trescientos *zlotys*, casi la mitad de mi presupuesto anual. Pero tenía bastantes monedas de plata de la Segunda República que me había regalado la tía Wisia. Me comporté como Judas, un Judas elevado a la quinta potencia. Vendí mis monedas de plata acuñadas por la ceca de la Polonia de entreguerras, aquellas las monedas del velero y del águila de cabeza tocada con una coronita.

Gracias a ello, me pude permitir el lujo de comprarme dos discos totalmente genuinos, uno de Charlie Parker, y otro del cuarteto de Dave Brubeck (para colmo, este último estaba hecho de un plástico transparente). El jazz me parecía una loa a la espontaneidad e incluso a la libertad. Por el contrario, la ciudad en que me había tocado vivir estaba llena de convenciones y persistía gracias a ellas. Y yo me

rebelaba, buscando respaldo entre los saxofonistas de jazz, negros americanos que por lo general habían muerto.

Sin embargo, tarde o temprano iba a descubrir la paradoja de los discos y, en particular, la de las improvisación de jazz congeladas por los siglos de los siglos, grabadas de una vez para siempre. En la improvisación arrebatadora de Charlie Parker (también yo lo llamaba cariñosamente Charlie o Bird), nada cambiaba. Era siempre igual. Exactamente igual al cabo de un mes, de medio año, después de haberla escuchado cien o doscientas veces. Acabé aprendiéndome de memoria aquellas improvisaciones y, por consiguiente, dejaron de serlo.

Los discos en los que me había gastado una fortuna empezaron a aburrirme. En eso se manifestaba la sutil ley de la compensación: una sonata de Haydn compuesta hace siglos sigue ofreciéndole al pianista que la interpreta un gran margen de libertad. Por el contrario, una improvisación de Parker grabada hace relativamente poco tiempo no admite el más mínimo cambio.

Empecé a escuchar música clásica cada vez más a menudo. Por lo que a emociones se refiere, la energía frenética del ballet *Petrushka* de Stravinski no tenía nada que envidiar al mejor jazz, y eso que entonces aún no conocía la quinta sinfonía de Mahler ni la desgarradora marcha fúnebre y al mismo tiempo arrabalera que la inaugura. No sabía qué era la música, en qué espacio se escondía y cuál era su relación con el mundo histórico. Después comprendí que no hay nadie que lo sepa.

Leía mucho. Un día —no recuerdo la fecha ni tampoco qué estaba leyendo, si algo de Bruno Schulz o de Marcel Proust— tuve una revelación que lo cambió todo. Descubrí (les ruego que no se rían) la existencia del universo espiritual que los grandes escritores intentan describir. Vi que además de la realidad empírica, trivial, existe el reino de la imaginación que, en el fondo, es el mundo palpable, visible y oliente enriquecido con innumerables huestes de sombras y espíritus. No entendía de qué manera estaban unidas y mantenían estrechos vínculos aquellas dos regiones, pero estaba persuadido de que la coexistencia de su identidad y su diversidad era algo tan misterioso y esencial como el estatus ontológico de la Santísima Trinidad.

Quedé fulminado por mi descubrimiento. Me convertí en un neófito. Empecé a dividir a la gente entre los que lo sabían y los que no sabían nada. Estaba seguro de que *lo sabía* sólo un puñado de elegidos. La abrumadora mayoría de los habitantes de mi ciudad —en aquella época yo no tenía trato con nadie más— vivían sumidos en la ignorancia más negra y profunda. Para ellos, una bicicleta, un cesto de mimbre, una mancha de luz en la pared o una mesa de madera de roble eran sólo objetos catalogables de contornos bien definidos, al igual que la vida humana, que cabía entre la fecha de nacimiento y la de defunción como un huevo cabe en una huevera. Nunca se les había pasado por la cabeza que la vida humana, los objetos y los árboles pudieran vibrar con mil significados secretos que esperaban a ser descifrados como la escritura cuneiforme. Existe un sentido habitualmente oculto aunque asible en los momentos de máxima concentración en los que la conciencia ama al mundo. Captar

este difícil sentido equivale a vivir una felicidad muy peculiar, perderlo conduce a la melancolía.

Para comprobar si *lo sabían*, sometía a mis interlocutores a examen. Les hacía preguntas aparentemente inocentes. ¿Qué opina usted —les preguntaba— del amor de Swann? ¿Y usted, señora? Usted vivió un tiempo en Drohobycz. ¿Es acertada la descripción del ambiente de esta ciudad que nos ofrece Schulz? (Ésa era una pregunta capciosa, porque la ciudad de la novela de Schulz no es real.) Y usted señor, ¿qué opina de Gombrowicz? ¿Y a ti te gustan los poemas de Leśmian? ¿Por qué? ¿Por qué no?

La mayoría de las veces el examen resultaba demasiado difícil para mis interlocutores. Me contestaban sin prestar la debida atención, a la ligera, alegando falta de tiempo y cansancio, y se quejaban de que Proust era demasiado refinado, Gombrowicz demasiado estrambótico, o de que Schulz no contaba ninguna historia.

Casi todos suspendieron el examen. Y yo los miraba sin ocultar mi desprecio. No lo sabían. Vivían en una realidad estrecha y horrenda, entre la oficina y el hogar, entre el tranvía y el restaurante, entre la boda y el entierro. Ni siquiera sondeando a la gente de mi edad encontré a más de dos personas con quienes discutir acerca de los cuadros de Soutine o los peligros estéticos del dodecafonismo.

Como buen prosélito, sin duda cometí un montón de errores. No me daba cuenta de que una mayoría aplastante de humanos no forma parte del reino del significado profundo gracias a sus conocimientos —los que los poseen no abundan—, sino gracias a su vida, a su substancia palpitante y resplandeciente, de manera que acusarlos de ignorantes era estúpido y absurdo. En vez de interrogarlos, ponerlos a prueba y torturarlos, habría hecho mejor observándolos e intentado comprenderlos. Observándolos con ternura y perspicacia.

Me temo que a muchos de mis interlocutores de aquella época les parecería un mocoso desagradable y engreído. Si bien entonces me consideraba un examinador muy ingenioso y discreto, hoy estoy seguro de que los demás no tardaban mucho en adivinar mis móviles y mis estados de ánimo. Tal vez no supieran las respuestas a mis preguntas, pero, en cambio, sabían algo que yo ignoraba por completo: que hacía el ridículo.

Así empezó un período bastante largo de desequilibrio entre mi vida interior y mi manera de participar en la vida de la comunidad. Mis pasiones e intereses eran auténticos y me absorbían por completo, pero no sabía darles forma en mi comportamiento, en mis conversaciones o en mi modo de vestir, por no decir nada de la creación literaria que, por el momento, no era más que un sueño.

Más tarde, ya en Cracovia, recurrí a una solución intermedia. Por aquel entonces era un poeta joven, un debutante que había publicado un puñado de poemas. La solución consistía en pasar largos ratos rodeado de otros poetas jóvenes. Por un tiempo, su compañía fue mi salvación, porque ellos eran tan torpes como yo y no pertenecían a ningún otro mundillo. Así las cosas —parecían afirmar mis colegas—,

¿por qué no fundamos nuestro propio círculo? Ser un poeta joven es una de las situaciones más difíciles que existen: uno siente que todavía no se ha expresado, no se ha pronunciado, y no hay nada que desee más que ser explícito, exteriorizarse, materializar su visión.

Sin embargo, la condición de poeta joven, con toda su desesperante torpeza y el desdén que le muestra el mundo, empezando por los poetas ya consumados y terminando por los abogados, comerciantes, policías, críticos de arte, médicos, hombres de estado y sus esposas, hijas y amantes, refleja el estatus de la poesía mucho mejor que la posición social más digna de los autores consagrados, elogiados y premiados. Como los momentos de éxtasis en que nace una visión poética pertenecen a un orden distinto, a una dimensión temporal diferente del día a día monótono que llena las casillas de los calendarios, se produce una escisión que tiene algo de dramático, y un poeta joven, infeliz y desorientado, está más cerca de su verdadera existencia que un autor laureado y prestigioso.

Esa escisión me permitió ver mi ciudad bajo una luz radicalmente nueva. Todo lo que allí sucedía y había de duradero me mostró su otra cara. Por lo visto, los curas, los profesores y mis compañeros existían de dos maneras distintas: de una manera del todo real, enconada y turbulenta cuando luchaban y bregaban encarnizadamente por subsistir y salvaguardar un determinado sabor de la civilización y su propia dignidad, y, al mismo tiempo, llevando una vida más propia de las figuras de un lienzo que de los hombres de carne y hueso que eran, una vida fastuosísima, cuyo único objetivo — si aún procede hablar de objetivos— era lucirse, exhibirse y expresarse, al igual que manifestarse, resplandecer y brillar con colores de intensidad variable es la única preocupación de los dos hombres y la mujer del cuadro de Manet *Desayuno en el taller* que podemos admirar en la Pinacoteca de Munich.

Así los veía yo: algunas veces eran personajes históricos totalmente absortos en las tareas y las tribulaciones del día y del mes corrientes, y otras veces —en los breves instantes de una percepción distinta—, magnates que hacían caso omiso del tiempo, del siglo y del régimen político, como si el mero hecho de existir les arrancara una afirmación festiva e incondicional de la vida e hiciera que su gris vestimenta de la posguerra adquiriera un lustre propio de las sedas de Tiziano.

Las calles de siempre, tan lacerantemente habituales, creadas sólo para que las recorriera el tranvía, el automóvil o el coche de turno, se volvían casi tan hermosas como los canales de Venecia. Me dejaban boquiabierto, me transportaban. Durante los bailes escolares, las parejas a veces se enzarzaban en un ritmo que no tenía principio ni fin y conducía vete a saber dónde, como si la danza se hubiera convertido en una cruzada, en una marcha solemne infinita. O sea que yo también empecé a recorrer las dos ciudades, imitando a la generación de mi abuelo, que en cualquier rincón esperaba encontrar los muros sagrados de Lvov. Las ventanas embozaban otros hogares, los libros descubrían otra realidad y los domingos eran puertas por donde escapar de la monotonía de las semanas de lluvia.

Durante un largo tiempo me sentí impotente, no sabía qué hacer con aquellas otras vivencias ni con el alegre asombro que las acompañaba. No sólo no sabía expresarlas, sino que, por añadidura, me atormentaba la incertidumbre de si eran síntoma de salud o de enfermedad. Tampoco tenía muy claro qué era más real: si lo habitual y cotidiano que percibimos y juzgamos con el sentido común en un constante debate cívico, o lo resplandeciente e inmóvil que se refleja en los poemas y en los lienzos de los pintores. Tenía dieciséis o diecisiete años. A esta edad nada parece evidente y normal, y todavía menos las vivencias enloquecidas y desenfrenadas que genera la música, el viento o, sencillamente, el mundo. Además, poco a poco empecé a darme cuenta del precio que hay que pagar por los breves momentos de iluminación: duda, tinieblas y desespero, como si la explosión de aquella luz extraordinaria, propia de los vuelos más altos, privara de electricidad los días prosaicos que se arrastraban soñolientos por la vaguada de un valle ancho y arenoso. El saber escaseaba siempre. Escaseaba también el deslumbramiento. Sólo abundaban las dudas, los gorriones de la inteligencia.

Yo buscaba respuestas, quería llegar a comprender. ¿Acaso presentía ya que las respuestas y las ideas nunca formarían un sistema coherente? ¿Quién era yo, entonces? ¿Un joven anarquista? ¿Un joven esteta? Y, no obstante, nunca menosprecié el dilema más sencillo: ¿cómo vivir sin hacer daño al prójimo? ¿Cómo ayudarlo sin frenar por ello mi propia búsqueda, sin dejar de pensar? ¿Quién era yo? ¿Acaso no me parecía a aquel gato negro que vi hace un par de días por aquí, en un suburbio de París, durante uno de mis paseos? El gato, muy seguro de sí mismo y de sus fuerzas, se lucía delante de mí dando brincos y encaramándose al tronco de un árbol como si quisiera decirme: soy joven e inmortal, mientras que tú has llegado a la flor de la edad; mira a tu alrededor y verás la gruesa línea del horizonte y un sol cansino que ya no sabe mantenerse en el firmamento. ¿Era yo como él? Me hallaba al principio del camino, tenía unas ilusiones y unas expectativas fantásticas relacionadas con la vida espiritual y el gran poder que ésta ejerce.

Entretanto, la ciudad se transformó, evolucionó. Los más radicales murieron, los moderados seguían vivos. Amueblaban las casas y se parapetaban detrás de los enseres, educaban a sus hijos, y éstos educaban a la generación siguiente que ya hablaría polaco con otro acento, como si el deje melodioso del este se hubiese mezclado con la pronunciación dura de los silesianos. El portero de nuestro negado equipo de fútbol se pasaba horas y horas asomado a la ventana (vivía encima de una farmacia, en un primer piso). Tenía un cojín minúsculo que ponía sobre el alféizar. Apoyaba en él los codos y se sumía en la contemplación de la calle amodorrada. Cada veinte minutos la recorría un tranvía rojo y ruidoso. A veces ocurría que los transeúntes saludaban a nuestro portero asqueado y parecía que aquello le venía como agua de mayo. Su rostro se iluminaba, sonreía y devolvía el saludo. Por desgracia, iba criando carnes y sus codos dejaban huellas cada vez más profundas en la almohada de terciopelo. También su esposa, otrora la muchacha más guapa del vecindario,

empezó a engordar nada más haberse casado. Ahora que escribo estas palabras, seguramente los dos están muy, muy gordos. Muchísimo.

Casi todo aquel que se había puesto en el punto de mira de los demás al ocupar cualquier cargo mínimamente encumbrado al servicio del nuevo régimen intentaba airear sus intimidades como si dijera: «no me lo toméis a mal, no tenía otro remedio». El director del instituto se paseaba exhibiendo a una desgraciada hija idiota que se había detenido en su desarrollo y tenía la cara arrugada de un tití, una naricilla encarnada y unos ojos rojizos.

En cambio, los que no disponían de pruebas tan flagrantes de la animadversión de los dioses optaban por entregarse a la bebida y no se avergonzaban de ello en absoluto. Aquello se consideraba una especie de penitencia. Quien mostraba sus debilidades podía contar con el perdón de sus vecinos y conciudadanos. Todo el mundo intentaba echar a perder su vida cuanto antes, y si no lograba conseguirlo, esperaba impaciente la llegada de la vejez y de las enfermedades que la acompañan. Y sin duda existía también la vileza absoluta, había lacayos de la policía secreta, delatores profesionales y verdugos, pero éstos tenían que actuar a escondidas, no los vi nunca y no los recuerdo. Nadie sabía a ciencia cierta en qué consistía tener éxito, hacer carrera o alcanzar la felicidad. ¿Había que emigrar de la ciudad? Pero ¿a dónde, si la vida era igual en todas partes? ¿Hacerse famoso? ¿Cómo, si el nuevo régimen lo controlaba todo?

Algunos representantes de la generación joven desacataban desdeñosos las advertencias de los mayores, se afiliaban al partido, se compraban carteras de piel, sombreros y guantes, y fingían emprender una carrera profesional, haciéndose ingenieros, periodistas o historiadores. Y hablaban de ello con tanta seriedad y soltura como si fueran habitantes de Austria, Australia o Asturias.

En verano, navegábamos en barca por las aguas casi estancadas del perezoso río, sobre cuya superficie, afanosos como los esquiadores noruegos, se deslizaban unos insectos camino de una de las lejanas orillas. A ambos lados de aquel lento río crecía un parque silvestre hastiado por el cambio constante de las estaciones del año. Las ramas largas y blandas de los alisos, robles y hayas se inclinaban encima del agua. Algunas rozaban la superficie, dudando si zambullirse o mantenerse a flote, hasta que un golpe certero de remo acababa hundiéndolas en las profundidades. ¿Acaso no es así como se comportan los recuerdos bajo la ducha de caracteres que chorrea de una máquina de escribir?

En aquella época yo comprendía menos cosas que algo más tarde, cuando ya vivía en Cracovia y a los veintiséis o veintisiete años me convertí en un doctrinario de la literatura que daba la impresión de saber qué son la poesía, el destino del hombre y el deber del escritor. Comprendía menos cosas y, por lo tanto, era más sabio que cuando, con más edad y más elocuencia, engendré manifiestos literarios —¡qué más da que no carecieran del todo de valor intelectual!— atacando a los autores consagrados.

¿Quién se habría negado a experimentar los placeres de la comprensión? El momento en que las cosas y las ideas empiezan a obedecernos, nos dan la cara y, cual fieras de circo bien amaestradas, fingen no tener secretos, goza de una fama hartamente merecida. Les encanta sobre todo a los creadores de sistemas filosóficos e ideológicos. Sin embargo, pronto llegan el anochecer y las tinieblas, las sombras se alargan, las ideas se vuelven opacas, se cubren de rocío, y descubrimos lo poco que sabemos y que comprendemos. Pero incluso esto, incluso esta ignorancia preñada de inquietud que nos invade cuando una niebla espesa y gris rellena los huecos que separan las moles de los transatlánticos, produce una satisfacción agrídulce.

Estoy sentado junto a la mesa, en una habitación del quinto piso de un bloque de hormigón monstruoso situado en un suburbio parisino. Desde la ventana de mi cuarto puedo ver los lejanos tejados de París que se secan tras la lluvia reciente, las torres de las iglesias, los árboles, las grúas y las antenas de televisión. Escucho el quinteto de cuerda de Mozart (el número 516 del catálogo de Köchl), y, para ser más exacto, la primera parte que lleva el clásico nombre de *allegro*.

Sin embargo, este *allegro* no es nada alegre; se entrelazan en él dos motivos: uno claro, rococó, y el otro triste y lóbrego. Uno convencional, algo porcelanoso, y el otro trágico. El rococó y el sufrimiento. El rococó y la muerte. En aquella música dialogan dos ciudades. Dos ciudades bailan pegadas. Dos ciudades distintas y, no obstante, condenadas a un amor difícil, como los hombres y las mujeres. El rococó y el miedo. La existencia sempiterna de la música y el terror de gente conducida a la muerte. La paz satisfecha de los museos y el llanto de un niño. Escucho el quinteto de cuerda de Mozart. Atardece otra vez. El cielo vuelve a ocultarse bajo los párpados del crepúsculo.

# ARCHIVOS ABIERTOS

# INSTRUCCIONES PARA LA POLICÍA SECRETA

*De resultas de los cambios políticos radicales que se han producido en los países de la Europa Central y del Este, se ha abierto el acceso a los archivos policiales. Decir abierto es tal vez exagerar un poco. Más bien habría que decir entreabierto. Estos archivos contienen materiales tan sensacionales que los políticos responsables, a quienes ha caído en suerte la ingrata herencia del comunismo, proceden con la mayor parsimonia y delicadeza.*

*Además de las listas de delatores y colaboradores de la policía secreta, salen a la luz del día memoriales y folletines de carácter didáctico. Despiertan menos interés entre el público, porque nadie sospecha que las publicaciones para uso interno del ministerio del interior puedan tener valor intelectual alguno. Y, sin embargo, las hay que revelan ciertas ambiciones filosóficas. Por ejemplo, cayó en mis manos un documento titulado Instrucciones para la policía secreta, con la calificación de «rigurosamente secreto». He decidido reproducir aquí algunos de sus párrafos, si bien huelga decir que el cinismo de este credo de la no-fe en el hombre no me resulta nada simpático.*

*Mi amigo, que participa en las tareas de liquidación del archivo policial, no me ha autorizado a revelar su nombre. Así, pues, se trata de un texto de un autor anónimo que me ha sido facilitado por un intermediario-donante anónimo. A éste le debo mi gratitud. Qué habrá sido de aquél, no lo sé. Probablemente sea un hombre jubilado, que, siguiendo el consejo de Voltaire, cultiva su jardín y no espera nada bueno del futuro democrático.*

Esos imbéciles olvidan cuán importante es la fuerza. Casi todos los que acuden a vuestros despachos son santos, moralistas o ascetas. Espero que no os impresionen especialmente. En principio, habéis recibido una buena instrucción teórica, no en vano organizamos continuamente cursos de formación y capacitación. Me niego a creer que alguno de mis subalternos pueda ceder a los encantos de la debilidad. Manos trémulas, rostros esmirriados, ojeras, ¡menudo atractivo!

Estáis bien preparados y, sin embargo, me temo que algún joven sensible y de escasa experiencia pueda experimentar un instante de duda y se haga la pregunta: ¿y si el intelectual encorvado que tengo delante de mí tiene razón? ¿Y si esa estudiante exaltada que no deja de repetir banalidades sobre el honor y la dignidad sabe más del mundo y de su misteriosa estructura que nosotros, los policías?

Por si acaso, me apresuro a recordaros qué es la realidad:

La esencia de la realidad es la fuerza.

Una hipocresía generalizada y tan universal que la encontraréis en Occidente, en el Sur, en el Norte y en Oriente obliga a proclamar que lo que mueve y dirige el

mundo son los llamados valores, es decir, la debilidad.

Por qué ocurre esto, no lo sé. Es un enigma que nunca llegaré a descifrar. Por qué este mundo brutal, voraz y cruel se transfigura en cuanto se da la vuelta hacia otro lado y empieza a perorar es para mí un gran misterio y lo será siempre. Y para vosotros también.

¿Por qué en los actos se manifiestan sólo la vileza, la artería, la astucia y la violencia, y todo, absolutamente todo, incluso los buenos modales y el talento, está supeditado a un objetivo único: el de derrotar al rival, al adversario, al enemigo; mientras que, en cada frase, en cada enunciado, es necesario utilizar con profusión términos como bondad, justicia, belleza, mansedumbre y tolerancia? No, no lo sabré nunca, y vosotros tampoco.

El mundo es inicuo, pero no quiere que esto se sepa en todo el cosmos. La suya es la ley del silencio más sutil que nunca se haya instaurado. Pero, insisto: eso no es asunto nuestro. No nos corresponde a nosotros juzgar la construcción del mundo. No fuimos nosotros quienes lo creamos. Es cierto que somos los representantes de una ocupación milenaria, pero en este caso, hemos llegado a los postres. El mal ya se había escindido del bien, aunque naturalmente no del modo en que se imaginan los moralistas. Desde el principio, el terreno de la práctica, el de la acción, el de los hechos, era —entre comillas— malo, mientras que la llamada bondad se repantigó cómodamente en el lenguaje.

Y así quedaron las cosas. ¿Habéis oído hablar alguna vez de un asesino que diga «soy un homicida despreciable, me mueve la sed de sangre y el deseo de causar sufrimientos»? No, más bien abogará por el retorno de las buenas costumbres y deseará hacer feliz a la humanidad o, por lo menos, a su propia tribu. ¿Habéis oído hablar alguna vez de un ladrón que declare: «robo, porque me chifla el dinero, las casas bonitas y los sofás mullidos»? Oh no, un ladrón hablará del amor a la patria, de los deberes cívicos, del sacrificio y de la entrega sin límites. ¿Habéis oído hablar alguna vez de un párroco que pregone desde el púlpito que le gustan las sábanas finas, los mantecados, la ginebra y el chorizo? Claro que no. En la iglesia escucharéis sermones fervorosos sobre la pasión de Jesucristo.

Quizá sólo los seductores sean lo bastante sinceros como para alardear de su conducta. En este punto preciso la humanidad es menos exigente (le reprocho a Mozart que su Don Giovanni no cometa crímenes realmente inconfesables). Dicho sea de paso, mi último comentario tiene un valor puramente histórico, porque —como seguramente sabréis— las organizaciones feministas francesas han reclamado que el verbo «seducir» sea eliminado del diccionario de la Academia.

¿Habéis visto alguna vez a un poeta que reconozca que le gustan las becas suculentas y las críticas laudatorias y admita ser la criatura más vanidosa del mundo, hasta el punto de que no puede vivir una semana sin encomios ni cumplidos? Oh, no. El poeta os dirá que canta la belleza y el dolor. Y si es listo, todavía añadirá que lucha

por la justicia y defiende la causa de los pobres y los oprimidos.

De modo que la realidad es «mala», mientras que el bien mora en la retórica. Porque llamamos retórica a todo lo que sale por la boca, sea la de un rey o la de un disidente, la de un monje, un poeta, un periodista o un soldado, ya que los generales tampoco tienen la costumbre de exclamar: «¡Matad!», sino que declaman estrofas sobre el honor.

La encontraréis por doquier. Sobre todo en vuestros despachos. Tropezaréis con ella en las columnas de los periódicos y en las páginas de los libros.

Imaginad un ser parecido al hombre que tenga un brazo musculoso y, en lugar del otro, un ala blanca y sedosa. He aquí nuestro mundo. Cuando le toca actuar, golpea sin miramientos, pero cuando se dispone a pronunciar un discurso, utiliza una sintaxis historiada y mente de maravilla. Habría que cambiar la definición de Aristóteles: el hombre es un animal con pluma que miente. Esa ala blanca y sedosa se llama retórica.

Como ya he dicho antes, la utiliza todo el mundo, pero los que más, los políticos y los hombres de letras. Y puesto que suelen ser los hombres de letras los que escriben los discursos de los políticos... La diferencia que los separa no es tan grande como creen los escritores y, por regla general, no estriba en el grado de mendacidad, sino en su extensión y en la manera de aplicarla. El primer ministro de un país que conquista un país vecino más débil subrayará las ventajas civilizadoras que la anexión va a proporcionar a la víctima del ataque. En cambio, un poeta que, pongamos por caso, canta la belleza de una puesta de sol en el mismo momento en que doce mil personas sufren, actúa a una escala proporcionalmente más pequeña.

Incluso un sabio tan perspicaz como Schopenhauer —¡ojo!: no es necesario que os queméis las pestañas leyendo sus textos, porque superan vuestra inteligencia; basta con que yo me estropee la vista en la biblioteca—, incluso, repito, un filósofo tan perspicaz como Schopenhauer, el mismo que desenmascaró y describió los ardides de la fuerza con un ingenio prodigioso, se acobardó en un momento dado y se puso a cantar las glorias ¿de qué? —nunca lo adivinaríais—, de la música, de la poesía y, en general, del arte, es decir, de la retórica.

¡Es algo realmente inconcebible! Recuerdo muy bien el momento en que, sumido en la lectura de *El mundo como voluntad y representación*, llegué a los capítulos que se transforman en un himno al arte. Fue a última hora de la tarde. Nevaba y la nieve arrojaba los tejados de las casas y los coches. El silencio era absoluto y sólo se oía el tictac de los relojes y el crujido de las páginas del viejo libro. Me sentí como si hubiera perdido a mi mejor amigo. O todavía peor, como si mi mejor amigo me hubiera apuñalado por la espalda.

Después pensé que bien podía haber habido dos hermanos Schopenhauer que, en un arrebato de socarronería, hubieran llevado sus manuscritos al mismo taller de encuadernación. Dos hermanos: uno, un soñador adocenado y un apologista de la hipocresía de los que llenan a rebosar los manuales de historia de la filosofía; el otro,

un pensador genial y cínico, alguien capaz de sacar a la luz y descifrar el sentido de la hipócrita comedia cotidiana, espectáculo que saboreamos a placer en cualquier lugar, en los despachos, por la calle, en nuestros hogares y hasta ante el espejo.

El Schopenhauer genial reveló la verdad definitiva sobre la naturaleza del mundo, de aquel circo lleno de crueldad, pero enseguida apareció su hermano estafador e hipócrita y volvimos a caer bajo el dominio de la belleza. Música... Ideas... Éxtasis... Altruismo...

Tenéis que conformaros con la idea de que existe una regla secreta que impide la propagación y la consolidación del conocimiento verdadero de la realidad. Siempre que surja un clarividente —el Schopenhauer I—, a su lado aparecerá un censor astuto —el Schopenhauer II—, diciendo: sí, claro, pero la belleza..., las puestas de sol..., la música..., el drama...

Una vez Maquiavelo hizo una intentona, y los estómagos de las universidades todavía no lo han digerido.

Recordad: muchas cosas están permitidas. Está permitido desvivirse por obtener premios, honores, homenajes y dinero; está permitido adular a los poderosos, pero en cuanto uno haya recogido todos los trofeos, tendrá que subirse a la tribuna para decir: la humanidad..., la virtud..., el bien...

El mundo es asqueroso. Repugnante. Sólo consta de avaricia, crueldad y ambiciones, y lo único que lo hace bello es la mentira. Hasta los niños están contaminados de la hipocresía general. Hasta los perros. La revolución no sólo no aportó ninguna mejora (os hablo sin tapujos, de hombre a hombre), sino que hizo la situación aún más insostenible. Pero no quiero entrar en política. ¿Qué nos importan la política, las estrategias o las ideologías? Nosotros contemplamos de cerca las enfermedades del mundo y para ello no necesitamos la mediación de oradores con piquito de oro. Nuestro oficio no nos predispone a las efusiones. Un informe de uso interno, una nota breve, unas cuantas páginas de instrucciones, es todo lo que hace falta. Quien escribe tiende a embellecer, a adornar. ¡Sed lacónicos! ¡Utilizad el teléfono! ¡Desconfiad de la pluma y de la máquina de escribir!

El eterno Nerón... Siempre la emoción, la flauta y la sensiblería. Comediantes. Son incapaces de soportar el peso de la verdad. Las fuerzas sólo les bastan para el primer tomo. En el segundo, siempre os propondrán un remedio infalible, sea Dios, sea la belleza, sea la democracia. No, gracias. Y os recomiendo que digáis no gracias como yo. Nosotros no pasaremos del primer capítulo. Tal vez la nuestra sea la única profesión en la que la hipocresía juega un papel insignificante. Por eso me cae simpática la gente como Fouché, capaz de cambiar regímenes políticos sin pestañear. Porque, ¿a qué viene pestañear, si lo cierto es que los sistemas políticos apenas logran ocultar la misma enfermedad, la misma locura, la misma violencia?

Yo deseo, anhelo y ansío. Tengo que tener esto. Tengo que ser famoso. Es así como piensan. Pero saben perfectamente que, si revelaran sus sueños, se expondrían a ser el blanco de un ataque de risa. De modo que se inventan rodeos. ¡Lo que son

capaces de hacer para conseguir su objetivo! Uno cuidará leprosos, otro conquistará el Polo Norte, el tercero fundará una nueva iglesia. Una ambición salvaje los empuja a afrontar lo que sea. Están prestos a compartir el destino de los indigentes, a temblar de frío en los desiertos del Ártico. Están a un tris de morir de hambre. Saben actuar en la clandestinidad durante veinte años para salir triunfalmente a la luz del día dispuestos a recibir premios y elogios con una mueca humilde e hipócrita, en la que los periodistas van a ver el reflejo de una sabiduría celestial. Pero, de hecho, su sonrisa significa sólo una cosa: ¡he ganado!

¡Cuántos perecen por el camino! Se contagian de lepra, caen por los precipicios alpinos, se mueren de inanición, ponen el cuello bajo la cuchilla de la guillotina o desaparecen en algún manicomio. ¡Les está bien empleado! Soy el último en compadecerles. Son víctimas del orgullo. En vez de conformarse con una vida sencilla y modesta, un anonimato decente, sueñan con acaudillar a la humanidad. Pensad que, si no se rompieran la crisma en sus senderos peligrosos, la humanidad tendría más cabecillas. Sería algo insoportable, verdaderamente insoportable.

Y más tarde, cuando ya están en cabeza, pronuncian sus largos y nobles discursos. Así, la diferencia entre los hombres de acción y los filósofos se queda en nada: éstos y aquéllos repiten tópicos.

Me siento solo. Desde que perdí a mi último amigo (pienso en Shopenhauer), me volví un solitario. Pero no estoy amargado. En primer lugar, porque os tengo a vosotros y esto me da esperanzas de encontrar a alguien lo bastante inteligente para nombrarle mi sucesor. En segundo lugar, tengo que admitir que el espectáculo que se despliega ante nuestros ojos es tan horripilante como cómico. ¡Mirad ese hormiguero! ¡Mirad esas hormigas laboriosas y consumidas por la ambición que trepan por sus empinadas laderas! Cada dos por tres alguna resbala y muere aplastada bajo la suela del zapato de un transeúnte. Por un instante reina la paz, las demás hormigas se reúnen y una hormiga vestida con una casulla blanca se inclina sobre la tumba para ensalzar a la difunta en una homilía fúnebre. Habla de sus virtudes, de su vida impecable y del ejemplo que la finada constituye para la posteridad. Consuela a la hormiga-viuda y remata la faena con un elogio de la larga vida conyugal que ésta ha disfrutado con la hormiga fallecida. Las que asisten al funeral escuchan, agitan tristemente las antenas.

Sin embargo, queridos colegas, basta con echar una mirada a nuestros archivos para descubrir que nada de eso es verdad. La hormiga difunta era una borracha empedernida, una cobarde y una arribista, lo cual, dicho sea de paso, aprovechamos de manera inteligente, haciéndole chantaje a lo largo de doce años y sacándole copiosa información sobre otras hormigas, las mismas que ahora agitan las antenas. Naturalmente, la vida marital de las dos hormigas tampoco fue ejemplar, lo cual también supimos aprovechar. Incluso sabemos alguna que otra cosita sobre la hormiga de la casulla blanca, que en principio debería de estar fuera de cualquier sospecha, y cuando llegue el momento oportuno, haremos uso de estos datos. Creo

que con el tiempo vosotros también aprenderéis a deleitaros en la contemplación de este espectáculo. Trabajamos en el anonimato. Nos están vedados los placeres de la fama, las entrevistas en televisión y las fotos en las portadas de las revistas. Pero sabed que éstos son placeres triviales, pasajeros e indignos de una persona inteligente. Recordad que los rostros de primera plana de los semanarios pronto caen en el olvido. Un rostro borra a otro, una nariz sustituye a otra, una boca solapa a otra, los dientes a los dientes, el ojo al ojo, el apellido al apellido. ¡Cuánto mejor es mirar, contemplar! Sólo mirar, mirar sin hacer uso de lo visto, sin escribir ni pintar, porque ahí es donde comienzan las tentaciones peligrosas, aquí acecha la retórica. No. Ya os he dicho que, por lo que se refiere a la escritura, hay que limitarse a una nota, un informe, una breve instrucción.

Nosotros no redactamos más que el primer capítulo. Mera descripción. Mera contemplación. Nada de conclusiones, sugerencias ni búsquedas de redención. Sólo mirar. Y, huelga decirlo, cumplir con el deber. No tengo que recordároslo, son cosas elementales, los rudimentos. Nunca olvidéis que nuestros clientes, esa pandilla de moralistas muertos de hambre, conspiradores melancólicos y disidentes de pacotilla, conocen el mundo mucho peor que nosotros. Claro, ellos también reciben clases de formación, pero os aseguro que allí nadie habla sinceramente. Allí se declaman y se declinan la libertad, la justicia y la democracia. A vosotros también os restregarán por las narices estas metáforas inocuas, y todavía añadirán la dignidad y la verdad, porque ni se les pasa por la cabeza que esta última habite en nuestros despachos silenciosos.

Confío en que sois listos y tenéis buena preparación, pero no me abandona el temor de que podáis preguntaros: ¿y si hay una pizca de verdad en esos conjuros patéticos? ¿Y si aquella monja sabe algo que nosotros ignoramos? ¿Y si aquel colegial de mirada ardiente ha solucionado el enigma del universo?

Recordad que, en el fondo, vuestros huéspedes son candidatos larvados a caudillos de la humanidad. Esos de quienes os he hablado: monstruos de la ambición, tiranos en ciernes, dictadores en pañales. Por el momento, aún están débiles e indefensos y por eso intentan embrujarnos cantando himnos a la belleza con su voz de sirena (¿qué es la indefensión, sino un ardid astuto?), una voz que pronto sufrirá la mutación y se acercará a los bramidos, los silbidos y las arias cautivadoras que tan bien conocéis y que son una expresión burlona de la omnipotencia de Satanás.

Os lo ruego, sed prudentes. Sed cínicos. Sólo nosotros, y sólo actuando de esta manera, podremos salvar al mundo de otro cataclismo. Sabéis muy bien que lo que más desea ese hatajo de imbéciles es organizar —y cuanto antes— otra revolución, otro paraíso terrenal, nuevas desgracias. Sed implacables. Nada de fantasías.

# TRAICIÓN

¿Me pregunta por qué hice aquello? Por qué hice ¿qué? ¿Por qué era quien era? ¿Y quién era? Empiezo a arrepentirme de haberle concedido una entrevista. Me he negado durante muchos años. Usted me habrá pillado en una de mis horas bajas, tal vez en un momento de desasosiego. Sacar la curiosidad ajena con el dolor propio — debe usted reconocer que hay cierta desproporción entre el apetito y el alimento.

¿Que cómo era aquel mundo que usted ya no alcanzó a conocer? Igual que el de hoy. Pero del todo distinto.

No sé por dónde empezar. Intuyo que usted ha leído mucho: memorias, estudios, materiales de archivo y disertaciones de historiadores.

¡Ha pasado tan poco tiempo! Nadie, absolutamente nadie ha sabido escribir sobre aquella época breve. Mire usted, algunos nombres, que hoy en día nos parecen tibios y casi olvidados, refulgían entonces como cables eléctricos al rojo vivo. Sobre todo, los que empezaban por la letra B. No puede decirse que aquellos nombres, que se pronunciaban raras veces, con cuidado y mirando a derecha e izquierda, sólo causarían temor. Básicamente causaban temor, pero también una cierta fascinación, porque irradiaban una energía insólita. No sería exagerado compararla con la alta tensión. Uno tenía la sensación de convivir con dioses. Es verdad que eran dioses malvados, pero no por eso dejaban de ser unas criaturas sobrenaturales. Distintas de nosotros. Unos extraterrestres. Hoy en día ya están muertos, aunque todavía sigan vivos.

¿Si en casa aprendí algo del comunismo? ¡Y tanto! Pero ¡menudo aprendizaje era aquél! Figúrese usted: mi padre, mis tías. Mis compañeros de escuela. Y detrás de cada uno de ellos, sus padres y sus tíos, como en una foto familiar gigante. Las tías de mis compañeros. Un bosque tupido de primos carnales y segundos, padrinos, cuñados, primas hermanas y sus novios. Una selva de primos. Jardines de primas. Los domingos se reunían todos a la hora del té con cuatro miserables pasteles. Y mis tías, ¡qué quiere que le diga!, murmuraban, lanzaban acusaciones, que si tal, que si cual, que si a alguien le habían dado una paliza o lo habían matado, que si a alguien le habían confiscado la casa y las tierras o que si algún desesperado se había pegado un tiro. Sólo conocían hechos sueltos que no sabían relacionar para crear un sistema. En cambio, al otro lado sí que había un esfuerzo intelectual, aquella especie de tomismo moderno con su ambición de abarcar la totalidad de la existencia. Y he aquí a mis primas, apiñadas bajo la pantalla de la lámpara ennegrecida por los años y con una aureola traidora de aparente santidad alrededor de la cabeza, lamentándose o regocijándose de que a un vecino le hubiese ocurrido una desgracia. ¡Aquéllos eran los instantes en que el comunismo mostraba su cara más humana! Pero pronto volvía a su sitio de siempre, al banquillo de los acusados. Y otra vez sugería la existencia de un contubernio judío. Alguien reía, alguien callaba cabizbajo, los niños gritaban, el

perro ladraba, un coche de bomberos circulaba por la calle. La generación que iba desapareciendo en el pasado tomaba el té. El sentido, el orden y la pujanza estaban en otra parte.

Una energía inaudita. Aquello no se puede reconstruir. ¿Sabe usted en qué situación se hallan los historiadores? Imagínese un gran festival de fuegos artificiales. Cascadas de fuego en el cielo, molinetes, penachos y crisantemos irreales que florecen a medianoche, construcciones monumentales y frágiles que se desmoronan para quedarse en nada, descensos repentinos seguidos de vuelos asombrosos y aún más veloces, como si los dedos luminosos de unos gigantes se asomaran por debajo de las nubes invisibles. Ni siquiera quien odia los fuegos artificiales y los desprecia, quien prefiere el arco iris más modesto a las bengalas más sofisticadas, habría sido capaz de pasear indiferente bajo aquel cielo purpúreo.

Ahora bien. Imagínese que, al día siguiente, el tiempo cambia, cae un sirimiri frío y molesto, y no queda ni rastro de los fuegos artificiales excepto unos casquillos de cartón húmedos y unas burdas estacas clavadas en la hierba que, la noche anterior, hicieron de lanzacohetes misteriosos. Alguien cruza el prado con un paraguas negro y contempla con aires de superioridad los vestigios de la orgía de la víspera. Es un historiador, señor. Ve las instalaciones, el escenario de los sucesos, el mismo cielo, el mismo prado y quizá la misma gente. Lo único que no ve es la corriente eléctrica, porque la corriente es invisible. Y la realidad, señor, es una combinación de cosas inmóviles, es decir, el prado, las estacas y los casquillos de cartón, con la energía, con la electricidad.

Con esto no quiero decir que el estalinismo fuera un magnífico espectáculo de fuegos artificiales. No, señor, usted no me cogerá a contrapié. A no ser que nos imaginemos una exhibición de fuegos artificiales en el infierno. ¿Se lo imagina? Tribunas para Lucifer y sus acólitos, una multitud de condenados con su uniforme carcelario gris. Y después, cohetes sobre el cielo claustrofóbico del infierno, el silbido de unos artefactos de color violeta. Y unos mozalbetes que aprovechan la oportunidad para vender helados y rosquillas. No, el estalinismo no tenía nada que ver con los fuegos artificiales. Sólo he recurrido a este símil para demostrarle que es la energía y cuán difícil resulta reconstruirla una vez ha desaparecido.

En aquella época, el mundo estaba saturado de energía. De temblor y de odio, pero también de ambiciones, envidias y esperanzas de éxito. Había en él mucho pavor y un soplo de ánimo. Tenía sus propias jerarquías. Parecía que éstas iban a durar mucho tiempo, quizá demasiado, y que siempre sería así. La contemplación de aquélla era ahora que ya ha pasado ofrece una perspectiva totalmente artificiosa: ¡no hay idea más antinatural que la destrucción y el hundimiento de algo que está en pleno vigor, por más detestable que sea!

Un historiador entra en un depósito de cadáveres e imagina bailes, recepciones y carnavales. Le pregunta al enterrador cómo eran las cosas, si la princesa era hermosa y si el presidente tartamudeaba. Las épocas mueren peor que los hombres: no queda

nada de ellas. Las épocas son como un arrebol: cuando desaparece, desaparece del todo. Ya he dicho que algunos nombres estaban conectados a la alta tensión. Básicamente causaban miedo, no lo niego. Sólo que, mire usted, una de las particularidades del miedo es que no le gusta aparecer desnudo. Siempre pretende disfrazarse de otra cosa: ambición, fanatismo o fidelidad. La energía está por todas partes y nadie se le escapa. Ay, me dan risa los presuntos dietarios que supuestamente fueron pergeñados entonces, en vivo y en directo, por observadores inteligentes e imparciales. Me gustaría saber por qué aquellos documentos escritos a vuelapluma no se publican sino al cabo de veinticinco años, al cabo de un cuarto de siglo.

¿Usted cree que había elección? ¿Que había oposición? ¿Que había un teatro oficial y otro independiente? ¿Una revista literaria para los socialrealistas y otra para los espíritus rebeldes? ¿Que había dos países, uno envilecido y otro decente? ¿Dos capitales? ¿Dos reyes? ¿Dos lenguas? ¿Dos filosofías? Nada de eso. ¿Sabe usted cómo eran las cosas? Los actores que conseguían una plaza en algún teatro tenían talento y daban lo mejor de sí, representaran un dramón propagandístico escrito en Moscú o un drama de Słowacki. Los dominaba la misma energía que en aquel tiempo ponía en movimiento todos los engranajes. Querían ser actores magníficos. ¡No va usted a suponer que es posible sabotear el teatro, interpretar mal *El sueño de una noche de verano* para hacerle la pascua al director! Existía un deseo salvaje de hacer carrera o, sencillamente, de subsistir. Y le ruego que no confunda las dos cosas.

¿Usted ve en alguna parte a actores jóvenes que dijeran no, yo no voy a respaldar a los comunistas ni su programa inhumano, me mantendré al margen, seré enfermero o ayudante de chófer? ¿Los ve? Porque yo no. Los que no habían sido agraciados con talento ni fuerza de carácter se sentaban en la última fila del teatro y miraban con desprecio y envidia a sus compañeros mejor dotados. Y le aseguro que había diez veces más envidia que desprecio. En el escenario estaban los mejores. Traicionaban los mejores. Los mejores recitaban poemas soviéticos. Y en la última fila se escondían los rostros pálidos de las mediocridades envidiosas.

Pongamos por caso a alguien que publicó entonces un poema sobre Stalin. ¿Cree usted que ese alguien era capaz de adivinar que su conducta sería reprobable tal día como hoy y causaría la indignación de un testigo tardío? Le aseguro que, antes que nada, le interesaba la opinión de los expertos, quería saber si el poema era bueno, si tenía fuerza artística. Es cierto que ya en aquel tiempo había quienes condenaban esta tipo de obras literarias, pero el autor del poema no tenía oportunidad de coincidir con ellos, ya que vivía en un mundo del todo distinto. Sí, era sumiso, pero al mismo tiempo intentaba escribir el mejor poema posible. Los jóvenes ambiciosos acudían a la capital con el propósito de hacer el mejor uso de su talento. Lo mismo de siempre.

El historiador concibe a la gente que vive en una época como si fueran maniqués guiados a distancia por el espíritu del tiempo. Pero nosotros teníamos jaqueca, sufríamos por amores no correspondidos, andábamos escasos de dinero, nuestro colega nos daba una envidia de muerte o soñábamos con mudarnos a un pisito más

confortable. Mientras que ahora se habla del pensamiento cautivo y de la traición de los ideales humanistas. ¿Y el dolor de muelas? ¿Y el deseo carnal? ¿Y el hambre? ¿Y el afán de ser el primero de la clase, de la generación o del grupo de poetas? Era una mezcla complicada. Incluso los llamados verdugos de la literatura, unos domadores con carné del partido, tenían conocimientos de poesía. Aquello era una mezcla y no una sustancia pura. La amenaza entraba en reacción con una ambición totalmente espontánea.

Sobre Stalin —por volver al tema de antes— había demasiados poemas. Demasiados. Escríbalo, por favor. Había que hacer una criba. No todo el mundo podía ver su obra en las columnas de un periódico. ¿Usted piensa que resultaba fácil vender el alma? Aquello era un gran mercado, y no todos lo lograban. Había más candidatos que plazas. Siempre ha sido así. ¿Por qué iba a ser de otra manera? Había un solo mundo, una sola vida. ¿Acaso un buen día despertó usted en la época estalinista, la del desprecio por el hombre? No. Usted se despertó entre sábanas, con un cuerpo conocido hasta hacer saltar las lágrimas y lleno de necesidades y caprichos. Usted se despertó al lado de una mujer querida o al lado de un muchacha con la que dormía sólo porque aquélla lo había rechazado. Estaba usted sin un chavo. Publicaba y, a pesar de todo, la familia reventaba de orgullo. Sus tías anticomunistas se alegraban de que su sobrino no fuera un don nadie. Mirad, publica, tal vez llegue a ser alguien. Resultaba difícil prever que un día usted iba a escandalizarse por ello.

Me pregunta sí sabía lo de las torturas, lo de la gente encarcelada sin motivo. ¡Ustedes siempre con la misma cantinela! Aunque me parece bien. Mire usted, lo sabía y al mismo tiempo no lo sabía. Acabo de leer un artículo de alguien de su generación, tal vez un poco mayor. El autor sostiene que el totalitarismo es la muerte. Mi respuesta es una amarga carcajada. Escríbalo: una carcajada llena de amargura. Bueno, tal vez al cabo de tantos años sea una manera lícita de ver las cosas, al cabo de muchos años y cuando lo que ustedes llaman pedantemente totalitarismo ya ha desaparecido o, por lo menos, ha quedado tan debilitado que parece otra cosa. La muerte estaba en otra parte. Yo intuía que torturaban a alguien y lo hacían padecer; de repente alguien desaparecía, un conocido lejano, y se rumoreaba que quizá no volvería nunca más, pero aquello eran rumores y no certezas. Algunos soldados y oficiales servían en unidades muy especiales y, a cambio, se alimentaban en comedores también muy especiales. Yo lo intuía. Allí sí que había muerte, allí acechaba la destrucción. Pero me lo tomaba por el lado de la vida. E incluso aquellos soldados sin duda pensaban más en los comedores que en las torturas.

El totalitarismo —por utilizar vuestro término académico— es la vida, la energía y la ambición. El totalitarismo son premios, jerarquías, pasiones, ascensos vertiginosos, carreras napoleónicas y grandes oportunidades para los jóvenes de pequeños pueblos de provincias. Al precio de la muerte. Y estaba prohibido hablar de ello. Era una vida separada de un tajo de la muerte. A vosotros, criaturas anémicas y melancólicas, aquel sistema os parece la muerte. Pero no es verdad. Pongamos por

caso los innumerables congresos, convenciones y asambleas que se celebraban sin cesar, a diario. ¿Eran dominio de la muerte? No, allí reinaba la ambición, que es una pasión de lo más vital. Oh sí, aquél era un mundo vitalista.

Sin duda, me apasionaban las ideas. Sólo cuando uno es joven se toma en serio la filosofía, sólo entonces busca una solución definitiva, una respuesta meridiana. Por eso aquella filosofía parecía creada especialmente para la juventud. Por regla general, la humanidad vive sin ningún programa, y ahora esto me gusta, pero entonces me indignaba y me ofendía.

Aún más que las ideas me apasionaba la realidad. No sé cómo expresarlo: en aquella época el mundo existía. ¿Puede imaginárselo? ¿Sabe usted que entonces las hojas de los árboles murmuraban igual que ahora? ¿Se hace a la idea de que las ancianas que andan por la calle con paso cansino arrastrando el carro de la compra eran por aquel entonces muchachas jóvenes? Usted se habrá pasado horas y horas en la sala de lectura de una biblioteca universitaria estudiando periódicos de antaño y apuntando las patrañas y mentiras que los atiborraban. ¡El papel frágil de los periódicos de antaño! Usted habrá constatado: parásitos, destructores de la cultura. Mientras que nosotros éramos unos rapazuelos. Ambiciosos como todos los chiquillos. ¿Cree quizá que el viento era estalinista, que el agua de los ríos en verano era estalinista y que el olor de los brezales era estalinista? ¿Se da cuenta de que, entonces, igual que ahora, el mundo desplegaba un esplendor regio y todo lo que había en él de podrido era como un pequeño gusano en una manzana grande? ¿Acaso cree usted que los besos eran estalinistas o que la piel de aquellas muchachas era estalinista?

Oh, por ejemplo recuerdo aquella vez que íbamos al campo sobre la plataforma de un camión. ¿A qué? No lo sé, lo he olvidado. Tal vez a dar un mitin sobre la colectivización. Tal vez sí. Pero era junio y había una gran explosión de alegría. Los álamos que bordeaban la carretera rebosaban, rebosaban de frondosidad, de ramaje, de esplendor, savia y sombras; a dos pasos de mí estaba la muchacha que amaba, soplaba un viento cálido, el aire olía a heno, había un borreguito en el cielo, un enebro oscuro y prados cruzados por arroyos; los tejados de unas casas lejanas brillaban al sol y por encima de nuestras cabezas revoloteaban golondrinas veloces. Cada vez que el vehículo se adentraba repentinamente en el bosque, hacía fresco y en aquella frescura se escondía el miedo, como si algo hubiese acabado demasiado pronto. Pero bastaba con volver a salir al espacio abierto para que reapareciera la sensación de intensa felicidad. Regresábamos de noche, lentamente, y entonces sentí con una nitidez palpable qué era un crepúsculo. La luz se alejaba despacio, y en aquel morir suyo había algo suave que duró horas; parecía que iban a transcurrir años y años antes de que oscureciera, y las fragancias saturaban el aire, los murciélagos efectuaban sus vuelos cómicos, y nuestras voces sonaban distintas como si algo estuviera cambiando de sitio, como si las tapas duras del libro del mundo cedieran y se abrieran. Había menos luz, pero más espacio, y allí donde estaban las casas y

crecían los árboles ya no quedaban más que ecos sordos, estelas sombrías, rastros de objetos. Ella llevaba una blusa verde y el deseo era omnipresente.

Sucedían más cosas de las que usted puede entender. Existía un mundo sensual, y estábamos llenos de sentidos y añoranza. Ahora nos juzgan miopes con gafas de culo de vaso, científicos torpes. El intelecto juzga a los sentidos. ¿Qué es la memoria? Vuestro mundo de la memoria, tan justo, es inhumano. Prohibido equivocarse, porque vendréis vosotros, los tristes descubridores de acontecimientos pasados.

A decir verdad, el mitin, que era el objetivo formal de aquella excursión de junio, no me honra en absoluto. Lo sé muy bien. Aquellos campesinos sufrieron perjuicios, se jugaban la cárcel; curiosamente, entonces no pensaba en ello y ahora lo hago muy a menudo. Pero me estoy refiriendo a otra cosa. El mundo es algo más que un acto bueno o malo. Sólo una parte de la realidad se presta a la valoración ética. Fíjese usted en aquel día que quedó para siempre en mis adentros, en mi cuerpo, en mi memoria más profunda. La vida no se puede juzgar. ¡Qué digo! Ni siquiera un solo día se puede juzgar, está demasiado lleno. Quizá Dios sepa hacerlo. Es posible condenar los actos, pero no las fechas. ¿Puedo ser despojado del amor hacia mis amigos y de la admiración por la majestuosidad del mundo sólo porque el objetivo de la expedición fuera mezquino? No hay red que permita pescar aquel día. No existe. La realidad es justo lo que usted no entiende.

No siempre sabemos expresarlo y, no obstante, es lo único que importa. Ponga una mano sobre el respaldo de una silla de madera, toque un vaso frío. ¡Qué poco podrá usted expresar! Lo magnífico y lo cruel no se presta a ser escrito. Existe en nosotros, pero no en nuestras palabras. El sufrimiento es para sufrirlo, no se presta al estudio. Hay más memoria que recuerdos. No dominamos el pasado. Encierra no menos secretos que el futuro. Los álamos altivos crecían junto a la carretera, pero no para mí. Yo sólo los vi, los admiré desde lejos. Las golondrinas mostraban indiferencia. La luna no era estalinista.

Sí, soy culpable. Pero no sé lo más importante. No sé si soy un buen hombre o no lo soy. Pregúnteselo a mis colegas, sin duda tienen una opinión firme al respecto. Del mismo modo que yo tengo una opinión firme respecto a ellos. Pero de mí mismo, sé muy poco. ¿Puede uno vivir con la conciencia de ser mala persona? ¿Acaso soy más vanidoso y estoy más sediento de honores, dinero, elogios y premios que los demás? Por aquel entonces yo quería vivir y no sabía que aquél no era el período idóneo para realizar una ambición tan elevada. Tal vez quisiera llegar más alto que los demás. Bonito no es, pero hay sociedades que no condenan a los individuos de esta ralea, sino que los condecoran con la Legión de Honor.

Tal vez mi conducta fuera la de un glotón. ¿Era más ávido que los demás? No sé si fui abominable al satisfacer mis deseos. O si fui más cobarde que otros. ¡Qué le vamos a hacer: algunos comen con elegancia, otros no! No hay nada más trivial que satisfacer las necesidades. Incluso en los países decentes, satisfacer las necesidades es algo infinitamente trivial. Y bajo una tiranía, se convierte en algo repugnante.

Vivía con mis padres en Cracovia. Las ventanas de nuestro piso daban a Planty<sup>[5]</sup>. Las paredes de las casas todavía ostentaban los restos de letreros y carteles publicitarios de antes de la guerra. Las calles ya habían sido conquistadas por el nuevo régimen, pero los lilos que crecían en los patios aún conservaban el orgullo de otro tiempo, y cada primavera, sin hacer caso a las estrictas medidas de austeridad, florecían lozanos y arrogantes, y su perfume embriagador se derramaba por toda la ciudad como un llamamiento aristocrático a la contrarrevolución. Una vez, hubo un invierno tan crudo que hasta en el casco antiguo aparecieron trineos silenciosos. Humeaba el pelambre de los caballos. En casa, sólo calentábamos un cuarto. Yo tenía veinte años, leía a Rilke y, justo en el momento en que estaba sumido en su primera Elegía, mi padre se lavaba detrás de un biombo fino, haciendo esfuerzos de Prometeo para superar la imperfección de la anatomía humana y alcanzarse la espalda con la mano. Y yo leía que «la belleza no es nada sino el principio de lo terrible». Nevaba. El campanileo de los trineos se desplazaba raudo e inmaterial, porque no le acompañaba ningún otro sonido. Alguien hubiera podido pensar que unos monaguillos vestidos con sobrepellices blancas se habían desparramado por la ciudad. Los caballos se movían envueltos en grandes vaharadas como por el fondo del océano. Mi hermano aprendía a tocar la armónica. El tañido de las campanas de las iglesias, duro y cuajado por el frío, animaba a sobrevivir. Los campesinos, arrebujados en gruesas zamarras que al deshelarse desprendían un olor animal agrídulce, vendían leña. Llamaban con voz ronca a las ventanas atrancadas, a los portales cerrados a cal y canto, a la ciudad sumergida en una parálisis medrosa. Las ramas negras de los castaños se inclinaban bajo el peso de la nieve apelmazada. A veces, un soplo de viento libraba a un árbol de su lastre níveo, y sus ramas regresaban con alivio a una vegetación despreocupada como si de repente hubieran recuperado la juventud y la soltura. Las cornejas, que a nadie le caían bien, pisaban con cuidado los senderos endurecidos, tambaleándose como un hacendado que cruza la dehesa. Por encima de los tejados, se hinchaba el sol. Los hilos negros de humo se encaramaban hasta el cielo pálido. Entendí que la belleza era algo real, algo que acaricia a los objetos y a las personas.

En primavera, la ciudad se agrandaba, crecía, los sonidos y los olores se multiplicaban. Los afiladores rondaban por los patios, de debajo de sus dedos surgían penachos de chispas y el canto agudo y penetrante del acero se alzaba formando un arco ojival por encima de las casas. Las ventanas estaban abiertas de par en par y un aire húmedo salpicado de suaves trinos de pájaro entraba en las viviendas. Los mirlos primero chirriaban airados como si quisieran asegurarse de que la primavera estaba cerca, y más tarde, en marzo, nos embriagaban con sus melodías interminables como las cantantes de blues cuyos discos se vendían a precio de oro. Yo daba paseos cada vez más largos en busca de nuevas huellas de la primavera. Los alisos brotaban de los charcos de aguanieve como si fueran termómetros hundidos en un río gélido. Las torres de las iglesias desaparecían en el interior de una nube que colgaba encima de la

plaza mayor. Las colinas iban destapando nuevas líneas del horizonte, frágiles y azuladas como la porcelana china. Grandes bandadas de estorninos de alas brillantes, excitados por el regreso a sus lares, recorrían los campos vacíos.

Las multitudes desfilaban por las calles y los críos saltaban por encima de los charcos. De repente, todo se volvía más fácil y más cercano. Los olores se mezclaban. Las iglesias abiertas aspiraban con avidez grandes tragos de aire cálido, expulsando a cambio hacia la calle el tufo de los cirios, como si los viejos santos encerrados y custodiados celosamente durante siglos entre los muros de las basílicas también desearan catar aquel aura de marzo. Se abrían las ventanas de las oficinas, de las delegaciones del partido y de los seminarios; por un instante, la primavera era más importante que el sistema político, y tanto los rostros pálidos de los monjes como los de los militantes comunistas se giraban hacia un sol victorioso y triunfante. Las forsitias ardían con las llamas amarillas de su gloria semanal. En el mercado aparecían los primeros brotes de las verduras primaverales, la irrefutable prueba de que existía vida en la Tierra.

Entendí que el mundo estaba partido en dos, dividido, que es a un tiempo magnífico y trivial, pesado y volátil, heroico y cobarde. Lo visita la belleza, pero ésta nunca se ha aposentado en él del todo, de una vez para siempre, sino que tiene allí su *piéd-à-terre*, como un millonario que vive en el campo y visita raras veces la ciudad para asistir al estreno de una ópera o a la inauguración de una exposición de pintura, y se conforma con disponer de un elegante apartamento *vis-à-vis* del teatro. Y también sabía que el mismo desgarró me escindía por dentro. Algunas veces era capaz de captar lo casi invisible, lo apenas esbozado con un trazo ligero y desenvuelto, mientras que otras me convertía en un ciego, no veía y no comprendía nada, permanecía insensible a las exhortaciones de la realidad y me distanciaba a muchos años luz de aquella otra esfera.

Intuí que, de un modo misterioso, el éxtasis y la existencia estaban estrechamente ligados, y que incluso los sonidos más cotidianos —el ruido del agua que sale del grifo, las pisadas de un transeúnte al caer la noche o la conversación silenciosa entre dos ancianos que rememoran los años de antes de las dos guerras mundiales y que en aquel momento preciso parece desempeñar únicamente la modesta función auxiliar de calendario— eran bellos por el mero hecho de existir y ser oídos sin segundas intenciones, inocentemente. Un poeta de verdad sabe recibir cualquier sonido, cualquier imagen, cualquier situación, cualquier alegría y muchos de los dolores. Y recibir quiere decir aceptar su presencia, la irrepetible y atrevida presencia de nuestros hermanos en la vida, tanto si es la voz de una cucharilla que se ha caído de la mesa, como si es el relampagueo del ala de un herrerillo.

Presentí que mi coraje, tan diferente del de un soldado, un juez o un político estribaría en darles la bienvenida a esas voces variopintas con toda la sencillez y devoción, a conciencia y en justicia. Jamás he visto la poesía como algo lleno de patetismo, algo confuso y exaltado. Y en este punto es donde fracasé más. Porque

renequé de aquel coraje silencioso y fundamental cuyo sentido había ido conociendo durante mis largos paseos por las afueras de la ciudad. Que un día me pusiera a escribir odas en honor al tirano significa que no sólo traicioné a mi nación, a mi familia y a mi propio yo, sino también a la naturaleza del oficio y del modo de pensar que había elegido.

Es evidente que no todo el mundo tiene que ser poeta. Pero hay una ley secular que reza así: si el tejido indefenso de la realidad se le revela a alguien en un doloroso instante de iluminación, este alguien, elegido y al mismo tiempo condenado por el destino, no puede nunca eludir su vocación. Ha dado con el rastro de lo que hay de divino en el mundo y este descubrimiento lo marca para toda la vida. Oh sí, puede que vague meses y años enteros por ciudades y países sin oír ni ver nada, pero no renunciará a la posibilidad de curarse en un futuro. En su vida ya no hay lugar para la libertad ni para la búsqueda. La búsqueda sólo puede tener un objetivo: el camino de vuelta al paraje fértil, a la plenitud de la visión. Ésta es la fidelidad fundamental del poeta. Y es posible encontrar una fidelidad análoga en todos los demás oficios, en todas las vocaciones.

Le estaba hablando de la primavera. Los días se alargaban cada vez más. Los primeros calores llegaban por sorpresa, de improviso. Nadie recordaba cómo era el bochorno insistente de un día de abril hasta que llegaba, hasta que los tallos abotargados de las flores empezaban a asfixiarse por exceso de savia. Los vendedores de limonada se secaban el sudor de la frente, las moscas resucitaban tras el calvario invernal, en los parques las malas hierbas y las ortigas despedían efluvios, y los labios de las muchachas y la piel de mis manos se impregnaban de su fragancia. Hasta las sombras se volvían cálidas. Los vestigios del invierno desaparecían más deprisa que la destrucción de la guerra. Las iglesias barrocas, semejantes a grandes estaciones de ferrocarril, acogían de grado a los transeúntes. Se invertía el balance de energía: las iglesias se convertían en depósitos de frescura. La madera de los confesionarios crujía como si los pecados que generaciones de hombres y mujeres habían confiado a sus vetas desearan de pronto salir en libertad.

¿Qué es la traición? ¿Se ha percatado de que ya en mayo o junio nos acostumbramos a la luminosidad del verano, a un cielo vasto, al aire mullido y relleno del suave algodón de las flores de álamo?

¿Usted es capaz de captar el sentido de la expresión «hombre quebrantado», que aplicamos al prójimo? Solemos decirlo hablando de los demás, pero yo pienso en estos términos de mí mismo. Nunca he vuelto a levantar cabeza, es decir, nunca he conseguido escribir nada que esté a la altura de aquella vocación, de aquel deslumbramiento.

Callejeaba por Cracovia aturdido por la presencia de las murallas, las casas y las portaladas de madera que vedaban el acceso a huertos y jardines. Al derretirse, la nieve dejaba al descubierto la superficie rasposa de los objetos, la complicadísima estructura de la piel del mundo, y a mi me pareció que se me caía una venda de los

ojos y veía por primera vez en mi vida. Para divisar la belleza basta con mirar atentamente. Las ramas negras de los castaños salpicadas de botones grandes y húmedos. Un chaval de unos diecisiete años, un aprendiz de carpintero —su pelo crespo está cubierto de aserrín— permanece sentado en el bordillo de la acera comiendo una gruesa rebanada de pan.

¿Qué he hecho? He escrito un par de artículos. Y, más tarde, tal vez cuatro poemas que no estaban del todo mal. Traducciones de poetas ingleses. Un libro sobre la vida y la obra de Keats. Y una novela medianilla. Un fracaso matrimonial. En los años posteriores, unas cuantas firmas al pie de manifiestos de la oposición. Una vez, una entrevista para *Le Monde*. Eso es todo lo que queda de aquel deslumbramiento. Por un instante, fui el amo del mundo; incluso los jardines inaccesibles y los pasillos subterráneos eran de mi propiedad. Me asustaba pensar que, sólo de haberlo querido, hubiera podido derrumbar la torre de la catedral sin tocarla siquiera. Habría bastado con decir una sola palabra. Cuando cerraba los ojos, las tinieblas cubrían la tierra. Y después, nada. Nada.

Disculpe, ¿qué está diciendo? No lo he entendido. ¿Sería tan amable de repetírmelo, por favor? ¿Qué? ¿Me está consolando? ¡Habrás visto! ¡Se atreve a ofrecermelo consuelo! Considera que los libros que publiqué después del 1956 son muy importantes. ¡Importantes! Importantes son los aduaneros de las fronteras y los policías de las encrucijadas. Mis poemas. Me está diciendo que significaron mucho para usted. Por lo menos, algunos. Usted cree que, en el fondo, me redimí casi por completo con mi actitud posterior, que di muestras de entrega y de coraje. Que pagué por los pecados de juventud y me merezco el perdón cristiano.

Esto es cómico, sainetesco. Usted ha venido a torturarme, a arrancarme una confesión. Pues ya la tiene. Usted —tal vez de un modo no del todo consciente— ha sido enviado por la opinión pública, por lectores anónimos, por ingenieros y abogados, por olvidados genios de provincias, polonistas, romanistas y germanistas. Acude en nombre de la opinión pública sedienta de venganza, de esos intelectuales de pro que, gracias a un bendito anonimato, pueden hacer de mí el blanco de su rabia, sobre todo porque su inigualable cobardía no ha dejado huella alguna. Ahora ya no importa que durante muchos años votaran al amo y señor que tanto detestaban, que firmaran todas las proclamas —reivindicasen la paz, la guerra o una ejecución—, todos los manifiestos y todos los pasquines que les ponían delante de las narices, que acudieran a todos los mítines, que condenaran a quienes se les ordenaba condenar —fuese el gobierno de Londres o el de Australia, los trotskistas o los judíos, los marcianos o los parisinos—, ni que guardaran un silencio atribulado y, al amparo de su mezquindad virtuosa, aprobaran todo lo que sucedía en su ciudad y en su país. Ya lo han olvidado. Sólo me piden cuentas a mí. Ellos fueron prudentes, garabateaban unas firmas ilegibles y volvían presurosos a sus confortables pisitos. Es imposible pillarlos y, felices, han enterrado en el olvido sus pensamientos y sus puños en alto. ¡Y usted, un mensajero de aquella masa humana iracunda e hipócrita, tras obtener lo

que perseguía desde el principio, esto es, mi confesión, se afana en consolarme!

Me habla de mi libertad y de la de todo ser humano. Me dice que he sabido salir de la trampa. ¿Qué sabe usted de mi libertad? ¿Qué sabe de mis trampas? ¡Ustedes quieren despojarme incluso de eso, de mi traición! Pretenden privarme de mi fracaso, arrebatármelo y colocarlo en su museo de virtudes cívicas. Acabo de decirle que la libertad deja de existir en cuanto uno descubre la imagen interior del mundo. De ahí que surja un malentendido. Usted sigue creyendo que mi traición se llevó a cabo en el mundo exterior, tal vez en un desfile del uno de mayo, en una reunión del partido o en un artículo publicado por un periódico de la capital. Y no es verdad. Ocurrió de otra manera, en silencio, subrepticamente, ¡yo qué sé!, tal vez durante un paseo a orillas del Vístula o en mi cuarto, en un instante de duda, cuando renegué de lo que veía y substituí las cosas menudas de contornos netos y bien visibles por grandes números, por obras gigantescas, por fórmulas abstrusas y triunfantes y nombres de personas que no conocía y que pronto mostrarían su rostro criminal. Renegué de lo más sencillo para declararme a favor del tumulto, de la violencia y de la mentira.

¿Cómo expresarlo de otra manera? Creo que de las vivencias de mi juventud se desprende una lección: yo tenía que ser un cristal de aumento para percepciones aparentemente nimias, tenía que agrandar lo silencioso y hacer que recuperase el rango que le correspondía. Lo más importante de nosotros y de los objetos no salta a la vista. Una especie de injusticia comercial de la ontología hace que, en nuestra percepción cotidiana, destaquen en primer plano las particularidades relacionadas — por decirlo así— con el trueque, con la utilidad que nos atribuimos a nosotros mismos y que les atribuimos a las cosas. Yo me sentía llamado a reparar esta injusticia y a devolver a las cualidades magníficas que permanecían ocultas la importancia que se merecían. Aquélla era mi vocación. De este modo, tenía que concienciarnos, a mí y a los jóvenes de mi edad, de que nuestro hábitat era una realidad verdadera, llena de savia, colores y sentidos, y que, si a veces nos parecía gris y vulgar como un billete de banco que hubiese circulado demasiado tiempo, los únicos responsables éramos nosotros, nuestra falta de atención, nuestra vulgaridad.

Pero sucedió algo diferente. ¿Sabe usted en qué me convertí? Me convertí en un miserable cristal de disminución. En vez de tomar como punto de partida la verdad damnificada por la cotidianidad trivial, en vez de socorrerla y rendirle homenaje, invertí la secuencia y me alié con los poderes, con las consignas estridentes aplaudidas por las multitudes, y las disminuí hasta el punto de que cupieran en un poema. Y, para colmo, aquellos poderes resultaron falsos. ¿Me comprende? Para colmo, resultaron falsos. Aunque hubieran sido más honrados, aunque hubieran sido justificables, yo seguiría siendo un traidor, por lo menos respecto a mí mismo, ya no respecto a usted ni a lo que usted llama sociedad, sino respecto a mi soledad.

¿Sabe usted quién podría haber sido yo? ¿Sabe usted con qué nitidez veía las cosas y al hombre, las flores que surgían de los capullos sellados, el poder aterciopelado de la muerte y la fuerza salvaje de los conflictos que residen en todo lo

vivo? No estaba hecho para ser un autor de idilios, mi deslumbramiento me hablaba también de la muerte y del exterminio. Contemplaba tranquilo los árboles y a los humanos, porque su existencia estaba delimitada por el contorno neto de la nada, y cada una de las espigas que me tenían maravillado cantaba alegremente y sin rencor un himno a la destrucción. ¿Sabe usted qué podría haber hecho? ¿Es usted capaz de imaginar el sabor de las obras que nunca he escrito? ¡Si me hubiese quedado allí, en aquella pequeña ciudad, si ya entonces hubiese sabido que no necesitaba nada más que pasear siempre por las mismas calles y ver envejecer a la misma gente, contemplar su bondad y su vileza y, al caer la noche, apuntar lo que había visto y lo que había comprendido! ¡De haberlo sabido! Usted no tiene ni idea de lo que puede perdonarme y de lo que no. No coincidimos en absoluto. Usted trata de perdonarme un pecado inconsciente, un error, una infracción de las normas cívicas de la que — ¡cómo no!— me arrepiento. Pero a usted se le escapa mi verdadera traición, la que hice al mundo y no a mis conciudadanos. ¿Es la vanidad la que habla por mí? Heme aquí: un hombre de letras viejo y mediocre que hubiese podido igualar a Petrarca. Vi el fuego. No sólo me doy pena a mí mismo. Me da pena el mundo que ha perdido un canto. Me da pena el mundo.

Y usted también me da pena: ha perdido la oportunidad de conocer mi visión. Usted es algo más pobre por no haber visto mi obra inexistente. Y también, porque es incapaz de valorar las dimensiones de mi traición. Sólo si ocurriese lo imposible y mis obras hubiesen nacido y a un tiempo no hubiesen nacido jamás, si fuesen accesibles sin haber existido nunca, podría hacerse una idea de lo que fue mi traición. Vi una ciudad, una urbe medieval de callejones estrechos y muchas iglesias que estaba siendo conquistada palmo a palmo por unos invasores. La ciudad estaba sitiada, pero los asaltantes ya llevaban un tiempo dentro del recinto amurallado y el campo de batalla eran las casas y las escaleras. Por los senderos de Planty paseaban monjas vestidas con hábitos de color pardo y tropezaban con grupos de agitadores jóvenes cuyo objetivo era destruir el viejo mundo. ¡Pero había tanto viejo mundo en aquella ciudad! Casi todo era viejo: las murallas, los árboles, las capillas y la gente. Y en la catedral, un viejo obispo.

Aquél era sólo uno de los asedios. Las estaciones —la nieve, el viento, la oscuridad, la lluvia y el tiempo— eran los otros agresores. De noche, aparecían en el firmamento unas estrellas famélicas. Visité los cementerios, donde vi a ancianas vestidas de luto llorar a no importa qué difunto, sumarse a no importa qué cortejo fúnebre. Detrás del ataúd avanzaba el cura. Los curas parecían gente satisfecha, serenos funcionarios de una gran compañía de seguros. Había un barrio vacío y arruinado: aquél donde antes habían vivido los judíos. La lluvia borraba los signos hebreos de los muros de la sinagoga. Perros y gatos salvajes vagaban por Kazimierz<sup>[6]</sup>. Los judíos no estaban. Cada primavera, lloraba un sauce de hojas ahusadas. En julio, las casas huérfanas estaban tan calientes y perezosas como las del centro de la ciudad. Nadie se acordaba de los judíos. Incluso sus casas mostraban

indiferencia. Habían llegado nuevas amenazas, nuevos carteles peroraban desde los tablones de anuncios. El engrudo servía a cualquier amo.

Vi el fuego. Vi a la muerte asediar mi ciudad. En algunos pisos reinaban la paz y el orden, los relojes de pared no se adelantaban, sus péndulos dormitaban. Unos bombones yacían en cestillos de plata. Las alfombras cubrían los suelos como unas vendas. En otros cuartos vivían amontonados unos fugitivos de Varsovia. Y sucedía que unos habitáculos diminutos acogían a toda una familia ducal que hasta hacía poco poseía varios miles de hectáreas de tierra. Ahora, un armario de madera de olmo tenía que sustituir al palacio y las maletas apiladas encima recordaban los viajes a Biarritz de antes de la guerra.

Los porteros espiaban celosamente cada paso de los duques y de sus hijos. Abogados venerables con el rostro cubierto de polvos de arroz salían cada mañana al trabajo. Yo sabía que no era posible salvar a nadie. De noche, un autillo leía los nombres de los condenados con una pronunciación confusa para dejar una pizca de esperanza en los corazones de las futuras víctimas. Más y más ciudadanos cruzaban el umbral del palacio del partido. Los monaguillos fumaban mientras esperaban al cura. Aludes de nieve caían de los tejados.

A veces, me sentaba en un banco para contemplar a las multitudes que desfilaban ante mis ojos y fluían como torrentes crecidos de primavera. Mujeres tocadas con pañuelos de campesina trajinaban hogazas de pan. Algunos muchachos caminaban briosos a paso marcial y unos hombres de edad marchaban con igual energía: eran soldados de paisano, soldados de ejércitos varios que habían cambiado el uniforme por un abrigo y una americana, pero que, incapaces de renunciar al placer de las marchas, nunca habían aprendido a modificar el ritmo de sus andares. Esos ejércitos clandestinos, tan fáciles de reconocer, recorrían las calles. Había también otros hombres que daban pasos gatunos, echando miradas escudriñadoras a su alrededor. Se veía a la legua que iban camuflados. Eran funcionarios de la policía secreta encargados de la persecución de aquellos ejércitos clandestinos. Entre los soldados y los policías se deslizaban unos curas vestidos con traje de calle. Mujeres con faldas abigarradas se desvivían por salvar al menos algún elemento de la moda parisina: una cinta, un sombrero o, a falta de otra cosa, una sonrisa triunfal y arrolladora. Sólo los ancianos encorvados ya no fingían. Respiraban con avidez, llenándose los pulmones de aire de abril.

¿Ve usted esa ciudad primaveral, aparentemente vulgar y tranquila, una ciudad no sólo consumida por la envidia y la sospecha, y destruida por el paso del tiempo como todas las ciudades del mundo, sino también, para colmo, carcomida por una guerra civil cruel aunque latente? ¿Ve usted a los nobles terratenientes de tez curtida por el sol? Y a su lado, a aquellos aldeanos que todavía tienen las facciones poco definidas, la nariz chata y la mandíbula cuadrada; ellos son los predicadores de la nueva filosofía, los servidores de la utopía, los astutos comisarios bolcheviques. ¿Ve usted a los aristócratas, que aún no hace mucho recorrían sus vastos campos de Ucrania, dar

vueltas por unos cuartuchos de alquiler del tamaño de un puño? Encima de sus cabezas se cierne el azor del tiempo. Dos destrucciones. Éste era mi tema. Conocía a la perfección cada calle. Mis tías me hacían acompañarlas a las casas de sus amigos. Gracias a ellas, fui descubriendo las viviendas de duques desheredados y de modestos curas de provincias, de gente que había regresado de Siberia y que nunca podría dar un apretón de manos porque tenía los dedos congelados, de refugiados de la Insurrección de Varsovia, de desterrados de Lvov y de Vilnius y de unos pocos supervivientes de Auschwitz. Los miraba con ternura, intuyendo que serían protagonistas de mis futuros libros. Y estos libros no existen, el fuego se ha extinguido y el humo ha escrito en el cielo las letras de mis poemas y relatos.

He aquí mi traición: el silencio. No he contado lo que sólo yo hubiera podido aclarar. No crea que cualquier otra persona que hubiera vivido en aquella ciudad en la misma época hubiera podido sustituirme; nadie ha visto la misma ciudad que yo, la misma guerra cruel, nadie ha oído el canto de los mismos pájaros, nadie ha catado con la lengua el sabor del mismo puñado de nieve. Nadie pasó delante de la puerta de la cárcel de la calle Montelupich en el mismo momento en que yo estaba allí viendo a las familias de los prisioneros esperar pacientemente en medio de un calor infernal a que les llegara el turno para visitar a un padre o a un hermano. Nadie ha visto a los alumnos del seminario jugar al fútbol en el estadio de D'bniki bajo un nubarrón negro y amenazador.

Usted me perdona. Muchas gracias. A gente como usted es fácil caerle mal, pero tampoco resulta difícil obtener la absolución. No la acepto. Oh sí, es posible borrar las culpas con declaraciones, con actividades opositoras y con textos iracundos dirigidos contra los protectores de ayer. Naturalmente, usted sabe que he hecho todo esto y más, arriesgándome un poco, aunque no tanto como podría parecer. Y eso está bien, es la forma más adecuada de sacar provecho de un error. ¿Acaso el abono no se hace a base de mierda? No, no puedo borrar del todo la otra mitad de mi vida. ¿Qué me quedaría si lo hiciera?

El patrimonio se pierde sólo una vez. Sólo una vez puede producirse esa extraña metamorfosis: la conversión de un orgulloso cristal de aumento azulino que puede servir para incendiar un almiar o para leer la inscripción de un sello del siglo pasado en un servil cristal de disminución.

Tengo la sensación de que empiezo a aburrirle, joven. Veo que saca de su cartera la fotocopia de un texto. ¿Un artículo mío? Sí, un artículo que escribí, ¿en qué año? En 1951. ¿Si recuerdo de qué trataba aquel texto? Un momento, déjeme pensar. Oh sí, ya me acuerdo. Un artículo abominable. En él arremeto contra la cultura burguesa y sugiero —¿qué digo sugiero: grito, grito histéricamente!— que, en el fondo, T. S. Eliot es un agente del espionaje americano.

Escuche con atención y tome apuntes. Fue así. En 1951 yo trabajaba en aquella... revista. Había abandonado Cracovia y me había instalado en Varsovia. Escúcheme, por favor. Habíamos recibido nuevas instrucciones. Había que intensificar la lucha de

clases en la literatura. A nuestra revista se la había acusado de blandenguería en la persecución de las «reliquias del capitalismo en el campo de la cultura». El director me llamó a su despacho. Los dos nos teníamos miedo. Yo le temía porque estaba al tanto de sus contactos con el Departamento de Seguridad del Estado, y él creía que yo tenía amigos allí. (Estaba equivocado.) Entré y me senté en una silla delante de su escritorio. Dijo: hay nuevas directrices, tenemos que intensificar la lucha. Camarada, escribe un artículo y ataca sin piedad a K. Usted sabe de quién hablo: de K., aquel poeta famoso. Por aquel entonces, K. ya era viejo y estaba enfermo. Lo había visto un par de veces en veladas poéticas. Admiraba algunos de sus poemas, me gustaba su rostro atormentado y hermoso.

Le pregunté al director si el nombre de K. estaba en las instrucciones o si era él quien había elegido a la víctima. (No utilicé estos términos.) No me contestó: estas cosas no se decían. Repitió: camarada, escribe sobre la decadencia de la obra de K. y considera este encargo una orden del partido.

Y entonces le dije con voz de jugador de póquer, como si supiera algo más, algo de lo que él aún no se había enterado.

Voy a escribir un artículo muy duro —le prometí—, durísimo, pero mejor para los dos que no sea un ataque a K.

Calló un largo rato. Calló como el protagonista de una tragedia. Sopesó los pros y los contras como el Cid de Corneille. Su frente se convirtió en una pantalla que reflejaba sus pensamientos y sus inquietudes. No tenía una frente muy alta, pero no olvide usted que hasta las frentes peludas de los perros y los gatos se fruncen. Incluso quien tiene sólo un dedo de frente refleja en ella sus tribulaciones. Siguió pensando. El futuro se perfilaba inseguro. Los dirigentes venían y se iban, y, en los momentos decisivos, se olvidaban de sus protegidos. Por otro lado, ocurría a menudo que gente aparentemente indefensa y condenada al exterminio resultaba tener protectores poderosos que la defendían con eficacia movidos por intereses propios o, sencillamente, por caprichos de gran señor. Callaba. La lluvia tamborileaba acompasadamente contra el alféizar como las estrofas de un coro griego.

Finalmente dijo: puedes retirarte, mañana quiero tener el texto.

Comprendí que K. sobreviviría a aquella campaña. Escribí un artículo lleno de rabia contra T.S. Eliot.

Como usted seguramente ha adivinado, T.S. Eliot nunca se enteró de que había sido el objeto del ataque brutal de un joven poeta polaco. En cambio, K. vivió todavía quince años y murió siendo un escritor respetado por todo el mundo.

Mire usted, en aquella época los artículos de esta índole podían ser letales si iban dirigidos contra gente mayor, enferma o, simplemente, frágil, sensible y moralmente solitaria. Pero yo sé que a usted lo único que le importa son los valores humanistas: desprecia mi artículo, porque destruyo en él los ideales de la cultura occidental. También yo desprecio este texto. Y, sin embargo, esconde una de las proezas más grandes de toda mi vida (lo cual no significa gran cosa). En comparación con aquel

silencio de mi jefe, pierden importancia todos los manifiestos opositores que he firmado.

Usted razona en términos absolutos. Pero entonces vivíamos de otra manera: en una necesidad constante de elegir, relativizando y comparando. Vivíamos entre varias opciones. Otra cosa es que no tuviéramos mucha elección. Como ha podido comprobar, pude elegir entre el asesinato y la vileza. Entre una vileza abstracta dirigida contra las ideas —que, no obstante, llevaba aparejada la amenaza de que un quinceañero tan sensible como yo a su edad leyera aquel artículo y se dejara convencer de que los poetas occidentales eran espías— y un asesinato concreto.

Una elección pobre, tengo que admitirlo. Para colmo, aunque usted no me crea, la opción que rechacé no existe, no ha quedado ninguna huella ni ninguna prueba de que yo quisiera salvar la vida de K. Él mismo tampoco se enteró nunca de que, en un cierto sentido, yo lo había salvado. Algunos años más tarde, me acerqué a él, me presenté y quise expresarle mi admiración por su obra, pero no me dio la mano. No les daba la mano a los estalinistas.

Otro día —esto no lo escriba, por favor, ya que voy a contarle algo que nunca ha tenido lugar, algo que no ha ocurrido— se celebró una reunión muy importante en que se determinaron las metas de la literatura para los años venideros. Usted ya me entiende, si se planificaba la producción de cereales y de cemento, había que prever también el desarrollo de las formas literarias. Acudieron los más destacados economistas de la poesía, diseñadores de la prosa y arquitectos del ensayo. Yo también había sido invitado, pero, naturalmente, no figuraba en la lista de oradores. Se lo digo para que comprenda las proporciones históricas. En aquel círculo elitista, yo podía ser como mucho un joven, un debutante, y era impensable que apareciera de buenas a primeras entre los guías espirituales de la nación.

Se habló de lo de siempre. El partido, la producción, el hombre, el futuro, la decadencia. Yo estaba sentado en una de las primeras filas, entre unos delegados de provincias desconocidos que tenían tanto miedo que ni se atrevían a tragar saliva. Pensaba en otra cosa y sólo de vez en cuando me llegaba algún fragmento de los discursos, palabras sueltas, epítetos y, sobre todo, nombres. Recuerdo que llevaba un traje nuevo y buscaba la posición adecuada para no arrugar los pantalones. Los rayos de sol caían oblicuos, de modo que debía de ser invierno.

Allí, en aquel mundo, en aquel ambiente, los sentidos brillaban por su ausencia, no había olores, imágenes ni sensaciones, no había viento ni temperatura, las ramas de los árboles no se agitaban, los tejados no brillaban al sol, los copos de hollín no revoloteaban amenazadores a ras de la frente de los transeúntes como hostias negras, las flores —unos tulipanes de piel tersa y tallo flexible— permanecían en los floreros cual si fueran rehenes. Después de mi etapa cracoviana de paseos e instantes en los que mi piel se abría a los soplos del viento y a los olores de los jazmines lejanos, en Varsovia me sentía como si me hubiera trasladado a otra geometría: calles anchas, parques llenos de árboles jóvenes recién plantados y salas de conferencias con vasos

de agua sobre las mesas, hojas de papel en blanco, susurros, sonrisas llenas de temor, gafas del tamaño de una pantalla que protegían del exceso de luz, números —los números eran omnipresentes, las estadísticas ocultaban los objetos—, ideas y eslóganes.

Y de golpe sucedió algo. Sí, en aquella sala enorme algo sucedió en mis adentros, pero no en la conferencia. En la conferencia no podía suceder nada. Usted ni se imagina con qué precisión se preparaban este tipo de asambleas. ¿Sabe usted lo que pasó? Sencillamente, me vino a la cabeza un jirón de un poema de Leśmian. ¿Lo recuerda?

Al atardecer se tiñe de rosa tu desvaída carta...  
Un carro traquetea en la calle; tal vez sea mi sueño  
Que parte hacia las tinieblas malignas...

En mi interior, una voz pronunció estos tres versos. E inmediatamente recuperé la vista. Y el sentido del humor. Solté una carcajada atrayendo las miradas llenas de sospecha de los asistentes. El contraste entre la pomposa ponencia que alguien leía con penas y fatigas de una cuartilla y aquellas palabras ligeras que huían al galope (un carro traquetea en la calle; tal vez sea mi sueño que parte hacia las tinieblas malignas) resultaba insoportable. Entonces, se me pasó por la cabeza que la poesía no podía ser propiedad de una nación, porque, de ser así, el estado podría incautarla. De hecho, no le pertenece a nadie. «Al atardecer se tiñe de rosa tu desvaída carta...», y, justo al lado, deliberaciones policiales sobre las metas de la literatura en el período de transición. Me reí a sabiendas de que echaba por la borda cualquier posibilidad de hacer carrera: a partir de entonces, sería señalado como «aquel que no respetó la solemnidad de una conferencia del partido». Me reí a la desesperada, porque de repente me di cuenta con una claridad meridiana y concluyente de que nunca formaría parte de aquel gremio majestuoso y que —no sé si me sigue— en un cierto sentido no había cometido ninguna traición, ya que nunca me había fundido del todo en aquella muchedumbre mansa y callada. Yo era distinto, muy distinto. Aun haciendo lo imposible, nunca adquiriría las virtudes exigidas por mis patrones. Estaba perdido de una vez para siempre. Los instantes de deslumbramiento son engañosos, nos separan de nuestros hermanos y nuestras hermanas. Ya entonces, cuando en Cracovia seguía con la mirada a los ejércitos y a los policías que desfilaban por las calles, y contemplaba a los naufragos de la guerra, sentía que me alejaba de ellos, que por el hecho de mirarlos no estaba donde debía estar. Aquella contemplación resultó fatal. Quien una vez se limite a mirar en vez de compadecer, contristarse, conmoverse y colaborar nunca será un miembro de la grey aceptado y tolerado.

De modo que me reí intentando ocultar torpemente mi regocijo, como si de un ataque de tos o de estornudos se tratara. Me cubrí los labios y las mejillas con un pañuelo, me reí con una risa temeraria, desesperada e infernal, porque comprendí que todo aquello no serviría para nada, que yo no sería ni siquiera un traidor como Dios

manda, que había perdido a mis viejos amigos y ya no haría otros nuevos, que sólo sabía traicionarme a mí mismo, que lo hacía con gran maestría y que en eso no fallaba nunca. Y sigo sin fallar. Nuestra conversación lo confirma.

Me reí entrecortadamente, me estremecí con una risa nerviosa y precipitada. Y no ocurrió nada, nada cambió. ¿Y después? Tiene razón, después recuperé la cordura. Tiene razón, volví a funcionar como los demás. No pasó nada, estoy de acuerdo con usted, volví a la rutina de cada día.

Una sala llena de lobos. ¿Fue un sueño? ¿Y entre aquella multitud, una sola persona que por un breve instante le fue fiel a su visión? ¿No cree que la poesía es un arma poco potente? ¿No le parece una crueldad exigir que el poeta tenga una resistencia sobrehumana y rodearlo de una jauría de lobos?

¿Es posible que, con el tiempo, aquella realidad se haya transformado en una pesadilla? ¿Cómo ha ocurrido? ¿En lugar de sangre que corre por las venas, en lugar de calor animal y de amor, una pesadilla? Los rostros se han transformado en fauces de lobos. Los rostros de la gente de mi edad y el mío propio. Un pelaje lobuno ha cubierto las manos de aquella gente. Pero esto es injusto. Las manos me olían a lobo. Pero no es correcto hacer caso omiso de las pequeñas diferencias, olvidar que mucha gente actuó por motivos nobles.

¡Usted se atreve a tildarme de estalinista! ¿Cómo se puede exigir que un chaval indefenso se opusiera a toda una época? ¿Acaso usted cree que yo no tenía un alma inmortal? ¿Que era un imbécil que no conocía la obra de Leśmian? ¿Que no había leído y pensado a Rilke? Oiga usted, ¡gente mucho mayor que yo, hombres hechos y derechos a los que entonces tenía por intelectuales experimentados y que eran mis ídolos aceptaban la nueva fe! Y ya puede usted imaginar que no compartían sus dudas conmigo. Si algo compartían, era el entusiasmo. ¿De verdad no se da cuenta de lo frágil que es la poesía? ¿Acaso la poesía tiene murallas y torres de vigía? ¿Acaso está hecha de mármol, de acero o de plomo?

Y, al otro lado, ellos, con su fuerza, sus palacios, sus tanques y sus amuletos. Las multitudes que dócilmente les cedían el paso. Parecía como si fueran ellos quienes mandaban al sol emerger de entre la bruma y le rogaban por la noche que hiciera el favor de volver a sumergirse en el océano de las tinieblas. Ellos, los gigantes. Inaccesibles. ¿Sabe usted qué difícil era obtener permiso para hablar con alguno? Se exhibían raras veces. Cruzaban las plazas públicas con pasos precipitados y enérgicos. Para ellos brillaban las bayonetas de las guardias de honor, para ellos retumbaban los cañonazos. Aparecía un Júpiter tonante, saludaba con condescendencia a los súbditos que se agolpaban a su alrededor y desaparecía entre las nubes. Bajaba del avión y subía al avión, se desvanecía en lo más recóndito del palacio. ¿No estaba la poesía en realidad de su parte? ¿Para quién se había reformado el teatro en el siglo veinte, sino para ellos? ¿Para qué servía la nueva música? ¿Para qué se habían inventado el cine y el noticiario documental? Para ellos, para aquellos dioses malvados y caprichosos. ¿Y qué se ha hecho de ellos? Se han convertido en

unos viejos chochos que caminan con bastón, en unos pelmas insoportables, en jubilados, en idiotas. Y cuatro frases escritas de tapadillo por un filósofo independiente —porque de eso también había— tienen ahora más poder que aquellos tanques y aquellas bayonetas, e incluso algún pipiolo podría pensar que ese sabio, ese filósofo perseguido que salvó la piel de milagro, era quien entonces gobernaba el mundo. Aquel sueño dulce y aquella pesadilla nos han engullido a todos.

Cuando lo pienso ahora, me parece imposible: creer en el absurdo, en profecías irrealizables. Mi mente actual se rebela. No, no puede ser que creyera en cosas absurdas, en un sol negro, un hielo caliente, unas cornejas canoras o unas víboras piadosas.

¿Quién era yo? Un alma inmortal embutida en un cuerpo demasiado estrecho, en una época demasiado estrecha. Los instantes de resplandor, cada vez más escasos, desataban alegría y valor en mis adentros, como si un aire de libertad me penetrara con una energía salvaje y arrebatadora. Yo me miraba atónito, miraba el calendario y escuchaba incrédulo mi propia voz.

La vida es una traición. Quien posee un alma inmortal y ha aceptado vivir es un traidor. No hay ninguna forma de vida que satisfaga los postulados de la inmortalidad. No la hay. Vivir significa traicionar lo que hay de más valioso en nosotros. El amor traiciona al amor, ya que por fuerza es peor que los sueños, los sueños sobre el amor. Los héroes son vanidosos y los genios vagos. Los soberanos, por buenos que sean, se convierten en monstruos. Los curas están llenos de orgullo. Incluso los asesinos buscan el aplauso. Hebbel dijo de los suicidas: quien pueda pegarse un tiro no se ahorcará. Los tenderos engañan en el peso y los sabios en los argumentos. Aunque canten himnos a la alegría, los poetas están sumidos en la desesperación. ¿Conoce usted la jerarquía de los mendigos? Las mujeres hermosas se pintarrajean la cara. Los pastores torturan a sus propios hijos. Los banqueros roban oro. Vivir es traicionar, no estar a la altura de los valores, no estar a la altura de las exigencias.

¡Cuánta paciencia se necesita para soportar el lento transcurso de la vida! Las pequeñas eternidades, donde nos bañamos como los gorriones en los charcos, nunca forman una totalidad. Alguien bebe como si nada cacao de una jicara de porcelana y, a doscientos metros, muere un hombre inocente. ¡Y, por si esto fuera poco, la comicidad de las fechas! Cada día quiere tener su número. ¡La de papeles que hay que representar! Alguien tendrá que hacer de sargento, alguien será el carnicero. ¿Por qué me odiáis precisamente a mí? El mundo tiene una doble cara, está escindido. Siempre. Es vil incluso allí, en los países más tranquilos. ¿Acaso usted no sabe quién era entonces el verdadero terror de la gente? Hasta tal punto que, en comparación con él, yo parecía un *boy scout* extraviado en el bosque durante una excursión de domingo. Aquella época sólo existe de oídas, sólo vive en las comparaciones. Si usted no lo capta, nunca comprenderá nada. Nada de nada. Usted tiene que cotejarme... aquel personaje. Las monedas de la época romana no existían por sí

mismas: unos dedos ávidos las apresaban y las hacían circular. Las hebillas del neolítico no existían por sí mismas.

No hay ninguna garantía. ¿Cree usted que es posible eliminar incluso la posibilidad de cometer traición? ¿Regular, establecer y prever todo lo que ocurrirá? Uno puede renegar de sí mismo viva donde viva, incluso en la sociedad más civilizada. No hay ninguna garantía. En todas partes uno puede hacerse daño a sí mismo y hacérselo a los demás. En todas partes. Si usted cree que algún sistema político va a salvar su alma y le va asegurar de por vida la infalibilidad, repite mi viejo error, sólo que disfrazado de otra cosa: deposita usted demasiada confianza en los sistemas.

Se va a equivocar, prepárese. No como yo, tal vez en una línea más derechista, aún no lo podemos saber. De modo que exagera un poco con esa seguridad de que está en posesión de la razón. A mí me es lícito rebajar mis logros y, también, rechazar la mano que me tiende en señal de perdón, pero usted debería prestar más atención a mis libros, que tanto desprecio. Tengo derecho a reírme de mí mismo y a publicar un balance trágicamente negativo de mi vida. Lo hago desde dentro, me inmoló con la llama de unas exigencias maximalistas. Es asunto mío. Pero intuyo que, vista desde fuera, mi vida no es un fracaso. Es cierto, hubo aquel período, pero incluso entonces yo no era un simple estafador; las mejores mentes de Europa compartían mi esperanza. Y después —dígalos usted mismo— ¿quién ha contribuido más que yo y mis amigos a desenmascarar definitivamente aquella ilusión? ¿Quién ha puesto más empeño, con un verdadero fervor de converso, en sus ataques contra la fe en la nada, contra la quimera de la perfección? Un poco más de respeto, joven. Y más imaginación histórica. El mero conocimiento de los hechos, aun cuando sea perfecto, no es suficiente.

En verano, las hojas de los castaños se hacían enormes y los jardines escondidos entre los muros de las casas, lozanos como una selva, se asfixiaban por la falta de aire. Todas las ventanas estaban abiertas; alguien cantaba el aria de *Carmen*, más allá ladraba indolentemente un perro y se oía el tintineo metálico de los tenedores y cuchillos que repiqueteaban contra los platos. Después del almuerzo, la ciudad se dormía por un momento, la vida se volvía soñolienta y cálida, las avispas daban vueltas encima de las mesas y los gatos se desperezaban. Sólo la lluvia estival era capaz de sacarme de la modorra. Bajaba corriendo a la calle y sentía un olor fresco a mimbre, como si los prados ribereños, cuya química conocía de las vacaciones, se hubieran diluido en aquel chubasco de julio. Corría a la calle por miedo a perderme algo increíblemente importante: la tarde húmeda y tropical que navegaba de este a oeste a través del casco antiguo como un zepelín parsimonioso que hubiese perdido el rumbo. Las gotas de agua se estrellaban contra las hojas sedientas de los árboles, golpeaban aquellos tupidos doseles de verdor y se unían a las partículas de polvo, como si se avergonzaran de su pureza impoluta.

Vaya, veo que otro recorte emerge de las profundidades de su inmensa cartera.

¡Con qué esmero ha preparado usted la escena! ¿Qué demonios es ese artículo? ¿A quién ataco esta vez? ¿Al mismísimo Homero? Veo que no. Es otra cosa. Me lo temía. Tenía la esperanza de que usted no encontrara este texto. Yo mismo destruí el número de la revista en cuestión en la Biblioteca Nacional. Y en la de la Universidad Jagellona. Estaba convencido de que ya no quedaban más rastros de él, por lo menos no en las principales bibliotecas. No, no tengo ninguna excusa. Es verdad, aquel hombre se suicidó. Se había lanzado una campaña feroz contra él. ¿Por qué? ¡Yo qué sé! Le caería mal a alguien. A uno de los dioses. No lo conocía personalmente; se daba la circunstancia de que no habíamos coincidido nunca. Ya le he dicho que era preciso elegir constantemente y a veces los compromisos resultaban muy dolorosos. En total, se publicaron diez u once artículos contra él; todos repugnantes, despiadados. Una vez pensé que yo tenía una décima o una undécima parte de asesino. No hay que olvidar que su mujer acababa de abandonarlo y lo abrumaban unos problemas personales muy graves. ¡¿Quién sabe por qué se mata la gente?! Si todavía hay algún misterio en el mundo, es justo la respuesta a esta pregunta. ¿Si he pensado alguna vez en sus últimos momentos? No exagere, por favor. Eso sería un burdo sentimentalismo. Y llegaría muchos años demasiado tarde. Hay tanto silencio por la noche. Todos los animales nocturnos son discretos. Las lechuzas, las falenas y los murciélagos —he aquí los testigos que usted podría aportar. Nadie más presencié aquello. ¿Por qué lo hice? Repito, no lo conocía. Había que sacrificar una cosa para salvar otra.

¿Qué me dice? ¿Era su padre? ¿Cómo? Usted no lleva su apellido. Ah, usa el de su madre. Conque era su padre. Yo no podía saberlo. Aquéllos eran tiempos difíciles. Haber podido salvar a un hombre ya era mucho. Y ahora, váyase. No se deje la cartera. Váyase. No, la puerta está a la izquierda. El ascensor no funciona.

## DE LA Z A LA A

Distinguido señor A.:

El ascensor no funcionaba, pero sí la escalera. En cuanto me vi en la calle, me sentí como si hubiera dado con mis huesos en otra ciudad, en otro país. Todo había cambiado, los olores y los sonidos. Volví a ser un rapazuelo que corre hacia la desembocadura de una larga calle. Y, sobre mi cabeza, el viento, las nubes y la sombra pálida de la luna.

Durante unos días fui incapaz de pensar ni de escribir.

No obstante, ahora he decidido dirigirme a usted para responder brevemente a las tesis de su apología. Brevemente, ya que no soy poeta, sino un periodista lacónico.

Considero que usted miente. Miente, cuando se limita a subrayar los motivos estéticos, haciendo hincapié sólo en vivencias metafísicas. Estoy seguro de que usted tenía mucho miedo y que le consumía el afán de hacer carrera. Usted mismo lo menciona, pero con precaución, de paso. Sin embargo, yo pondría esto en el centro mismo de su confesión. Diga: yo tenía miedo. Hasta que no empiece por el miedo y la ambición, seguirá mintiendo.

He escuchado muchas veces la cinta que grabé en su casa. Usted no deja de hablar de la poesía. Como si de una muchacha hermosa se tratara. Usted es poeta a todas horas, en su casa, en Planty e incluso lo fue en aquel maldito camión. ¡Qué le vamos a hacer!, pensé. Si es un poeta, no podemos exigirle gran cosa. Estaba loco y sigue estándolo. Pero después me di cuenta de que usted no sólo es un artista, sino también una persona, un hombre, un ciudadano, un ser de carne y hueso.

Sé que existe el mito modernista según el cual el artista es *distinto*, su modo de vivir es diferente del del resto de la humanidad: ligero e irresponsable. Un poeta no tiene carácter, no tiene opiniones ni personalidad, es potencia pura que se anima sólo en contacto con la materia de la imaginación. Aún más, un poeta es la imaginación encerrada, como por obra del azar, en la piel y en la vestimenta de un ser real con el que nunca se toma demasiadas libertades.

Rechazo este mito. Usted es un hombre y un ciudadano, no sólo imaginación. De eso estoy seguro. Usted es alguien real, fundamentalmente concreto. Admito que la chispa de alegría poética que usted llevaba dentro durante un tiempo —por cierto, un tiempo breve, sólo durante la juventud— no es particularmente juiciosa. Ella no vota, no paga impuestos, no lee la prensa. Ella no.

De acuerdo. Pero siempre echa raíces en un terreno sólido. En otro caso, no podría perdurar. Tiene que compartir su existencia frívola con un hombre, una mujer o un niño, y se mezcla con una persona real como el oxígeno con el hidrógeno.

En este punto usted ha fracasado de lleno. Ha fracasado como hombre, como esposo y como persona. No supo reconocer en el nuevo sistema político una realidad

abominable y vulgar que hacía retroceder a Europa a la época de la esclavitud. No la supo reconocer o, al verla, se horrorizó tanto que se dedicó a encomiarla, a cantar sus glorias y a venerarla. Y ahora dice con hipocresía: bueno, yo era poeta. Sólo veía las golondrinas y los castaños.

Las golondrinas y los castaños, los gatos y la nieve, las tardes calurosas. ¿Acaso se le pasaron por alto las carabinas? ¿No se fijó en las cárceles? ¿No leyó periódicos abyectos? ¿No vio el sufrimiento?

Todo se transformaba en belleza. La lluvia era bella y el frío era bello.

¡Es imposible amputar de esta manera el juicio, la sensibilidad y el sentido común! ¿Los poetas piensan? ¿El éxtasis es inteligente?

No, no creo que sea posible ni aceptable trazar una frontera tan absoluta entre el hombre estético y el hombre corriente, verdadero, real. Usted miente.

Y si a pesar de todo no miente, si su relato es sincero, todavía peor. Porque esto significaría que el arte es una mentira. Y, en tal caso, la poesía —con su indiferencia, con su olímpica altivez, con su privilegio de elegir temas preferiblemente eternos, postrimeros e inamovibles, con su deslumbramiento frío e inhumano— sería la mentira más repugnante de todas.

# UNA NACIÓN PEQUEÑA LE ESCRIBE UNA CARTA A DIOS

Muy distinguido señor Dios:

Señor, te escribimos a propósito de lo siguiente. Te escribimos con poca maña, porque los que sabían componer misivas, poemas o artículos realmente hermosos ya no lo pueden hacer, porque, a decir verdad, están muertos. Perekieron en circunstancias trágicas, exhaustos y mudos, aunque los creaste para que hablaran. Otros viven y, no obstante, callan. ¿Por qué? Algunos tienen miedo, mucho miedo. Les tiemblan las pantorrillas, las rodillas, las manos y los pensamientos. Otros no han conseguido adquirir la educación necesaria, o bien, ante unas dificultades insuperables y por miedo a que la falsedad se colara en sus palabras, han decidido sofocar la llamada interior de la vocación y se han dedicado a algo totalmente distinto, a alguna actividad noble, pero silenciosa. Así pues, hay quienes han acabado siendo zapateros, otros arman modelos de aviones y otros llevan las cuentas de una cooperativa lechera o de una curtiduría. Alguno trabaja de taxista, alguno vende entradas de teatro y alguno se ha hecho jardinero. Muchos han emigrado al extranjero (¡suerte que aún haya fronteras!).

Todo empezó con los trenes. Ay, ¡qué lástima que se hayan inventado la máquina de vapor, la locomotora y los ferrocarriles! ¿A santo de qué? ¿Eran necesarios? ¿Acaso no eran suficientes las diligencias? ¿No bastaba con ir a pata, pernoctar en los almiarés y beber el agua de los manantiales? ¿Acaso el caballo no es una criatura perfecta, fuerte y paciente? ¡Nuestros pintores eran tan aficionados a retratar caballos, caballos al galope o inmóviles! Las primeras vías férreas podían parecer idílicas: pequeñas estaciones iluminadas por farolas de gas, el jefe de estación con uniforme limpio y recién planchado, cajeros bigotudos y retratos de emperadores soñolientos. Pero tampoco escaseaban los observadores perspicaces. El famoso cuadro de Turner que representa un tren a toda velocidad revela admiración y horror a un tiempo. Todavía era imposible prever lo más importante. Aún nadie adivinaba para qué servirían los trenes, cuál era su función principal, que de momento aún se mantenía en secreto. Los trenes sirven para deportar naciones pequeñas. Es difícil transportar naciones en diligencia. Una nación entera no cabría en el carro que condujo a María Antonieta a la guillotina. Una troica celular sólo podía llevar a un puñado de filómatas<sup>[7]</sup> pasmados de frío. ¡Pero los trenes son otra cosa! Los vagones de mercancías o los que sirven para transportar ganado van de perlas para deportar grandes masas humanas.

Y así ocurrió. De hecho, no hace mucho que la máquina de vapor reveló el secreto de sus propiedades insospechadas. A lo mejor, no somos una nación muy pequeña. Pero es posible invertir la definición: una nación que cabe en vagones de

mercancías es pequeña. Y débil. Y se asfixia por la falta de aire. No vamos a agobiarte con detalles. Llantos, aullidos, odio, peleas y, muy de vez en cuando, un tímido gesto de compasión. La vida en un vagón de mercancías no debe ser tema de la literatura.

¿Si aquellos viajes duraban mucho? ¡Y tanto! Muchísimo, porque los trenes recorrían espacios infinitos. A veces, se detenían delante de un semáforo para ceder el paso a los convoyes militares. En medio del silencio, resonaba un grito animal. Pero hemos prometido ahorrarte los detalles. Nos cubrimos la boca con la mano y embotamos el plumín demasiado agudo.

El viaje podía durar una semana. O más. La nación viajaba muy apretada. Aplastada. Hueso con hueso, hombro con hombro, en un abrazo no deseado. He aquí —alguien podría pensar— que se cumple el sueño de muchos nacionalistas: una nación concentrada, condensada, dotada de una sola voluntad, cuerpo con cuerpo, cráneo con cráneo, el fin del individualismo caprichoso.

Aquello no se puede contar. Pero tal vez te percataras de lo que ocurría. Tal vez a la luz deslumbrante de una tarde de agosto vieras los techos rojizos de un tren que se arrastraba despacio a través de la llanura. Tal vez llegara a tus oídos un jirón de un gemido ahogado. Tal vez divisaras un brazo desnudo que se asomaba del vagón, suponiendo que el aire abrasador y ondulante no te tapara la vista del tren. Encima de los campos, se agolpaban unas nieblas ligeras y transparentes, los segadores almorzaban bajo un tilo de copa ancha que crecía en las lindes de la hacienda. Hacía tanto bochorno que los halcones se dormían en pleno vuelo. Y sólo el tren castaño abría pacientemente un surco poco profundo en el calor. Los ríos humeaban. Los arroyos detenían su curso. La resina se deshacía, se fundía como un terrón de nieve. No había compasión. A veces ocurría que, en una estación, alguien traía un poco de agua en un cántaro. ¿Qué era aquel tren torpe y perezoso comparado con la belleza de un bosque rumoroso? Serpientes sedientas bebían el agua de los charcos. Jefes de estación amodorrados salían corriendo al andén de los apeaderos, abrochándose con prisas los botones del uniforme.

Tal vez vieras aquel tren rojizo que remoloneaba en medio de otros convoyes más importantes, preferentes. En aquel tren viajaba nuestra nación.

A su alrededor reinaba el silencio. En agosto o en enero, el silencio del frío o del calor. Podía haber nieve. Un zorro cruzaba un estanque helado. Y el tren aún seguía su ruta. Tal vez lo vieras, aunque en invierno anochece pronto, a veces el viento levanta nubes de nieve y no se ve nada a través del torbellino.

No hay ninguna estación del año que sea propicia para la gente encerrada en vagones de mercancías. Y no hay ningún filósofo que siga filosofando en un vagón de mercancías. Los médicos dejan de ser médicos, los ingenieros se olvidan de haber sido ingenieros alguna vez. Las comadronas ya no son comadronas. Los carpinteros se convierten en ex carpinteros. Los porteros dejan de ser porteros. Los delatores ya no delatan. Los niños dejan de ser niños.

Más tarde, por fin todos se apean del tren. El verbo «apearse» no es nada adecuado, porque proviene de los tiempos en que los trenes se tomaban para ir de picnic. Siempre es alguna estación del año y los que han sobrevivido al viaje miran a su alrededor. No pueden entretenerse mucho, porque en el descargadero esperan con las piernas separadas los soldados de una nación grande, deseosos de disparar contra los ex filósofos y los ex carpinteros o, por lo menos, de arrearles un culatazo.

¿Dónde estamos? Oh, nadie lo sabe. Seguramente, tú tampoco sabrías decir dónde ha ido a parar el tren. ¿A ti qué te importan los nombres? Por doquier corretean zorros y liebres, hay arañas y ortigas.

En cambio, probablemente intuyes qué va a ocurrir. Lo habrás leído en alguna parte. Se han publicado tantos libros. Algunos entran en unos aposentos de donde no saldrán nunca más. Otros se quedan en el bosque gélido y construyen cabañas, como si fueran *boy scouts* demasiado crecidos.

Pasados unos años o unos decenios, algunos vuelven. Llevan ropa de dril. Miran con cautela a derecha y a izquierda. Cuando se les pregunta por lo que han vivido, por lo que les ha sucedido, no responden. Se emperran en callar, y sólo lanzan miradas oblicuas hacía las alturas, como si en el firmamento vieran una estrella diferente de todas, una estrella sesgada. Callan. A veces, alguno dice: hacía frío. Recogen cortezas de pan y las almacenan bajo el colchón. Pasean por su ciudad natal. Avanzan despacio por calles bien conocidas. A menudo, van a dar con sus huesos a otras localidades. Por suerte, todas las ciudades se parecen un poco, sobre todo si las comparamos con la estepa, con el bosque o con un tren cachazudo y tórrido. De modo que pueden no darse cuenta siquiera de que no han regresado al lugar de donde se los llevaron, o eso les importa menos de lo que uno podría pensar.

¡Con qué ternura contemplan el modesto edificio del teatro municipal! ¡Con qué avidez miran el viejo álamo que crece cerca de la estación! Entran en la biblioteca, preguntan si pueden volver a darse de alta y acarician los lomos de los libros alineados en los estantes. Se tumban sobre la hierba y escudriñan las nubes. Se sientan a orillas del río para espiar los remolinos de la superficie del agua que recuerdan las trenzas de unas muchachas ahogadas. Por la noche, se hunden en el sillón, callados. Comen despacio, a conciencia, se toman su tiempo como si no se tratara de una cena, sino de la lectura de una disertación filosófica medieval. Ensimismados como estatuas. Delante de ellos, es imposible tirar a la basura el pan seco, el dulce de frutas enmohecido o una minúscula zanahoria. Coleccionan desechos, tarros y cajas, dispuestos en cualquier momento a afrontar una nueva guerra, una nueva deportación. Ay, están muertos. Pero todavía saben mirar. Y ven mejor que los demás, con más nitidez. Cuando el sol se pone, se acercan a las grandes manchas de sombra que yacen tranquilas sobre el asfalto y las observan como a unos animales mansos e inertes.

En la costa, no se desnudan ni corren hacia el agua, sino que, vestidos con su ropa de abrigo pesada, con sus gabanes de lana, permanecen sentados sobre la arena en el

límite de la playa, mirando como siempre, mirando con avidez. Los críos se burlan de ellos. Siempre tienen frío, e incluso en julio o en agosto se arrebujan con abrigos o mantas. Hasta el mar les viene pequeño. Están muertos. La música no les interesa. Se convierten en un lastre para la familia. Alguien que ha regresado es una verdadera desgracia para una familia decente y trabajadora. ¡Y qué decir de la familia, si el mismísimo océano se siente incómodo bajo la luz de aquellas miradas pobres! Incluso los tilos y los castaños parecen avergonzarse de su plenitud verde y olorosa.

Escribid vuestras memorias, les aconsejan los listos de sus amigos. Pero ¡cómo puede uno escribir sus memorias, si aquello es imposible de contar! Si le arrebataste a alguien el plato a empellones y gracias a ello sobreviviste a un invierno, ¿puedes contarlo? ¿Puedes recordarlo? Deportaron a nuestra nación y regresó una mirada.

Pero también puede ocurrir que los que han regresado, si aún son lo bastante jóvenes y fuertes, se sientan a gusto, a sus anchas. Son enérgicos. Cantan, tararean tonadas alegres que han traído del lugar de deportación. Sólo que las canturrean en una lengua extranjera. Como ves, todos están muertos, incluso los que, aparentemente, sólo podrían quejarse de un exceso de vitalidad.

¿Quieres saber en qué lengua cantan aquellas briosas canciones? Ay sí, siempre hemos sospechado que no estás al tanto de todo. Que vives rodeado de aduladores. Que nadie te habla de cosas crueles. Los informes que recibes están amañados. Las cifras son falsas. Las valoraciones, tendenciosas. Pero, naturalmente, intuyes en qué lengua cantan aquellas canciones.

¿Qué te rogamos? Déjanos subsistir. Permítenos conservar nuestra lengua y nuestros cantos. Deja que vivamos a orillas de nuestros ríos, en las colinas que nos deparaste, en nuestras pequeñas ciudades, bajo los árboles que plantaste en nuestra tierra. Haz que al anochecer podamos escuchar el susurro de la hierba y de las hojas.

Procura que no seamos demasiado beatos. Nuestra devoción, la ostentuosidad de nuestras plegarias y la soberbia de nuestras romerías gigantescas que se desplazan por el país como bosques vivientes sin duda te irritan. Te habrás preguntado muchas veces por qué nos consideramos una nación elegida, la mejor de todas, la más experimentada. Tal vez te hiera que nos burlemos de otras naciones, convencidos de que nunca nadie ha sufrido más que nosotros, ni lo ha hecho con la misma dignidad durante tanto tiempo a pesar de haber perdido toda esperanza. El orgullo que nace de la desgracia puede hasta superar la fatuidad de un nuevo rico. El lamento puede convertirse en un canto triunfal. A veces, las botas de un indigente brillan al sol con más luz que los zapatitos de un princesa. ¡Oh, permítenos conservar la modestia y la medida justa en nuestro sufrimiento! ¡Oh, gran burlón, tú que además de las águilas majestuosas creaste a los alegres y bondadosos gorriones, concédenos la gracia de saber reírnos de nosotros mismos, no nos prives de la mirada sagaz ni del juicio cabal! Lo pequeño se vuelve grande. Pero la grandeza perdura incólume. La derrota inspira a los poetas, pero también más de un hombre llano puede consolarse con el recuerdo de los momentos pasados, de batallas o de gélidos atardeceres junto a una

hoguera, cuando, en medio de un silencio imperturbable, parecía cuajar una amistad masculina parca en palabras. El día es sereno. De noche llueve y se oyen las imprecaciones de los truenos. Por la mañana, sólo los charcos marcan el itinerario de la tormenta.

Uno trabaja de taxista, otro vende entradas de teatro, otro se ha hecho jardinero. Muchos han emigrado al extranjero. Algunos tienen miedo, otros son valientes como los guerreros atenienses, como David. Al anochecer, se sientan junto a la misma mesa las águilas y los gorriones. Las águilas se avergüenzan de la envergadura de sus alas. Alguien relata su historia. Venceremos, estalla de repente un grito estridente como los fuegos artificiales de un día de fiesta. Y tanto más profundo es el silencio que se hace después, cuando hay que tomar aliento, llenar los vasos, secarse los labios con una servilleta de hilo y desaparecer en las tinieblas de una noche campestre, allí donde se alzan los almiarés y se oye el chasquido de las ramas de haya holladas por fieras invisibles. Alguien atraviesa el bosque por una vereda estrecha, el haz de luz de su linterna se detiene en las hojas de los robles, las manchas pálidas, amarillentas, no logran traspasar la oscuridad.

Otros cayeron muertos entre los escombros de una gran urbe, en los patios de las casas de pisos, en las encrucijadas, bajo una avalancha de ladrillos. Hay tantas variedades de muerte que podríamos publicar un catálogo ilustrado. La nube de polvo de unos ladrillos desmenuzados por un proyectil o una ejecución al rayar el alba, cuando canta el primer gallo y tú tal vez te lamentes de ser sólo un hombre y de no saber a quién despertará su canto ronco.

Y después, las miradas ávidas de los que han regresado. Sus andares parsimoniosos, sus movimientos prudentes y sus silencios cuando otros pronuncian discursos apasionados o hacen brindis ingeniosos, unos silencios que expresan un solo sueño: morir en su propia cama, en la casa de la infancia, junto al alféizar de una ventana con vistas a prados anchurosos y colinas violáceas veteadas por las esculturas castañas de los árboles.

Oscurece, cae la noche, y la despiadada luz de un relámpago arranca mi silueta de la oscuridad. Y ya sabes que no es una nación entera quien te escribe esta carta, sino yo, un escribano individual y mortal acurrucado sobre un viejo reclinador que alguien ha abandonado en la leñera. Me estás viendo, tienes que verme, mis canas alborotadas, mi mano crispada que aferra la pluma y el cuaderno ajado donde hace tanto tiempo que te escribo cartas —largas o breves, llenas de blasfemias y amargura o de lisonjas astutas—, cartas, solicitudes, manifiestos, peticiones, proyectos de constitución, denuncias, letanías y protestas. Soy yo. Tienes que reconocer mi letra inclinada, los largos dardos de mis comas, mis signos de exclamación que horadan el papel como balas de carabina, los jeroglíficos de mis interminables interrogantes modernistas, los golpes de mis guiones y los borrones sangrientos que aparecen cuando las gotas de lluvia maduras caen del techo agrietado. Soy yo, tu contumaz corresponsal, ay, sin duda desprovisto de la elegancia y la dignidad concienzuda del

escriba egipcio que presidía desde su trono el alboroto hacendoso de la siembra y, sereno, haciendo alarde de su arte misterioso, contaba las arrobas de trigo recogido en los campos y las reses tributadas al faraón; soy yo, tienes que recordar mis epístolas fervorosas, mis amonestaciones y mis conjuros. Me enviaste a un país nebuloso, lleno de confusión, duelo y recuerdos que se mecen como los trigales antes de la siega; soy la más pequeña de tus naciones, también frágil y también repleta de un orgullo apenas contenido. Te escribo desde un rincón perdido, donde me escondo de la policía omnipresente, pero también de los campesinos a los que no les haría gracia verme aquí, mientras trabajo a la luz de una vela tan cerca de los pajares, los graneros y las mieses. ¿Dónde estoy? ¿A ti qué te importan los nombres? Por doquier corretean zorros y liebres, hay arañas y ortigas, vallas medio tumbadas, botellas de vodka vacías y reclinatorios pandeados que un organista maníaco del orden ha desterrado del templo. En todas partes habrá un lugar para alguien como yo, un autor incansable de cartas, denuncias y protestas.

Al pie, un firma ilegible. Se desata un viento frío.

# TORMENTA PRIMAVERAL

*Los decembristas que habían vivido la vida espiritual del campo de trabajos forzados y del destierro regresaron lozanos, sabios y alegres después de treinta años; en cambio aquellos que se habían quedado en Rusia para pasar la vida removiendo papeles en una oficina, comiendo bien y jugando a los naipes, eran una ruina deplorable que nadie necesitaba para nada, y ni siquiera guardaban un buen recuerdo de su existencia.*

LEÓN TOLSTÓI

Desde hace algunos años vivo en Occidente. Continuamente, me invitan a congresos, conferencias y simposios. En el avión, siempre procuro ocupar el sitio de la ventanilla y miro, miro con avidez sin poder apartar la vista de la superficie de la tierra. Bosques cual encajes verdes, pueblos como abalorios y campos primaverales de colores pastel.

Desde que me hallo en Occidente, han cambiado muchas cosas. Allí, en mi país, todo era obvio: pasé unos cuantos años en el campo de concentración, fui perseguido de día y de noche. En los breves intervalos de libertad, la policía secreta me pisaba los talones.

¿Qué es el mundo? ¿Está ordenado o es caótico? Los arroyos serpentean caprichosos entre prados apáticos, las montañas ceden el paso a los llanos, el océano es azul celeste y calla.

Desde que llegué aquí, nadie me vigila. Pero no he tenido ni un momento de soledad. Esto se debe a un exceso de cariño, de buena voluntad. Cuando me apeo del avión, sé que alguien me está esperando. En el programa del día hay banquetes, ruedas de prensa, debates con científicos y escritores, cenas y encuentros con ministros. Yo, que fui un lobo acosado, me he convertido en una celebridad. Me escoltan hombres elegantes de mejillas bien afeitadas y mujeres con vestidos de noche. Me invitan a sus bellas moradas, donde puedo admirar a sus educados retoños, a sus obedientes perros, sus impecables céspedes, sus gatos de pelaje brillante y sus muebles de anticuario. Por la noche, titilan en el firmamento estrellas de terciopelo, un coche me conduce al centro de la ciudad, un ascensor me eleva al decimoquinto piso de un gran hotel y, asomándome a la ventana de mi apartamento, contemplo las luces de Londres, Ginebra o París.

No sé qué es la realidad. Siempre temo el momento en que el avión se sumerge en las nubes, en las sucias entrañas del cielo. Entonces cierro los ojos y cuento hasta cien.

Leo la prensa, concedo entrevistas, hago comentarios y profecías, porque es lo que los demás esperan de mí. Pero no entiendo gran cosa, sé muy poco. A veces ocurre que, al día siguiente de una aparición en la tele, los transeúntes me reconocen por la calle y me saludan efusivamente. ¿Quién soy, el lobo o el cazador? ¿Una estrella de cine o una víctima de un sistema político cruel? ¿Un pobre o un magnate?

Cuando estaba en el campo, creía en Dios con una fe tan pura, tan pura... Entre el cielo frío y azul y aquel miserable conglomerado de barracas no había nada. Nada. Las estrellas remolineaban alrededor de mi cabeza como monaguillos. Ahora mi fe se ha debilitado, pero en mis libros no lo reconozco.

Procuro estar siempre con gente. Noto su admiración y, por regla general, me las apañó para merecerla. Es decir, vuelven a aflorar mis antiguas idiosincrasias: mi orgullo, mi arrogancia, mi fe y mi desesperación. Mi desesperación de antaño que no tiene nada que ver con la falta de esperanza de hoy. También me repito hasta la saciedad que estoy obligado a ayudar a los que se han quedado en mi país, en sus campos de concentración, sus cárceles y sus feas ciudades. Tengo una misión que cumplir, me repito cada día.

Pero una vez sucedió que me quedé solo. De noche. En una gran ciudad. El coche que me traía del aeropuerto se estropeó por el camino no muy lejos del hotel. El chófer, un muchacho joven con una linda cara aniñada, estaba desolado. Llamó a la grúa e, intentando localizar la causa de la avería, se zambulló debajo del capó que, en un arrebato gótico, adoptó una posición vertical. Movido por un impulso incomprensible, dije que me apetecía dar un paseo. Que conocía el camino, porque me había alojado muchas veces en el hotel Tres Grand. Dejé los bártulos en el maletero del coche. El chófer protestó vivamente, gesticulando con las manos embadurnadas de grasa. Es peligroso, repetía.

Me burlé de él: ¿Cómo? ¿Aquí? ¿En una gran ciudad? ¿A cuatro pasos de un hotel internacional?

—Usted sabe a qué me refiero —dijo, frotándose el rostro cubierto de sudor con el revés de la mano y esparciendo así una mancha de aceite por su mejilla.

—Es sólo una ilusión —contesté—, una dulce ilusión. Ya hace mucho que no utilizan esos métodos.

Por fin me libré de él y lo dejé con el gran coche reluciente, con la cabeza metida dentro de las fauces del león.

Encima del coche palpitaba un neón rojo que arrojaba una sombra escarlata en la acera.

Una dulce ilusión —repetí, aunque ya sólo para mis adentros— que permitió a mis antecesores conservar la cólera, la porfía y el valor. Pero entonces no era sólo una ilusión —añadí, como si intentara a convencerme a mí mismo, alegando una prueba de índole histórica (dado que ya nadie se toma en serio las pruebas ontológicas...).

Estaba solo por primera vez desde tiempos inmemoriales, si descontaba las incursiones subrepticias a los lujosos cuartos de baño de las mansiones de mis nuevos amigos, ni el sueño, que, no obstante, no está exento de veleidades colectivistas y suele acoger en nuestra imaginación indolente y narcotizada a decenas de personajes que conocemos de vista o que conoceremos en un futuro.

Estaba solo, sin intérprete, sin chófer, sin guía, sin ministros, sin periodistas, sin las preguntas ni la curiosidad que se suponía que yo iba a satisfacer por el mero

hecho de existir, respirar o estornudar.

Miré atrás: nadie me seguía. Mejor dicho sí, me seguía una muchedumbre de paseantes nocturnos a quienes mis convicciones políticas dejaban perfectamente indiferentes. Sabía muy bien que el recuerdo de un programa de televisión no dura más de tres días, y ya habían pasado dos meses y pico desde que mi rostro electrónico titilara por última vez en la pantalla.

Oh no, la muchedumbre vespertina desfilaba por la espaciosa acera del bulevar despreocupada, agradecida por aquel cálido día y feliz de que todo marchara de acuerdo con lo previsto: tras marzo había llegado abril, tras la noche el día, y una nueva noche, que la luna llena y rosada traía en una gran bolsa de la compra, estaba a punto de empezar. Olían las hojas duras de los plátanos, olía el polvo humedecido por un chubasco. Los neones se reflejaban en las ventanas entreabiertas, el viento empujaba los postigos, los zarandeaba, y hacía temblar las estelas de luz violeta, los reflejos de la calle. Incluso los rostros maliciosos de los bandidos que nos miraban desde los carteles colocados sobre las puertas de los cines perdían la severidad y parecían invitarnos a pasar adentro diciendo: de hecho, no somos tan malos; en todo caso, sólo somos una imagen, una luz. Todo era sólo una luz: los escaparates luminosos, los faros de los pacientes coches, los abrigo blancos de las mujeres elegantes, las bufandas de seda de sus acompañantes y los ojos, los ojos de todos los que se cruzaban conmigo.

Alguien volvía del teatro, alguien iba al cine, alguien tenía prisa por llegar a un restaurante. Los turistas avanzaban a un ritmo distinto del de los ciudadanos de pleno derecho: daban pasos más ligeros y menos seguros, no tomaban posesión de la tierra al caminar, miraban curiosos a su alrededor, más o menos como yo, aunque yo no tenía la sensación de ser un turista.

Solté una carcajada. Me reí de aquella ciudad, de la multiplicidad de las calles, los edificios, las tiendas, los transeúntes y los rostros. No sé si esto le ocurre a todo el mundo, pero a mí la multiplicidad me produce un efecto hilarante, un efecto profunda y catárticamente cómico. Francamente, resulta poco serio combinar decenas de líneas y planos, colores y mejillas, rincones y aromas, la aspereza y la viscosidad de lo inmóvil con lo que se mueve a gran velocidad, lo bajo con lo alto, lo verdadero con lo falso, a un chino con un latino, la nariz con el labio, el labio con la corbata, un cine con un restaurante, un faro con una grosellera, la lluvia con la luna y un llanto con un suspiro. ¿Quién soy yo si estoy rodeado de multiplicidad? Una parte de mi yo se vuelve áspera, otra viscosa, y la tercera, baja, alta, nasal, diurna o nocturna.

¡Oh, murallas, oh, portales de los edificios burgueses erigidos por el barón Hausmann! ¡Oh, piedras! ¡Ayudadme a comprender qué ha pasado conmigo! O, mejor dicho, con el mundo. ¿Dónde están mi seguridad inquebrantable, mi fe inamovible y mi desesperación incorruptible? ¡Oh, piedras grises!

Miré las baldosas de la acera como si esperara encontrar allí un mapa, un plano, un indicio. Pero la acera bruñida por las suelas de los zapatos de miles de transeúntes

afanosos no tenía nada que decirme. Pequeños charcos dibujaban el rastro de un reciente aguacero. Olor a abril. La dulce nada de la primavera ya anunciaba los calores veraniegos y el robín del otoño.

Me volví: sin duda estaba solo. La muchedumbre seguía paseando majestuosamente a ambos lados del bulevar, una muchedumbre amable y elegante que, gracias a una sincronización milagrosa, encontraba su espacio sin agolparse demasiado, sin luchar, sin matar ni odiar. Algunos colmados todavía estaban abiertos e, impúdicos, exhibían cadáveres de pavos y corzos; colores abigarrados flotaban en el aire sobre el lujoso mármol. Yo estaba solo, libre del todo. Se había cumplido mi antiguo sueño. Me encontraba dentro de las murallas de la ciudad de mi sueños de antaño.

Pasé junto a cafés y restaurantes, yo, el mismo que hacía sólo un par de años, mientras temblaba de frío y de rabia, era tan fuerte, homogéneo, macizo y radiante en mi interior que hubiera podido mirar a las estrellas como si yo mismo fuera una de ellas. Una estrella que mira a otra.

Habían sucedido tantas cosas. Y, a la vez, no había sucedido nada. ¿Qué es el tiempo en comparación con la substancia? Como mucho, la maleta donde se guardan los tesoros, el papel celofán con que la vendedora joven aunque ya hastiada de la vida —su vida es el olor de las flores— envuelve cariñosamente un ramo de rosas amarillas. (¡Rosas amarillas! Son cinco y todas rezuman tanta energía juvenil y provocadora que no se conforman con sus pétalos satinados, sino que hacen alarde de sus cornezuelos verdes y amarillos, de sus hojuelas suplementarias, y huelen a rocío.) No hay nada más banal que el tiempo y sus trucos que conocemos desde siempre. A través de todos los relojes fluye el río voraginoso del tiempo. Incluso parece extraño que el tiempo no se derrame de los relojes y no inunde los jardines de los arrabales. Logros triviales del tiempo: algunas arrugas, un poco de muerte, algo de madurez, Ulises vuelve a casa, Linneo pierde la memoria.

Son cosas que no suelen decirse, pero las voy a decir. Allí, en aquel campo de concentración lúgubre, en aquella barraca fría, en aquel país ruín, yo era alguien especial y les aseguro que mi substancia, lo que hay debajo de los párpados, detrás de la frente y dentro del corazón, era más duro que el diamante y totalmente inmune al transcurso del tiempo.

Me vi en una calle lateral, lo cual no significa que estuviera iluminada con menos profusión. No, la ciudad seguía luciendo. Había menos tráfico de peatones. Un mercadillo estaba cerrando. Se desmontaban los tenderetes. Dos jóvenes fornidos y ataviados con unos monos azul celeste que les conferían el aspecto de candidatos al premio al mejor traje de ángel inocentemente caído desacoplaban a un ritmo vertiginoso los grandes paneles de madera. El tercero, sosteniendo entre las manos el extremo de una manguera de goma, estaba a punto de rociar la calle con un chorro de agua, pero por el momento sólo jugueteaba, amenazando a sus compañeros celestes con utilizar su arma mortífera. Ellos rieron, tratando de ahuyentarlo, y acabaron por

bombardearlo con tomates podridos, manzanas y cabezas de pescado. Los otros comerciantes observaban al trío de retozones con conmiseración. Una mujer obesa permanecía en el umbral de la tienda de ultramarinos, dudando de si echarles un rapapolvo o sumarse al juego. Pero no tuvo tiempo de tomar ninguna decisión porque, en aquel momento, un coche de bomberos rojo enfiló la estrecha calle, dando bocinazos, haciendo sonar la sirena y arrojando una lívida luz estroboscópica a diestra y a siniestra, como si alguien en su interior estuviese preparando una detallada documentación fotográfica del barrio. Iluminados por los breves estallidos del violeta, los rostros, las narices, los aleros de los tejados, los pomos de latón y los tenderetes fruncían el ceño con irritación. Todo aquello existía y vivía, aunque tal vez de un modo ingenuo, simplón, incluso diría que demasiado empírico, pero en todo caso irrefutable. Finalmente, el chorro de agua fresca se enderezó, se tensó, recuperando incluso allí, en aquel callejón perdido, la dignidad plateada que le era propia y dando pruebas de que era primo lejano del Niágara, la efigie de una cascada de montaña, nieto del océano.

Hay de todo por doquier. En la llama de una cerilla se ríen los relámpagos estivales. Un grano de arena es una montaña gigantesca. Un chubasco es una amenaza de diluvio y una hoja de arce que gira sobre la superficie de un estanque está dispuesta a convertirse en cualquier momento en el Arca de Noé. La luna se pone una camisa limpia cada noche. Todos los años nos deja pasmados la perfección del canto de la oropéndola. ¡Si supiéramos estar a la altura de su exquisitez, no quedarnos atrás, no decepcionarla, no rebajarla! Ay, yo sabía que aquello era imposible. Es imposible convertirse en una oropéndola, en una hoja de arce, en una semilla de amapola, en una roca de granito ni en una rama de lilo.

Sin embargo, casi a despecho de mí mismo, intuía que bastaba con desear esa transformación con fervor, definitiva e ingenuamente, para cruzar la frontera como si tal cosa y hallarse al lado de los entes perfectos, al lado de un pequeño gorrión que salta sobre el pretil de un puente de piedra o de un lagarto, un renglón viviente que se funde en un recoveco de una escalera de hormigón.

Y sabía que este deseo me había abandonado. Todavía lo recordaba; quien lo ha sentido alguna vez es incapaz de repudiarlo, aunque no acuse desde hace mucho sus propiedades mágicas. La mera tentativa de pensar en ello era difícil y casi causaba dolor. Escocía como las ortigas de la infancia. Las frambuesas gordas y dulces parecían telegramas succulentos que traían noticias sobre el estado del mundo. En el bosque, había días en que aquello era lo único que contaba. Las guerras fenicias habían quedado sepultadas en el olvido de una vez para siempre, Napoleón nunca había nacido. La muchacha que había venido tarde de veraneo, a mediados de agosto, ya estaba morena; tenía los ojos verdes y se reía en voz baja pero a conciencia, es decir, la risa se propagaba por todo su cuerpo como un incendio. Yo tuve que marcharme antes; mi madre había contraído una enfermedad peligrosa. Después estudié en la universidad, conseguí el puesto de profesor asistente —mi biografía es

harto conocida, huelga repetir hechos evidentes— y acabé en aquella barraca de techumbre baja. Pero sólo unos pocos saben que allí, en el campo de concentración, volvieron las propiedades mágicas. Allí me hice un gran hechicero. Era capaz de reconstruir la totalidad a partir de una golondrina, ¡aún más!, a partir de una hojita de un abedul esmirriado. Naturalmente, había meses de absoluta desesperación, de enfermedades, de vacío, de olvido. Pero ni siquiera entonces perdí la capacidad de conservar aquel don.

Lo arrebujaba en mi desesperación como envolvemos en un pañuelo una bonita piedrecilla que encontramos en la playa, y esperaba, esperaba con paciencia el retorno de mis poderes mágicos. No me rendí ni siquiera en otoño, ni siquiera en diciembre, cuando el sol casi no se veía. Sabía esperar.

Pues, ¿qué sucedió más tarde? ¿Por qué se produjo en mí aquella transformación? ¿Por qué perdí lo que era mi tesoro más valioso? No he contraído compromisos sospechosos, no he borrado ningún capítulo, no me he vendido. De acuerdo, vivo con más comodidades, pero no al precio de hacer concesiones: sencillamente, me agasajan con generosidad. No he renegado de nada. Y tampoco creo que me haya deslumbrado la multiplicidad de las cosas y de las personas de este lado del mundo. No, la multiplicidad me hizo gracia, me entretuvo y me intrigó. Sabía muy bien que de ella también podían emanar la fe y la fuerza; hasta cierto punto, se trataba de un problema puramente técnico. De igual manera, el navegante sabe aprovechar cualquier viento, incluso un viento adverso, sólo tiene que orientar adecuadamente la superficie de las velas. La multiplicidad es como el viento que cambia de rumbo sin cesar; un marinero experto sabe adaptarse a todas las condiciones atmosféricas.

Llegué a una esquina donde la calle se bifurcaba y perdía su carácter mercante. Decidí, pues, volver al ancho bulevar, pero no sobre mis pasos, sino doblando a la izquierda y enfilando un callejón todavía más estrecho. Después —pensé— bastará con tomar la primera o la segunda bocacalle de la izquierda y estaré otra vez en el bulevar.

Si hubiese hecho algo deshonesto, algo abominable, me habría sentido mucho mejor. Simplemente, me habría sumado al gran rebaño de estafadores: tal vez de vez en cuando hubiera tenido remordimientos de conciencia —reminiscencias de tiempos remotos, pinchazos en el corazón, recuerdos borrosos de la infancia, susurros de mi yo rechazado—, pero el mero hecho de ocultar mis pecados me hubiera absorbido tanto que difícilmente hubiera encontrado buena disposición, por no decir nada del tiempo, para hacer caso de las advertencias y amonestaciones de mi encarnación anterior. No. Me imagino que, en ciertos aspectos, el mundo de los estafadores se parece al de la gente honesta, a saber, en las cuestiones energéticas: tanto en uno como en el otro, hace falta un esfuerzo constante, una vigilancia activa; la gente de bien no deja nunca de luchar contra sus flaquezas, y los estafadores nunca abandonan la lucha contra los honestos.

En cambio, otra cosa completamente distinta es la extraña e insidiosa erosión de

la fe, una erosión que me acompaña en mi vida avanzando despacio —¡oh, cuán despacio!— pero inexorablemente, y que, un mes tras otro, como si el mes fuera la unidad más pequeña de destrucción, pone en evidencia nuevas mermas, pérdidas y dudas. ¿Por qué? Ésta era la pregunta insignia de mis perseguidores. Apareció por la mañana escondida en mi humeante taza de café, en el cuello de mi camisa recién planchada, en la punta de los zapatos embetunados, en la pirámide de uvas negras, para levantarse después como el sol se levanta en el horizonte, alcanzar el cenit a mediodía, echarse un siesta breve pero reconfortante después de comer y volver por la noche, está vez embutida entre los pliegues del periódico de la tarde u oculta entre las páginas del programa de teatro. Sí, porque todavía existen los teatros y los cines, esas refinerías de ilusiones, como si no bastaran las torturas que nos inflige la realidad cotidiana. Sabía demasiado, había oído demasiadas cosas. Las imágenes de la pantalla cinematográfica me aturdían provocándome dolor. ¡Cuántas puestas de sol puede uno soportar! ¡Cuántas vistas del océano! ¡La belleza se ha generalizado tanto, se ha vuelto tan accesible! Un disco con un quinteto de Mozart no cuesta mucho dinero. Pero hay una trampa: para escuchar este disco a conciencia hace falta dedicar media vida. Tal vez esté exagerando —una cuarta parte—. Y no es cuestión de tiempo, sino de organizar una región autónoma de la realidad. No voy a preguntar qué es la música, qué son aquellos instantes de felicidad y de amargura que nos ofrece —¿nos roba?—, qué es esa sensación de vacío que experimentamos al no ser capaces de absorberla.

¿Dónde está Dios? ¿En el sufrimiento o en la alegría? ¿En un rayo de luz o en el miedo? ¿En una ciudad rica y libre o en un campo de concentración? Naturalmente y por desgracia, yo sabía que responder a la última parte de esta pregunta no es nada difícil. Pero ¿cómo es que Dios prefiere lugares lúgubres y horrendos? ¿Por qué? En la belleza a veces también se percibía la presencia divina, pero a mí me parecía que no se trataba del mismo Dios. Sí, lo sé, hay que abrirse, hay que aceptar humildemente lo que venga sin reclamar a voces la comprensión de lo incomprensible. De hecho, no debería hablar de ello. ¿Quién soy yo para meterme en la piel de un sacerdote? Soy un lego y es justo que me atenga a mis prerrogativas limitadas, a mis experiencias y mis reflexiones. Retiro lo que he dicho. No sé nada, he visto pocas cosas. Pasé muchos años en un encierro —¿verdad que así también se llaman aquellos lugares?— y, por consiguiente, no he podido ver mucho. Sólo el paraguas azul marino del cielo.

Me doy cuenta de la precariedad de mi posición: no vivo en ninguna parte. Creo que sólo deberían tener voz y voto los que pueden hablar en nombre de alguna comunidad pequeña, una comunidad real, humana y económicamente viable, por muy modesta que sea. Preguntemos a un panadero de un pueblecito suizo, a un pescador de una aldea bretona o a un pastor de los Alpes. Que hablen. Que nos ayuden. La paradoja de mi situación siempre ha consistido en su negativismo, o, para expresarme con más precisión, en una mezcolanza peligrosa de un impulso profundamente

positivo con el negativismo de los métodos, de los comportamientos y del timbre de la voz. Tuve que gritar que no, pero aquél no era un sí escondido. ¿Está claro? Para mí, no, pero confío en que alguien será capaz de descifrar mi escritura. Sé hartamente bien que llevar en nuestro interior un no sonoro y un sí latente a un tiempo es algo increíblemente difícil, casi imposible, condenado al fracaso. Quizá se trate de que una generación posterior sepa encontrar un camino menos tortuoso, que experimente un sí no contaminado por un no y que el no sea sólo un no saludable, imprescindible e higiénico, y nunca un veneno, un arsénico.

Una generación posterior... Es fácil echar mano de ella, ya que no cuesta mucho hablar de lo que aún no existe, pero ¿de veras soy lo bastante magnánimo como para desperdiciar de buen grado y sin remordimientos mi propia vida en beneficio de las cohortes de la generación juvenil? Lo dudo. Tampoco sé si, de empeñar mi vida, daría una buena imagen de mí mismo. ¿Sin mentir? Me interesaría saberlo. Porque, si tuviera que mentir yo también... Aunque, mirándolo bien, ya me he atrapado algunas veces en la mentira, por más que no fuese una mentira abominable e insolente, sino una verdad adornada, coloreada o exagerada. Por ejemplo, en los momentos bajos, cuando me sentía cansado y hartamente, exponía mi causa en términos tan elocuentes y enérgicos como cuando estaba en plena forma, y a veces ocurría que, más que exponer mis argumentos y convicciones desde lo más profundo de mi corazón, los recitaba. Oh, sí, esto ocurrió, y más de una vez. En Madrid: llovía, hacía un día oscuro y tormentoso, pardo, y los neumáticos de los coches se hundían en los torrentes de agua turbia. En Edimburgo: era invierno y se me pegó algo del laconismo escocés... E incluso una vez en Ferrara, aunque entonces no le pude echar la culpa al tiempo... El sol colgaba encima de los tejados como una lámpara antigua de oro macizo. Yo acababa de contemplar los frescos de Francesco Cossa, me sentía feliz, saturado de aquel género de felicidad que nos invade desde fuera, desde los lienzos añejos, los árboles gigantescos, las iglesias románicas y el ritmo de las colinas y las valles. Y, a pesar de ello, no supe decir nada verdadero. O tal vez aquélla fuera la causa, tal vez no supiera hacerlo porque la felicidad no me había sido prestada o regalada para utilizarla. Hay regalos tan frágiles, de construcción tan ingeniosa, que se hacen añicos en cuanto los entregamos a un tercero.

Ferrara al sol. Madrid bajo la lluvia. Y antes, Edimburgo. Y entre aquellas ciudades, el avión y yo, sentado junto a la ventanilla con la mirada absorta en la escritura cuneiforme de los bosques, campos y aldeas, descifrando el sentido oculto de aquel mapa de carne y hueso del continente europeo. A bordo de un avión, me sentía incapaz de concentrarme, y no porque me paralizara el miedo, sino por ser presa de una curiosidad pasional: no me abandonaba la sensación de que un día comprendería el sentido de aquel mapa ni de que las borrosas torres de las iglesias, las veredas del bosque, los cauces de los ríos y los caminos vecinales acabarían hablándome, ya que, por lo visto —así me lo parecía—, tenían algo que decir; y hasta llegué a sospechar que los habitantes de aquellos países maravillosos conocían el

secreto, que a ellos la tierra sí que les hablaba, y sólo de mí, un forastero, no quería saber nada, y me ignoraba, mostrándome un raudal caótico de objetos para no revelarme su verdadero mensaje.

Entretanto, el callejón en que me hallaba se volvía cada vez más estrecho y oscuro. Por segunda vez había doblado a la izquierda y, de acuerdo con mis previsiones y con el sentido común, ya hacía un rato que debería haber regresado al bullicioso bulevar. Me inquieté. En lugar de los enormes edificios geométricos, por cuyas paredes se encaramaban esculturas de musculosos personajes mitológicos, delante de mí había casuchas miserables, sucias y enclenques. Unas manchas parduzcas de roña cubrían sus enlucidos, y los alféizares de las ventanas estrechas recordaban los peldaños de una escalera desmoronada y contrahecha. Los portales, a lo largo de los que caminaba, ahora olían a orina, mohó y vejez, como si en sus entrañas algo fermentara a escondidas, a traición, peligrosamente. La materia de los objetos no estaba cortada a tijeretazos ni circunscrita a unos confines netos como en el centro de la ciudad, en aquel ancho bulevar que yo añoraba en vano, sino que parecía agitarse, ondear e hincharse, como si aquellas pequeñas casas medio derruidas tuviesen branquias y tragasen aire con la voracidad de un siluro atrapado en la red. La acera ya no seguía el itinerario recto de un *boy scout*, sino que parecía balbucear algo extraño y dar rodeos como el guía borracho con quien había coincidido en una pequeña ciudad turca, debajo de la hoz de una luna taimada. Bajo un farol, vi a un gato hiperbólicamente arqueado, con el pelo sucio y revuelto. En la penumbra, junto a una valla de madera, vi la momia de un vagabundo arrebuñado en trapos y papel de periódico. La momia respiraba acompasadamente y, a la altura de su boca, una botella de vino vacía asomaba como el periscopio de un submarino alemán. De pronto, se oyó un ruido ensordecedor y, enseguida, anunciado por el estruendo de la máquina, me adelantó un muchacho flaco y menudo con el pelo negro alborotado por el viento; sus manos reposaban en el manillar de un ciclomotor que se encabritaba a causa del ímpetu de la carrera. Poco después, lo siguió otro jinete, también aferrado convulsivamente a su ciclomotor. Bien podía ser su hermano gemelo, porque tenía el mismo rostro de facciones afiladas y el mismo pelo negro alborotado por el viento. Llevaba la misma cazadora negra de piel, la indumentaria favorita tanto de los policías como de los ladrones. Un instante más tarde, apareció en la calzada un coche de la policía enfrascado en una persecución febril. Derramaba una lívida luz pulsátil y en su interior relampagueó el azul marino de los uniformes.

Y sin embargo, ni el gato que se restregaba con infinita paciencia contra el poste de hierro ni el vagabundo prestaron la más mínima atención a los tres bolidos que acababan de desgarrar la telaraña que encortinaba el callejón. Era tan estrecho que una araña diestra y laboriosa hubiera podido tapanlo en cuestión de minutos, al igual que un cirujano joven y ambicioso no tarda en coser una herida. En una de las ventanas apareció por un momento el rostro blanco de una vieja y, de inmediato, como evocada por esta imagen en negativo, en la acera tambaleante se dibujó la

figura de un viejo que avanzaba paso a paso haciendo un esfuerzo sobrehumano. Con una mano se apoyaba en todo lo que era estable: los muros, las vallas y los postes de publicidad, mientras que con la otra sostenía un bastón nudoso con el que examinaba la naturaleza del suelo como el primer hombre que pisó la Luna y, acto seguido, se ponía a su merced, se colgaba de él con desesperación y recorría así unos cuantos centímetros. Después, volvía a paralizarse junto al fragmento de muro o de valla que había elegido para tomar la difícil decisión de desplazar otra vez el bastón. Llevaba un traje que treinta años atrás hubiera podido pasar por elegante, una camisa blanca con una pajarita de lunares y un sombrero ladeado lleno de lamparones.

Cuando me acerqué a él, vi las gotas de sudor resbalar por sus mejillas cubiertas por una barba canosa y vi su mandíbula agitarse continuamente, ya que —lo comprendí enseguida— aquel viejo, el peregrino más lento del mundo, maldecía mientras caminaba, maldecía a Dios y a los humanos, maldecía la naturaleza, las plantas y los animales, los insectos, los vertebrados, los reptiles, los minerales, los aviones, los planeadores, las cometas, los luciones, a los hombres y a las mujeres. Quise echarle una mano, pero me miró con tanto desdén y odio que enseguida retiré el ofrecimiento e incluso aceleré el paso para alejarme cuanto antes de aquel Edipo furibundo que me colmaba de imprecaciones cuyos dardos aún volaron en pos de mí durante un buen trecho como las flechas incendiarias impregnadas de fuego griego.

Había un no sé qué de ominoso en aquel callejón; oh, sí, sin duda era una calle peligrosa. Por si acaso, anduve por la calzada en vez de hacerlo por la acera: ¡preferí apartarme de los portales! Cada portal me parecía un tonel lleno de nada, de donde podían asomar estiletes endemoniadamente rápidos, cuchillos y navajas. Delante de mí, no había nadie, pero tenía la sensación de que me seguían miles de miradas y me parecía vislumbrar ojos sombríos y hostiles detrás de los cristales de todas las ventanas.

Por suerte, enfrente se abrió un vasto espacio y la calle asfixiante llegó a su fin. Mi bulevar, pensé, el bulevar ancho y luminoso, la Vía Láctea de esta ciudad, el bulevar que me conducirá directamente al hotel.

No obstante, al salvar los siguientes doscientos metros, no vi el bulevar profusamente iluminado, sino un canal con numerosos puentes y pasarelas para los peatones totalmente vacíos, como si hubieran sido construidos para la travesía de un gran ejército y se hubieran convertido en monumentos de la arquitectura desde que aquel ejército cruzara el río camino de sus batallas y cementerios.

Por lo menos, allí se extendía aquel espacio inmenso y, por consiguiente, estaba a salvo o eso fue lo que me pareció. En este aspecto, las grandes potencias no difieren gran cosa de un paseante solitario: por lo que a la seguridad se refiere, todos estamos condenados a hacernos ilusiones. Me senté en los escalones de un puentecillo. No tenía nada de sueño. De repente, mi aventura dejó de inquietarme y dejé de devanarme febrilmente los sesos buscando la manera de regresar al hotel.

Recordé una conversación que me había dolido y que había procurado olvidar.

Esto había sucedido en Rotterdam, durante un simposio. Después de la cena, un periodista italiano se sentó junto a mi mesa. Yo lo conocía de vista e instintivamente había despertado mi simpatía. Ya no era joven, pero tenía un parecido asombroso con el hombre del famoso retrato de Ariosto de la National Gallery de Londres. El varón de unos treinta años retratado por Tiziano nos mira con el ojo derecho (el izquierdo queda oculto en una sombra profunda), y aquella mirada tuerta es el colmo de la arrogancia mezclada con la timidez. El ojo es arrogante, y lo es también la vestimenta: una blusa de seda y una manta negra que desaparece en la oscuridad. Puesto que el hombre está sentado de perfil con el brazo apoyado sobre una viga de madera o un pretil, en primer plano aparece la manga abullonada de la blusa de seda, y aquella manga es también arrogante. En cambio, donde mejor se expresa la timidez es en la forma de los labios, escépticos y propensos a la sonrisa. Sin duda, nos encontramos delante de alguien que ya ha conseguido muchas cosas en la vida; pero, al mismo tiempo, su postura, la mano que descansa con desparpajo sobre el pretil de madera, parece sugerir que se trata de un viajero —a decir verdad, uno tendría ganas de afirmar que fue retratado justo cuando se repantigaba en el compartimiento de primera clase de un expreso que va desde Roma al infinito— transportado por el vehículo más perfecto del mundo: el tiempo y que, por lo tanto, es un escéptico, al igual que lo son todos los viajeros.

El italiano (el de carne y hueso) era mucho más viejo y ni sus barbas ni su melena estaban libres de canas, pero también coexistían en él la autosuficiencia y una sutil incredulidad. Primero, me interrogó para conocer mi vida. Fingió anotar algo, pero vi que no se trataba de una entrevista, ni de recoger material para un artículo.

—Usted es una persona seria —dijo al cabo de un rato—, y eso me gusta mucho. —Mientras lo decía sonrió, con lo que le dio un mentís a sus propias palabras—. Pero no sé si usted es consciente de que, por mucho que lo admiren, todos los que lo rodean son criaturas de construcción, y tal vez de anatomía, distinta de la suya.

—¿A qué se refiere exactamente? —le pregunté.

—Usted y ellos —dijo el periodista— están hechos de otra pasta. De qué pasta está hecho usted, sólo puedo adivinarlo —añadió—, pero sé que ellos están hechos básicamente de ironía.

—¿Ah, sí? —pregunté como un bobalicón.

—Oh, sí —contestó muy convencido—. Lo sé muy bien, porque me afecta de lleno. La ironía admira la fe de un modo no del todo desinteresado; en el fondo, se trata de una guerra sin cuartel, de una lucha a vida o muerte. Para la ironía, la admiración es la máquina de guerra más idónea y más perfecta.

Después, hablamos de otros temas, pero al despedirse añadió:

—Por cierto, ¿sabe usted que incluso Verlaine se hizo creyente en la cárcel?

Sonrió y en su sonrisa se manifestó otra vez la coexistencia inverosímil de una arrogancia salvaje y una timidez blanda. No lo volví a ver nunca más, el tren de Tiziano arrancó y la blusa de seda desapareció en la lejanía. Al cabo de unos meses,

alguien me dijo que el italiano estaba gravemente enfermo —padecía una de esas enfermedades, cuyos nombres raras veces se pronuncian en público; los sustituyen un momento de silencio y un poco de tristeza hipócrita— y se había retirado de la vida profesional y social.

El día que conversamos en el restaurante de un gran hotel, jugueteaba con una copa llena de coñac que sostenía en la mano, observando el balanceo del líquido amarillo y radiantemente luminoso. Sentí que aquel hombre era la verdadera personificación de la ambivalencia de Tiziano. Entendí que me admiraba y me detestaba al mismo tiempo. Lo atraía y le repugnaba, destruía su sistema filosófico, negaba su escepticismo y era un espécimen que no cabía en su botánica, su zoología ni su antropología. Por no decir nada de la teología. Callamos durante un buen rato y me parece que por un momento los dos fuimos capaces de experimentar la diferencia de nuestras cualidades espirituales. Yo me expuse a su profunda duplicidad — profunda y honesta, definitiva—, en cambio él probablemente estaba impresionado por el aura de homogeneidad que me rodeaba, por mi integridad templada en el horno de la historia.

Finalmente, se levantó y, como sin duda se dio cuenta de que aquella radiación de cualidades ontológicas no podía continuar ni un segundo más sin convertirse en una miserable caricatura de sí misma, en una idolatría grotesca, se despidió bruscamente, pronunciando aquella frase sobre Verlaine.

Sólo no había previsto una cosa: fue incapaz de adivinar que yo también me había contagiado de ambivalencia y que ya había empezado en mí el mismo proceso — maldito y majestuoso a un tiempo— de matizaciones, contrapuntos y cotejos. ¡Qué más daba que yo anhelara la sencillez y la homogeneidad, si el mismo anhelo era traicionero y demostraba los implacables avances de la diferenciación!

No puedo pensar en ello, prefiero escabullirme hacia otras regiones. Encuentro solaz en el dolor punzante de la añoranza. Veo un pinar, las ramas de los árboles que tiemblan heridas por los rayos de sol, como si las agitara un deseo de luz dulce e impaciente. Entre los árboles vagan columnas de polvo, los espíritus de los pinos y los abetos talados. (Aquí no hay bosques así.) Una urraca cruza el cielo volando despacio, con parsimonia. La hierba huele a amargura otoñal. Las arañas, inspiradas por el canto de los pájaros (¡las oropéndolas!), desovillan hilos largos y rectilíneos para columpiarse en ellos horas y horas como críos. Veo serbales inconscientes de su encanto. Veo caminos vecinales bordeados de cerezos, tortuosas veredas campestres que se pierden entre las mieses. Pero veo también los rostros de los amigos que ya están muertos, sus ojos brillantes y sus nobles gestos. Los miro, y ellos se ríen. Vamos de excursión en bicicleta y me parece que soy capaz de contemplar a los cinco ciclistas desde arriba, a vista de pájaro (pero no de halcón). Les espera un día largo y plácido. Delante de ellos, una carretera asfaltada, sinuosa como la cinta de Möbius y muy traidora. Pero no es necesario que lo sepan, dado que la suaves cúpulas de los cerros y los gorros altivos de los bosques parecen asegurar su constancia y su

fidelidad algo pesada.

Otro día: unas matas de acerolo, lluvia, fiebre. Yo estaba constipado, tenía algunas décimas y los ojos de todos los objetos parecían lanzar un brillo enfermizo. Estábamos sentados en una veranda, debajo del espejo transparente del tejado de cristal por donde resbalaban sin cesar las gruesas trenzas de la lluvia. El jardín, apenas a medio paso, se vislumbraba con dificultad detrás de la cortina de agua. ¡El jardín! Más bien un trozo de un jardín de otro tiempo, abandonado, atacado constantemente por ortigas, malas hierbas y los retoños de arce y de fresno. El bosque intentaba infestar el jardín. Incluso el acerolo parecía atrincherarse en los antiguos parterres. En la casa, se libraban disputas interminables sobre si había que deshacerse de aquel acerolo, una planta nada apropiada para un vergel (¡y eso que el vergel ya no existía!), o perdonarle la vida en vista de que ya estaba crecido y se había sumado a la gran familia de cosas existentes, aunque inútiles. Pero justo entonces, durante aquel crepúsculo lluvioso de septiembre que no tardó en iluminarse bajo los rayos tímidos de un sol empecinado en marchar a su ocaso, las acerolas ambarinas, duras y perfectas en su concisión, aparentemente estériles si bien idóneas para hacer vino casero, se convirtieron en las heroínas del momento, resplandecieron en la espesura de verdor teñidas de oro por el foco oculto del sol, y todos supimos que debían seguir con vida.

Entonces, le cogí la mano. Aquel momento nos brindó también a nosotros una reconciliación inmaculada, a la cual íbamos a recurrir muchas veces, por regla general en vano, cual si fuera nuestro Tratado de Versalles particular. La analogía no va desencaminada, ya que tanto lo uno como lo otro empezó en un jardín y acabó en una guerra, una ruptura, un desierto. Mi biógrafo escribiría que ella se echó atrás presionada por el acoso policial. Las constantes visitas de aquellos individuos —en su mayoría unos tipejos incultos, feos y canijos que destrozaban nuestra lengua materna, pero pisaban fuerte, conscientes de que cada milímetro de sus cuerpos escuchimizados estaba directamente conectado por un cable con la misteriosa y omnipotente central— habrían transformado a aquella mujer extraordinaria. ¡Feliz biógrafo! Se acuesta con un manual de historia de mi país y, por la mañana, cree estar listo para resolver el enigma más intrincado. Pero yo sé que no eran necesarios ni la policía ni sus mensajeros picados de viruela que siempre derrochaban gasolina (nunca apagaban el motor del coche, como si consideraran que su comportamiento tenía que ser un símbolo de permanencia incluso en el detalle más pequeño). Bastó con lo que ocurrió entre nosotros, bastó con una derrota normal y corriente que mi biógrafo —según me confesaría más tarde— añadió a la lista de mis triunfos amargos propios de un hombre implacablemente justo.

Y otro día: ¡no, ya no desfilan más imágenes! Incluso un mecanismo tan perfecto como la añoranza puede encallarse y hacer que las cintas que almacenan mis recuerdos, impecablemente conservadas y capaces de llenar varias sesiones, se enreden y atasquen el proyector de mi vida.

Tampoco le dije al italiano otra cosa importante: la ambivalencia no sólo se cuela dentro del territorio que habito, sino que, para colmo, empieza a gustarme. Tiene un no sé qué de inteligente, de brillante. Gracias a ella, las cosas se duplican y empiezan a hablar; gracias a ella, salen a la luz los matices, las sombras, las penumbras y los ecos. Incluso el escepticismo me agrada. Por un instante, hasta me cautivó el cinismo inteligente de cierta persona. Naturalmente, aquello no eran más que maniobras mentales, los movimientos de una razón envidiosa que, en mi caso, aprisionada en el cuerpo y la conciencia de un ser incorruptible y por lo tanto guasona como un crío de cinco años, se recreaba en la contemplación de la hipocresía y la corrupción omnipresentes como mera observadora y, de paso, se hacía una pregunta puramente académica: ¿Y si yo, que siempre me he alimentado con frutos buenos, catara este fruto malo?

Toda fe —pensé— es un movimiento, un anhelo, una energía, y recuerda una barca que surca la superficie de un lago. Pero ¿qué pasa cuando la barca se detiene? De repente, se funde con el elemento inerte que la rodea, con lo inmóvil y perezoso, lo podrido y estadizo. Naturalmente, el movimiento es mucho más apasionante, es puro y noble. Pero ignoramos de dónde procede; contiene algo inexplicable, alocado y apriorístico. Tal vez haya más verdad en las cosas paradas, quietas y perezosas; por lo menos no fingen ser lo que no son. Las tinieblas no fingen ser la luz, el silencio no se hace pasar por una orquesta sinfónica.

Permanecía sentado en los escalones del puentecillo, muy por encima de la superficie de la calle. Me pasó por la cabeza que, a pesar de mis elucubraciones más bien humildes, aún volaba muy alto. Diríase que podría presidir un desfile militar. En efecto, un instante después, en la plazoleta que se extendía a lo largo del canal apareció una rata solitaria; se dirigió sin prisas hacia unos matorrales que, por un lado, estaban bañados por la luz de un neón, aunque pronto se desvanecían en la oscuridad impenetrable.

En la lejanía, el reloj de una iglesia dio la hora parsimonioso y festivo, como si cantara una melodía que todo el mundo conoce. En otra parte, chirriaron unos frenos. Más allá explotó un petardo.

Me levanté y me puse en marcha. Me pareció que un relámpago titilaba en el cielo. Andaba con paso firme, como si ya conociera el camino hasta mi hotel. El recorrido era largo. Bordeé un parquecillo donde, sedientos de oxígeno, se agolpaban unos castaños de hojas palmeadas aún cubiertas de gotas de agua. Por unos instantes, enfilé una calle de lo más normal, burguesa y tan tranquila que casi se podían oír la respiración y los suspiros de sus habitantes sumidos en el sueño —todos enfundados en sus pijamas impolutos, con la cabeza custodiada por la esfinge del despertador que recorría implacable las inmensidades de la noche hacia la hora cero, cuando los inquilinos de los ensueños se levantarán alertados por el timbre sibilante y, tres cuartos de hora más tarde, desembarcarán en la calle como los aliados en las playas de Normandía—. Después, a mano derecha, descolló una vieja iglesia con altos

ventanales góticos y paredes ennegrecidas por el paso del tiempo. La separaban de la calle una balaustrada de hierro colado y un jardincillo estrecho, donde se mecía un sauce flaco y soñoliento. A mano izquierda, tenía ahora la vía del tren y, más allá, las imponentes naves de una fábrica, coronadas por relojes, cada uno de los cuales marcaba una hora distinta.

Fui descendiendo. Sabía que en breves momentos daría con el ancho bulevar. Sólo me quedaba por salvar una calle corta y anchurosa que desempeñaba el papel del guión que une dos frases (dos barrios). Volvía a la luz; el bulevar seguía resplandeciendo con mil colores como un candelabro. Las multitudes habían desaparecido. Los camareros recogían las sillas y las mesas y unos hombres vestidos con monos de un naranja chillón barrían las aceras. Ya no se percibía aquella atmósfera de promesas y esperanza. Se habían apagado algunos neones publicitarios y algunas tiendas se habían acorazado con contraventanas de madera o de metal. En uno de los restaurantes, un hombre de pelo negro y grasiento que estaba detrás de la barra contaba el dinero con el afán de un gran matemático que sólo trabaja por las noches. Los últimos clientes abandonaban los bares e, inseguros, navegaban a la deriva hacia la calzada, hacia los taxis amarillos y beige, para dejarse caer como un saco en el asiento trasero del coche y, en vez de pronunciar su última voluntad, susurrarle al chófer una dirección con voz cansina e indiferente.

Seguí andando a buen paso sin pensar. No me costó encontrar el edificio del hotel. El recepcionista me amenazó socarronamente con el dedo índice armado de una larguísima uña. En el mismo dedo brillaba una sortija de oro.

—Nos tenía inquietos —dijo con poco convencimiento. Y añadió en un tono interrogante—: ¿Ya está lloviendo?

—¿Lloviendo? No.

—Anunciaban tormentas y un cambio de tiempo. ¿Ha pasado un rato agradable?

—Me he perdido. Cuesta creerlo, pero me he perdido por completo.

—Ah, sí. Son cosas que ocurren —se alegró el recepcionista—. ¿Sabe por qué? Mire.

Me mostró el plano de la ciudad colocado debajo de un cristal.

—Estas cosas ocurren a menudo. Usted habrá paseado con la idea de que ésta ciudad está construida sobre un ángulo recto. Nada de eso, fíjese en el plano. ¡París es una ciudad de ángulos agudos!

En efecto, las calles se adherían a las plazas como las limaduras al imán, y los arrecifes coralíferos de los barrios rosados apenas cabían en la hoja del plano.

—Tiene usted una carta.

Lancé una ojeada a la carta. Me recordaban lo de la rueda de prensa.

—Sí, claro —murmuré.

Mi habitación estaba en el último piso. Los relámpagos refulgían con creciente insistencia. Yo sabía que aquel día mi discurso sería el de siempre, lleno de convicción y fe en la misión que tengo que cumplir. Mientras me dormía, la tormenta,

semejante a un gallo purpúreo, cruzaba las puertas de la ciudad.

## DISCURSO CONFIDENCIAL DEL PRESIDENTE DEL POLITBURÓ

Floristerías, que abren incluso los domingos, y un olor agrio a tierra. Del fondo de la tienda, emerge la vendedora, una mujer alta, y, arreglándose las horquillas que sujetan su pelo castaño, le pregunta a un muchacho tímido qué clase de ramo desea comprar. Rosas. Aster. Claveles. Peonías barrocas. Crisantemos parlanchines. Amapolas. Girasoles. Ya es muy tarde. No tomen apuntes. Una noche oscura, empapada de una lluvia persistente. Y yo soy viejo y estoy enfermo. Puede ocurrir que muera en cualquier momento. Desde que Aleksei Tolstói dijo que la muerte es un prejuicio burgués, hemos aprendido muchas cosas, ya que la muerte ha sido una profesora paciente.

Empezar no me resulta nada fácil. He pronunciado centenares de discursos. Recibía el texto a última hora y lo leía confiado, porque siempre he tenido ayudantes fieles. Pero los ayudantes nos miran con curiosidad. Esperan entre impacientes y atemorizados a que otro gran entierro interrumpa la rutina de las reuniones, saludos y despedidas. La cureña es el último de la larga hilera de vehículos que han sido puestos a disposición de un gran hombre. Crecen montañas de flores, pero ya no huelen. No me resulta fácil empezar.

Tenemos cada vez más ciudades y pueblos, vías férreas, vagones, países y lenguas. Los desfiles militares son tan frecuentes que constantemente hay que cambiar los adoquines estropeados por la cadenas de los tanques. Desfiles triunfales. ¡Cuántos jefes de estado desearían estar en mi lugar, incluso en mi cuerpo castigado por las enfermedades: el cuerpo de un caudillo significa más que él mismo! El cuerpo de un caudillo son sus propiedades infinitas, los almohadones de sus súbditos, los buques de su flota recalados en el agua verde, los libros de texto de los países que ha conquistado, sus soldados jóvenes y pecosos, y las novias de sus soldados, y las hermanas de las novias, y los hermanos de los soldados, y los aduaneros, y los censores de mirada aguileña, y los funcionarios de cortos alcances, y hasta los traidores le pertenecen, aunque crean que no es así; y los emigrados también son de su propiedad, por más que lo nieguen. Cuanto más lo niegan, más le pertenecen. El cuerpo de un caudillo, como cualquier otro organismo, consta de innumerables variedades de células, glóbulos rojos y blancos, bacterias y virus, glándulas y músculos. Me gusta pensar en mi enorme cuerpo imperial bañado por los océanos, protegido en invierno por la nieve compasiva y defendido por soldados pecosos. A menudo me imagino las ciudades de provincias que nunca he visitado, ciudades pequeñas, tal vez sólo aldeas con pequeñas mejoras: una estación de ferrocarril y, después, una larga alameda poblada de tilos raquíticos que acaba de improviso; dos panaderías, un barbero, y la gran torta de la plaza mayor con un monumento a modo de tenedor clavado en el mismísimo centro. Nunca he puesto los pies allí y, no

obstante, estoy presente —¡y cuánto!— en los retratos, los carteles, los decretos e incluso en los sueños.

Hay pensamientos buenos y malos. A veces llegan a mis oídos cosas desagradables, llenas de mala fe. Oigo reproches. El amor del pueblo, que hasta hace poco me arropaba con ternura sin dejar rendija alguna, se está deshilachando. Se oyen recriminaciones que llegan medio siglo demasiado tarde. Dicen que matábamos, que éramos crueles. ¡Y quién lo dice! Los que han dejado de creer en el alma inmortal. Les asustan las matanzas, porque no creen en la existencia del alma inmortal.

¿Sí, matábamos, ¿y qué? Pensad, ¿qué clase de vida contraponen ellos a la muerte? ¿Qué era lo que les robábamos a nuestras víctimas, a nuestros adversarios? Una vida desidiosa, estancada, vegetativa. ¿Puede ser acusado de cometer un crimen alguien que, corriendo a través de un bosque, ha roto una telaraña? ¿Qué hemos destruido? ¿Vidas? ¿Y qué importa una vida que no se una, que no se sume a nosotros, que no tome carrerilla, que no se ponga en movimiento (el movimiento somos nosotros)?

¿Os acordáis de las novelas de Dickens? Una vida impenetrable, oscura, llena de odio, sufrimiento e ignominia. Los callejones de Londres, un laberinto donde cada día morían niños inocentes. ¿Os acordáis de las ilustraciones de las novelas de Dickens? Narices ganchudas, semblantes obtusos, jetas toscas y vulgares. ¡Tanta maldad y vileza que, para colmo, aparecían disfrazadas de decoro y de gloria, de la gloria burguesa de la virtud! ¿Recordáis la impotencia de los pequeños protagonistas de Dickens condenados a una lucha sin esperanza contra los tiranos de su familia, de la escuela, de la parroquia y de la tienda? ¿Vida? ¡La vuestra era la vida sucia, desastrada y carente de sublimidad de los callejones de las grandes metrópolis! Allí, una moneda de oro lucía con más esplendor que las llamas del infierno y era más codiciada que la salvación eterna.

¿Y habéis leído a Léon Bloy? Oh, no. No citaré a los nuestros. Basta con testigos del bando contrario. ¿Recordáis lo que Léon Bloy escribió sobre los propietarios, sobre la vendedora que os obsequia con una sonrisa?, pero ¡no se os ocurra confesarle que os faltan cincuenta céntimos! ¡Ya veréis qué pasa si le decís que no tenéis dinero! Aquella mujer tan simpática se convertirá enseguida en una tigresa, llamará a la policía, os esposará y os mandará a la guillotina.

¿Y nosotros? ¿Qué es eso tan terrible que hicimos? Es verdad, matamos y construimos campos de concentración, pero con la mirada puesta en los personajes que aparecían en las ilustraciones de los libros de Dickens. Queríamos una vida mejor, una humanidad diferente, más noble, más pura. Queríamos que todas las ciudades fueran capitales. Queríamos calles anchas y luminosas.

¿Qué destruimos? Un mundo malvado, lleno de sufrimiento, dolor, rabia y tedio. Un mundo impenetrable y opaco. Calles que se enroscaban como la concha de un caracol. Jardines y marañas de arbustos. Asfixiantes anocheceres de julio, el griterío de los borrachos, el canto delirante de los pájaros. Arroyos estrechos e intrincados, cordilleras desparramadas por el mapa a tontas y a locas, y fronteras tortuosas que se

escabullían a hurtadillas entre los estados como un ladrón. Los cortejos de trineos, el olor gélido a nieve, las mejillas sonrosadas de los criados, las manzanas que yacían inmóviles en las despensas sobre un papel blanco, los candados de metales macizos y los restaurantes de lujo donde se hacinaban pirámides de manjares y los camareros avanzaban con el paso rítmico de un maniquí de cuerda. En junio, los bosques y parques llenos de amantes. El silbido escarnecedor y obstinado del tordo, el mismo en cada arboleda. Jueces, ancianos con peluca y ojos enrojecidos por el insomnio que habían sido elegidos para matar o perdonar, una tarea que le venía grande a su pequeñez. Apuestos diplomáticos carcomidos por la sífilis. Cocheros que esperaban a sus amos durmiendo con la boca abierta. Niños azotados en la escuela. Pelotones de fusilamiento formados por soldados ineptos que hubieran preferido un trabajo de jardinero, la paciente poda de árboles. Callejones donde unas putas muertas de frío esperaban a los clientes. El vocerío penetrante de los vendedores de cebollas del mercado, donde parecía que la muchedumbre haría explotar los confines de la ciudad y se marcharía campo a través hacia otro país, cruzando los sembrados y las lindes.

¿Qué hemos destruido? La historia con sus pequeñas conquistas, una historia aburrida que se bebía las potencias vecinas despacio, sorbo a sorbo, en vez de atragantarse con una victoria verdadera y definitiva, una historia que erigía arcos de triunfo semejantes a los muebles burgueses. Hemos destruido un mundo condenado por los profetas y detestado por los poetas, una manzana podrida. En otoño, las golondrinas partían hacia el sur. El humo se elevaba hasta el cielo, los torrentes exhalaban vahos al amanecer y las aguzanieves correteaban por la playa contoneándose como abanicos vivientes. A menudo, un tren se detenía en medio de la campiña y el jadeo pesado de la locomotora ahuyentaba a los pájaros escondidos entre las ramas de unos árboles invisibles. Los altos álamos indicaban el camino. Un halcón se cernía por encima de las nubes, se avecinaban una tormenta, una granizada, los penachos de los relámpagos. Un policía gordo apenas lograba abrocharse el cinturón en su barriga abultada. Barrios judíos y sinagogas judías. El severo Dios de los judíos, un políglota que hablaba incluso el yiddish. La desesperación de los miserables que se veían obligados a abandonar sus modestos hogares por no poder pagar el alquiler y se lanzaban a la calle, al frío y a la muerte.

¿Lo echáis de menos? ¿A los prelados con gruesas sotanas? ¿Añoráis las pistas de hielo y las orquestas que tocaban vales vieneses en los parques? ¿Los balnearios donde Goethe saludaba al emperador? ¿Os apiadáis de los canallas que dejaron morir a Mozart? ¿De los monjes barbudos que cantaban de madrugada himnos gregorianos en una capilla fría? ¿Sentís nostalgia de la infinita variedad de razas, confesiones y tipos humanos, de aquella multitud que avanzaba sin prisas por la calle como una enorme manada de animales que cruza la pradera? ¿Os apena que no haya nuevos amaneceres sobre los grandes campos de batalla? ¿Añoráis las carnicerías de Jena y Austerlitz? ¿Qué es lo que echáis tanto de menos? ¿El llanto salvaje de las prometidas al percatarse de que iban a ser solteronas de mejillas enjutas? ¿Los

incendios de ciudades que devoran las casas en un segundo como Gargantúa devoraba un asado de cerdo? ¿La cuestión de los universales? ¿Le vergüenza de Abelardo? ¿La farsa parlamentaria con sus diputados venales y vanidosos capaces de traficar con cualquier fe y de cambiar cada día de color político o de bandera, e incluso de sexo, si aparecía un buen postor? ¿Añoráis a un Dios que nadie ha visto? ¿A los teólogos que escribían largas cartas sin respuesta? ¿Qué es lo que echáis de menos? ¿Las pequeñas naciones que nutrían ridículas esperanzas y guardaban como oro en paño unas gramáticas cómicas y embrolladas que nadie habría podido dominar? ¿Las insurrecciones chapuceras y los cánticos sentimentales alrededor de una hoguera? ¿Las leyes no aprobadas en el parlamento por culpa de borrachos vocingleros? ¿La crueldad de los oficiales prusianos? ¿Los últimos instantes de vida de un suicida que lo ha perdido todo por culpa de un tejemaneje bursátil?

El invierno tapaba la miseria de las ciudades. En enero, llegaban los pinzones reales de plumaje escarlata. Los transbordadores se hundían en los ríos. El *Titanic* se fue a pique como una pesa de hierro. Las orquestas militares se preparaban durante horas para los conciertos. Un sinfín de fruslerías. Las cruzadas. Los concursos. El omnipresente tono hipócrita. Las ambiciones desmesuradas. Mantenerse en el puesto, zurcir los calcetines agujereados, remendar los pantalones y sacar brillo a los zapatos para que nadie pudiera sospechar que nos habíamos quedado sin blanca y nos estábamos viniendo abajo. Más valía no comer durante toda la semana que mostrar un tomate en el calcetín. En primavera, florecían las forsitias. Regresaban los estorninos. Las criadas se balanceaban en los alféizares limpiando los cristales de las ventanas. Los soldados salían de permiso. La nieve se fundía y los ríos crecían peligrosamente, sus olas amarillentas arrastraban troncos de los árboles caídos, topos muertos y nidos de pájaros. Las lluvias enjuagaban el adoquinado de las ciudades. En las cafeterías, los tertulianos discutían sobre el nihilismo.

El tedio de la historia: siempre un tiempo pretérito, el párpado de los verbos perfectivos y las pestañas de los adverbios. Compasión por los vivos.

Los colonos se dirigían hacia el oeste. Siempre en pretérito. Las puestas de sol sangrientas presagiaban una derrota, una batalla perdida. Después, una luna ingrávida flotaba por encima de los ríos y los estanques, reflejándose en cada charco. El tiempo recorre la frase como un segador recorre su campo. Miserables botines. Alguien trajo una liebre, alguien se conformó con un saco de peras jugosas. Una sensación extraña la de salir de una ciudad a un espacio abierto: el horizonte crece, hay más aire, y la estepa leonada, cual si fuera un pulmón enorme, ofrece un instante de felicidad. Al comienzo, nuestros hombres fueron ejemplares. Ejemplares. Modestos, nobles, educados, bondadosos. Se daban cuenta de la gravedad de la situación. Llegaban de madrugada. Sin una sombra de enfado siquiera. Llevaban chaquetas de pieles, tenían unos rostros curtidos y angulosos y eran mansos como un maestro de pueblo. Sabían evitar la exaltación y el dramatismo. Llegaban de madrugada, a veces sin haber tenido tiempo de desayunar como Dios manda. Dormían tres o cuatro horas al día. Ya

nadie lo recuerda. Más tarde, muchos lo pagaron con enfermedades, con úlceras de estómago. Tragaban precipitadamente un café agrio y corrosivo, bajaban las escaleras de tres en tres y montaban en el coche para recorrer la ciudad dormida e inerte, encima de la cual revoloteaba el canto de los mirlos. El rocío se desplomaba sobre el césped de los parques. Las estatuas de mármol miraban indiferentes los automóviles negros. Se nos reprocha que llegaran de madrugada. Si no hubiesen llegado de madrugada, los otros se habrían revolcado entre sus sábanas hediondas hasta el mediodía, y después se habrían pasado horas delante del espejo, contemplándose, bostezando y empañando la superficie del cristal con la niebla de su aliento.

Tal vez se cometieran algunos errores. Hay que tener en cuenta la escala de la operación. Personalmente, siento lo de Mandelsztam, aunque por otro lado considero que algunos de sus poemas tardíos no habrían nacido nunca si no hubiera sido por el trato que le dispensamos. A nuestra gente le gustaban las canciones alegres, el son del acordeón, las marchas militares, los desfiles y el futuro. Se conformaban con una alimentación modesta y nadie se quejaba de que faltaran el champán o las trufas. Entonces, como un pintor, estábamos delante de un lienzo en blanco y, con cada gesto, cambiábamos la faz de la tierra. Abolimos las carreras de caballos. Nunca hubiéramos permitido ciertas modalidades de boxeo o de lucha libre. No hubiéramos aceptado lo que toleran los buenazos de los americanos. Hubo que simplificar muchos procesos complicados.

¿Qué es lo que echáis de menos? ¿Las cacerías con su indescriptible crueldad? ¿El papado con su fría y señorial falta de interés por el sufrimiento? ¿Los árboles viejos, bajo los cuales se colocaban mesas para banquetear durante cuatro días y cuatro noches? ¿El tiempo pretérito? ¿La trompeta del correo?

Nieblas sobre los prados. De niño, creía que los sauces no eran árboles. ¡No se les parecían en nada, tan flexibles y carentes de forma! Es el viento quien se la otorga. Por aquel entonces, intenté imaginarme América, aquellas grandes ciudades con su caos de barrios y razas. Me imaginé a los inmigrantes modestamente vestidos que se congelaban al amanecer a la espera de la sopa caliente que no iban a recibir hasta el mediodía de manos de una dama elegante y aburrída. Judíos, armenios, polacos, irlandeses, italianos, griegos. ¡Qué despilfarro! ¡Qué exceso de razas y lenguas! Pelo oscuro, dientes blancos, ojos azules o de color cerveza. Los enormes ojos de los niños que se dilataban como la sed. Por desgracia, tuvimos que castigar también a niños. No me resulta nada grato admitirlo, no me enorgullezco de ello. Los grandes cambios no pueden satisfacer a todos, no se llevan a cabo para eso. Tenemos que ser conscientes de que los grandes cambios no se realizan en un plano —digámoslo así— lírico, de confesiones, sentimientos, anhelos y quejas susceptibles de ser percibidos emocionalmente; no, las grandes metamorfosis tienen un carácter épico. Pocos son los que lo entienden; no en vano vivimos en unos tiempos que recibieron con una cerrada ovación el existencialismo, esa filosofía plañidera.

Sopla el viento. Se ha levantado otra vez. Mañana nos espera un desfile más. No

todo lo que hicimos puede ser motivo de satisfacción. En los últimos años fuimos blanco de ataques injustos. A veces pienso que la humanidad aún no es lo bastante madura para asumir transformaciones tan fundamentales, que quiere conservar sus pecados veniales, su desidia. La humanidad tiene los dedos muy largos y se cuela en la despensa a fin de regalarse con golosinas reservadas para el futuro, para otras fiestas. Oronda y satisfecha de sí misma, la humanidad se pasa las horas arrellanada delante de la pantalla del televisor, ronroneando de placer. No fue así como nos imaginamos al hombre, no fueron éstas las tareas que le adjudicamos. Para colmo, los nuestros también han cambiado. Ya no son tan juveniles; han empezado a darse la vuelta para contemplar aquella gran cohorte de humanos de a pie que se había quedado atrás. No lo sé. No lo entiendo. Si fuera más joven, empezaría de nuevo, como lo hice entonces, con el mismo entusiasmo, con la misma entrega. No comprendo lo que ha pasado. Han triunfado lo ordinario, la mediocridad, la falta de imaginación, la comodidad y la memez. Insignificantes tenderos de pocas luces se ponen a la cabeza de naciones históricas. En sus programas electorales no hay más que mantequilla, pan y mantequilla, pan y jamón, jamón y mostaza. Un Himalaya de mantequilla. Es sorprendente la sensiblería de esa gentuza: calculan las pérdidas y fingen indignación cuando se da la casualidad de que muere alguno de nuestros presos. ¡Y, de hecho, les importa un bledo! Los pensamientos son invisibles. ¿Dónde está la vieja Europa, la Europa de los valientes, de los duros y de los audaces, para quienes la muerte no significaba un final cobarde y trágico? ¿Dónde está la Europa de los guerreros?

Ha vuelto a triunfar una humanidad oscura e impenetrable, un hormiguero sensual policéfalo que no se somete a ninguna ley ni se deja planificar, un animal lleno de caprichos y antojos, inquieto, soñoliento, vegetante, entregado a la búsqueda de secretos donde no los hay, en las estrellas, en las entrañas de los pájaros propiciatorios, en el balbuceo de las pitonisas, en el grito amoroso y el gemido pasional. Una humanidad necia y negroide, un parque zoológico, una turba de idiotas que andan buscando la felicidad y de pequeños mentecatos que la encuentran mientras recorren un pueblecito siciliano montados en una Vespa o pasean por una playa de la costa atlántica con una enorme radio portátil pegada a la oreja, escuchando la música de los negros. Las melenas lanudas de esos imbéciles. Los ojos desencajados de esas cretinas. Algunos regresan a la iglesia para volver a besar las manos blanduzcas de los vicarios de Cristo. Tal vez perdamos la batalla, tal vez no logremos salvar el noble legado de nuestros legendarios antecesores, pero un día la humanidad se dará cuenta de lo que ha perdido, comprenderá qué oportunidad ha desaprovechado, se percatará de que se ha quedado sola como un crío extraviado en el bosque, sola, sin guías espirituales, sola, codiciosa, obesa, perezosa, llena de deseos confusos y anhelos imposibles de satisfacer, horrorizada, bañada en lágrimas e impotente. Y entonces, compañeros, volveremos nosotros. A nosotros no nos está permitido sentirnos ofendidos.

¿Qué es lo que echáis de menos? ¿La infancia? ¿Las nubes que parecían más grandes que un castillo real? ¿Los gorriones que bailaban sobre el asfalto? ¿El carnaval? ¿A los carniceros con delantales manchados de sangre? ¿A los caballos que resbalaban sobre el pavimento cubierto de hielo? ¿La vida?

# EL NUEVO PEQUEÑO LAROUSSE

## DOS LIBROS

Cojan, por favor, el primer volumen de las obras de Friedrich Nietzsche, el que contiene cuatro estudios tempranos reunidos bajo el título: *Consideraciones inactuales*. Al lado del famoso ensayo *Schopenhauer como educador*, encontraremos allí el no menos famoso ataque a la historia y al historicismo (*Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben*).

El joven Nietzsche acusa con gran pasión al historicismo de ser una actitud carente de elementos creativos. Básicamente, arremete contra los alemanes (cuesta encontrar a un filósofo más germanófilo que Nietzsche). Los alemanes saben de historia, pero les falta estilo. Nietzsche constata también la atrofia de su instinto, al que denomina «animal divino».

Recordemos que Nietzsche obtuvo una sólida formación en filología clásica. Su violenta razia contra el historicismo parece tener origen en una contradicción interna de este método. ¡He aquí a los maestros barbudos de Nietzsche, a los profesores de la universidad que pasean circunspectos por las calles y los parques de Leipzig vestidos con levitas negras y calzados con no menos negros borceguíes! Lo saben todo de Homero, Píndaro y Heródoto. De Esquilo y de Sófocles. Al atardecer, regresan a sus casas atiborradas de muebles y comen chucrut. Son unos pequeñoburgueses bonachones y modestos. El contraste entre el objeto de sus estudios y ellos mismos no puede ser más grande. Los protagonistas de sus pesquisas, poetas legendarios y legisladores de la cultura europea, parecen gigantes, mientras que ellos son enanos armados de diccionarios, paciencia y un océano de tiempo libre. Son como los expertos en volcanes. Pero el talante volcánico del objeto de sus estudios no se les ha contagiado en absoluto. Porque ¿acaso difieren en algo de los demás habitantes de pro de la ciudad de Leipzig? En nada. En medio de la niebla otoñal, arrebujados en sus redingotes negros, desfilan despacio como viejos elefantes cansados.

El joven Nietzsche no puede soportar esa pequeñez, la distancia que separa la asombrosa erudición de los profesores de filología clásica y la ordinariedad de su vida provinciana. Vivid —les dice—, bailad, sed como ellos. Naturalmente, los exhorta en vano. Los profesores, esos miopes desmañados, nunca se convertirán en griegos. Ni tampoco Nietzsche, que con tanto deleite se zampa las salchichas que su mamá le manda regularmente, va a experimentar una metamorfosis. Nunca se convertirá en Apolo.

Pero por lo menos Nietzsche percibe el flagrante contraste entre el positivismo metódico del historicismo y la Atenas rebosante de fantasía. Defiende la vida. Con el tiempo, ésta va a ser su obsesión filosófica. Pero, por el momento, observamos en el joven Nietzsche una reacción simpática y sana contra la pedantería de la historia cultivada con espíritu positivista.

Sin embargo, el ensayo de Nietzsche va más allá y conduce casi al rechazo total

del historicismo, a la aniquilación de la memoria. La memoria histórica le parece la antítesis de la creación. El impulso creativo del hombre contemporáneo no puede sino debilitarse si lo confrontamos con los grandes modelos del pasado. El pasado, extraordinario e idolatrado, se convierte en un árbol a cuya sombra se marchitan los retoños de los nuevos talentos. La historia muestra su rostro malicioso y hasta destructor.

Ahora bien. Abran, por favor, otro libro, *El bárbaro en el jardín* de Zbigniew Herbert. Su autor es también un joven, un poeta varsoviano de treinta y tantos años que viaja por Francia e Italia. Este peregrino, que se aloja en hoteles baratos y se muestra visiblemente contento por haber logrado cruzar la lóbrega línea fronteriza que, por aquel entonces, era denominada metafóricamente —y con cierta dosis de teatralidad— telón de acero, no se cansa de recorrer ciudades italianas y francesas, visita catedrales y museos, contempla cuadros y esculturas, y anota sus impresiones. Ni se le pasa por la cabeza indignarse contra el historicismo. Al contrario, ante la historia —y ante el historicismo— muestra una actitud extremadamente tierna. La memoria histórica y, sobre todo su parte más bella, la que ha quedado inmortalizada en las obras de arte, es para él la verdadera fuente de vida.

El autor de *El bárbaro en el jardín* no lo dice abiertamente, pero un lector atento no puede pasar por alto el hecho de que su piadoso interés por Siena y Arles está reforzado por unas circunstancias de índole política y policial. Sin duda, al viajero de Varsovia le costó Dios y ayuda obtener el pasaporte. Su país —¡cuánto más pobre en catedrales y cuadros que Italia o Francia!— había sido destruido por una guerra cruel y por el comunismo. Para colmo, el comunismo le declaró la guerra a la memoria. Como no se sentía muy seguro en el terreno de la utopía que acababa de proclamar, recordaba a un orate que arroja por la ventana de un piso de la decimoquinta planta todos los objetos de valor que posee.

Quien no lo ha vivido no puede saber con cuánto desprecio trataba el comunismo al pasado mientras todavía conservaba la fe en sí mismo. La Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento aparecían en los libros de texto como períodos llenos de errores, delirios, malentendidos y crímenes. Tal vez ésta hubiera sido una valoración acertada de la historia, si no fuera que su premisa y su objetivo único eran una glorificación zalamera del sistema vigente.

Herbert habla de los cuadros antiguos con sumo amor. El suyo es un amor que se extiende a todo el mundo de los objetos que muestran las huellas del trabajo humano, de la presencia del hombre. La escalera de piedra donde las pisadas de los viandantes han esculpido suaves concavidades. Las sonrisas de los ángeles medievales. Pero también una pequeña cafetería de Siena, bancos, casas y palacios.

Y con todo, nadie puede tachar a Herbert de ingenuo. El capítulo dedicado a los albigenses y a la crueldad con la que fue aplastada esta secta demuestra que la historia no es únicamente dominio de los artistas, sino también de los verdugos. Sólo que la crueldad y el sufrimiento que de ella derivan tienen escaso éxito como tema de

las representaciones visuales o de cualquier otra índole. Pero la crueldad por lo menos queda perpetuada en las crónicas, mientras que el sufrimiento desaparece con el último grito de la víctima, a no ser que demos crédito a los autores de los cuadros que representan la pasión de Cristo y confiemos en las fuentes empíricas de su experiencia. Herbert acepta la historia con su doble naturaleza, la arquitectura y el dolor. Conoció un mundo donde la memoria había sido aniquilada o, por lo menos, amputada a cercén, y precisamente por eso *El bárbaro en el jardín* puede leerse como la confesión de un ser humano que recobra la salud al entrar en contacto con pequeños pueblos soleados, que son verdaderos almacenes de historia.

Para Nietzsche, la memoria, cuyos sacerdotes eran aquellos señores vestidos con levitas negras, se convirtió en algo agobiante, paralizador y temible. Herbert expresa la sensibilidad moderna, la del ciudadano de un país totalitario donde las corbatas rojas sustituyeron a las levitas negras y la burda mentira ocupó el lugar de la erudición de cariz positivista.

En la segunda mitad del siglo XIX, la historia pudo ser una maldición, pero en la segunda mitad del siglo XX la memoria histórica —incluso la que se remontaba a sucesos antiquísimos, casi míticos—, consolaba al viajero.

Un razonamiento parecido es la causa de que algunos escritores de nuestra época situaran la memoria a la cabeza de los valores y las virtudes de la cultura. No obstante, sin faltarle el respeto a la memoria ni a los escritores que la ensalzan, diré que no merece ocupar un puesto tan encumbrado. Y, sobre todo, no debe gozar de una posición monopolista, dictatorial. De acuerdo, la memoria es una de las condiciones necesarias para el desarrollo de la cultura, pero ¿acaso no se limita a registrar y perpetuar el acto creativo en vez de expresarse a través de él? En la creación se manifiestan elementos que no tienen mucho que ver con la memoria, como por ejemplo, la innovación o la rebeldía, ambas guasonamente reacias a la remembranza. En la creación, hay también un *je ne sais quoi* fundamental y desparpajado que, por su propia naturaleza, se escapa a cualquier definición. Pero esto es justo lo que transforma el barro en escultura, las palabras en poesía y los crujidos en música. Después, acude la memoria para tender puentes entre los instantes de clarividencia. ¡Cuán importante y necesario es esto! Sin embargo, para tender un puente primero hay que dar con el río. ¡Y eso se dice pronto!

## CRACOVIA

Las ciudades demasiado hermosas pierden individualidad. Algunos pueblos del sur, acicalados para los turistas, recuerdan una brillante fotografía publicitaria, más que un asentamiento humano orgánico. La fealdad individualiza. Cracovia no puede quejarse de falta de lugares poco agraciados, farragosos y melancólicos.

Las primorosas calles renacentistas van de la mano de desfiladeros tenebrosos, casi negros, excavados entre los edificios decimonónicos. Por aquellos barrancos se abren paso tranvías azules, camiones, transeúntes soñolientos arrebujados en abrigos de invierno y campesinos con gruesas zamarras. Pero a menos de dos pasos, hay unas calles luminosas y gráciles que desembocan en la plaza mayor.

De un modo semejante, las células de glía de nuestro cerebro están al servicio de las neuronas, que son las *vedettes* del organismo, y también los monjes medievales, que se sabían de memoria los tratados de Aristóteles, contaban en la difícil brega cotidiana con la ayuda de legos de mejillas sonrosadas y manos grandes y robustas.

He aquí una lista de calles aburridas y feas: Długa, Krakowska, Starowiślna, Zwierzyniecka, por no decir nada del barrio de Podgórze repantigado en la orilla derecha del Vístula. Mi primera residencia estudiantil estaba precisamente en la calle Długa.

Llegué a Cracovia a la edad de dieciocho años, tras haber aprobado el examen de reválida. Procedía de Gliwice, la ciudad de provincias silesiana donde transcurrieron mi infancia y mi adolescencia. Mi familia había sido expulsada de Lvov, una ciudad mítica del Este. Toda mi infancia estuvo estigmatizada por la añoranza de Lvov, la ciudad perdida que había tenido que abandonar siendo un mamífero de cuatro meses. Al pisar Cracovia, me sentí como el peregrino que viaja a los lugares sagrados. Cracovia era una verdadera ciudad.

Llegué allí en octubre. Hacía bastante frío, una llovizna gélida caía de refilón. Por el momento, no tenía demasiadas clases en la universidad, de modo que disponía de mucho tiempo libre. Pasaba horas callejeando. Era un estudiante tímido, me daba apuro entrar en las tiendas, las librerías y los museos. Me limitaba a mirar desde fuera. Los portales estaban cerrados y unas bombillas cálidas iluminaban las ventanas con su luz amarillenta.

No sentía ni envidia ni rechazo ni ira proletaria. Rebosaba de admiración. Me bastaba con ver un fragmento de estantería llena de libros en el interior de una vivienda para que pensara en mi fuero interno: aquí sin duda vive un filósofo, un sabio, un gran escritor.

Siguiendo la calle Długa, llegaba a Planty y a menudo recorría todo su perímetro a pesar de que los senderos estaban cubiertos de una capa fina de humedad otoñal y salpicados con los cadáveres de las hojas que el viento del oeste había hecho caer de los árboles.

Planty es la línea de demarcación entre los dos tipos de calles, las oscuras y las luminosas, y forma una especie de dique que defiende la corriente limpia del casco antiguo de las aguas turbias de los arrabales. En verano, unos árboles lozanos — fresnos, castaños, olmos, tilos e incluso plátanos (éstos últimos una rareza en Polonia) — forman un tupido dosel que da cobijo a los avispados gorriones. Pero aquel octubre, las copas de los árboles ya habían enralecido. Los tejados de las casas amanecían cubiertos de escarcha, que se derretía a mediodía.

Los muros de los jardines de los monasterios que ocupan una buena parte del casco antiguo me infundían respeto. Con el tiempo descubrí que las dos colinas artificiales, la de Kościuszko y la de Krakus, en Podgórze, ofrecen las mejores vistas a las iglesias. Las iglesias de Cracovia recuerdan buques que navegan en batería. Vistas desde la colina de Kościuszko, apuntan con las proas hacia el observador, ya que, naturalmente, están construidas sobre el eje este-oeste. En cambio, desde la colina de Krakus, se pueden apreciar sus largas naves de ladrillo, sus corpachones enormes. Y no es la iglesia de Santa María la que parece más grande, sino la de Santa Catalina y la del Corpus Christi.

Navegan codo con codo, apiñadas y, no obstante, gigantescas. Su mar está formado por los tejados de las casas, por las torrecillas modernistas y las cúpulas que rutilan cada vez que, tras un chubasco, el sol emerge por detrás de las nubes violáceas.

Cuando contemplamos la ciudad desde la colina de Krakus, la diferencia entre lo feo y lo hermoso parece borrarse. De repente, todo resulta necesario. Las calles pesadas y oscuras se convierten en los surcos del oleaje. Y las iglesias también pecan de pesadez. No estamos en Italia. Los buques han hecho una larga travesía.

Solía detenerme largos ratos delante de los escaparates de las librerías. Recuerdo que una vez me detuve delante de la vitrina de la antigua Gebethner (si bien entonces aún no sabía que éste fuera el nombre popular de aquella librería), donde estaban expuestos libros y discos. A mi lado, se detuvo una pareja de provincianos, un hombre de edad con cara de terrateniente venido a menos y su esposa. El terrateniente le señaló a su mujer un disco con la cuarta sinfonía de Brahms. Es una música muy difícil, dijo.

Me sentí en el séptimo cielo. O sea que no estaba solo en mi periplo por la ciudad. Por un instante nos unió la cuarta sinfonía de Brahms. Pero pronto me despegué del escaparate de la librería y proseguí mi camino hacia la mole oscura de Wawel<sup>[8]</sup>. Me absorbía la contemplación de la ciudad. Mis paseos se alargaban cada vez más, pero siempre regresaba a la plaza mayor.

Uno de mis itinerarios seguía río arriba la orilla del Vístula. A mi izquierda, se extendían unos huertecillos ya cubiertos de robín otoñal, mientras que, a la derecha, el Vístula fluía con parsimonia. En la otra orilla, se perfilaban los embarcaderos de los clubes de remo, donde, a pesar de la proximidad del invierno, los estudiantes vestidos con camisetas deportivas y deseosos de aprovechar las tardes de sol para

preparar las regatas montaban las lanchas como si de grandes insectos castaños se tratara. Y, por fin, alcanzaba el lugar desde donde podía contemplar la arquitectura italiana del monasterio de San Norberto.

También me gustaba cruzar el gran espacio abierto de Błonia<sup>[9]</sup>. A veces, la niebla empañaba el corazón de la ciudad y entonces tenía la sensación de estar en el campo, solo en medio de una gran dehesa.

Desde Błonia, atravesaba el parque del doctor Jordan para llegar a las inmediaciones de la calle 18 Stycznia<sup>[10]</sup>. Allí, se extendía —y sigue extendiéndose— el barrio de los intelectuales, concienzudo y silencioso. Y volvía la misma sensación: ahora casi todos los paseantes me parecían pintores o actores.

Los días de entre semana, cuando no había multitudes y sólo un par de viejecitas postradas delante del altar conversaba en voz baja con Jesús, me dejaba caer por las iglesias.

Alguien me mostró un restaurante barato, donde solían comer los intelectuales. Alguien me indicó dónde estaba el palacio episcopal. Por mi propia cuenta logré descubrir la ubicación de los teatros más importantes y las redacciones de las revistas literarias. Localicé también el edificio de la filarmónica. Aquel mamotreto, que todavía hoy sigue dando cobijo a la orquesta sinfónica, es feo y poco funcional —más de un adagio ha sido contaminado por el chirrido penetrante de las ruedas de un tranvía—, pero, no obstante, entonces me pareció maravilloso.

Después fijé mi residencia en Cracovia y viví en esta ciudad durante diecisiete años. Mi admiración se diluyó en la cotidianidad. Poco a poco, fui conociendo también a los próceres de la cultura locales, a los artistas, los científicos y los periodistas. Mentiría si dijera que todos me decepcionaron. Pero sólo unos pocos estaban a la altura de mi primera impresión, de mis expectativas. Los artistas a menudo se emborrachaban, y yo no lo podía entender, porque consideraba que debía bastarles el alcohol de la imaginación. Los científicos eran prudentes. Los periodistas, circunspectos. Todos bajaban la voz cuando tocaban un tema político. Una sombra se cernía sobre la ciudad. Me sentía como un viajero que hubiera dado con sus huesos en una localidad amenazada por un monstruo, por el Minotauro.

¡Y para colmo, estaba prohibido hablar de él! Naturalmente, yo no era un viajero inocente que viniera de ninguna parte. También era portador del germen de la enfermedad totalitaria, pero procedía de una provincia y de la nada de mi infancia, y eso explicaba por qué fui capaz de percibir aquel ambiente enrarecido, un ambiente de amenaza, inseguridad y capitulación.

Como es sabido, las cosas acabaron cambiando. Pero ahora no quiero hablar de eso, sino de mi retorno a Cracovia en 1989, tras casi siete años de ausencia. Durante aquellos siete años, residí en grandes y ricos emporios de Occidente: París, Nueva York, Estocolmo. Visité Boston, San Francisco, Amsterdam, Londres, Lisboa y Munich. No presumo de ello, porque no hay de qué, a no ser que uno sea el constructor de una de estas ciudades. Lo menciono para explicar que, cuando regresé

a Cracovia, era un turista empachado de impresiones.

Sí, en Cracovia, más de una cosa me pareció pequeña y provinciana, pobre y dejada de la mano de Dios. La sala del teatro Stary, donde había experimentado las vivencias teatrales más intensas, de pronto se volvió pequeña. En mis recuerdos era enorme, mientras que en realidad es diminuta.

Me paseé por Cracovia, comprobando lo mucho que había menguado. Pero, andando el tiempo, en el momento menos esperado, redescubrí mi antigua admiración por aquella ciudad regia. Y deambulaba por Cracovia, acusando a un tiempo su pequeñez y su grandeza, su provincianismo y su esplendor, sus miserias y sus tesoros, su vulgaridad y su excepcionalidad. Sólo de una cosa no había duda: los árboles de Planty habían crecido. Mi admiración estaba impregnada de escepticismo, pero los árboles se habían vuelto todavía más majestuosos, más reales.

## EN LA BIBLIOTECA

Estoy en una gran biblioteca. Levanto la vista del volumen de cartas de Keats para observar a mis vecinos, lectores como yo. La mayoría son estudiantes. Como tengo cuarenta años, me parecen críos, y, a mi vez, yo soy a sus ojos un anciano, un jubilado.

De vez en cuando, las muchachas abren sus polveras para mirarse en el espejito como si quisieran comprobar si el contacto con la cultura no ha repercutido negativamente en su cutis. Es una biblioteca de París. Muchas personas no se separan de las botellas de plástico de agua mineral Evian, Volvic o Vichy —esta marca despierta entre los extranjeros connotaciones históricas.

Los estudiantes se inclinan sobre los libros y copian largos fragmentos — ¡interminables!—. Bajo las puntas de los bolígrafos las hojas de sus grandes cuadernos empiezan a enrollarse como devoradas por el fuego. Si bien vivimos en la era de los ordenadores, los estudiantes siguen transcribiendo largas citas en la páginas de sus cuadernos, como en la Edad Media.

Largas citas. Fisgo por encima de un hombro. «El postmodernismo». «Un enfoque irónico y una suspicacia que nunca bajan la guardia». «Una actitud parodiadora frente al pasado». O bien, un estilo algo diferente: «La historia en calidad de tema y dictadora invisible del gusto, del lenguaje y de la sensibilidad dominó las mentes europeas; formaron parte de su primer gabinete ministerial Giambattista Vico —un amigo de Hölderlin—, Hegel, y un corso que había nacido en una isla e iba a morir en otra». En otro cuaderno leo las siguientes palabras: «La poesía no vive sino en la lengua; una obra poética es el producto lingüístico por excelencia. Un poema no es imaginable fuera del medio de la lengua, al igual que en Boston no se puede oír el canto de un ruiseñor. La lengua no es sólo el vehículo de la poesía, del mismo modo que una bicicleta no es el vehículo de la bicicleta».

Otro cuaderno se doblega bajo el peso de frases como éstas: «Los propietarios de los medios de producción producen no sólo mantequilla y cañones, sino también bienes espirituales, y cada vez más perfectos. De seguir así, los propietarios de los medios de producción estarán dispuestos a producir incluso una violenta crítica dirigida contra ellos mismos; todo lo que puede venderse aparecerá en el mercado, incluidos el escarnio y el desprecio por uno mismo».

De repente, me doy cuenta de que estoy siendo testigo de un suceso importante. En esta biblioteca, las ideas formuladas en los libros se unen con las mentes de los lectores.

¡Las ideas formuladas en los libros! Pero ¡si yo conozco a muchos autores de libros, me cruzo con ellos en congresos y conferencias! Los conozco muy bien, y además yo mismo escribo libros. Por regla general, son personas más bien tímidas y asediadas por las dudas, y padecen largas temporadas de silencio, depresión e

infecundidad. Cuando les toca tomar la palabra en un congreso internacional, suelen mostrarse inseguros de sus opiniones, y muchos tartamudean, se equivocan y se andan por las ramas. Están a la espera de la discusión, de las críticas, prestos a cambiar de parecer en cuanto tropiecen con una protesta o una objeción. Son pintorescos; un día dicen que sí, otro que no, y al siguiente declaran que su titubeo es una brillante dialéctica.

Aman las paradojas y les gusta sorprender al público. Es cierto que en principio buscan la verdad, pero si por el camino dan con una paradoja deslumbrante, se olvidan del objetivo de su peregrinación. Se encierran en sus despachos para transformar la masa voluble y bamboleante de pensamientos y sensaciones en libros, que, a partir de entonces, se convierten en algo definitivo e irrevocable, como si una helada hubiese amustiado las flores.

Sin embargo, los estudiantes no saben nada de las dudas que asaltan a los autores de los libros, y sólo trasladan sus opiniones, cual copistas medievales, a sus grandes cuadernos cuadriculados. Y éste es un momento muy particular: precisamente ahora las ideas volátiles, arriesgadas y neuróticas adquieren estatus legal.

Miro las cabezas de los estudiantes de ambos sexos. Miro los lápices, las plumas y los bolígrafos que se mueven veloces, estenografiando ideas. Veo que, en el fondo, los estudiantes depositan una confianza ilimitada en los libros. Las ideas se convierten en una cárcel. Adquieren estatus legal y tienen que ser acatadas como los decretos de Lenin. Y lo que otorga a las ideas un poder sobrehumano no es la imprenta, sino este rastro titubeante de tintas negras y azules. La fe de los estudiantes, las preguntas de los exámenes.

Miro a los estudiantes. Pienso en los libros y en sus autores. Me siento libre.

## EL INDESCRIPTIBLE CINISMO DE LA POESÍA

El universo interior, donde la poesía es la soberana absoluta, tiene la particularidad de ser inefable. Es como el aire; aparecen en él corrientes, diferencias de temperatura y tormentas, pero su propiedad primordial es la transparencia total y absoluta. ¿Cómo actúa, pues, ese universo interior, que es inefable y, no obstante, nada desea tanto como expresarse? Se sirve de un subterfugio. Finge estar interesado, y mucho, por la realidad exterior. ¿Se hunde un gran estado? Estupendo, el universo interior está encantado: ya tiene un tema. La muerte aparece en el horizonte. El universo interior, que se cree inmortal, se estremece de alegría. ¿Una guerra? ¡De maravilla! ¿Un sufrimiento? ¡Albricias! ¿Los árboles? ¿Las rosas marchitas? ¡Todavía mejor! La realidad. ¡Bravo! La realidad es simplemente imprescindible; si no existiera habría que inventarla.

La poesía se esfuerza por engañar a la realidad; finge preocuparse por sus pesares. Menea compasivamente la cabeza. Ay, otro terremoto —dice—. Oh, una nueva injusticia. Otra inundación, otra revolución. Otra vez alguien ha envejecido.

La poesía teme que su secreto se descubra. Un día, la realidad se percatará de que el corazón de la poesía está frío. O que la poesía no tiene corazón, sino unos ojos enormes y un oído muy fino. De pronto, la realidad comprenderá que no ha sido para la poesía más que un pozo inagotable de metáforas, y se esfumará. La poesía se quedará sola en el mundo, muda, vacía, triste e intransmisible.

# UN ESENCIALISTA EN PARÍS

## I

Los diarios parisinos de Ernst Jünger forman un libro —o más bien una serie de libros— verdaderamente asombroso. Recordemos que Jünger, un escritor cuya carrera literaria había empezado con un elogio al ardor guerrero de las trincheras de la Primera Guerra Mundial, se alineó en los años veinte con los ideólogos del llamado nacional-bolchevismo (*National-bolschewismus*), de modo que se trataba de un nacionalista radical que, sin embargo, más tarde se convertiría en un adversario acérrimo, aunque discreto, de los nazis. En los años treinta, aquel partidario fervoroso de la acción empezó a inclinarse hacia la contemplación pura. En 1939, publicó la novela *Sobre los acantilados de mármol*, que los lectores perspicaces interpretaron como un sutil manifiesto de la oposición contra el totalitarismo nazi.

Jünger apareció en París vestido con el uniforme de la Wehrmacht tras haber participado en la breve campaña francesa. Lo destinaron al estado mayor del ejército alemán en Francia, que muy pronto se convertiría en un nido de conspiradores contra Hitler.

Si la guerra le trajo suerte a alguien, fue a Jünger. Por lo menos al comienzo, ya que en los últimos meses perdería a su queridísimo hijo. Aquel observador extraordinario, conocedor de la historia, de la botánica, de la mineralogía y de las ciencias ocultas, había ido a dar con sus huesos en París, después de Roma, la segunda ciudad más rica de Europa desde el punto de vista cultural. Mientras los demás combatían, Jünger se dedicaba a la contemplación. Para él, París se convirtió en un libro que leer, en una enciclopedia llena de plantas, insectos, minerales, pinturas y tapices. París era su herbolario, su *arboretum*, su museo, su libro de oráculos, una mina de hallazgos geológicos, una tienda de antigüedades, una casa de citas, una biblioteca, un mapa y un atlas astronómico.

Daba largos paseos y observaba. Podía pasear incluso al atardecer y por la noche, después del toque de queda, mientras el grueso de los parisinos estaban condenados al arresto domiciliario (y la televisión aún no existía).

Durante sus paseos, como un explorador en tierras desconocidas, inventariaba sus árboles predilectos —por ejemplo, el árbol de Judas— y también los ejemplares raros de minerales e insectos. También seguía el rastro de especímenes extraños de la fauna humana: atrajeron su atención los nihilistas dominados por el afán de destrucción. En este punto habría que destacar la figura de Céline, que, durante un banquete, les reprochó a los alemanes allí presentes que no fuesen lo bastante duros con los judíos.

Jünger percibe el mundo como un todo extremadamente diverso, donde cabe una infinidad de cajones llenos de especies, órdenes, subespecies, tipos, peculiaridades y excepciones. La realidad es compleja, pero está jerárquicamente estratificada. No es

una coincidencia que para Jünger una de las mayores autoridades fuera el botánico sueco Linneo. La contemplación a la que Jünger se entrega no parece salvaje ni caprichosa; además de ser fuente de un placer estético, contiene momentos de clasificación del todo racionales. El nombre latino de una flor corona un acto de contemplación casi erótica. Lo mismo ocurre con los minerales. Diría más: ¡los humanos no constituyen ninguna excepción en este sentido!

A Jünger le atraen las clasificaciones. Cree firmemente que el mundo está ordenado y que una mente «botánica» no sobrepone a la realidad una telaraña terminológica que le es ajena, sino que más bien penetra con la elegancia de los clásicos hasta el fondo de la estructura oculta de las cosas. De modo que hay que sistematizar, encasillar, a los hombres. ¿Verdad que ya los antiguos establecieron una tipología de temperamentos humanos?

En cambio, Darwin no le gusta, aunque no le reprocha lo mismo que los fundamentalistas religiosos, es decir, la apostasía de las verdades bíblicas, sino el hecho de introducir en la botánica, la aristócrata de las ciencias, un elemento vulgar de rivalidad, de lucha a codazos y de envidia plebeya. Darwin enfoca la naturaleza del mismo modo que Balzac la sociedad burguesa, y esto desagrada a Jünger, buen conocedor de las diferencias más nimias, las manchas escarlata de las alas de una mariposa y las rosas de otoño.

La idea de un orden orgánico oculto es el núcleo intelectual de la visión del mundo de Jünger, y es una verdadera lástima que, de vez en cuando, se produzca una confusión entre el sentido universalista de esta idea y la herencia del estado prusiano. Hasta la edad de veintitrés años, Jünger fue súbdito del rey de Prusia y guardó fidelidad a su monarca con un entusiasmo digno de un reino mejor.

Así pues, la época preferida de Jünger no es la edad de la máquina de vapor, sino la de las pelucas. Considera que el siglo XVIII marcó el ocaso de la gran tradición del pensamiento integrado donde la razón y la fe, el liberalismo y el conservadurismo, todavía no habían chocado en una lucha partidista llena de odio. De aquella tradición parcialmente imaginada, Jünger elige sobre todo el estilo, un estilo aristocrático y sosegado que brotaba de un conocimiento profundo del mundo y de la premisa de que éste ya no escondía ningún misterio, puesto que cada una de sus regiones disponía de su propio Linneo.

Lee a Saint-Simon y a Marmontel, a Rivarol (a quien tradujo) y a Sieyès. Lee vorazmente. Lee todo lo que le cae en las manos. Lee a Rozanov, a Léon Bloy y a André Gide, lee libros sobre catástrofes marítimas y aventuras de naufragos, estudia la Biblia y la obra del abad Profillet *La martirología de la iglesia del Japón*, de 1895. Es un asiduo de la librerías de viejo de la calle Bonaparte y de los modestos tenderetes de los buquinistas de las orillas del Sena, los mismos cajones de madera bastos que aún hoy en día crecen sobre las balaustradas de los bulevares como el hongo yesquero en el tronco de un arce. Lee los diarios de los hermanos Goncourt y las novelas de Dostoievski. Lo lee todo, porque quiere saberlo todo. O, dicho de otra

manera: lo lee todo, porque ya lo sabe todo, y la lectura es para él el gesto de un magnate que, por deferencia hacia sus arrendatarios, les pregunta por la cosecha, aunque ya hace mucho tiempo que tiene su propia opinión sobre el tema.

Los surrealistas buscaban la sabiduría, pero una sabiduría irracional, alocada, que emanaba del aturdimiento. También Aldous Huxley cantaba las glorias de los conocimientos locos, narcóticos. Jünger no despreciaba esta clase de experimentos y hasta nos dejó una descripción de unas experiencias relacionadas con drogas, pero aquello era sólo un ala de una edificación mucho más grandiosa, donde a la razón no se le habían escatimado aposentos espléndidos.

Alguien que nunca haya tenido contacto con las obras de Jünger seguramente exclamará en este punto: ¡pero si es un escritor extraordinario, portentoso! ¿Por qué no se habla más de él? ¿Por qué no viajó a Estocolmo? Vivimos en una época que busca en vano la verdad y que ni siquiera sabe lo que es el orden espiritual. Usted nos habla de un autor que encontró este orden, y lo hace con tanta flema como si reseñara el tomo de poesías de un debutante, cuando en realidad nos está presentando a un maestro intelectual de gran envergadura.

Si alguno de mis lectores me hiciera este reproche, comprendería muy bien sus intenciones: a mí también me sorprende ser incapaz de mostrar una chispa de entusiasmo por un escritor tan original. Hace años que leo sus libros. Me gusta la peculiaridad del tono de Jünger, lo anacrónico de su imaginación y la magnitud de su erudición, y admiro su estilo, siempre que no abuse de la definición y no peque de un leve exceso de pedantería y de pomposidad. Básicamente, me deleita lo que hay de anticuado en Jünger. Me apasionan sus reflexiones acerca del orden de la realidad. Me asombra su perspicacia. Y, a pesar de ello y por más que vuelva a la lectura de sus obras cada dos o tres años, me resulta imposible considerarlo mi maestro espiritual. Más bien, es el gran maestro de la ambigüedad. Y no me refiero exclusivamente a sus ambigüedades biográficas —su alabanza de la Primera Guerra Mundial, una guerra absurda, su uniforme de capitán de la Wehrmacht y un episodio nacionalista previo, ni su absoluta discreción respecto al Holocausto—, si bien considero que no carecen de significado. En su diario parisino, tropezamos de vez en cuando con una frase más que ambigua, como por ejemplo la que escribió con fecha de 15 de mayo de 1943: «Judío, en definitiva, bastante antipático...».

Sin embargo, su ambigüedad fundamental es de una naturaleza más profunda. En alguien que ha rozado el sentido del universo, que *ha visto* el orden del cosmos, esperamos encontrar una energía intelectual insólita e incandescente. Prometeo le regaló el fuego a la humanidad, Shakespeare la obsequió con el *Rey Lear*. Por el contrario, la obra de Jünger está saturada de una frialdad misteriosa, de una parquedad enigmática, como si los campos de observación predilectos del escritor — la botánica, la mineralogía y la entomología— contaminaran toda su literatura con un silencio propio de la naturaleza inanimada y de nuestros primos hermanos mayores aunque más pobres: los insectos.

Conocer el orden del mundo. ¿Y qué? ¿Qué hacer con ello? ¿Cómo vivir con esta información? Hablar entre dientes, sugerir vínculos fantásticos entre los distintos niveles de la esencia, describir ensueños fabulosamente pintorescos... ¡Tanto...! ¿Y tan poco? No es mi deseo sumarme a los moralistas de nuevo cuño que, utilizando un lenguaje paupérrimo, condenan precipitadamente a quien nació en mal momento. No obstante, la distancia que separa la pretensión de haber alcanzado el absoluto (he conocido el orden de las cosas) de la discreción impertérrita con la que Jünger se somete a las pruebas más duras de los tiempos de guerra no me deja dormir y hace que vuelva a preguntarme una y otra vez: ¿O sea que la literatura, aunque se vista con un lenguaje espléndido y metáforas inteligentes e ingeniosas, puede empañar la verdad y fabricar un humo denso de ambigüedades? La literatura, ¿una alfombra persa que tapa la realidad llena de una violencia brutal?

Jünger no es ni puede ser mi maestro espiritual; los escritores de las grandes naciones que viven los episodios más infames de su historia se enfrentan a una elección muy difícil. Si de veras han conocido el mundo y lo ven con más claridad que sus contemporáneos, tienen que decidir si son capaces de vivir y trabajar como Alexander Solzhenitsyn.

Por debajo de este nivel de perspicacia y valentía aún queda mucho espacio para escritores menos intransigentes y menos magistrales. Y seguro que allí habrá un sitio para Jünger, un estilista y un erudito encantador, un excelente narrador de sueños — ¡con lo aburridos que resultan los sueños ajenos!— que nos inspira con los arabescos de sus percepciones y sus reflexiones.

## 2

Los diarios parisinos de Ernst Jünger contienen también una crónica social algo pervertida: todos los representantes de los círculos artísticos de París con quienes se cruza el capitán Jünger se convierten de inmediato en colaboracionistas. ¡Cuántos nombres a cual más espléndido! Picasso, Cocteau, Paul Morand, Braque, Jouhandeau, Paul Léautaud, Jean Marais, Sacha Guitry y muchos otros. Dicho sea de paso, Sacha Guitry le contó al escritor alemán una anécdota sobre Octave Mirbeau quien, al morir, susurró la frase: «ne collaborez jamais!»; pero no se refería a los ocupantes, sino a que Guitry no recurriera a la ayuda de otros autores para escribir sus obras de teatro.

En cambio, entre las personas a las que Jünger nunca conoció está Jean Paul Sartre. A su vuelta del campo de prisioneros de guerra alemán, Sartre vivió en París, desarrollando una actividad literaria y filosófica febril. Sólo si vemos en Jünger a un contemporáneo de Sartre, descubriremos que era un *esencialista* no menos radical que éste.

Que sirva de ejemplo la famosa escena de *La náusea*, tan citada en las antologías, donde el protagonista contempla las raíces de un árbol en un parque público. La

raíces desnudas y húmedas provocan en el portavoz de Sartre la sensación que dio el título al libro: náusea. Ilustran lo absurdo del mundo. Las raíces desnudas son un contrasentido; resultan extrañas, amenazadoras e inhumanas.

Ahora bien, imaginemos a Jünger delante del mismo árbol. Primero, nos enteraríamos de dónde ha visto el autor un árbol semejante. Su mirada amorosa de buen conocedor se deslizaría por las raíces y las ramas. Oiríamos una observación sobre la composición de la tierra que propicia el desarrollo de esta especie y el recuento de los insectos que suelen refugiarse a su alrededor. Sabríamos quién la trajo a Europa —suponiendo que fuese oriunda de otro continente— y por orden de qué emperador. Y, naturalmente, como remate de la descripción, florecería un nombre dicotómico en latín.

A un existencialista, que no es más que una conciencia gigantesca e histérica, un árbol le parece una criatura ominosa e innecesaria, el monstruo del lago Ness. Por el contrario, para un esencialista, un árbol es un ente lleno de sentido que, al mismo tiempo, constituye un sólido peldaño de la gran escala de la naturaleza.

En Sartre, el mundo aparece nublado por nuestros caprichos, nuestras elecciones y nuestros interminables exámenes de conciencia. En cambio, en Jünger, el mundo se convierte en un gran almacén lleno de piedras, flores, obras de arte, ciudades, calles y temperamentos. El activismo arbitrario de Sartre es substituido por un fatalismo extremista. Lo que existe, tiene que existir. Los oráculos, que nos hablan en la lengua de los sueños, tienen que cumplirse. Los hombres actúan de acuerdo con su destino, que ignora. «Será una fiesta para los ojos, no faltarán los espectáculos» —apuntó Jünger en su diario en la primavera de 1939, presintiendo que se avecinaba una guerra—. El futuro avanzaba como un glaciar. Los verdugos torturarían, los técnicos se dedicarían a la técnica, los soldados al arte de la guerra y los pintores no dejarían de pintar, a no ser que alguno desapareciera en una mazmorra tenebrosa. Los personajes del fresco de Jünger son pequeños como las figuras humanas de los retablos medievales.

Un existencialista y un esencialista en una calle de París en el año 1943 o 1944: dos locuras de la mente. Ninguno de los dos tenía razón; ni Sartre, subjetivo e irresponsable, ni Jünger, fatalista, pasivo y absorto en la búsqueda de la autenticidad. Sartre, pequeño y miope, con unas gafas de cristales gruesos como las portillas de un batiscafo, y Jünger, de estatura mediana, dotado de una vista de azor.

## EL PORTERO

Cuando regresé a casa después de un largo paseo, el portero me informó de que ya no vivía allí.

—¿Por qué? —le pregunté, por el momento más sorprendido que asustado.

—Usted no ha existido lo bastante —dijo el portero.

—¿Qué me dice? ¿Por qué?

—Piense —prosiguió el portero— en sus períodos de tristeza, silencio y melancolía. No crea que han pasado desapercibidos.

—¿Y usted? —exclamé—. Usted no existe en absoluto. Usted se limita a leer la prensa deportiva y a mirar la tele.

—En eso le doy la razón —admitió el portero—. Sólo que yo no tengo ninguna necesidad de existir. Yo soy un portero, un mero observador.

—No señor —le llevé la contraria—, el observador soy yo.

—Se equivoca —dijo el portero tajantemente—. Por lo demás, esto ya no tiene ninguna importancia. Contábamos con que usted existiera a las mil maravillas.

—¿Y qué? ¿Os he decepcionado?

—La mejor prueba es que usted ya no vive aquí.

En efecto, en aquel mismo instante vi al nuevo inquilino mudarse a mi piso.

Al cruzarme con él, le susurré con malicia: ¡aquí va durar menos que un avemaría!

## **DOS DEFECTOS DE LA LITERATURA**

- 1.** Cuando el escritor se ocupa única y exclusivamente de sí mismo, de sus debilidades y de su vida, y olvida el mundo objetivo y la búsqueda de la verdad.
- 2.** Cuando el escritor se ocupa única y exclusivamente de la verdad del mundo, de la realidad objetiva, imparte justicia, juzga al prójimo, censura la época y sus costumbres y se olvida de sí mismo, de sus debilidades y de su propia vida.

# LECCIÓN SOBRE EL MISTERIO

Ignoramos qué es la poesía. Ignoramos qué es el sufrimiento. Ignoramos qué es la muerte.

Sabemos lo que es el misterio.

## CELO

En una de sus cartas a Jaspers, Hannah Arendt menciona a un profesor de filología clásica alemán que, bajo el gobierno de Hitler, tradujo al griego la *Horst-Wessel-Lied* por voluntad propia y sin que nadie se lo pidiera.

## EL EXISTENCIALISMO

Antes me fascinaba el existencialismo. Oh sí, pensaba, he sido arrojado al mundo. No sé qué hacer con mi libertad. La historia no tiene sentido. Debería pensar en la muerte. Tengo que ser auténtico. Las raíces de los árboles son absurdos.

¡Oh, filósofos indiscretos! —escribo ahora—. Queréis privarme incluso de lo que constituye mi propiedad más exclusiva, de mi secreto. Queréis dar nombre a mitades de situaciones y a cuartos de estados de ánimo para encasillarlos. Vuestro lápiz profesoral se mete donde no lo llaman. ¡Oh, filósofos indiscretos y narcisistas! ¡Haríais mejor escribiendo poemas!

## EL MUNDO ESTÁ PARTIDO EN DOS

Sí, a mí también me gustaría que en el mundo reinara la unidad, que la vida espiritual se uniera armoniosamente con la cívica, y ésta, a su vez, con la sentimental, y así sucesivamente. Pero no es así. Esa forma extraña y arrebatadora de la existencia a la que llamamos vida espiritual no se somete a ninguna imposición política y apenas tolera los postulados de la ética. Los pensamientos son libres. La vida espiritual puede ser alocada, temeraria y hasta descarada. Por el contrario, el código cívico exige responsabilidad, prudencia y sentido común. Defiendo de todo corazón las virtudes republicanas. Pero ¡qué más da que lo haga si el espíritu no es ni monárquico, ni demócrata! Su medio natural es el caos y el desorden, al igual que lo son la disciplina y la forma, de modo que oscila entre los dos polos opuestos. Pero tanta volubilidad sería escandalosa en el ámbito cívico. Las posturas anárquicas e irreverentes no nos chocan en el arte, pero estarían fuera de lugar en el despacho de un juez, en la mente de un ministro o en el boletín oficial del Estado.

El mundo está partido en dos. ¡Viva el dualismo! Dado que no podemos prescindir de él, hay que ensalzarlo.

## LA EUROPA CENTRAL

Era un hombrecillo insignificante, canijo, con el pelo grasiento y brillante como si se lo hubiera lamido una vaca. Sin pedir permiso, se sentó junto a mi mesa. Se veía a la legua que tenía muchas ganas de echar una parrafada, que hubiese dado media vida por un rato de palique.

—¿De dónde es? —me preguntó.

—De Polonia —confesé.

—¡Ay, quién fuera usted! —exclamó, preso de un entusiasmo verdaderamente mediterráneo—. ¡El luto! ¡Viva el luto! Mantones negros. Alhajas fúnebres. Poemas espléndidos sobre la muerte en el campo de batalla. Me lo han contado. Niebla, rastros, cargas de caballería. Cruces en los campos. Mil valientes. Fanfarrias, toques de corneta, retretas. Magnífico, magnífico. ¡Usted sí que es feliz!

—¿Por qué soy feliz?

—La fuerza. La fuerza de las convicciones. Sentimientos inequívocos. Integridad moral. Una literatura que nunca se ha separado de la *polis*. Nunca habéis experimentado ese desdoblamiento espantoso, ese estado medio onírico en que el alma del individuo parece avejigarse como un globo aerostático hinchado con el gas del narcisismo. Jamás. Entre vosotros jamás se ha producido esa horrible escisión, ese divorcio irrevocable entre el mundo del espíritu y el de una energía viril y valerosa. Siempre he percibido en vosotros un sueño de unidad, el sueño griego de la unidad de la emoción y el coraje. ¿Acaso no es mejor aceptar incluso derrotas y contrariedades históricas, imperfecciones políticas pasajeras, a cambio de saborear un acceso auténtico a la esfera espiritual y de coger flores de ambos prados: del blanco —el interior—, y del otro, el escarlata, ennegrecido por el contacto con el aire cortante de la historia?

Y habló así un buen rato, cantando las glorias de mi país. Pero a la larga noté que tantos elogios acabaron por aburrirlo. Su rostro empezó a desencajarse ligeramente.

—Dígame una cosa —indagó, sin esperar ninguna respuesta ni dejar un hueco en la maraña de su monólogo—. Dígame si ellos, quiero decir sus poetas, realmente fueron sinceros. Se lamentaban de que les habían robado la patria, ¿verdad? Pero ¿eran sinceros? ¿No había en su actitud ni pizca de hipocresía? ¿Y sus desgracias personales, sus dudas? ¿Y el tedio? Mentían un poco, ¿a que sí? Al fin y al cabo eran humanos, como usted y yo, ¿verdad?

Me puse a meditar qué debía responderle; quería defender a los poetas de mi lengua. Pero antes de que lograra ordenar mis pensamientos, el hombrecillo se levantó como movido por un resorte y se plantó de un brinco dos mesas más allá, al lado de otro turista. Unos instantes después, me llegaban fragmentos de su nueva conversación.

—¿Puedo preguntarle de dónde es?

—¿Yo?... De Praga.

—¡Increíble! ¡Praga! La orgía del barroco. Praga, los intestinos de Europa. ¡Y ese fantástico sentido del humor, agudo, amargo y, no obstante, vivificador!

Y así sucesivamente.

Pagué los dos cafés y salí a la calle.

# MATÉ A HITLER

Se me ha hecho tarde; soy viejo. Ya es hora de contar lo que sucedió en el verano de 1937 en un pequeño pueblo de Hessen. Maté a Hitler.

Soy holandés, un encuadernador jubilado desde hace mucho. En los años treinta, me apasionaba la política europea, muy trágica por aquel entonces. Dicho sea de paso, mi mujer era judía, de modo que mi interés por la política no tenía nada de académico. Decidí liquidar a Hitler, yo solito, con métodos artesanales, precisos, como se encuaderna un libro. Y lo logré.

Sabía que, en verano, a Hitler le gustaba viajar prácticamente sin escolta con un grupo reducido de amigos y que solía detenerse en los restaurantes veraniegos de pequeñas aldeas para comer a la sombra de los tilos.

¿A qué vienen todos estos detalles? Sólo diré una cosa: lo maté a tiros y logré huir.

Era domingo, hacía bochorno, se avecinaba una tormenta, las abejas revoloteaban como ebrias.

El restaurante se ocultaba bajo unos árboles enormes. El suelo estaba recubierto de una grava menuda. Era casi completamente oscuro y reinaba una modorra tan pesada que tuve que hacer un gran esfuerzo para apretar el gatillo. La botella de vino se volcó y el líquido rojo se derramó por el mantel de papel blanco.

Después, corrí con mi pequeño automóvil como alma que lleva el diablo, pero nadie me perseguía. Estalló una tormenta, cayó un aguacero.

Por el camino, tiré la pistola a una zanja poblada de ortigas; ahuyenté a dosocas, que se dieron a la fuga tambaleándose torpemente.

¿A qué vienen tantos detalles?

Regresé triunfante a casa. Me arranqué la peluca, quemé la ropa y lavé el coche.

De poco me sirvió todo aquello porque, al día siguiente, alguien que se parecía al muerto como un huevo a otro huevo y que era quizá aún más despiadado que él ocupó su lugar.

La prensa no hizo ni una sola mención al asesinato. Uno había desaparecido y había aparecido otro.

Aquel día, las nubes eran completamente negras y el aire se pegaba a la piel como la melaza.

## EL VERTEDERO DE LA HISTORIA

En los años cuarenta, los comunistas trataban de asustar a sus adversarios: si no os unís a nosotros, acabaréis en el vertedero de la historia.

Aquello sonaba a amenaza, tanto más cuanto que la historia podía parecer la única realidad.

Nicola Chiaromonte dijo en su ensayo *El verano de 1914*: «... el sentido de la existencia humana ya no se podía encontrar en la religión, la naturaleza o en la experiencia limitada de lo cotidiano, sino que había que buscarlo en la aventura histórica del hombre, lo que equivale a decir que había que buscarlo en la actividad política o militar, en la violencia. Lo que se convirtió en fuente de verdad fue la historia y no la relación entre la conciencia individual y la naturaleza profunda de las cosas (o la noción que tradicionalmente tenemos de ella), lo cual significaba que la verdad ya no existía y que la racionalidad pragmática, la osadía y el espíritu emprendedor ejercían un poder absoluto».

En abril de 1948, Gottfried Benn escribió en una carta dirigida a Peter Schifferli: «... he aquí la pregunta central de nuestra época...: ¿dispone aún Occidente de un mundo espiritual, de una realidad metafísica independiente situada más allá de esa realidad histórico-política que no deja de defender su supremacía afianzándola brutalmente?».

En el momento actual, la historia —por lo menos en Europa— se ha vuelto menos cruel y más bondadosa. Podría parecer, pues, que podemos confiar en ella. Pero sería como confiar —demasiado, a ciegas— en un delincuente que ha salido con un permiso de la cárcel. Hoy en día la historia es más benigna que en los años cuarenta, pero, al igual que entonces, necesitamos apoyarnos en algo distinto. Ya nadie quiere creer en Dios. En el arte creen sólo los marchantes de cuadros. En la poesía no creen más que los poetas. Y, no obstante, necesitamos apoyarnos en algo distinto.

## EL MAL

Por ser un mal organizado, orquestado y desplegado a escala histórica, el totalitarismo crea la sensación de que tal vez por fin podamos comprender qué es el mal. ¿Acaso no es por eso por lo que nos apasionan libros de lo más diverso, desde memorias hasta análisis históricos, dedicados al nazismo y al estalinismo? Los leemos con la expectativa de que esta vez vamos a captar la naturaleza del mal.

Hacemos un gran esfuerzo mental para reducir aquella modalidad compleja del mal a una forma simple, básica. Cuando por fin lo logramos, nos damos cuenta de que la respuesta se nos ha vuelto a escabullir. Y de nuevo somos impotentes como Job.

## DROHOBYCZ Y EL MUNDO

El profesor de dibujo y manualidades del instituto de Drohobycz, bajito y tímido, tuvo tiempo de conocer los dulces placeres de la fama literaria antes de que, en noviembre de 1942, un miembro de las SS lo abatiera a balazos en una calle de su ciudad natal. Su carrera —si olvidamos por un instante aquella trágica muerte— recuerda en gran medida a las de los escritores de cualquier otro país o continente. He aquí a un autodidacta de provincias que empieza a escribir y a dibujar para sí mismo y para un puñado de amigos íntimos. Se carteó con otros artistas noveles y sin nombre para compartir sueños, ideas y proyectos. Siempre que se cruzaba con alguien que tenía acceso al verdadero mundo artístico, a editoriales de prestigio y a escritores conocidos, se quedaba sin respiración y no veía ningún inconveniente en recurrir a zalamerías, como lo demuestran sus cartas al profesor Szuman, un psicólogo a quien el autor de estas líneas solía ver en los años sesenta por las calles de Cracovia convertido en un anciano y condenado —naturalmente por razones políticas— a un alejamiento total y absoluto de la universidad.

Más tarde y básicamente gracias a la protección de Zofia Nałkowska, aquel profesor de dibujo tan dotado se convierte en la sensación de la temporada, y entre sus corresponsales aparecen las figuras más destacadas del mundo de la cultura polaca de entreguerras: Stanisław Ignacy Witkiewicz (es decir, Witkacy), Julian Tuwim y Witold Gombrowicz. Schulz traba relación con Bolesław Leśmian, un poeta a quien admira. Vive un romance con Nałkowska. Viaja a Varsovia donde, tímido y callado como siempre, cruza el umbral de los salones literarios.

Acceder a los salones literarios quiere decir poder contemplar el espectáculo literario de Varsovia en vísperas de la guerra: cafés y lujosos apartamentos donde se dan cita en pie de igualdad las futuras víctimas de los dos totalitarismos, pero también los futuros funcionarios de la literatura colectivizada de la posguerra. Witkacy se suicidaría en septiembre de 1939, después de la penetración del Ejército Rojo por el este de Polonia. Gombrowicz se marcharía a Argentina, Tuwim a Estados Unidos. Nałkowska llegaría a ser una de las figuras oficiales del *establishment* literario comunista y Tadeusz Breza correría una suerte semejante.

Pero Bruno Schulz —ya conocido y reconocido— no abandonó su correspondencia con la gente que estaba muy lejos de los círculos de las celebridades, sobre todo cuando sus corresponsales eran mujeres. Continuó escribiendo largas epístolas a Debora Vogel, Romana Halpern y Anna Płockier. Todas morirían en algún momento del Holocausto.

Schulz publicó sus obras en las mejores editoriales y en el semanario más reputado: *Wiadomości Literackie*. Es cierto que a menudo se vio atacado desde los dos bandos, tanto por los agresivos críticos marxistas, para quienes no era lo bastante realista, como por los publicistas de la extrema derecha, para quienes era demasiado

judío, pero gracias a ello su posición nunca estuvo amenazada. Paradójicamente, Schulz, que en tanto que artista era el bardo y el cantor de la vida provinciana, en el mundillo literario gozaba de la protección y del apoyo del centro. Sus viajes a Varsovia —una ciudad hegeliana, como todas las capitales— generaban una tensión adicional en su vida y su pensamiento. No hay duda de que las estrellas metropolitanas le imponían —por ejemplo, en una de sus cartas no puede abstenerse de mencionar que acababa de conocer a Ryszard Ordyński, un director de teatro muy famoso—, pero regresaba aliviado a su pequeño Drohobycz. Aunque considerara la posibilidad de mudarse algún día a Varsovia, no dejó nunca de volver a su ciudad natal.

Entre sus corresponsales menos conocidos encontramos a gente atormentada por grandes conflictos de identidad personal, a menudo a caballo entre la salud y la enfermedad, a veces entre dos lenguas: el yiddish y el polaco, una gente insegura de su elección artística, atraída con la misma fuerza por la música y la pintura que por la literatura. Parecían próximos a Schulz, ya que él mismo también había experimentado el trauma de la elección entre el grabado y la prosa, entre la vida familiar y la soledad creativa, entre la literatura polaca y la alemana —no en vano idolatraba a Rilke y a Thomas Mann—, entre Drohobycz y Varsovia. Sólo que él supo crear una visión propia, soberana y sugerente partiendo de sus contradicciones y perplejidades. Y, esto no obstante, a finales de los treinta, cuando ya había sido galardonado por la Academia Polaca de Literatura con el Laurel de Oro, aún comprendía bien a sus insatisfechos, híbridos y desgarrados corresponsales. Se había hecho un nombre, había llevado a cabo un viaje iniciático a París y buscaba editores extranjeros para las traducciones de sus relatos, pero mantenía de buena gana el contacto con sus antiguos conocidos, porque sus dilemas y conflictos eran el emblema de la periferia, del provincianismo y de la vida intelectual de las comarcas fronterizas, y Schulz necesitaba el vínculo con la provincia más que el aire que respiraba.

Sólo había una cosa que defendía con uñas y dientes, a rajatabla: la importancia y el rango del mundo espiritual. Cuando en una carta guasona escrita por encargo de una revista cultural, Witold Gombrowicz, su aliado literario, lo atacó arguyendo que para la arquetípica «esposa del médico de la calle Wilcza» el universo artístico de los relatos de Schulz no tiene nada que ver con la realidad y que para aquella persona architerrenal el autor de *Las tiendas de color canela* sólo «hace la comedia», Schulz respondió con fuerza y decisión: una depresión, un desespero, una duda existencial o un ataque malicioso de un crítico sí que podían poner en entredicho el mundo espiritual, pero jamás la mítica «esposa del médico de la calle Wilcza». En este punto, los caminos de los dos amigos se separaban: a Gombrowicz le fascinaba la pregunta por el valor del arte a ojos de un pequeño burgués, de un imbécil, de un idiota; era capaz de contemplar la literatura desde fuera y de preguntarse por su estatus sociológico, mientras que Schulz vivía dentro de una frágil torre de marfil (¿torre de canela?) y no quería abandonarla ni siquiera por un momento.

Mayoritariamente, las cartas de Schulz plantean el clásico tema de la lucha por mantener la tensión de la vida interior, una vida amenazada a todas horas por circunstancias externas triviales y por la melancolía. Éste es un tema universal. Schulz, como muchos otros artistas, confiesa en su correspondencia que el destino de su obra le inquieta. Hoy en día, contemplamos el destino de Bruno Schulz desde la perspectiva de su muerte absurda en el gueto de Drohobycz, una muerte cuya sombra se extiende a toda su vida. Sin embargo, su biografía abunda en momentos normales y corrientes. Lo más extraordinario en ella es su talento, la habilidad taumatúrgica con la que convierte la vulgaridad en magia. Y precisamente alrededor de eso se concentran sus miedos —los suyos y los de muchos escritores destacados—. Schulz teme que le falte tiempo e inspiración, que lo engulla el suplicio de su día a día en la escuela.

¿Quién era Bruno Schulz «sociológicamente»? En su prosa, el Drohobycz provinciano se transforma en un Bagdad oriental, en una ciudad exótica de *Las mil y una noches*, y la vida del autor, tocada con la misma varita mágica, se escapa a las clasificaciones. Si no hubiera escrito ni dibujado, no habría sido más que un triste profesor de manualidades, un hijo de la clase media judía, el malogrado heredero de una familia de mercaderes, un soñador que escribía largas epístolas a otros soñadores. Sin embargo, como escribía y dibujaba a la perfección, se escabulló del encasillamiento sociológico y abandonó la *intelligentsia*, una capa social muy característica de la Polonia de entreguerras, o, mejor dicho, abandonó aquella parte de la *intelligentsia* que no podía ni quería involucrarse en la vida del país, que no era aceptada y que, a su vez, no aceptaba la realidad precaria de la II República, y que a menudo esperaba ansiosa que se materializara la utopía política de izquierdas.

La utopía de Schulz no se hacía esperar, habitaba en su imaginación, en su pluma, en sus epítetos y sus sinécdoques. Para la obra de Schulz no hay ninguna clave: casi todo está dicho en sus relatos, incluso sus obsesiones eróticas que trata con tanta familiaridad y llaneza como otros la fiebre del heno o las jaquecas. Lo que hace reaccionar más a menudo a su prosa son los estímulos puramente poéticos; si confeccionáramos la lista de preguntas que Schulz intenta «contestar» artísticamente, veríamos que son las mismas que se plantea un poeta metafísico que quiere saber en qué consiste la esencia de la primavera, de un árbol o de una casa. Encierran un ataque sorprendentemente directo, un afán asombroso de conseguir respuestas definitivas. La curiosidad filosófico-poética es lo que nos permite descubrir la filiación espiritual de Schulz. Su obra es fruto de una crisis neorromántica, antipositivista y antinaturalista que en parte estaba inspirada por Bergson y Nietzsche, pero que respondía a una supremacía real y cada vez más notoria de las ciencias exactas.

Aquella crisis neorromántica, que anhelaba una religión indeterminada a pesar de que «Dios había muerto», dio origen en la Europa central a muchos poetas y escritores consumidos por una fiebre metafísica, a autores de tratados místicos y de

novelas que desde la primera página atentaban contra el misterio de la existencia. Huelga añadir que muchos participantes de aquella movilización metafísica general fracasaron como artistas. Sólo salieron airosos algunos de los que llegaron tarde y, más lentos y más pacientes que los demás, con el tiempo lograron elaborar un lenguaje y un método propios, una metafísica propia y exclusiva. Entre los veteranos de la crisis neorromántica —cuyo apogeo tuvo lugar en un período anterior, esto es, en el cambio de siglo— había grandes escritores europeos, como por ejemplo Robert Musil o incluso Rilke, que acabó sus *Elegías de Duino* ya en la época nueva, cuando se presentó en París un mensajero del espíritu del jazz, del deporte y del laconismo, Ernest Hemingway.

El retraso puede convertirse en una virtud, y sin duda lo fue para Schulz. En la literatura polaca, también llegaron tarde pero a tiempo Witkacy y Leśmian. Sin embargo, el caso de Schulz es particular: en su obra, el enfoque metafísico e imaginativo tiene un contrapeso concreto en la realidad geográfica y familiar de la que el autor de *El sanatorio de la clepsidra* saca imágenes a manos llenas, como si recordara que la literatura tiene cuerpo y alma, y que la añoranza neorromántica de los elementos definitivos y absolutos del universo debe compararse y confrontarse con una existencia implacablemente dura, provinciana e idiomática.

Ese cómplice duro de la mística de Schulz es Drohobycz, una pequeña ciudad de las cercanías de Lvov que Schulz no había elegido, del mismo modo que no elegimos nuestro rostro, nuestros genes ni nuestras pecas. Schulz nació en Drohobycz, una ciudad igual de modesta que su físico. En Drohobycz residía su imaginación, y la imaginación es increíblemente astuta. Permite elogiar de un modo muy ambiguo un objeto real, corpóreo. Encomiarlo, ensalzarlo, alabarlo y adornarlo. ¡Pero esos elogios y adornos no son más que una huida elegante, un truco exquisito que nos permite abandonar el lugar que tanto idolatramos! Convirtiendo en un lugar extraordinario, divino, a un Drohobycz claustrofóbico y mugriento, donde probablemente no había nada hermoso salvo los jardines medio salvajes, los huertos, los cerezos, los girasoles y las empalizadas carcomidas, Schulz pudo decir adiós y abandonarlo.

Precisamente pudo marcharse hacia el mundo de la imaginación sin ultrajar por ello a su ciudad; al contrario, la elevó a unas alturas insólitas. Hoy en día, incluso en Nueva York saben algo de Drohobycz, un Drohobycz que ya no existe, y todo gracias a los subterfugios alocados de la imaginación de un pequeño maestro de dibujo y manualidades.

Para colmo, no se ha salvado más que el Drohobycz creado por Schulz; la vieja ciudad histórica, llena de tiendas judías y callejones tortuosos, desapareció de la faz de la tierra. Ahora existe sólo el Drohobycz soviético que —como toda ciudad soviética— es una obra maestra del realismo socialista, lo cual en urbanismo se traduce en una semejanza asombrosa con un gigantesco cuartel.

Uno de los objetos de meditación preferidos de Schulz son las estaciones del año, sobre todo cuando sobrevuelan las soñolientas ciudades de provincias. La capital vive

su propia vida nerviosa y siente un interés narcisista por sí misma, mientras que la provincia es el lugar donde una civilización periférica y enrarecida entabla un diálogo con el cosmos, con la naturaleza. Así pues, en el relato «Otoño», Schulz caracteriza el verano como una temporada utópica, lozana y opulenta que promete muchas cosas, pero no sabe cumplir su palabra, porque en sus lindes espera al acecho un otoño avariento y severo que no piensa mantener las promesas que ha hecho el pródigo verano.

La secuencia de un verano utópico y un otoño cínico y cruel es una imagen tentadora. Uno tiende a ver reflejada en ella la vida de Schulz, una vida que transcurre entre la tensión constante del quehacer creativo y una muerte trágica en el gueto de Drohobycz, y también la suerte de la literatura europea, que empieza por entregarse a los placeres de la imaginación para acabar siendo amonestada dos veces por el otoño-historia: el primer aviso es la Primera Guerra Mundial, y pronto la seguirá el golpe decisivo, la Segunda Guerra con sus dos cómplices, el genocidio y el totalitarismo más abyecto.

La vida —y la obra— de Schulz se encuadran en el esquema verano/otoño, como si el espíritu de la literatura europea necesitara a alguien que, con su obra y con su destino, diese testimonio de la evolución general de las cosas, del paso de la época de la imaginación a la época de la destrucción.

El lenguaje de Schulz, poético y de una riqueza pródiga, se caracteriza al mismo tiempo por una gran precisión. En el plano lingüístico, resuena la misma mezcla de cualidades oximorónicas que distingue a la actitud artística de Schulz en general: el maridaje de la pasión por la metafísica con el apego al detalle, a lo particular, a lo absolutamente individual.

Incrustadas en la primorosa estructura poética del tejido lingüístico, aparecen en la obra de Schulz premoniciones relacionadas con la implacable llegada del otoño/exterminio. La pedestre Adela hace pensar en la Teresa de la novela de Canetti *Auto de fe (Die Blendung)*; la imaginación es víctima de un asedio. De igual manera, en las cartas, la tensión interior y los estados de ánimo creativos están asediados por enemigos: el aburrimiento de las clases en la escuela y las tristes necesidades de la vida. Hay demonios buenos y malos: el mundo está lleno de misterios, un vagabundo escondido en el jardín puede resultar una divinidad pagana, el mismísimo Pan. Pero Schulz no es un profeta. No sabe predecir la guerra ni su propia muerte. Su mensaje es sutil y no se abre en el acto de leer sino ante los ojos de lectores confiados. Para los críticos resulta inaccesible. Porque Schulz es sobrio, no pregona nada. Es más sobrio que Kafka. Para él, el arte es el máximo placer, un acto de expresión, de ampliación del ángulo de mira y de habla, el acto de unir las cosas más alejadas. No es una declaración política, ni siquiera filosófica; lo que solemos llamar «la filosofía de Schulz» es un pájaro que no puede vivir sino en una jaula: en las frases de su exuberante prosa.

## EL HOMICIDIO

He aquí lo que sucedió en Alemania a mediados de los setenta: Robert, un profesor de literatura, se arrimó a una organización terrorista. Le ordenaron matar a M., un joven de su misma edad. A pesar de su juventud, M. se había dado a conocer como filósofo y periodista conservador que hacía comentarios mordaces sobre la izquierda radical. Lo organización lo había sentenciado a muerte. Robert estaba obligado a ejecutar la sentencia en el plazo máximo de tres meses. Se asustó y se fue a Portugal, a Lisboa. Rompió todos los contactos con la organización y vivió modestamente bajo un nombre falso, traduciendo poesía portuguesa. Tenía miedo de la policía y de sus antiguos camaradas.

Transcurrieron muchos años, y casi todos los miembros del grupo terrorista fueron capturados, cayeron en un tiroteo o murieron en la cárcel. Se proclamó una amnistía para los que, como Robert, en el fondo no eran más que simpatizantes de los terroristas. De modo que Robert pudo por fin regresar a Alemania. Se estableció en Colonia. Dio conferencias, colaboró con emisoras de radio e intentó volver a trabajar en una escuela. Un día, dio con M., a quien conocía sólo de vista, y se hicieron amigos. M., aquel sabio que en su tiempo prometía tanto, había abandonado la universidad, vivía de un subsidio de paro y se pasaba el día entero leyendo novelas policíacas. Cuando Robert le preguntó por qué había abandonado una carrera tan segura y prometedora, le contestó que ya no creía en nada y no sabía fingir, lo cual —afirmó— probablemente era debido a un defecto genético que, por línea paterna, se manifestaba en su familia desde hacía algunas generaciones.

Tras algunos meses, aquellas dos almas solitarias decidieron compartir un gran piso céntrico. Un año más tarde, Robert mató a M. en un arranque de locura. Delante del tribunal, declaró que no soportaba la tos de M., que odiaba el ruido que hacía al comer, que detestaba oír sus pisadas y que le repugnaba su manera de cortar el pan (apretando la hogaza contra el pecho).

## LA VOZ ACTIVA

Rellene el cuestionario. Adjunte el currículum vitae.

Obedientemente, rellenó cuestionarios. Adjuntó innumerables currículum, empezando siempre por la única frase evidente, que era: «Nací...». En muchas lenguas se dice «me nacieron», pero el polaco es uno de los pocos que recurre a la voz activa, como si el bebé saliera con energía y por voluntad propia a un escenario montado entre Alemania y Rusia.

El ímpetu no suele durarle mucho, y pronto la voz pasiva empieza a dominar: fui ingresado..., trasladado..., arrestado en diciembre..., y puesto en libertad por el decreto de amnistía...

## **Y, NO OBSTANTE, LA FRATERNIDAD**

Antes que nada la escritura es tal vez un acto de fraternidad. Exige soledad, a veces una soledad profunda y radical, pero esta soledad es a menudo un túnel excavado en tierra fértil —en la imaginación y en el narcisismo, en la compasión y en la indiferencia, en la ternura y en la arrogancia, en la música y en la ambición, en la sangre y en la tinta— que conduce hacia otra gente. Incluso los suicidas escriben cartas. Los poetas se matan. Los críticos matan a los autores. Los lectores se aburren pronto y ahogan los libros como si fueran gatitos recién nacidos. Pero ¿dónde está dicho que la fraternidad es fácil? Miren, si no, la Biblia...

## EL ÉXTASIS Y LA IRONÍA

En poesía se encuentran dos elementos contradictorios: el éxtasis y la ironía. El elemento extático está relacionado con la aceptación incondicional del mundo y de todo lo que tiene de cruel y absurdo. En cambio, la ironía es una representación artística del pensamiento, de la crítica y de la duda. El éxtasis está dispuesto a abarcar el mundo entero, mientras que la ironía, que sigue el rastro de las ideas, lo pone todo en tela de juicio, plantea preguntas capciosas, hace dudar del sentido de la poesía e incluso de sí misma. La ironía sabe que el mundo es triste y trágico.

Que dos elementos tan distintos puedan dar forma a la poesía es algo desconcertante y, mirándolo bien, incluso embarazoso. No es de extrañar, pues, que casi nadie lea poemas.

# BACZYŃSKI

Wisława Szymborska ha escrito un excelente poema titulado «En pleno día». Helo aquí:

Iría de vacaciones a un hotelito de montaña,  
bajaría a almorzar al comedor,  
pasearía la mirada por los cuatro abetos,  
rama a rama, sin hollar la nieve recién caída,  
desde una mesa junto a la ventana.

Con perilla,  
algo calvo, pelo canoso, gafas,  
rasgos toscos y cansados,  
una verruga en la mejilla y frente arrugada,  
como mármol angelical invadido por la arcilla.  
Ni él mismo sabría cuándo ocurrió,  
porque no es súbito sino paulatino  
el aumento del precio por no haber muerto ya,  
y él habría pagado como todos ese precio.  
Del cartílago de su oreja, rozado sólo por la bala  
—si se hubiese agachado en el último momento—  
diría: «Me libré de milagro».

Esperando que le sirvieran la sopa de fideos,  
leería el periódico con fecha del día,  
grandes titulares, pequeños anuncios,  
los dedos tamborileando en el blanco mantel,  
y tendría unas manos muy gastadas  
con piel rugosa y venas hinchadas.

A veces, desde el umbral, alguien gritaría:  
«Señor Baczyński, al teléfono»,  
y a nadie sorprendería  
que fuera él, y que se levantara alisándose el jersey,  
y que hacia la puerta dirigiera sin prisa sus pasos.

Nadie interrumpiría la conversación al ver la escena,  
nadie se quedaría petrificado, con la mano en el aire,  
porque ese suceso trivial —lástima, qué lástima—  
se consideraría un suceso trivial<sup>[11]</sup>.

«En pleno día» forma parte del volumen de poesía *Hombres en el puente* publicado en 1986. Este poema ya ha sido analizado varias veces y se ha subrayado el manejo magistral del condicional que le permite a la autora presentar una situación totalmente hipotética: Krzysztof Kamil Baczyński, un joven de un talento poético extraordinario, sucumbió en los primeros días de la Insurrección de Varsovia en agosto de 1944 (en el momento de morir, apenas tenía veintitrés años).

En Polonia, Baczyński es una figura legendaria. Forma parte del panteón de héroes que murieron jóvenes. Sus obras se publican en larguísimas tiradas. En el poema de Szymborska, aquel joven caído a los pocos años de vida se convierte en un

literato sexagenario, algo canoso, algo calvo, y totalmente corriente. Lo único que tiene de extraordinario ese hombre de letras es que vive. Lo sorprendente del poema de Szymborska es que la vida no nos sorprenda.

Sin embargo, me gustaría llamar la atención sobre la manera en que el hipotético Baczyński vive en el poema que lo ha llamado de ultratumba. Nos encontramos en un «hotelito de montaña». Baczyński «iría de vacaciones» a este «hotelito de montaña». Se sentiría allí como en casa. Leería el periódico esperando tranquilamente que sirvieran «la sopa de fideos». Lo llamarían al teléfono de una manera tan tranquila y natural como si, más que de un huésped célebre, se tratara de un familiar. Porque Baczyński tendría que ser un poeta famoso y los otros habitantes del hotel no ocultarían su interés por el atractivo sesentón.

A no ser que... A no ser que se trate de un hotelito donde nadie presta la menor atención a los hombres de letras famosos, por la sencilla razón de que todos los huéspedes que esperan su plato de sopa de fideos son literatos. Naturalmente, no todos son famosos, pero los literatos se conocen demasiado bien para andarse con rangos y distinciones. De modo que, probablemente se trate de la pensión Astoria de Zakopane, es decir, la así llamada casa del trabajo creativo, propiedad de la Asociación de Escritores de Polonia.

Pero ¿acaso esto cambia la interpretación del poema de Szymborska? ¿Acaso no da lo mismo en qué hotel se aloje el Baczyński resucitado, si sólo le corresponde la modesta vida de una cachipolla y, tan pronto como demos fin a la lectura de la última estrofa del poema, tendrá que regresar a la inexistencia? Y, como remate, ¿puede la naturaleza del hotel donde se ha establecido el hipotético Baczyński modificar de algún modo la fundamental diferencia entre lo existente y lo inexistente?

Mi respuesta es sí. En el poema, la fundamental diferencia entre lo existente y lo inexistente lleva la impronta del modo de vida de los escritores —no de todos, pero sí de la gran mayoría— durante el colectivismo.

A saber, los escritores de la época del colectivismo vivían —¡adivinarlo no resulta nada difícil!— de una manera muy colectiva. No faltaban los edificios donde, repartidos entre varias plantas, se agolpaban prosistas, poetas y dramaturgos que a menudo llamaban a la puerta para pedirle al vecino una pizca de sal o una plancha, o para cortarle la vena creativa.

Aquél era un invento soviético: acuartelar a los escritores en un lugar facilitaba el control de sus mentes, sus plumas y sus carteras. Quien haya leído algo sobre Bulgakov, Mandelstam o Pasternak recuerda sin duda las descripciones de las casas y de los pisos de literatos, donde por metro cuadrado había más máquinas de escribir que fogones de gas.

Después de 1945, Stalin exportó este modelo de colectivización de la literatura a todos los países sometidos. Con el tiempo —por lo menos en Polonia—, el modelo se fue diluyendo. Empezó a haber menos «casas de literatos» y a menudo los escritores vivían en edificios normales y corrientes, teniendo por vecinos a gente normal y

corriente: ingenieros, obreros y funcionarios. Pero el colectivismo no renunció a una parte de sus atributos. Mencionemos dos de ellos: las casas de trabajo creativo y los comedores.

¡Los comedores! ¡Oh, Musa, ayúdame a describir los comedores de los literatos! Quien nunca haya cruzado su umbral, quien no haya visto aquellas salas lúgubres donde se apiñaban amigos y enemigos, líricos y épicos, genios precoces y eruditos apáticos, no comprenderá qué significaba el colectivismo para la literatura. ¡Los comedores! El olor penetrante de la sopa de col; las bombillas pálidas y neuróticas que temblaban bajo un techo majestuoso; las miradas inseguras y fugaces que los autores eminentes lanzaban hacia las bandejas llenas de segundos platos, unas miradas furtivas e interrogantes: ¿se acabarán las empanadillas de carne, el plato estrella de la cocina?

Uno de los sectores del comedor estaba ocupado por las orgullosas y frágiles viudas literarias, que incluso en verano vestían abrigos de zorro y unos sombreritos cónicos de antes de la Gran Guerra. Sólo unos pocos sabían quiénes habían sido los maridos —difuntos desde hacía decenios— de aquellas mujeres a las que Mefistófeles había olvidado reclamar la copia amarillenta de un pacto firmado en tiempos inmemoriales. Parecía que aquellas viudas eternas, débiles, decadentes y tiranas, que sembraban el pánico en las editoriales e incluso en las oficinas de la censura, y chantajeaban a los redactores con la obra todavía inédita de los finados, vivieran siglos y siglos. A veces ocurría que un solo poeta dejaba en herencia a la humanidad dos o tres viudas que vivían condenadas a odiarse eternamente y a encontrarse cada día en la misma sala del comedor, y sólo el brillo ominoso de los ojos y las maldiciones y las blasfemias proferidas en voz baja revelaban la hostilidad salvaje que enfrentaba a aquellas figuras negras, y la tensión que existía entre aquellas semidiosas agraciadas —aunque, lamentablemente, demasiado tarde— con la inmortalidad.

En otra sala se reunía la juventud literata, apenas tolerada por los mayores. Predominaban los poetas vestidos con chaquetas militares y las poetisas feas y taciturnas de pelo negro y personalidad complicada. Quien conseguía algún éxito, por insignificante que fuese, huía enseguida de aquella estancia, que era la fría antecámara del comedor de verdad.

No faltaban los espacios intermedios, transitorios, donde se encontraban periodistas, comentaristas deportivos y directores noveles de cine y de teatro. Allí también acudían perfectos desconocidos, tal vez becarios en prácticas de la policía secreta o, simplemente, primos de verdaderos escritores a quienes la Asociación alimentaba por pura magnanimidad.

Había sitios reservados para los miembros del partido comunista, escritores de poca monta en un sentido estrictamente artístico, pero muy seguros de su influencia política. Tal vez no escribieran buenos libros, pero cuando se acercaba el habitual congreso de la Asociación, como votantes valían para el partido su peso en oro. De

modo que comían cada día, aunque sólo eran útiles cada tres años. Vestían como los funcionarios, siempre trajeados, con camisa clara y el nudo de la corbata impecable. Despedían un olor a jabón y a mediocridad, a obediencia y a envidia.

Poco a poco, nos acercamos a las salas situadas en el centro, las más oscuras, las más cercanas a la cocina. Una regla no escrita, pero observada con una constancia férrea, establecía que allí, en el corazón de aquel local enorme, se daban cita los escritores más eminentes, o por lo menos los que eran considerados como tales. A veces, para entrar, había que ser amigo de uno de los grandes. En la segunda mitad de los setenta, todos los grandes se hicieron disidentes, así que no sería ninguna exageración afirmar que el Estado, que subvencionaba la comida, alimentaba a sus adversarios y, para colmo, junto a las mejores mesas. A menudo, las cabezas de los disidentes se acercaban en un gesto conspirador, sus labios susurraban algo, y parecía como si el comedor entero, con sus innumerables salas y todos sus recovecos, se sumiera en el silencio y se paralizara para captar lo que se decían al oído los clientes más destacados. Sin duda, los que aguzaban especialmente las orejas eran los confidentes de la policía, que se mezclaban con los disidentes.

Pero sigamos el objetivo de la cámara. Abandonemos, no sin sentir pena por ello, la sala más importante para meter la nariz en el reino de los traductores. Los traductores formaban un mundo aparte, eran filólogos perdidos en medio de artistas temperamentales. En la sala de los traductores la tensión era más baja. No cabe hablar de amistad, pero en todo caso allí la enemistad no se manifestaba con tanta fuerza como en otras zonas; a veces, alguien escribía una palabra en griego en la servilleta y proponía descifrarla; los demás traductores, muy serios, contemplaban con devoción los signos del alfabeto helénico y alguno sugería una lectura diferente del vocablo. Sacudían la cabeza, gesticulaban, fruncían el ceño. Alguien leía un fragmento de un poema de Auden, y un anciano, famoso por un amor a Baudelaire que había conservado incólume durante toda su vida, recitaba con sus labios gruesos las famosas estrofas de *El balcón*.

Detrás de los traductores, en un cuarto pequeño aunque bastante cómodo, se habían instalado los administrativos de la Asociación de Escritores, que parecían contemplar a los otros comensales con una leve sonrisa llena de indulgencia, como si meditaran sobre el dicho de Goethe traído por un golpe de viento desde la sala de los traductores: «Quien no escribe, no hace el ridículo». Porque ellos, aquellos administrativos aseados, aquellos pitagóricos aficionados a los números y a los informes, especialistas en negociar con las autoridades pasaportes para los literatos, nunca habían hecho el ridículo escribiendo. No habían relatado su infancia ni sus amores frustrados. En la época estalinista, no habían confesado por escrito su entusiasmo por el partido y, más tarde, no habían dado fe de las esperanzas que habían puesto en la liberalización. No habían engendrado ni un solo poema contrahecho, no habían construido ni una sola metáfora coja. En cierto sentido, eran la aristocracia del comedor, tenían las manos limpias y los corazones puros.

Naturalmente, los escritores los miraban por encima del hombro, y nosotros tampoco debemos olvidar que sin duda había entre ellos unos cuantos colaboradores de la policía secreta duchos y eficientes que tal vez no escribieran sonetos, pero sí denuncias.

Los platos no eran rebuscados. He aquí un ejemplo de menú: sopa de setas (muy aguada), hamburguesa con patatas y remolacha, pastel de manzana y compota de ciruelas pasas. O bien: caldo con fideos, asado de ternera con trigo sarraceno y otra vez remolacha. Otro pastel de manzana. Flan con jarabe de frambuesas. Compota de grosellas. A veces: dorada a la plancha, patatas, ensalada de col, jalea y compota de manzanas. Empanadillas de arándanos. Picadillo que dormía su dulce sueño arrebujaado sobre hojas de col calientes. Empanadillas de requesón (calladas, tristes). De cuando en cuando: chuletas de cerdo, pequeñas, escuchimizadas, desprovistas de la gallardía y la desenvoltura de los chuletones dorados en la sartén de casa. Y de nuevo, remolacha, remolacha, remolacha rescatada de los vastos campos de remolacha bajo el sirimiri de otoño.

Salimos del comedor; tenemos que volver a cruzar la sala de la juventud literata, rebelde y melancólica, y antes de hacerlo, no podemos resistirnos al placer amargo de visitar una vez más a las viudas, ahora cinco minutos más viejas.

Abandonamos el comedor, dejando a un lado el guardarropa, que ha sido testigo de muchos dramas: antiguos amigos convertidos en adversarios implacables se encuentran y esconden la mano; cada día se cruzan precisamente aquí, y no pueden saludarse. Salimos a la calle y el aire fresco nos salva de un desmayo inminente. La cámara graba la plaza del Castillo. Enfoca un tenderete de flores. Crisantemos.

Si no era el comedor, era una «casa de trabajo creativo», en las montañas o en la costa, una pensión adonde no tenían acceso los simples mortales. Y, ¡dale que dale!, los mismos amigos y los mismos enemigos, las mismas viudas, un puñado de jóvenes promesas, dos traductores y tres poetas.

¿A qué conducía aquello? A que los asiduos de los comedores y de las pensiones se conocían demasiado bien. Se veían todos los días. Quien se dejaba caer por allí acababa siendo escudriñado de la cabeza a los pies. Unas miradas crueles le robaban los secretos grandes y pequeños, le arrebatában el misterio y le exprimían hasta la última gota de intimidad. Pensativo, triste o alegre, cada día junto a la misma mesa, tanto en verano como en invierno... Los otros se enteraban de todo, estaban al tanto de su situación familiar, sabían que padecía de varices y que aquello le venía de familia, ni siquiera el modelo de su máquina de escribir era un secreto para nadie. Disponían de información exacta sobre el saldo de su cuenta bancaria y sobre sus interminables disputas con el editor. Seguían de cerca su conflicto matrimonial, que se agravaba día a día. Reconocían las pastillas que tenía que tomarse antes y después de las comidas. Fingían estar preocupados por el estado de su hígado. Acabaron robándole todo, hasta que al final se exhibió desnudo y adocenado, uno del montón. Pero en aquella desnudez no quedaba al descubierto lo universal, sino lo trivial. Es

así como actúa el colectivismo: mata a golpes de normalidad.

Destruye todo lo individual. En cambio, ama a «la sociedad». ¡Que todo el mundo viva en sociedad y que a nadie se le ocurra buscar refugio en la marginación! Andando el tiempo, la policía secreta dejará de ser útil. ¿De qué va a servir, si la sociedad lo sabrá todo de ti?

Hay más vida en la muerte que en la existencia a la que nos condena el colectivismo: aquel caldo con fideos y la mirada inquisidora de los vecinos, aquel foco de la curiosidad ajena que no se apaga nunca, largas horas de reuniones donde no ocurre nada excepto que la vida se desgasta y se vuelve normal, gris, semejante a los sucedáneos que se venden a cuentagotas con cartilla de racionamiento.

Baczyński fue un elegido de los dioses, murió joven. Su existencia mítica ha perdurado en nuestra imaginación. Wisława Szymborska hizo que el poeta ausente vistiera por un instante el cilicio de los compromisos que sus coetáneos menos afortunados se vieron obligados a contraer. La ceniza de la vulgaridad recubrió las alas de un ángel.

Sin embargo, hay que tomar en consideración otra posibilidad: si el proyectil alemán hubiese seguido una trayectoria diferente, Baczyński tal vez hubiese sido cabal, valiente y puro; tal vez no hubiera contraído ningún compromiso y este hecho se hubiera manifestado también en su noble semblante, un semblante no destruido sino tan sólo esculpido por el tiempo.

## CAMBIOS EN EL ESTE

Los extraordinarios y asombrosos cambios que se producen en mi parte del mundo, en la Europa que se extiende al este del Elba, son para mí algo muy importante, vital y decisivo. Pero, al mismo tiempo, aparecen demasiado tarde en mi vida y en mi evolución. No quiero que esto suene a coquetería o a cinismo. Me doy cuenta perfectamente de la desproporción que existe entre los grandes cambios históricos y mi punto de vista particular.

Nunca me habría atrevido a hacer gala de mis convicciones personales si no me hubiese visto forzado a ello por mi extraña profesión, la de escritor, cuya particularidad es un conflicto constante entre «la belleza» y «la sinceridad». Coloco estos términos entre comillas para ahorrarme largos comentarios y, también, para dejar claro lo alejado que me siento de las ideas platónicas o platonizantes.

Teóricamente, «la belleza» me obligaría ahora a admirar el magnífico dinamismo de las transformaciones de la Europa del este y a solidarizarme con ellas de un modo absoluto, animal —cosa que, mirándolo bien, hace una parte de mi yo—. Pero veo también que toda mi educación literaria estaba encaminada a asegurarme una independencia al menos parcial de los caprichos y las humoradas de la historia. Así pues, «la sinceridad» me obliga a reconocer que hasta cierto punto he conseguido esta emancipación y, ahora que la historia se ha vuelto más benigna, más atractiva, más seductora, e incluso más fascinante, ya soy demasiado escéptico para saborear inocentemente y con muestras de entusiasmo su repentina mutación.

En mi infancia, la historia gobernaba sin miramientos, con mano de hierro. Obedeciendo sus órdenes, mi familia tuvo que trasladarse al oeste; ella dio forma a mi escuela, a mi juventud, a la universidad de Cracovia e incluso a mis rebeldes y contestatarios pinitos poéticos.

No comprendí sino muy tarde que, en el fondo, cometía el error de identificar la historia con el totalitarismo. Cuando viajé por primera vez a la Europa occidental, tuve la sensación de que allí no había historia, sino una cotidianidad frívola, despreocupada, poco seria, no sometida a ninguna razón superior e infestada de peluqueros, estrellas de cine y empleados de la banca tostados por el sol. El totalitarismo había producido una sociedad casi teocrática. Sobre todas las cosas se cernía un aura de misterio, y la clave la tenía la policía secreta.

El totalitarismo parecía indestructible, eterno. ¿No es cierto que incluso la mismísima Hannah Arendt sospechó que era un sistema capaz de cambiar la naturaleza humana y convertir a los hombres en esclavos? Yo también pensaba así cuando, a mediados de los sesenta, prestaba oído a los medrosos susurros de los intelectuales polacos.

¿Y ahora? No hay semana que no se derrumbe un sistema totalitario. Lo que parecía un sino se ha convertido en algo provisional. Los mismos dirigentes del

partido que antes jugaban al póquer político con el rostro impasible, ahora desaparecen del escenario o se revelan como simples malversadores de fondos públicos. Multitudes alborozadas derriban esos lúgubres sistemas con tanta facilidad que uno tendría ganas de preguntarles: queridas multitudes, ¿por qué no habéis salido a la calle antes? ¿Por qué habéis esperado más de cuarenta años? ¿Qué os ha entretenido todo este tiempo?

Naturalmente, todo el mundo sabe que las multitudes se habían echado a la calle y a las plazas mucho antes, sólo que entonces no lograron forzar el cambio (y es evidente por qué).

A finales de los setenta, tuve una participación activa aunque modesta en el movimiento disidente. Era de los que no creían en absoluto en la posibilidad de que el totalitarismo comunista se hundiera en los próximos cien o doscientos años. No obstante, la protesta contra aquella teocracia falaz fue para mí y para mis amigos una fuente de alegría, algo revitalizante, y abría una perspectiva totalmente nueva. Pero, fuera de un puñado de chalados —como suele ocurrir, resultó que los chalados tenían razón—, nadie contaba con un éxito rápido y empírico del movimiento opositor.

Hace años, estaba convencido de que el totalitarismo era la historia. Después, disocié los dos conceptos y comprendí que los procesos históricos tienen lugar incluso en ausencia de tiranía. Sin embargo, desde hace cierto tiempo me inclino a pensar que, aun cuando el totalitarismo no fuera la historia, la historia contiene algunos de sus elementos. Tiene a su servicio a un mariscal llamado *Zeitgeist*. Nos obliga a escuchar cada día la BBC. Recuerda un gigantesco Hollywood con una pléyade de estrellas: Cory Aquino, el presidente Bush, Wałęsa, la señora Thatcher, Gorbachov y el ministro Genscher.

Muy bien. No estoy chalado (por desgracia) y no sueño con huir de la necesidad histórica. No obstante, para llegar a viejo y no enmudecer como poeta y escritor, para no dejarme aplastar por «la belleza» —que conduce a la mentira— ni por «la sinceridad» —que empuja hacia el naturalismo—, tuve que dar un paso atrás y apartarme de la avalancha de la historia. Hacerlo no resulta nada fácil: en mi lengua, en mi literatura, la necesidad histórica equivale a Dios.

Los cambios han llegado demasiado tarde. Y, al mismo tiempo, es demasiado pronto para que yo pueda abarcar su magnitud y su significado. En esto, los ciudadanos de occidente son meros observadores. Para mí, el totalitarismo fue una pesadilla y un tema literario, un verdugo y un juguete, un policía que me espiaba y un chiste político que me provocaba una hilaridad extasiada. Ahora, me las doy de escéptico, sabio y maduro, pero en el fondo ignoro qué significan las enormes transformaciones en el este, qué cambiará en mi interior y en mi modo de vivir y de escribir. Se viene abajo una civilización repugnante: pero fue ella la que me moldeó, contra ella me rebelé, de ella intenté huir. Lo quiera o no, me ha marcado. Lloverá mucho antes de que sepa qué ha sucedido *para mí*.

No voy a vestir luto por el fracaso de aquel experimento histórico asqueroso —

esto lo tengo muy claro—. Estoy encantado de que se haya malogrado. Pero me inquieta el futuro de Europa. Y me pregunto por mi propio futuro, suspendido entre «la belleza» y «la sinceridad», entre muchos interrogantes, entre la historia y la poesía.

## STENDHAL

En *Vida de Henri Brulard*, Stendhal dice: «... j'ai été à la Chapelle Sixtine comme un mouton, id est sans plaisir, jamais l'imagination n'a pu prendre son vol» (estuve en la Capilla Sixtina como un borrego, esto es, sin sentir ningún placer, mi imaginación no supo levantar el vuelo).

Este comentario de Stendhal descubre un matiz interesante de una paradoja en apariencia inocente: en la Capilla Sixtina, llena de tesoros, fue incapaz de deleitarse con las obras de arte, porque aquel día —el 24 de noviembre de 1835— su imaginación dormía y no supo «levantar el vuelo».

¿Cómo?! O sea que el sensible de Stendhal está en la Capilla Sixtina y ¡nada, un fiasco total! ¿Significa esto que para disfrutar de las obras de arte hay que estar de buen talante y tener la imaginación despierta y flexible?

¡Es evidente!, dirá el lector, aburrido.

Sin embargo, ¿qué hace la imaginación al levantar el vuelo? Cuando la imaginación planea en el aire, soñamos despiertos. Esto significa que los vuelos de la imaginación no necesariamente equivalen a la *percepción* de la obra de arte que los ha suscitado. El sueño que una sonata, una escultura, un poema o un cuadro ha desencadenado y ha puesto en marcha cae pronto en el narcisismo; aún le estamos agradecidos —¡cómo no!— al impulso que nos ha extasiado, pero nuestra imaginación vuela por los aires, alejándose del aeródromo para esfumarse en la lejanía.

Éste es un fenómeno algo bochornoso: el narcisismo de la imaginación, su energía interior. Si hubiéramos de llevar esta idea hasta el límite, habría que admitir que el arte no está hecho ni para la gente sin imaginación —¡no les interesa!—, ni para los que la poseen en abundancia, ya que éstos la consumen como tiempo atrás se tomaba el rapé: por el placer de estornudar.

Sólo una cosa se hace más comprensible: por qué los críticos de arte carecen de imaginación. Si la tuviesen, arrobados por las ensoñaciones, serían incapaces de decir nada sobre una obra en particular. ¡Y eso que el arte precisa de alguien que la juzgue!

## TRES HISTORIAS

Hay por lo menos tres historias de la humanidad diferentes y no una sola: la historia de la violencia, la de la belleza y la del sufrimiento. Únicamente las dos primeras están —mejor o peor— catalogadas y registradas. Disponen de profesores y de manuales. Pero el sufrimiento no deja ninguna huella. Es mudo. Quiero decir históricamente mudo. Un grito no dura mucho y no se deja perpetuar en una partitura.

Por eso es tan difícil comprender la esencia de Auschwitz. Desde el punto de vista de la historia de la violencia, fue sólo un breve episodio que no merece ser objeto de profundos análisis. ¡Cuánto más interesante fue la batalla de Wagram! Pero para la historia del sufrimiento, Auschwitz es fundamental. Por desgracia, la historia del sufrimiento no existe. Y los historiadores del arte tampoco se interesan por Auschwitz. Lodo, barracas y un cielo bajo. Niebla y cuatro álamos raquíticos. Orfeo no pasea por allí. Allí no se ahoga Ofelia.

## UNA LECTURA PARA LOS DÍAS MALOS

Durante mucho tiempo, mis conocidos franceses me miraban con asombro cuando les confesaba que leía a Paul Léautaud. Lo tenían por un excéntrico y un escritor de tercera. Para colmo, no había escrito ni una triste novela, ni un triste relato. Le faltaba imaginación, un defecto que él mismo reconocía. En cambio, lo devoraba la pasión de anotar miles de detalles y diálogos en su *Diario literario* (*Journal littéraire*) que fue redactando a lo largo de varios decenios.

Últimamente, se habla más de él. Se han publicado ediciones nuevas de sus libros, el museo Carnavalet exhibe una reconstrucción de su despacho, famoso por el desorden que reinaba en él, y, como si esto fuera poco, acaba de rodarse una película que pretende mostrar la relación que mantuvo durante años con una mujer apodada en sus apuntes con el cariñoso sobrenombre de *Fléau* (Calamidad).

¿Fue Léautaud un escritor de tercera? En mi opinión, no. Sin embargo, él sabía que muchos así lo creían, y hasta cierto punto se resignaba al rango que le había sido adjudicado. Pero en un lugar de su diario escribió que los escritores de tercera tienen la ventaja con respecto a los de primera de que no mienten ni tienen que hacerlo. Los escritores de primera fila hacen de portavoces —de la nación, de la lengua, de la literatura o de su oficio— y, por lo tanto, están obligados a embellecer la realidad, a idealizarla y redondearla.

Esa especie de cinismo literario fue justo lo que me interesó. Y también el hecho de que Léautaud no sólo prescindiera de la imaginación, sino que fuera igual de crítico para con las ideas. Si hubiese vivido en la Edad Media, habría sido un nominalista radical de aquellos que rechazaban los conceptos universales, y en particular el amor, el patriotismo y la nobleza. No estoy muy seguro de si esto me resulta atractivo, pero sin duda despierta mi interés. En la literatura de mi país, alguien como Léautaud acabaría en un asilo; nosotros nos tomamos los conceptos y las ideas muy en serio. Por el contrario, Léautaud quizá sea el único escritor, en cuya obra los síntomas del vulgar antisemitismo casi llegan a conmovernos. ¡He aquí —decimos en nuestro fuero interno— un verdadero milagro! ¡Ese nominalista, que rechaza todo lo que une a los humanos, sabe por lo menos compartir con sus contemporáneos alguna que otra pasión, hasta las más repugnantes! Pero, en principio, vivía en una estricta privacidad, no le interesaba la política y odiaba la radio y la retórica hipócrita de los discursos. Durante la Primera Guerra Mundial, fue un pacifista fervoroso.

Era de origen plebeyo. Su padre, que derrochó la vida en aventuras eróticas, trabajaba como apuntador en la Comédie Française. Aquel oficio modesto aunque peculiar intrigó a Léautaud hijo quien, en cierto sentido, heredó la profesión del padre: se convirtió en un apuntador de la Literatura Francesa que, más que soplar en voz baja lo que debía decirse, ridiculizaba lo que ya se había dicho.

Era bajito y feo. Tenía una nariz aguileña que sobresalía como un pararrayos. Era toda una individualidad, pero como solía andar sin blanca, lo tomaban por un tipo raro. Vestía con desaliño y, en invierno, a veces llegaba a ponerse dos americanas, una encima de la otra (no tenía abrigo). Casi siempre trajinaba grandes bolsas con comida para sus animales: perros, gatos y un macaco. En un período, llegó a alimentar a cuarenta y cinco gatos. Durante las dos guerras mundiales no sintió ninguna compasión por los humanos; sólo le inquietaba la suerte de los animales: los caballos obligados a tirar de carros demasiado pesados, los gatos callejeros y los perros sin amo.

Uno de los momentos más sobrecogedores del diario es el relato de un amigo de Léautaud —utilizo la palabra amigo en la acepción coloquial, ya que, bien mirado, L. no tenía amigos, como no los tendría cualquier otra persona que escribiera un diario tan lleno de detalles— sobre los caballos que trabajaban bajo tierra, en una mina de carbón. Pero no hay que horrorizarse, Léautaud no era ningún monstruo; era capaz de hacer buenas obras y ayudaba a los demás.

Lo caracteriza algo que yo definiría como antihipocresía. Si la hipocresía común y corriente, muy extendida, consiste en prodigar dulces palabras y escatimar buenas acciones, Léautaud es el vivo ejemplo de una configuración inversa. En lo que decía y escribía era agrio y mordaz, pero no le faltaba disposición para obrar bien. En eso, recuerda al doctor Gottfried Benn, que también era más grosero de palabra que de hecho.

El diario, el género que Léautaud cultiva, se divide en tantos subgéneros cuantos autores y personalidades, plumas e ideas hay en el mundo. Es un género increíblemente elástico, formalmente inacabado. Para algunos autores, el diario es un campo de batalla donde, durante toda la vida, libran una encarnizada lucha espiritual por el desarrollo, por el perfeccionamiento interior y por una mejor comprensión del mundo y de sí mismos. El diario de León Tolstói es un modelo inigualable. Hay otros diarios que tienen un carácter del todo distinto. La comicidad involuntaria del diario de Samuel Pepys se debe precisamente al hecho de que su autor no se preocupe lo más mínimo por su desarrollo y, confiando en su código secreto, se limite a relatar sus éxitos y sus fracasos. El mismo efecto nos produciría la lectura del diario de un hámster que cada noche contara los granos que ha acarreado hasta su madriguera. Un extremo del diarismo lo constituye la mediocridad autocomplaciente que registra sin pudor alguno los pequeños triunfos sobre los demás —Samuel Pepys, Jan Chryzostom Pasek, James Boswell—, mientras que Tolstói reina en solitario en la colina del perfeccionismo espiritual.

Léautaud está más cerca de Pepys que de Tolstói. El realismo lo atrae más que la norma, la cotidianidad más que el postulado. A ratos, se desnuda casi tanto como Pepys o Pasek. Vamos conociendo sus flaquezas, lo observamos en sus horas bajas. Hay pocos tabúes que Léautaud no rompa. Nos habla de la masturbación y de la fealdad. No tiene inconveniente en confesar que un huésped intempestivo vio su

orinal sin vaciar abandonado en el suelo. Relatar este episodio es una proeza más grande que revelar los detalles eróticos de su relación con Fléau.

Pero Léautaud difiere de Pepys en algo fundamental: en la conciencia literaria. Léautaud es un autor muy consciente, y no alguien para quien escribir un diario sea una actividad marginal vespertina. Léautaud no es un simple mortal ingenuo que haya dejado su vida al descubierto por un descuido. Es un profesional, un miembro de la cofradía de escritores, un lector apasionado y un admirador de Stendhal y de Chamfort.

Al mismo tiempo y dado que la vida interior no manaba de él a chorro, tuvo que convertirse en el cronista que registra los sucesos externos. Y puesto que, como ya sabemos, carecía de imaginación, registraba lo que realmente ocurría. Su campo de observación era, por regla general, el París literario que contemplaba desde su escritorio de redactor del *Mercur de France*, tal vez la revista literaria francesa más importante de aquella época a caballo entre dos siglos (*La Nouvelle Revue Française* no se pondría a la cabeza hasta mucho más tarde).

¡El París literario! Una feria de vanidades. ¡Y qué feria! De primera clase, en todos los sentidos. Dos enfermedades graves aquejaban —y aquejan— al ambiente literario parisino: el sueño dorado sobre el ingreso en la Academia (para lo cual hay que aspirar) y la temporada de los premios literarios de otoño. Léautaud no se cansó nunca de observar los movimientos tácticos de los literatos de París. Alguien sueña con la Academia y se hace cargo de la columna de crítica teatral de un periódico de gran tirada sólo para hacerles la pelota a los académicos. En cuanto la Academia lo acepta en sus filas, deja de escribir reseñas. En su tiempo, Rémy de Gourmont ridiculizó el patriotismo llamándolo juguete de idiotas, pero durante la Gran Guerra se desdijo de sus befas. Barres es otro traidor. Hubo una época en que Léautaud lo admiró por su prosa modernista, pero más tarde se convirtió en el caudillo de la juventud nacionalista. Los premios de otoño les hacen subir la fiebre a casi todos los novelistas.

En el fondo, Léautaud contempla el mundo literario de París con los ojos de un crío inocente. Es un profesional, pertenece al gremio, y se da cuenta perfectamente de la corrupción que lo rodea, pero es incapaz de aceptarla.

Parece aplicar su definición del buen estilo literario («du naturel, du vrai et de la spontanéité») también al mundo social. Infiere la ética de la estética. Así pues, considera que toda apostasía de la literatura concebida como placer, expresión de la personalidad y crónica del momento es una traición. Por eso, el ejemplo de Maurice Barres es tan importante: ilustra el abandono de una literatura desinteresada a favor de la propaganda literaria.

Como cronista, Léautaud se especializó en las descripciones realistas de la agonía, de la muerte y del semblante del difunto. Siempre que alguno de sus conocidos se encontraba mal —Marcel Schwob, Rémy de Gourmont, Charles Louis Philippe—, Léautaud entraba en acción, intentando abrirse paso hasta los cuartos

oscuros donde luchaban por la vida. A veces llegaba tarde, junto con los albaceas y un poco antes que los de la funeraria. Describía el cadáver, la posición de las manos del finado, sus facciones y el aspecto del cuarto donde reposaba. Pero también examinaba el rostro de la viuda a la espera de la primera sonrisa, del primer relajamiento de la crispación fúnebre de los músculos.

No debemos tomárselo a mal. Léautaud es heredero literario de los moralistas franceses inspirados por el jansenismo, unos observadores incorruptibles de la corrupción —y no la de un círculo social concreto, sino la de la naturaleza humana en sí—. La prosa de Léautaud demuestra que la influencia de los moralistas —aquellos grandes maestros del aforismo— y el gran impacto del naturalismo pueden fundirse en un todo. Léautaud es como Chamfort, que jamás sabría ser conciso (publicó algunos aforismos, pero no eran precisamente su fuerte).

Escribía en un francés espléndido, pictórico. A veces resultaba aburrido. Lo que aburre de sus diarios son las descripciones reiterativas de la vida cotidiana, de los días que pasaba en la redacción del *Mercure de France* sentado siempre junto al mismo escritorio, en el tren que partía de la Gare de Luxembourg con destino a Fontenay-aux-Roses, o en las calles de las inmediaciones del Odeón. Aburren las eternas descripciones de tiernos encuentros con perros y gatos. Léautaud llenaba miles de páginas con la misma cantinela. Sólo las guerras le sugerían temas nuevos; las guerras y los cambios de generación literaria. Por ejemplo, acabada la última guerra, se quejaba de que el antiguo prototipo de escritor, amante de la lengua y de las emociones vivas, estuviera siendo substituido por el profesor de filosofía que, de paso, se dedica a escribir novelas. En este punto, es difícil no darle la razón.

Él mismo carecía de formación académica. Era autodidacta, lo que no significa gran cosa, ya que en cuestiones literarias lo somos todos. Vivió una vida larga de 1872 a 1952. Como ya he mencionado, no soportaba la radio, pero, paradójicamente, se dio a conocer gracias a las entrevistas radiofónicas que, ya de muy mayor, concedió a Robert Mallet. Aquellas entrevistas atrajeron la atención de miles de oyentes. En ellas, Léautaud se mostraba fiel a su definición de estilo («du naturel, du vrai...»). Su voz acerada de anciano que profería sin rodeos las opiniones menos conformistas parecía llegar de otra época, como si Robert Mallet hubiera conseguido entrevistar a Chamfort muerto hacía ya ciento cincuenta años. En una época del todo dominada por Sartre y sus discípulos, sonó la voz de alguien que realmente pensaba y sentía de otra manera, de una manera independiente y, si era conformista, había guardado fidelidad a los conformismos de antaño.

Le faltó imaginación. ¿Qué significa esto en el fondo? ¿Acaso puede un escritor carecer de imaginación? Tanto Pascal como Simone Weil eran enemigos de la imaginación, que interpretaban como antítesis de la verdad, la verdad de la religión. Pero también es posible no ver en la imaginación la antítesis de la verdad, sino su refinamiento y su profundización. Siguiendo los pasos de Coleridge, los poetas se complacen en distinguir entre imaginación y fantasía, y sólo a aquélla le otorgan un

valor estético y epistemológico inigualable.

Léautaud carecía de imaginación. Para pintar su época, que observaba desde un escritorio, necesitó miles de páginas. La imaginación es más económica, introduce abreviaturas y símbolos, se vale de sugerencias, matices y alusiones. Y en Léautaud predomina el burdo elemento naturalista, el afán de relatarlo todo y al pie de la letra, de citar literalmente un diálogo, un chiste o una habladuría.

Pues, ¿por qué leo a ese autor desaforado, casi grafómano? ¿Sólo por su francés vigoroso? El encanto indudable de la obra de Léautaud radica en la rivalidad y el vaivén de dos principios o elementos: el *amateur* y el profesional. Dicho de otra manera, en su diario perviven rastros de una ingenuidad a lo Samuel Pepys. Y Pepys entró en la historia de la literatura mundial precisamente gracias a habernos mostrado un espectáculo inaudito y sensacional, a saber, la vida de un hombre de a pie lleno de deseos prosaicos. Es como si lo observáramos a través de una cámara oculta. Y lo aventajamos moralmente. Leyendo a Pepys, nos decimos, ¡vaya palurdo, yo nunca me comportaría, pensaría o sentiría así! ¿Seguro?

A veces, Léautaud tampoco nos escatima sensaciones de esta índole. Naturalmente, no es ningún dominguero, pero nos da la sensación de que se dedica a la literatura a su manera («*du naturel, du vrai...*») y se extralimita cada vez más escribiendo. También os voy a contar esto, decide. No me echaré atrás ante el peligro de hacer el ridículo. Sacaré a la luz las regiones sombrías de mi vida. Y no sólo el orinal y la masturbación, sino también el dilema de si aceptar el dinero de un rico mecenas.

Pero, por otro lado, estamos hablando de un gran conocedor de Stendhal, del coautor —en sus años mozos— de una célebre antología de poesía modernista francesa (que publicó en colaboración con Van Bevere), de un incondicional del siglo XVIII, de un erudito, de un hombre de letras y un amigo —o, por lo menos, un coetáneo— de Paul Valéry.

Difícilmente encontraremos un abismo más grande que el que separa a Léautaud de Valéry. Aquí, la perseverancia naturalista de la notación, allí, la inteligencia en estado puro hastiada del aleatorismo del mundo y del arte. Y, no obstante, su amistad perduró hasta la muerte de Valéry. Hablaban de poesía. Se comprendían cada vez menos. Valéry se convirtió en un escritor de primera, Léautaud en uno de tercera. De modo que éste observó a aquél y anotó lo que veía en su diario. Examinó a Valéry prestando especial atención a sus ridiculeces, lo atacó con furia cuando, de noche, al abrigo de las miradas —sin contar las de sus perros y sus gatos— tocado con un gorro de dormir, pluma de ganso en ristre, ajustaba las cuentas con sus contemporáneos. A cambio Valéry, con la discreción que le era propia, escribió un agudo ensayo sobre Stendhal que se puede interpretar como un análisis demoledor de la estética de Léautaud.

La actitud de Léautaud ante la poesía es un tema aparte de gran interés. En una época escribió poesías, pero con el tiempo abandonaría esta actividad para buscar

suerte en la prosa. Confeccionó una antología poética. Admiraba a Apollinaire y, mientras le duraron las fuerzas, acudió al cementerio Père Lachaise todos los aniversarios de la muerte del poeta. Amó la poesía de Verlaine, aborrecía a Mallarmé. En cierto sentido, fue un encuentro con Verlaine lo que le abrió las puertas de la literatura. Un día, el joven Léautaud vio al viejo poeta castigado por las enfermedades sentado a la mesa de un café. Compró un ramo de violetas y se lo mandó con un mozo. Contempló la escena a escondidas. Aquel suceso insignificante constituye una especie de lema que encabeza los gruesos tomos de su diario. Un tímido admirador que ofrece un ramo de violetas.

Hacia el final de la vida, negó tener cualquier interés por la poesía. Se trataba de algo más que de gusto poético, de la lectura de libros de poemas. Se trataba de una actitud frente a la belleza. Léautaud no pudo abjurar totalmente de la belleza, pero se declaró partidario de la que se distingue por una prosa inteligente, juiciosa y mordaz. Su instinto de moralista hizo que viera en la poesía únicamente retórica, falsedad y grandilocuencia. Moralista, pero sólo en la acepción consagrada por la tradición literaria francesa, porque no hay duda de que Léautaud no era moralista en un sentido más general del término. (Basta con recordar sus fobias y su arrogancia de la época de la ocupación nazi —dicho sea de paso, compartidas con muchísimos franceses).

La poesía lo atraía y lo repelía a un tiempo. El instinto de supervivencia también tenía algo que ver con esto: ¿qué actitud debía adoptar un cronista de la cotidianidad frente a las grandes obras maestras que otros creaban en vida suya? Por ejemplo, Proust. Durante toda la vida, Léautaud insistió en que nunca había leído a Proust, ni pensaba hacerlo jamás. Sí, pero a pesar de ello, da fe en su diario de lo mucho que lo impresionó el número especial de *La Nouvelle Revue Française* dedicado íntegramente a Proust. Léautaud vivió unos días de verdadera fiebre, de éxtasis. Lo que más le impactó fue la imagen de un Proust frágil y quebrantado por las enfermedades que sacrificaba todas sus fuerzas en aras de una novela gigantesca y agonizaba a causa de aquel esfuerzo creativo sobrehumano. Pero leer los libros de Proust, ¡eso sí que no! Allí no esperaba encontrar sino una poesía falaz, retórica y artificial, y, para colmo, ¡¿qué demonios le importaba aquella caterva de aristócratas?! Vio poesía en la vida de Proust, pero no la vio en su obra.

Esta separación entre vida y obra se repetiría a menudo. La poesía residía en el acto de escribir y en las innumerables excentricidades de los hombres de letras, unas extrañezas que conmovían profundamente a Léautaud. No en vano idolatraba al famoso Brummell, un dandi inglés que acabó sus días en la miseria y en la más absoluta soledad de un exilio en Calais. Para él, Beau Brummell era un poeta que no escribía. A diferencia de Proust, Brummell no le causaba problemas, porque sólo había dejado a la posteridad unas memorias, y no poemas o mamotretos en prosa.

Una de las reliquias poéticas más sagradas era para Léautaud un fragmento del ensayo de Barbey d'Aurevilly, dedicado precisamente a Brummell, donde se hace referencia al período más triste de la vida de aquel gran dandi. He aquí un fragmento

de aquel fragmento:

«Había ciertos días en que, con gran sorpresa de la gente del hotel, [Brummell] ordenaba que preparasen su habitación como para una fiesta. Lucernas, candelabros, bujías, flores en abundancia...; no faltaba nada, y él, bajo el resplandor de tantas luces, engalanado con el uniforme de su juventud, con el frac azul Whig de botones de oro, el chaleco de piqué y el pantalón negro, ajustado como las calzas del siglo XVI, permanecía en el centro y esperaba... ¡Esperaba a la Inglaterra muerta! Súbitamente, y como si se hubiera desdoblado, anunciaba con voz recia al príncipe de Gales, a lady Connyngham, a lord Yarmouth y, en fin, a todos aquellos grandes personajes de Inglaterra para quienes él había sido la ley viva; creyendo verlos aparecer a la invocación de su nombre, cambiaba su voz e iba a recibirlos a la puerta, abierta de par en par, de aquel salón vacío en el que jamás habría de entrar nadie, ¡ay!, ni aquella ni ninguna otra noche. Saludaba a sus invitados, a las quimeras de su imaginación, y ofrecía el brazo a las mujeres, en medio de todos aquellos fantasmas que acababa de evocar y que, ciertamente, no hubieran abandonado ni por un instante sus tumbas para asistir a aquella fiesta del Dandi desposeído. Esto duraba largo rato..., hasta que por último, cuando todo se había llenado de tales fantasmas, cuando todo el mundo del otro mundo había llegado, entonces llegaba también la razón y el desdichado se percataba de su ilusión ¡y de su demencia! Brummell caía entonces abrumado en uno de aquellos sillones solitarios, donde acababan por encontrarle deshecho en lágrimas<sup>[12]</sup>».

Para alejar de sí la sospecha de que rendía homenaje a Barbey d'Aurevilly, el autor del ensayo, Léautaud añadió al final de la cita —el texto está sacado de las crónicas teatrales que publicó bajo el seudónimo de Maurice Boissard— que d'Aurevilly probablemente se había limitado a copiar esta descripción de un libro de E. D. Forgues, un autor olvidado.

Así existe la poesía: en la imaginación, en la leyenda. Tiene que ser casi tan irreal como los huéspedes nocturnos del pobre Brummell.

¡Y nosotros nos atrevemos a sostener que Léautaud carecía de imaginación! Él también parecía creer lo mismo. Él, que pasaba horas soñando con Brummell y otros héroes. Él, que había obsequiado a Verlaine con un ramo de violetas porque era demasiado tímido para acercársele, y durante el resto de su vida reviviría mentalmente aquel episodio.

La imaginación de Léautaud se enciende cuando entra en contacto con las figuras de los grandes artistas. No la inspiran ni las iglesias, ni mucho menos la religión, ni el mar. El mar lo aburre. Las misas le parecen una idiotez.

De modo que a Léautaud no le falta imaginación, pero eso da bastante igual. Parece que los sueños y los periplos de la imaginación ocupaban un espacio nada desdeñable en su vida mental, de lo cual ha quedado constancia en sus diarios. Pero su imaginación nunca fue una fuerza moldeadora, no convirtió al cronista en poeta, no le dio alas. A pesar de ello, las ensoñaciones, uno de los muchos enseres de

aquella gran oficina de objetos perdidos, desempeñan un papel importante en la estructura del diario, si bien nunca fueron decisivas para su atmósfera. Forman el horizonte, el polo oriental del firmamento, allí donde suele despuntar el alba. Y aunque en Léautaud el alba no despunta jamás, por lo menos no se puede excluir la posibilidad de que eso ocurra, ya que no se trata de algo imposible *a priori*.

Vuelvo a hacerme la pregunta: ¿qué es lo que me fascina de aquel diario extraño, donde hay tantos pasajes aburridos, triviales y obscurantistas? Sin duda, no puedo decir que sea la vida de Paul Léautaud ni su inteligencia. Para eso prefiero leer a Paul Valéry.

Creo que la respuesta debe ser la siguiente. En primer lugar, leo a Léautaud porque es un poeta que canta los estados pedestres de la existencia. Precisamente, lo «trivial», lo modesto, cotidiano y recurrente encuentra en él a un vate sólido y poco romántico. Léautaud parece decirnos: ¡mirad, esto existe, todas estas cosas nimias rechazadas con desdén por los autores de primera categoría existen! Abro el libro de Léautaud para experimentar un escalofrío de vulgaridad, porque allí el caos del mundo se manifiesta en los dos extremos de la escala, tanto en la tragedia como en la trivialidad, en la fealdad. Ocurre así en Racine y en Paul Léautaud. En el lamento de Dido, orquestado por Henry Purcell, y en el diario de aquel amante de los gatos.

Mi otro motivo está relacionado con la actitud de Léautaud frente a la poesía. Como yo mismo escribo poemas y me tomo la poesía en serio, no puedo compartir de ningún modo el escepticismo estético de Léautaud. No obstante, el cultivo de la poesía no está libre —por lo menos no en mi caso— de un cierto sentimiento de culpa. Una culpa difícil de definir e, incluso, de comprender. La caza de la belleza, ¿qué tiene de malo? ¿O acaso la poesía está tan estrechamente emparentada con la retórica que un paso en falso en un poema nos hace caer desde las cimas de unos Alpes poéticos en lo más profundo de la prosopopeya? Paul Léautaud, un enemigo paradójico de la poesía, ejerce sobre mí una atracción fatal. No siempre. Sólo cuando mis propias inquietudes relacionadas con la poesía crecen peligrosamente. Léautaud es mi lectura para los días malos.

## EL INFORME DE SAN PEDRO (FRAGMENTO)

Aprovecho la presente para llamar la atención de las instancias supremas sobre un hecho en apariencia insignificante: al observar con inusual esmero los diversos tipos humanos (¡cuánta variedad distribuida entre tres —o como mucho cuatro— paradigmas!), advertí algo totalmente increíble. Como es sabido, en nuestros registros utilizamos la dicotomía: moralistas *versus* nihilistas. Ya hace tiempo que soy escéptico respecto a esta clasificación, aunque nunca me había atrevido a protestar abiertamente, a sabiendas de que suele atribuírsele una gran importancia: casi todo el sistema se basa en esta correlación.

Sólo hay una persona que sepa cómo son las cosas. Esta persona soy yo, el ujier. Los moralistas —¡oh sí, éstos llegan en taxi!— son gente acomodada, huelen a agua de colonia. Traen consigo diplomas, recortes de prensa, críticas entusiastas y, a menudo, una foto junto al Papa. Los nihilistas acuden a pie, mortalmente cansados, sin afeitar, tristes y, por regla general, con los bolsillos vacíos. No tienen nada de qué presumir.

Los moralistas se comportan como si llegaran al enésimo congreso. Preguntan qué habitación tienen reservada y comprueban dónde se alojan sus amigos. Hablan en el tono de los que creen merecer lo mejor. Tienen caprichos, están acostumbrados al lujo.

Los nihilistas no tienen ninguna exigencia y se duermen enseguida. Llegan agobiados. Son conscientes de haberse trasladado de un infierno a otro.

Confieso que a veces logro cambiar los números de las habitaciones y mando a un nihilista allí donde iba a alojarse uno de aquellos moralistas esnobs.

# LA IMAGINACIÓN HISTÓRICA

Cuando estudiaba en el instituto, ávido de conocimientos, no me perdía ninguna ocasión de escuchar a la gente importante que venía a dar conferencias a mi ciudad, una ciudad de provincias.

Por regla general, eran especialistas en disciplinas muy concretas: alguien habló del teatro isabelino, alguien del siglo de oro de la pintura holandesa y alguien de Stanisław Wyspiański.

Entre los asistentes solían predominar los estudiantes del instituto —como yo— y los jubilados. Unos querían saber en qué consistiría la vida que les esperaba, los otros intentaban comprender en qué había consistido la que tocaba a su fin.

Incluso las charlas más logradas —como, por ejemplo, una maravillosa conferencia sobre la arquitectura medieval a cargo de un señor de Varsovia, muy alto y canoso, que habló con tanto ardor como si presentara el proyecto de la ciudad del futuro— dejaban un leve sabor a decepción en ambos grupos, puesto que nunca proporcionaban respuestas a aquellas preguntas fundamentales.

Un día se anunció una charla sobre la imaginación histórica. Los asiduos a aquellos encuentros siempre interrogábamos al director del club sobre la figura del próximo conferenciante. Aquella vez —según nos dijo— no iba a ser ni un historiador ni un científico sino un poeta, supuestamente de gran talento aunque poco conocido. Después de caer en desgracia con las autoridades, en los últimos años su situación había mejorado lo bastante para que le permitieran publicar y encontrarse con el público. ¡Menuda deferencia —suspiró un compañero de clase— para alguien que es conocido en su casa a la hora de comer! La desaprobación de las autoridades implica la de los lectores.

Por fin, compareció. Hablaba de un modo distinto al de sus antecesores, con voz queda, como sin convencimiento, como si no creyera que hubiese alguien dispuesto a hacer el esfuerzo de comprenderlo. Sólo estábamos cinco personas en la sala.

Sabemos tan poco, repetía. Se lo hemos entregado todo a la historia. Todo lo explicamos mediante la historia. La última guerra —dijo— fue una gran catástrofe no sólo porque perecieran en ella millones de personas inocentes. Esto es lo más importante. Pero en aquella guerra perdimos algo más que la dignidad de los seres humanos a quienes nadie puede matar sin juicio, sin sentencia, sin culpa. Perdimos en ella también la dignidad de los seres humanos que, en el fondo, viven como entes ahistóricos, sempiternos, involucrados sin remedio en la historia, pero diferentes de ella, distintos.

¿Han observado ustedes —nos preguntó a los cinco asistentes, tres bachilleres y dos señoras entradas en edad, una de la cuales se rindió al sueño al cabo de pocos minutos y durmió como un indio, sin hacer el menor ruido— que los poemas, las novelas y las películas actuales le echan la culpa de todo a la historia? ¿Han

observado que nosotros hemos dejado de existir, nosotros en tanto que focos de voluntad y de pensamientos, cristales de aumento del destino individual?

Sólo queda la historia, que nos llena, nos alquila, nos destruye y nos determina hasta el último detalle. Como ustedes seguramente saben, la imaginación histórica se desarrolló tarde, pero sufrió una evolución excesiva, monstruosa, parasitaria, devorándolo todo, asesinando a cualquier otra variedad de imaginación y de pensamiento y privándonos ya no de la libertad, sino de aquella dignidad tan especial. Antes, vivíamos como viajeros que presencian por casualidad escenas de violencia, de muerte y de batallas. Había quien se tapaba los ojos, había quien intentaba huir, y algunos protestaban.

Eramos distintos, veníamos de otra parte, el mal nos sorprendía, no comprendíamos el sufrimiento. Ahora todo ha cambiado: somos seres históricos. Siempre hay un Stalin o un Hitler que se inclinan sobre nuestra cuna, nuestra ropa está apedazada con retales de uniformes, siempre tenemos de quien vengarnos o a quien salvar, y si ocurre que cometemos un error o un crimen, la imaginación histórica nos hace de abogado. No he sido yo, ha sido la época, decimos. Todos hacían lo mismo, decimos, y la imaginación histórica es nuestro apuntador.

Nos hemos tomado demasiadas libertades con la historia, se ha borrado la frontera entre la experiencia y la inexperiencia, entre la noche y el día, la música y la estadística. Pero yo nunca voy a consentirlo, prefiero enloquecer que ser histórico, prefiero hacer el ridículo que caer en la vulgaridad, prefiero no saber nada que comprenderlo todo.

Estaba cansado. Enmudeció y abandonó la sala apresuradamente sin esperar la tanda de preguntas o de protestas. Nos quedamos solos, nosotros, aquellas cinco personas de edades distintas. Callábamos y ninguno de nosotros se atrevía a despertar a la durmiente. Anochece, era noviembre, los relojes trabajaban en silencio.

## DE OTRO MUNDO

Los poemas vienen de otro mundo. ¿De cuál? De donde reside la vida espiritual. ¿Dónde está ese mundo? No os lo puedo decir. Las ideas, las metáforas y los estados de ánimo vienen de otro mundo. A veces rebosan de sublime confianza, a veces rezuman escarnio o ironía. Se presentan a horas intempestivas sin invitación, sin anunciar su llegada. En cambio, cuando se les llama, optan por no dar señales de vida.

En las calles de París, a menudo actúan unos mimos que entretienen a la multitud siguiendo los pasos de una persona, de un transeúnte serio y ajetreado que lleva una sólida cartera en la mano y unos sólidos pensamientos en la cabeza. Siguen a alguien así, imitando en cada detalle sus andares, su semblante, su postura, su seriedad, sus prisas y su ensimismamiento. En cuanto el transeúnte se da cuenta de estar escoltado por un mono de repetición, el juego termina, el corro de mirones se echa a reír, la víctima de la broma acelera el paso para desaparecer en una travesía, y el mimo saluda al público y recoge el dinero.

La vida espiritual trata de igual manera al mundo sensato de la política, la historia y la economía. Camina medio paso por detrás, triste o alegre. Va en pos del mundo real como un ángel de la guarda pelirrojo y delirante, y llora o suelta una carcajada, toca el violín o recita poesías. Después, cuando la realidad se percata de que no está sola, su sombra fantasmal saluda al público y desaparece.

Los poemas vienen de otro mundo. ¿De dónde? No lo sé.

## EL EGOÍSMO

Lidiya Chukovskaya, que conocía muy bien a Solzhenitsyn, relata en un ensayo conmemorativo cómo se creó *El archipiélago Gulag*. Solzhenitsyn dedicó a la obra todos los momentos de su vida. No tenía tiempo para charlar. Acabado el almuerzo, se levantaba de un salto y volvía al trabajo. Dejó de ver a sus amigos. Sus amigos le tacharon amargamente de egoísta.

## **KARL MARX**

**M**arx encontró un remedio para el sufrimiento: lo enfocó científicamente. A partir de entonces, pudo dormir tranquilo, al igual que los innumerables marxistas de todo el globo terrestre y de los satélites que giran a su alrededor.

## EL VACÍO

Un poeta acudió a un *zadik*. El *zadik* invitó al poeta a una taza de té con almendras y le mostró una vista panorámica de la ciudad. El piso se encontraba en una vigésima planta; todos los ríos y canales de la ciudad brillaban como las vetas de mica en el granito. Era un día soleado de otoño, los remolcadores cortejaban a las corpulentas naves cargadas de cereales.

—¿A qué has venido? —preguntó por fin el *zadik*—. Pareces atormentado.

—Sí —contestó el poeta—. He venido para que me ayudes. Se trata de que... No sé cómo decirlo, me cuesta encontrar las palabras adecuadas...

El *zadik* estaba sentado tranquilamente en un sillón mirándose las uñas cortadas a cercén.

—Me atormenta el vacío —dijo el poeta después de meditar un rato—. La nada. Son tantos los días en que me veo incapaz de escribir, ni siquiera de pensar. Hay días magníficos, ricos en descubrimientos y en ensueños, días que son un tesoro. Y después, semanas de silencio, de desesperación.

El *zadik* lo obsequió con una sonrisa algo profesional. Así sonríen los médicos, los psicoanalistas y los guías de montaña.

—Eres un hombre feliz —soltó al cabo de un rato—. A veces, Dios te visita. Imagina ahora una casa donde hay decenas de muebles macizos, biombos y cortinas, donde cómodas antiguas conviven con jarrones chinos. En una casa así jamás penetrará un rayo de sol. Tú eres como una casa espaciosa donde no hay más que una silla ligera. La silla está en medio del cuarto y espera. Tiene todo el tiempo del mundo. La nada es la espera de la plenitud. La desesperación canta en voz baja como el petirrojo, ese pajarito que silba incluso en noviembre, hasta que caen las primeras nevadas.

## EL DERMATÓLOGO INSPIRADO

Quien al anochecer se haya detenido alguna vez delante de la puerta de cualquiera de las grandes bibliotecas europeas, sin duda habrá visto abandonarla a unos jóvenes arrobados por la lectura de la poesía y la filosofía e incapaces de percibir el mundo material. Estos jóvenes andan como ciegos y con la torpeza de los ciegos se adentran en la ciudad llena de crepúsculo. Algunos morirán pronto, atropellados por un coche o un tranvía. A otros los detendrá la policía por obrar contra el sentido común y constituir una amenaza para los peatones más normales. También habrá quienes caminen durante mucho, mucho tiempo —la marcha de Gottfried Benn duró setenta años—, tropezando con dos guerras mundiales, el Tercer Reich y el bloqueo de Berlín, pero ni siquiera estos terribles obstáculos serán capaces de frenarlos.

¿Quién era Gottfried Benn? Un gran poeta. Y también dermatólogo y especialista en enfermedades venéreas. ¿Qué aspecto tenía? Era de mediana estatura, más bien obeso y feúcho. Miraba fijamente y con autoridad al objetivo de la cámara, como si quisiera imponerle a la emulsión fotosensible una imagen suya que él mismo hubiese elegido y fuese de su agrado. ¿Nos cruzamos alguna vez? Imposible, porque murió en 1956, cuando yo tenía once años y vivía en Gliwice. Benn pertenecía a la generación de mi abuelo.

Sin duda alguna, era uno de esos jóvenes que al salir de una biblioteca no se reponen nunca más del arrobo que les ha producido la lectura (básicamente de Nietzsche), aunque, al mismo tiempo, representaba la perfecta encarnación de la idea platónica de un pequeño burgués alemán. Hijo de un pastor evangélico y una suiza, tras acabar los estudios fijó su residencia en Berlín, y permanecería fiel a esta ciudad durante toda la vida. Abandonó Berlín para pasar un tiempo en Bruselas (la Primera Guerra Mundial), en Hannover (los años treinta, cuando eligió una «forma aristocrática de emigración» y se hizo médico militar) y, finalmente, en Landsberg, hoy Gorzów Wielkopolski (los últimos años de la Segunda Guerra Mundial).

De día recibía a los pacientes y por la noche frecuentaba una cervecería. Y así durante cuarenta años. De día, enfermedades cutáneas; por la noche, cerveza. Únicamente la sustituía por café los domingos, cuando esperaba las iluminaciones poéticas que, a decir verdad, no venían todas las semanas, pero sí lo bastante a menudo como para convertirlo en un gran artista. O sea que, el domingo esperaba la inspiración y, por lo tanto, rechazaba las proposiciones para salir de excursión o de picnic, por ejemplo la que una vez le hicieron los señores Hindemith, propietarios de un coche.

Era el perfecto pequeño burgués alemán, lo sabía, se enorgullecía de ello y lo consideraba su refugio. En la calle, escondido debajo del ala de un sombrero liviano —aunque no resultaba nada fácil esconder su gran rostro pálido y adocenado—, honraba a su clase social. Me divierte la idea de que tal vez Vladimir Nabokov, que

vivió un tiempo en Berlín y no sentía un gran entusiasmo por los alemanes, se cruzara con Benn por la calle o en el metro y lo mirara disgustado y asqueado, pensando en su fuero interno: «¡He aquí un bebedor de cerveza desprovisto de individualidad y de fantasía!».

Sin embargo, fue otro prosista, Klaus Mann, quien retrató a Benn en su *Mefistófeles*. Allí, Benn se llama Pelz y físicamente no difiere en absoluto del original —de mediana estatura y complexión fuerte, tiene unos ojos azules fríos, unas mejillas caídas y unos labios prominentes, entre sensuales y crueles—. Pelz pregona sus opiniones que son una caricatura de la filosofía política de Benn: «La vida en democracia se había vuelto demasiado segura. Nuestra existencia se alejaba cada vez más del *pathos* heroico. El espectáculo que hoy tenemos la suerte de contemplar anuncia el nacimiento de un nuevo tipo de hombre o, mejor dicho, el renacimiento del tipo antiguo: arcaico, mágico y guerrero. ¡Qué espectáculo más hermoso y arrebatador!».

Porque, en cuanto Hitler tomó el poder, Benn-Pelz dio su apoyo a los nazis. Su admiración por el nuevo régimen duró muy poco y tan sólo al cabo de unos pocos meses Benn se convertiría en un poeta mal visto, atacado, e incluso amenazado de muerte.

Hay algo de grotesco en aquel episodio de la vida de Benn, algo cómico que no se parecía en nada a situaciones análogas, muy corrientes en el nazismo o en el estalinismo. A pesar de estar enfadado con el poeta, incluso Klaus Mann, un admirador de su talento, se dio cuenta de ello. Porque en boca de otros partidarios del Tercer Reich ponía declaraciones más pragmáticas: «Soy y nunca dejaré de ser un artista alemán y un patriota alemán, independientemente de quién gobierne mi país. En Berlín me siento más a mis anchas que en cualquier otra ciudad del globo, y no tengo ningunas ganas de abandonarlo. Dicho sea de paso, en ninguna parte me pagarían mejor que aquí».

Lo grotesco de la actitud de Benn se debía a su seriedad y a la pureza de sus intenciones. Por un instante, se tomó muy en serio la filosofía del nuevo régimen (¡heroísmo, heroísmo!), pero no esperaba hacer carrera, ganar dinero a espuestas, conseguir la fama ni ver sus libros publicados en ediciones de lujo.

Además, lo que me interesa de la biografía de Benn no es el breve episodio «nazi». Lo que más me interesa de ella es naturalmente la poesía, una poesía insólita, melancólica. Pero escribir sobre la poesía no resulta nada fácil. En cambio, en la historia de los poetas —que es algo muy diferente de la historia de la poesía— aquel insignificante especialista en enfermedades cutáneas y venéreas ocupa un lugar muy especial. Probablemente nunca hubo un poeta mejor enmascarado, mejor camuflado, mejor escondido ni mejor disfrazado de lo que no era. Jamás en la historia de la literatura se había producido una ruptura tan absoluta de los vínculos entre el poema y el mundo, entre el poeta y la persona física en la cual mora el poeta, entre el espíritu y la realidad, la inspiración y la historia.

Benn se daba cuenta perfectamente de este desdoblamiento, ¡y hasta se sentía orgulloso de él! Cuidaba de este abismo, se jactaba de esta discontinuidad. Le buscaba motivaciones filosóficas y la consideraba la garantía de su libertad artística.

Stefan George, una generación mayor que Benn, se ponía con gusto la túnica griega y se coronaba la frente con laurel. Para Benn, aquello era una mascarada insoportable. Él sólo vestía el uniforme de la Wehrmacht —aunque insisto en que era médico militar, no mató a nadie, y en los años de la guerra se dedicaba a analizar las estadísticas de los suicidios entre los soldados—, la bata blanca de doctor o el terno de pequeño burgués. Vivía modestamente en la planta baja de una casa de vecinos. Cuando invitaba a sus amigos, lo cual hacía a regañadientes y no muy a menudo, les avisaba que no verían ni un palacio ni muebles renacentistas. Se excusó delante de Ernst Jünger por la baja calidad del vino con el que lo había agasajado. Sólo entendía de cerveza.

Todo lo imaginativo de su mente inquieta lo colocó en otra parte: en los poemas, en las cartas y en los ensayos. Su vida era —y tenía que ser— gris y trivial como una chuleta de cerdo con patatas. En Hannover, tenía que participar en los encuentros periódicos con sus camaradas oficiales y mantener conversaciones sobre «quién fue el jefe del estado mayor del decimoquinto cuerpo de reserva en noviembre de 1915». Benn pintó el aburrimiento de su vida en Hannover en las cartas que mayoritariamente mandaba a Bremen. Porque en Bremen vivía F.W. Oelze, un comerciante enamorado del arte, copropietario de una empresa de venta de licor al por mayor. Benn lo convirtió a un tiempo en Lorenzo de Medici y en el príncipe de Gales, lo cual no tenía mucho que ver con el verdadero señor Oelze, un sencillo y probo mercader.

En las cartas a Oelze, Benn subraya a veces la superioridad espiritual que tiene sobre su corresponsal —nunca se tutearían—, pero admira sin medida el decoro de aquel hombre de negocios de Bremen, alaba sus trajes cortados a la perfección, sus modales, que califica de británicos, y su europeísmo. Le impresionan los viajes de Oelze, le atribuye grandes éxitos mundanos y conexiones con gente importante, le imputa aventuras amorosas en la alta sociedad.

Lo ve muy de vez en cuando. Prefiere imaginárselo. Oelze es como un poema: existe en la imaginación, en la lengua, pero no es recomendable examinarlo con detalle para que la ilusión no se esfume. Un suceso divertido confirma esta tesis: una vez que Benn estuvo en Bremen y no había avisado de su llegada, se conformó con contemplar la fachada de la casa de Oelze sin hacerle una visita. Prefirió imaginarse la vida de su amigo que verla con sus propios ojos.

Pero volvamos por un momento al coqueteo de Benn con el Tercer Reich en sus primeros meses de existencia. Benn fue rechazado porque era demasiado serio, demasiado sincero y demasiado cabal. No supo traicionar a sus aliados artísticos, los expresionistas, cuando el expresionismo fue condenado por ser una corriente literaria sustancialmente contraria al sano espíritu del nacional-socialismo. Sin duda, alguien

leyó por fin los poemas de Benn y se armó un verdadero escándalo: su autor no podía ser considerado un aliado del nuevo régimen, porque era un decadente, el típico representante del arte degenerado, un nihilista, y hubiera sido del todo inútil buscar en sus obras elogios a las virtudes nórdicas ni entusiasmo por un estado fuerte.

Pronto Benn le escribiría a Ina Seidel: «Ya no puedo más. Hay cosas que han precipitado mi decisión. ¡Esto es una tragedia horrible! Todo se parece cada vez más a un espectáculo *kitsch* anunciado como *Fausto*, mientras que el elenco no permite representar más que *Han Llegado los húsares*. ¡Qué aspecto más repugnante tiene hoy lo que empezó siendo tan magnífico! Esta historia está aún muy lejos de terminar.» (Carta del 27 de agosto de 1934.)

Con fecha de 7 de mayo de 1936, la revista cultural de las SS *Das Schwarze Korps* publicó un ataque decisivo contra la persona y la obra de Benn, y ya al día siguiente le secundó el *Völkischer Beobachter*. La existencia de Benn pendía de un hilo, y el poeta saldría indemne sólo gracias a la intervención ponderada de sus escasos protectores.

Vale la pena hacer recalcar la indescriptible trivialidad de algunas circunstancias que acompañaron las persecuciones de Gottfried Benn —por lo menos, las que sufrió sobre el papel impreso—. Hay sospechas de que el autor del repugnante artículo publicado por *Das Schwarze Korps* era un tal H. M. Elster, que durante su mandato como tesorero de la asociación de escritores, había sido expulsado de la organización por embaucador y ladrón cuando Benn y otros lo desenmascararon.

Con todo esto, Benn acabó siendo condenado a diez años de soledad y se le prohibió publicar sus obras. Fue entonces cuando la disociación radical de la poesía y del mundo, tan característica de nuestro protagonista, alcanzó su apogeo. Ya antes, en los años treinta, Benn había defendido la autonomía de la poesía, y a menudo lo había hecho contra los ataques de unos periodistas frívolos y superficiales de izquierdas que percibían la literatura como un vehículo al servicio del partido comunista, lo cual explica en parte la actitud de Benn en 1933: obsesionado por las polémicas con la izquierda, momentáneamente perdió la cabeza por la derecha. Pero habría que esperar hasta el decenio por el que Benn transitó amargado y en la soledad más absoluta para que aquel dualismo alcanzara unas formas extremas, excepcionales. Cien años de soledad se dan sólo en las novelas. Diez años de una soledad auténtica y difícil son una sentencia suficientemente severa.

No defiendo al Benn-hombre. No escribo su apología. Admiro muchos de sus poemas y ensayos, pero algunos textos suyos —en particular allí donde esgrime el concepto de la raza (si bien no le da el mismo significado que Rosenberg)— me resultan repugnantes. No sé quién era. ¿Era una buena persona? ¿Quién sabe? Muchos años después de la muerte de Benn, aquel Oelze tan británico de la ciudad de Bremen, escribiría en una carta que había en él algo «demoníaco». Pero, al mismo tiempo, fue un buen médico que atendía a las prostitutas más pobres sin cobrarles nada. Y fue también un poeta fiel a sí mismo que detestaba la hipocresía de la

«industria literaria». A este tema volveré más adelante.

De modo que no defiendo a Benn. Tampoco es necesario añadir que su suerte fue mucho más soportable que la de los prisioneros de los campos de concentración. Al fin y al cabo, desfiló con el uniforme de la Wehrmacht. Y, cosa extraña, nunca se le pasó por la cabeza la idea de oponerse, rebelarse, lo cual probablemente se debiera a su herencia prusiana más que a su carácter individual. En otros asuntos sabía ser porfiado e intransigente.

La soledad de Benn alcanzó el apogeo durante su estancia en Landsberg, una pequeña ciudad de provincias que hoy en día se llama Gorzów Wielkopolski. Todavía era médico militar, todavía vestía el uniforme de color *feldgrau*, pero vivía en un pueblo donde no había más que campos, casas pequeñas, cuarteles, callejones estrechos, serbales y nubes que acudían ora del este ora del oeste. Prematuramente envejecido, cuando rondaba los sesenta, el doctor Benn obtuvo permiso para vivir con su mujer. Los dos se alojaron en el cuartel, luchando contra las intrépidas chinches. Benn escribía poemas y ensayos, y estaba sumido en la lectura de libros esotéricos. Tenía mucho tiempo libre. En el cuartel, se impartían cursillos intensivos para los reservistas traídos desde Berlín que iban a ser arrojados al frente del este. El imperio se hundía, pero hablar de ello estaba prohibido. Al anochecer, el doctor Benn salía a dar un paseo. En los jardines florecían las lilas. Los rusos estaban cada vez más cerca.

Es difícil imaginar una soledad psíquica más grande. Fue en el cuartel de Landsberg donde Benn perfeccionó su filosofía de la cultura. A un lado, la historia absurda, cruel y tenebrosa, sangre y conquistas —como decía Iwaszkiewicz según Miłosz: en China, los alborotos duraron desde el siglo siete hasta el trece—, la demagogia de los Goebbels y los períodos de lucha que se alternan con los de una paz relativa; al otro lado, la mente humana, un momento de inspiración, un poema, un cuadro, la vida espiritual. Estas dos esferas no se tocan nunca. La primera no merece más que ser despreciada. Por la segunda vale la pena sacrificar la vida.

He mencionado la marcha de Benn, que había salido de la biblioteca embelesado con las ideas de Nietzsche. Incluso sabemos de qué biblioteca se trataba: la Staatsbibliothek que, para gran amargura de Benn, tras la partición de Berlín quedó en el este. El itinerario de aquella marcha lo condujo desde Berlín hasta Landsberg, y viceversa. Quien influyó decisivamente en Benn fue el Nietzsche temprano y, sobre todo, *El origen de la tragedia*. La existencia del mundo no puede justificarse sino como fenómeno estético —solía repetir Benn—. Incluso su breve entusiasmo por el Tercer Reich puede interpretarse como un efecto de la lectura de Nietzsche: durante algún tiempo, Benn se sintió atraído también por el Nietzsche tardío, por sus tesis sobre el superhombre y por su proyecto de «criarlo» (a uno hasta le da vergüenza repetir estas cosas). Después, cuando, asqueado, le dio la espalda a toda actividad política, «se retiró» del Nietzsche tardío para volver al Nietzsche temprano, a *El origen de la tragedia*, a la biblioteca.

¡El asco que le producía la realidad alemana de finales de los años treinta era tan grande que la declaró invisible! En una carta de 6 de julio de 1938 a Oelze escribió: «Hasta podría decirse que, en un sentido muy concreto, óptico y fisiológico, no percibimos sino los objetos invisibles».

¡No percibimos sino los objetos invisibles! Sobre todo en el pequeño Landsberg no había ninguna necesidad de percibir los objetos visibles y no valía la pena hacerlo, a no ser que fueran rosas y peonías, o las golondrinas que hacen caso omiso de las guerras. El mundo histórico, ¡vaya nadería!: ciudades, aldeas, hospitales, faros marinos, las siluetas oblongas de los submarinos, teléfonos, telégrafos, aeropuertos y campos de concentración. Basta con que le opongamos las cuatro estrofas del poema *Los áster* para que le hagan de contrapeso. Por lo menos, momentáneamente.

En sus últimas filosofías, Nietzsche esbozó deprisa y corriendo un proyecto para transformar la humanidad. Tras un breve período de entusiasmo, Benn le achacó a su guía espiritual una fe totalmente infundada en la posibilidad de transformar al hombre. Él, Benn, sabía con la certeza de un poeta que ha llegado al umbral de la vejez que tal evolución nunca tendría lugar. Existen dos reinos, el espíritu y la historia, y jamás se producirá un intercambio entre ellos. Siempre habrá poesía y siempre habrá un mundo de idiotas entretenidos en trasladar las fronteras, perfeccionar los tanques y ganar las elecciones al parlamento.

La filosofía poética de Benn contiene un elemento embriagador —¡les gusta sobre todo a los poetas!—, y más aún cuando la ingerimos envuelta en sus frases agudas y sin perder de vista su mirada eternamente retadora que las cámaras fotográficas han perpetuado. La filosofía de Benn puede leerse como un poema o como una filosofía. En el primer caso, produce un escalofrío de éxtasis y de inquietud. Pero si la leemos con más frialdad, la crítica se impone sola.

El radicalismo espiritual de Benn presenta algunas afinidades con el pensamiento de Heidegger y de Ernst Jünger. Una vez hemos dividido el mundo en «historia» y «poesía», desaparece la diferencia entre la historicidad benigna para con el hombre, habitable y humana, y la historicidad que se traduce en campos de concentración. Algo parecido ocurre con Heidegger (y con Jünger) cuando ven en la técnica la supuesta causa de todas las desgracias de nuestra era. Y, no obstante, hay que decir que los tanques del general Patton eran más «humanos» que los tanques de Guderian.

Benn lo sabía, por lo menos en la práctica. Cuando después de la guerra volvió a vivir en su querido Berlín, para el que corrían tiempos difíciles, no dudó ni por un segundo dónde colocar sus simpatías. Temía al totalitarismo ruso y apreciaba —con cautela— los encantos de la bondadosa democracia americana. Pero sus simpatías nunca penetraron dentro de su «sistema», no cambiaron ni un ápice su filosofía radicalmente dualista. Para mí, esta filosofía es otro poema de Benn, produce escalofríos, y éste es su deber, pero es imposible vivir ni pensar de acuerdo con sus principios. Bien es verdad que descubrimos en ella una intuición de índole topográfica: en efecto, la poesía no reside en el tumultuoso mundo histórico, sino en

otro lugar.

Y todavía algo más. Aislando la poesía de este modo, Benn contribuye a otorgarle el rango de «pequeña trascendencia» (¡dejemos la grande para los teólogos!). Hay que distinguir la poesía —y el arte en general— del periodismo, de una escritura puramente documental o didáctica. Escribir un poema y escribir una constitución son dos cosas completamente distintas.

Lo que me aleja del Benn ensayista no es el hecho de que le otorgue un sentido a la poesía, sino de que le arrebate el sentido a la otra parte, a la parte histórica, política. Decir que esta parte es un sinsentido, un contrasentido, no sólo equivale a cometer un error, sino también a privar las relaciones que existen entre el poema y el mundo de todo su dramatismo lozano e inspirador.

Y esto es justo lo que Benn nunca se cansó de intentar. Sus ensayos se leen como una gran denuncia apasionada y burlona contra la realidad. En la realidad no hay nada más que rutina, alternancia incesante y aburrimiento. Benn se interesó por la medicina porque de algún modo también analiza los estados de deslumbramiento, de clarividencia absoluta. Pero los hechos políticos, ¡qué vulgaridad! ¡Calificó la concepción griega del hombre en tanto que *zoon politikon* de idea típicamente balcánica!

También se consideró nihilista. Pero ¿qué clase de nihilista era? Definía el nihilismo como una «sensación de felicidad». Su nihilismo le servía de ascensor inspirativo que lo elevaba hasta el cielo del poema.

Paradójicamente, fue en su período de colaboración —o mejor dicho, de intentos de colaboración— con los nazis cuando se volvió menos nihilista. (Insisto en que este período duró apenas unos meses.)

En la terminología nihilista reina un desorden considerable: por lo visto, la nada se manifiesta en el mundo de mil formas distintas. El nazismo era nihilismo en el sentido de actividad allanadora frenética y fanática.

El nihilismo de Benn es más bien un estetismo extremado que conduce a la falta de interés por la realidad preestética. Por eso creo que el momento en que Benn glorificó «el nuevo Estado» coincidió con un debilitamiento de su fe en el nihilismo o incluso con el abandono de esta ideología. Entonces, y sólo entonces, Benn se pronunció con cierto vigor sobre temas «sociales».

Dicho sea de paso, en algunas situaciones y algunos contextos, «un nihilista» puede significar lo contrario de «un patriota», «un devoto» y «un comprometido», pero también de «un hipócrita». El nihilista no sólo rechaza los valores, sino también la retórica que los ensalza. Y, como es sabido, en esta disciplina no escasean ni la corrupción ni la hipocresía. En los ensayos y en las cartas de Benn topamos con una gran lucidez y sinceridad. Y de ningún modo podemos reprobarle un afán por instaurar un culto a su obra. La carta donde rechaza tajantemente una proposición para organizar un acto solemne con motivo de su inminente septuagésimo cumpleaños debería citarse en los manuales de historia de la literatura por lo menos

tan a menudo como sus ensayos comprometedores del año 1933.

Era un ensayista. Condenó al Tercer Reich sobre todo por producir un engendro *kitsch* detrás de otro, por representar una farsa como *Han llegado los húsares* en lugar de *Faust*. Pero, si el nazismo hubiese salido mejor, si hubiese cumplido las expectativas de los estetas de paladar fino, ¿se habrían alegrado de ello los judíos, los gitanos, los polacos y otros elementos sospechosos?

Un Mallarmé alemán situado por error —¿de quién?— en una época equivocada, un Mallarmé entrado en carnes y embutido en el uniforme de la Wehrmacht. Despidámonos de él allí donde tal vez viviera con más intensidad y donde estuviera más persuadido de la rectitud de su filosofía dualista: en Landsberg. Dejémoslo entre los acerolos, en un sendero campestre, escoltado por un escuadrón de golondrinas negras que silban arias de óperas jamás escritas. Anochece, florecen los acianos y las amapolas. Vuelve la oscuridad.

## EN DEFENSA DEL ADJETIVO

A menudo nos repiten que debemos suprimir los adjetivos. Un buen estilo —oímos decir— puede prescindir perfectamente del adjetivo; le basta el arco sólido del sustantivo y la flecha ubicua del verbo. Y, sin embargo, el mundo sin adjetivos es triste como el quirófano en el día de domingo. Una luz azulina se filtra a través de las ventanas frías, zumban en voz baja los mustios tubos fluorescentes.

El sustantivo y el verbo son suficientes para los soldados y los dirigentes de los países totalitarios. Porque el adjetivo es el garante indeleble de la individualidad de los objetos y las personas. He aquí un montón de melones en un tenderete. Para un adversario de los adjetivos la situación no presenta ninguna dificultad. «Los melones están en el tenderete». Y lo cierto es que un melón es amarillento como la tez de Talleyrand mientras discurseaba en el Congreso de Viena, otro es verde, inmaduro y lleno de arrogancia juvenil, y hay uno que tiene la cara chupada y se ha sumido en un silencio profundo y fúnebre como si no pudiera acabar de despedirse de los campos de Provenza. No hay dos melones iguales. Algunos son oblongos, otros rechonchos. Duros o blandos. Huelen a campiña y a amaneceres o están secos, resignados a todo, asesinados por el transporte, por la lluvia, por las manos de unos desconocidos y por el cielo plomizo de un suburbio parisino.

El adjetivo es para la lengua lo que el color para las artes plásticas. Pongamos por caso a ese señor de edad proveya que se ha sentado a mi lado en el vagón de metro: ¡es una mina de adjetivos! Finge dormir, pero observa a los pasajeros por debajo de los párpados entornados. Por su rostro vaga una sonrisa guasona que a ratos se convierte en un mohín irónico. No sé si lo que habita en su interior es un desespero apacible, cansancio o un sentido del humor inmune a la acción destructora del tiempo.

El ejército limita la cantidad de adjetivos. Sólo el adjetivo «uniforme» parece complacer sus ojos sin color. Ropa uniforme, carabinas uniformes. Quien, después de unas maniobras, se pone el traje de civil para ir a dar un garbeo por una ciudad de civiles recuerda la increíble explosión de adjetivos, colores, matices, formas y diferencias con la que saluda el cosmos repleto de individualidades bien marcadas.

¡Viva el adjetivo! Pequeño o grande, olvidado o actual. ¡Te necesitamos, oh adjetivo maltratado por los puristas! ¡Nos haces falta, oh adjetivo moldeable y esbelto que yaces ingrátido, ojo avizor, sobre los objetos y las personas, velando por que no se pierda el sabor vivificante de la individualidad! Ciudades sombrías y calles bañadas en un sol pálido y cruel. Nubes del color de las alas de la paloma y grandes nubarrones negros rebosantes de ira: ¿qué sería de vosotras sin las aligeras flotillas de adjetivos que siguen vuestra estela?

La ética no sobreviviría ni un solo día sin adjetivos. Bueno, malo, artero, magnánimo, vengativo, apasionado, noble —he aquí unos vocablos que brillan como

la cuchilla de la guillotina.

Y, si no fuera por los adjetivos, tampoco habría recuerdos. La memoria está construida con adjetivos. Una calle larga, un día tórrido de agosto, un portillo chirriante que conduce al jardín y allí, entre las grosellas recubiertas de polvo estival, tus ingeniosos dedos («tus» también es un adjetivo —sólo que posesivo—).

## INOCENCIA Y EXPERIENCIA

A William Blake le debemos los famosos *Cantos de inocencia y cantos de experiencia*. Instintivamente, nos inclinamos a leer los poemas de Blake por orden cronológico: primero las tinieblas y, después, la experiencia lograda al precio del sufrimiento. ¿Esto es así? ¿De veras la inocencia es algo que perdemos como la infancia, de una vez para siempre? ¿Acaso no podemos perder también la experiencia? La experiencia es un tipo de conocimiento. Y no hay nada más frágil que los conocimientos. Esto vale también para los conocimientos —o la sabiduría— de naturaleza ética. Quien ha sobrevivido a un campo de concentración y lo ha hecho con dignidad, de acuerdo con la moral, a la larga puede convertirse en un egoísta o en un fanfarrón, o puede hacerle daño a un crío. Si se percata de ello y se arrepiente, recuperará el estado de inocencia.

Por lo tanto, no es nada seguro que la experiencia llegue la última. La inocencia sigue a la experiencia, y no al revés. Una inocencia más rica en experiencia, pero menos rica en seguridad en sí misma. Sabemos muy pocas cosas. Por un segundo entendemos algo y pronto olvidamos o traicionamos este momento. La que llega la última es la inocencia, la amarga inocencia del ignorante, del que hace preguntas sin respuesta, del que se desespera y no puede saciar su curiosidad.



Adam Zagajewski (Lvov, actualmente Ucrania, 1945), poeta y ensayista en lengua polaca, es una de las más relevantes voces contemporáneas. Sus obras fueron prohibidas por las autoridades del gobierno comunista. En 1982 se exilió a París y posteriormente a Estados Unidos, donde ha sido profesor en varias universidades. De su producción poética destacan *Ir a Lvov* (1985), *Lienzo* (1990), *Tierra del fuego* (1994; Acantilado, 2004), *Deseo* (1997; Acantilado, 2005), *Anhelo* (1999) y *Retorno* (2003). Entre sus libros de ensayo se encuentran *Solidaridad y soledad* (1986) y *En defensa del fervor* (2002; Acantilado, 2005). Es autor también de tres novelas y del libro de memorias *En la belleza ajena* (1998). Ha recibido numerosos premios.

# Notas

[1] Dos antagonistas políticos irreconciliables: el primero, prooccidental y partidario del modelo federal, el segundo, prorruso y partidario de una Polonia étnicamente pura. [Las notas son de los traductores.] <<

[2] Hoy: Ivano-Frankivsk (Ucrania). <<

[3] En polaco: *trumna*. <<

[4] Traducción de Carlos Pujol. <<

[5] Parque que ocupa el lugar de las murallas medievales y rodea el casco antiguo. <<

[6] Nombre del antiguo barrio judío de Cracovia. <<

[7] Organización clandestina estudiantil polaca de carácter independentista (1817-1823), cuyos veinte miembros más destacados fueron deportados en 1824 a Siberia por las autoridades rusas. <<

[8] El castillo real. <<

[9] Parque formado por una gran pradera. <<

[10] Hoy, Królewska. <<

[11] Traducción de Ana María Moix y Jerzy Sławomirski, en: Wisława Szymborska, *Paisaje con grano de arena*, Editorial Lumen, Barcelona 1997. <<

[12] Traducción de Joan Giner. <<